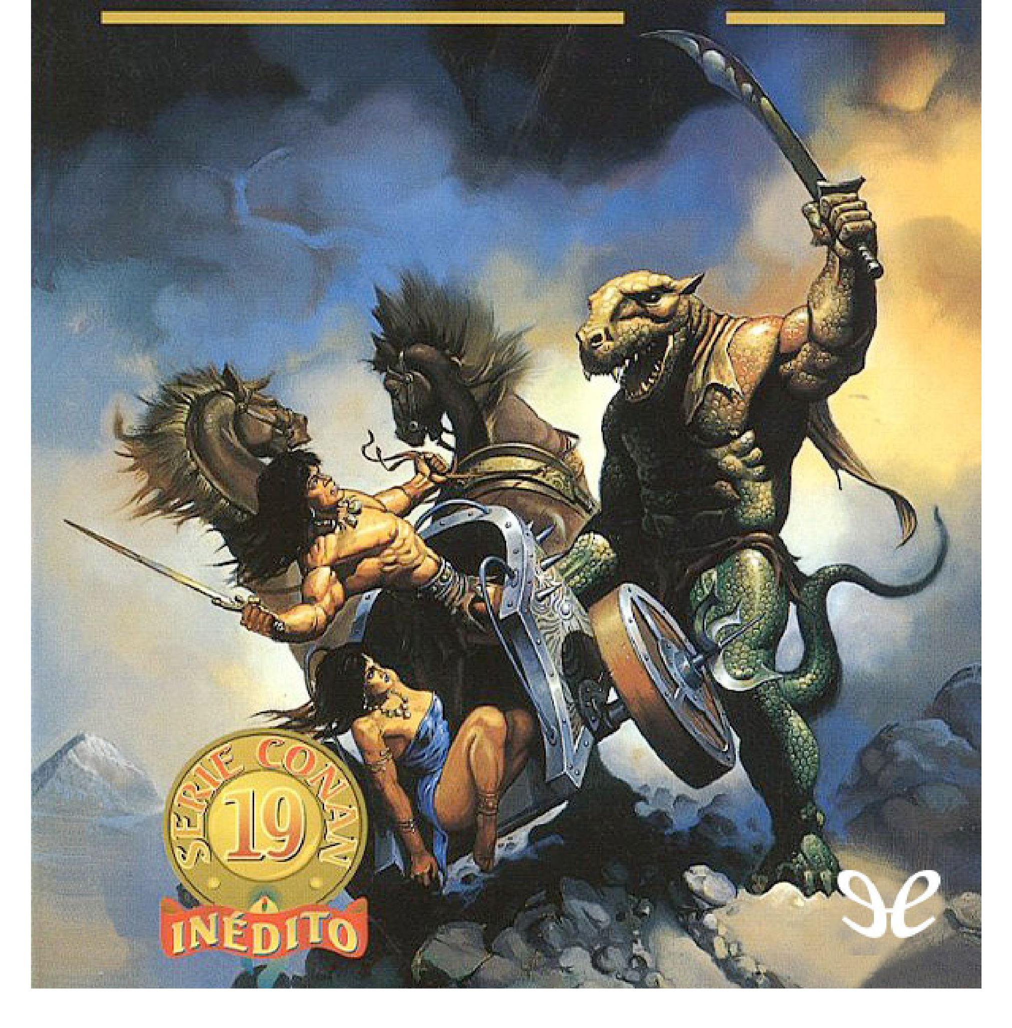
Poul Anderson

CONAN EL REBELDE



Los esclavos gimen por toda la tierra de Estigia. Como un pueblo derrotado, tienen que sufrir el yugo de crueles capataces y el poder del malvado culto del Dios-Serpiente. Pero pronto caerán sus grilletes… Puesto que Conan, el poderoso bárbaro, y Bélit, su amada de negros cabellos, llegan al frente de un ejército de guerreros. Van a dar muerte a malvadas legiones, y las calles de Estigia se inundarán de sangre.



Poul Anderson

Conan el rebelde

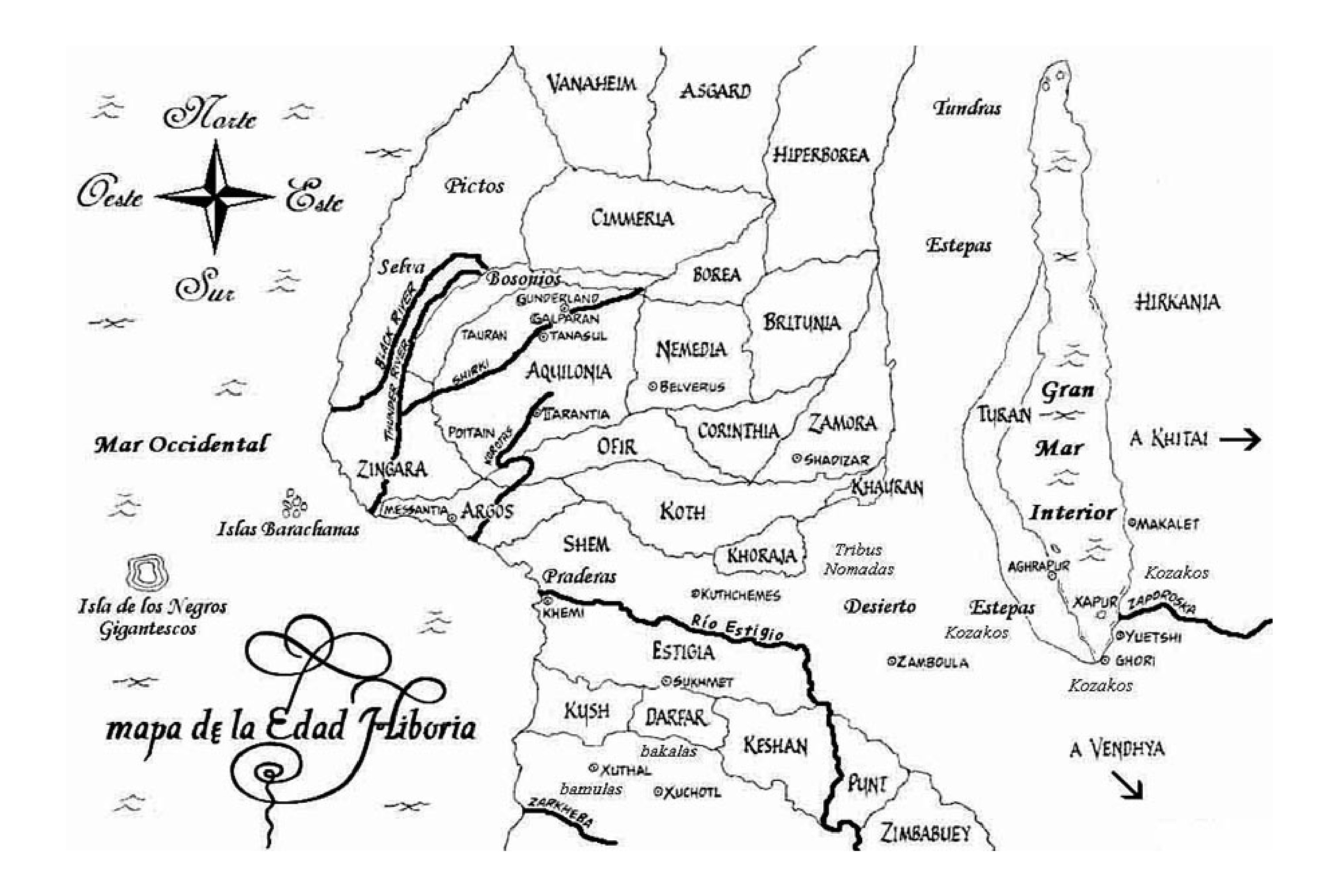
Conan: Serie Conan - 19

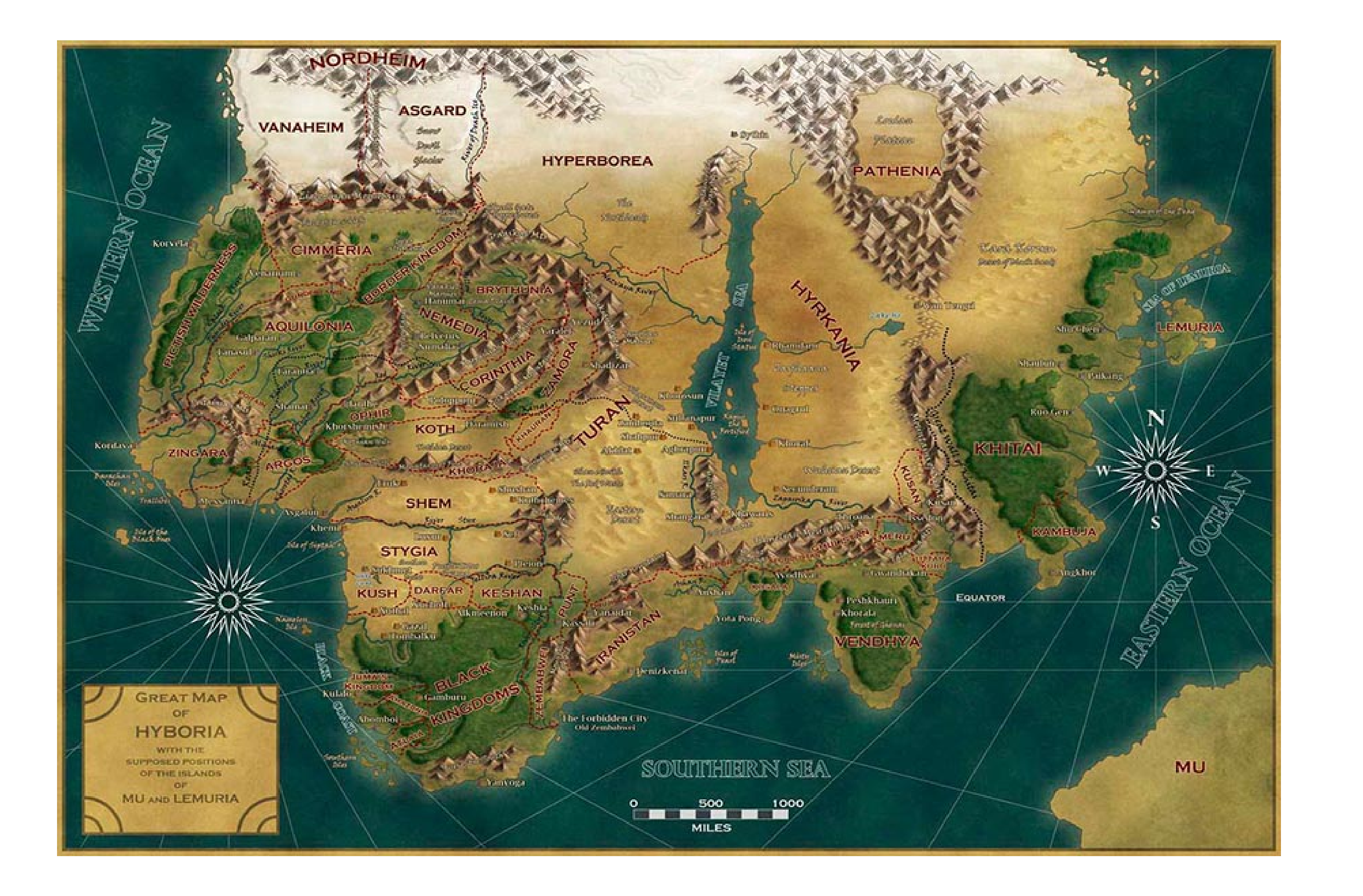
ePub r1.0
Titivillus 19.02.16

Título original: *Conan the Rebel*
Poul Anderson, 1980
Traducción: Joan Josep Musarra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Mar Occidental
Islas Barachanas
Isla de los Negros Gigantescos
Vanaheim
Asgard
Pictos
Cimmeria
Hiperborea
Tundras
Estepas
Selva
Bosonios
Black River
Thunder River
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Shirki
Aquilonia
Poitain
Tarantia
Khorotas
Zingara
Messantia
Argos
Borea
Nemedia
Belverus
Britunia
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Khauran
Koth
Shem
Khoraja
Praderas
Khemi
Kuthchemes
Tribus Nomadas
Desierto
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Punt
Zimbabuey
Zamboula
Turan
Gran Mar Interior
Aghrapur
Xapur
Estepas
Kozakos
Makalet
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
Hirkania
A Khitai
A Vendhya



GREAT MAP
OF
HYBORIA
WITH THE
SUPPOSED POSITIONS
OF THE ISLANDS
OF
MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
KHITAI
KUSAN
LEMURIA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
BLACK COAST
VENDHYA
KAMBUJA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
The Forbidden City
Old Zembabwei
N
S
E
W
0
500
1000
MILES

1. La visión del hacha

La noche pesaba sobre Estigia. En la bahía adonde iba a desembocar el gran río, no soplaba ni una ligera brisa marina. El cielo estaba cubierto de bruma, y solo unas pocas estrellas brillaban sobre Khemi; parecían ascuas del calor que las piedras de la ciudad todavía retenían mucho después de que el día terminara. Las murallas se erguían en su desnudez para cerrar el paso al aire fresco que pudiese llegar desde el mar, y también impedían que el mundo pudiera conocer los secretos que ocultaban. En torno a aquellos precipicios con puertas de hierro, las torres de vigía se alzaban a todavía mayores alturas, y sus almenas parecían dientes que amenazaran al cielo. Las calles que ocultaban eran pozos de negrura, silenciosos, desiertos, salvo en los lugares en donde una sagrada pitón hacía crujir secamente sus escamas al arrastrarse sobre el empedrado en busca de una presa, o donde se oían los amortiguados pasos de alguna persona ante quien la serpiente se encogía con un siseo de alarma.

El aire era distinto en el sitio donde dormía el brujo Tothapis. En una de las criptas que habían sido excavadas a gran profundidad en la roca viva, los esclavos empujaban una rueda gigantesca provista de abanicos en una chimenea de ventilación. La brisa que producía prestaba su frescura a la atmósfera bochornosa y cargada de incienso de la alcoba de su amo. Su zumbido acompañaba a la música para dormir de un carillón accionado por la misma máquina.

Aunque el lecho fuera duro, como le correspondía a un hombre austero, estaba relleno de cabellos de doncellas sacrificadas, mientras que el camisón y las sábanas eran de seda de color negro, tan fina que parecía haber sido tejida por arañas.

Sin embargo, aquella noche dormía mal; daba vueltas y

murmuraba entre dientes. Se despertó de pronto, se sentó sobre la cama, contuvo un grito. Cuatro velas negras en cada uno de los extremos de su cama, altas como un hombre, puestas sobre cuatro fémures de monstruos, avivaron su brillo y luego se apagaron.

No había recibido una señal como aquella en todos sus siglos de vida, pero supo lo que significaba. Se desembarazó de la sábana con la que había estado forcejeando y bajó al suelo. Allí se prosternó, besó la alfombra y se contorsionó como una serpiente.

—¡Lao, Shethesh! —chilló—. ¡Anet neter aa, neb keku fentut amon!

Solo entonces se atrevió a alzar la cabeza y mirar lo que tenía delante. A pesar de la negrura que predominaba, vio un pálido fulgor amarillo; a pesar del silencio, oyó un susurro que no provenía de labios humanos. El fulgor se intensificó, creció, mutó en la imagen de una gran serpiente de color dorado, enroscada en un círculo que llegaba desde el suelo hasta el techo. A la luz que la bestia emitía, pudo entrever los jeroglíficos que cubrían todas las superficies libres de la estancia. El siseo se transformó en un monstruoso fragor, como el del río Styx en sus cataratas del lejano sudeste. Tothapis se postró de nuevo y adoró a su dios.

El fragor se transformó en lenguaje.

—Habla, hombre. Declárame quién soy.

—Tú eres Set —dijo el hechicero—, señor del Universo, a quien los estigios adoran por encima de todo otro dios.

—Declárame cómo tú mismo me sirves. Las palabras manaron en torrente.

—De todas las maneras en que un hombre puede servir a Quien existió antes que el hombre, y seguirá existiendo después de que el hombre no exista. Soy un sacerdote de tu templo, y si no soy su hierofante mayor se debe a que puedo servir mejor a tu causa en el Anillo Negro de magos que yo presido. Mis hechizos confunden a los infieles que no te conocen, mi consejo refuerza la mano del rey contra ellos. Pronto, pronto aprenderán de nosotros cuan terrible es tu ira, oh Set. Cierto, mi servicio es el último y más pequeño tributo que puede ofrecerse a tu oscura gloria. Has hecho que mis días y mis noches en el mundo fueran muchos; me has dado poder sobre hombres y demonios; sobre todo, me has concedido una comprensión más profunda de los misterios de tu esencia. Y esta

noche, te has revelado a tu esclavo. ¿Qué más puedo atreverme a preguntar? ¿Qué puedo ofrecerte por mi gratitud, oh Set?

—Ponte en pie. Mírame. Escucha. —Tothapis se puso en pie y se quedó rígido, con los brazos en alto y las palmas vueltas hacia abajo. La cabeza de reptil abrió la boca, su lengua vibró entre los colmillos, pero los ojos sin párpados miraban fijamente sin moverse —. Escúchame bien —dijo—. Me has llamado señor del universo, pero sabes cuan diversos son los dioses de la tierra, el mar, el cielo y el subsuelo. Sabes cuan pocos de ellos me reconocen como su señor, cuántos de sus pueblos me tienen por un diablo. El más poderoso de mis rivales es Mitra del Sol, quien querría pisotearme.

—Maldito sea Mitra y los hiborios que le siguen —murmuró Tothapis.

—Sí, malditos —le respondió la aparición—. Pero gracias a las crónicas y a otros documentos más arcanos, conoces el poder que ha tenido desde antiguo. Te he enviado esta aparición para advertirte de un nuevo peligro. Os amenaza a ti, a tu rey, a tu nación y a tu mismo dios. Hoy se han unido un hombre y una mujer. No ha de nacer ningún niño de su unión; pero, sin saberlo, han alumbrado un destino. No podremos matarlo ni en el útero ni en la cuna, pronto se convertirá en gigante, y llevará en las manos un hacha de guerra que derribará a muchos… y al fin, en años futuros, destrozará los pilares de mi propio santuario.

Tothapis, que en otras ocasiones había contemplado en calma criaturas del infierno, se estremeció. Si Set no podía aplastar a un par de mortales, y tenía que solicitar ayuda mortal, entonces debía de haber Poderes inimaginables en lucha en el mundo que está más allá del mundo.

—No temas, hechicero —siseó la voz—. Lo que va a ocurrir, solo tiene que ocurrir en la tierra, pues si intervinieran los grandes dioses tendría lugar la Batalla Final. Pero yo, que soy el Sigilo-en-la-No-che, te hago don de la presciencia que vas a necesitar; y contarás con tu habitual astucia, tu magia y tus monstruos y demonios, que responden a tu ademán, contra un enemigo que ni siquiera sabe lo que él mismo presagia. Solo está hecho de carne y sangre, y no importa cuan fuerte sea la carne, y ardiente la sangre. Si no fuera por el casual encuentro con la mujer, viviría y moriría como un vagabundo solitario… todavía puedes lograr que muera

así.

»Atiende, e instrúyete.

Dentro del anillo de la serpiente, una imagen tomó forma. Pareció que Tothapis saliera volando desde la cúpula de su casa hasta elevarse una milla por encima de Khemi. Vio la ciudad, ceñida por el fulgor del río, la bahía y el océano, vio los campos cultivados, como un tapiz gris, entretejidos con las plateadas hebras de los canales, y moteados de humildes aldeas. Se elevó sobre este cuadro, hasta que Estigia le pareció una inmensidad extendida a lo largo del río que tenía por frontera septentrional. Vio también las granjas y praderas de Shem, el desierto meridional y, aún más lejos, las junglas y las sabanas de Kush. Desde aquella altura, ya no discernía rastro alguno de obras humanas.

A vertiginosa velocidad, su visión descendió hacia las costas kushitas. Las junglas se asomaban al mar espumeante; las marismas y los ríos centelleaban; al acercarse al suelo, su visión atisbo espacios abiertos, donde los primitivos negros habían quemado bosques para plantar sus cultivos. Su vista, como la de un halcón, caló hacia el oeste sobre las aguas.

Tothapis vio un barco. Era una nave de guerra, una esbelta galera negra con una cubierta elevada dispuesta de proa a popa. Debajo había bancos, y debajo de estos la verdadera cubierta que ocultaba las bodegas. En su proa brillaba una imagen dorada, la cabeza rugiente de un tigre. De las poco elevadas bordas colgaban escudos. Habían recogido los cuarenta remos, porque un viento henchía la única vela cuadrada y los empujaba hacia el norte en largos y felinos saltos sobre las espumas. La mayoría de la tripulación estaba reposando, y había tendido sus mantas para dormir sobre las cubiertas y los bancos. Al acercarse la imagen, Tothapis vio que se trataba de negros, de hombres jóvenes y fuertes cubiertos con poco o ningún vestido, pero sí con cicatrices de guerra, y que tenían las armas a mano.

Su visión se acercó a popa. Un pequeño puente hacía las veces de techo de lo que debía de ser el camarote del capitán. Un hombre y una mujer se hallaban de pie sobre aquel. La mano derecha del hombre sujetaba la caña del timón, su brazo izquierdo rodeaba el talle de la mujer, y ella le acariciaba. No costaba verles, porque había cielo claro, cuajado de estrellas y ceñido por una refulgente

Vía Láctea, y su fosforescencia se reflejaba en las arremolinadas aguas.

Tothapis se mantenía célibe para no perder energía en los asuntos ordinarios del mundo. Pero cuando miró a la mujer, se le escapó un silbido entre los dientes. Era joven, y estaba casi desnuda, aunque debía de soplar viento frío: un tahalí con un puñal en la cadera y una cinta de plata en torno a la cabeza eran sus únicas prendas. Llevaba suelto el negro cabello, que le llegaba casi hasta la cintura. De algún modo, la visión de Tothapis, aun a la luz de las estrellas, podía distinguir los colores; vio que tenía ojos grandes, de color marrón brillante bajo cejas simétricas, la tez aceitunada, los labios carnosos y vivaces. Todo aquello, así como la bien esculpida curva de su nariz y los pómulos salientes, apuntaban a su origen shemita. Era más alta que la mayoría de las de su raza, y Tothapis jamás había visto una figura como aquella… corpulenta, mas de senos firmes, delgada en el talle, larga de miembros, carente de todo rasgo suave que pudiera subyacer a sus curvas. Al andar, parecía una pantera.

—Esa es Bélit —le dijo la voz de Set—. Aun siendo mujer, ha convertido a sus salvajes en la más temible tripulación pirata que haya saqueado la Costa Negra; y ahora se dirigen a Estigia. Hoy mismo ha atacado el navío donde viajaba Conan de Cimmeria. Lo ha tomado por un elevado precio, pues Conan ha luchado contra ella. Mientras se enfrentaban, el amor se inflamó entre sus espadas, e hicieron las paces; pero ahora libraran una guerra carmesí… ¡deja de contemplarla, necio! Mira a Conan.

Tothapis se apresuró a obedecer. El timonel también era joven, aunque a primera vista parecía mayor que ella. Superaba a la mayoría de hombres por su estatura y su peso. El juego de músculos de su brazo, que manejaba sin esfuerzo el pesado e inestable timón, daba fe de que su fuerza igualaba a su corpulencia. Sin embargo, no era menos ágil y esbelto que su compañera. Una melena negra de corte cuadrado caía sobre sus hombros.

Su bien rasurado semblante era bello a su ruda manera. Su severidad se relajaba en atisbos de risa, y sus ojos azules, que tantas otras veces habían ardido, ahora centelleaban. La túnica que se había puesto cuando Bélit y él habían decidido pasar un rato en el puente le venía demasiado pequeña. Así, el vigía atisbo su piel, que

el sol no había bronceado; su blancura delataba a un hombre del lejano norte… a un bárbaro.

Terminó el siseo. En su lugar, Tothapis oyó fragor de aguas, crujidos de maderas y cordajes. Casi pudo sentir cómo la cubierta cabeceaba y se mecía, y saborear la sal arrastrada por el viento. Bélit habló, y su ruda voz se tornó suave.

—Las estrellas se alegran con nosotros, amado.

Hablaba en la lengua franca de la marinería. Conan le respondió en la misma lengua con su voz de bajo; su acento cimmerio era tan musical que sorprendió al estigio, quien había leído pocos e imprecisos informes acerca de su remoto pueblo guerrero.

—Bien que pueden alegrarse, pues te están mirando. —Conan rio entre dientes y la abrazó con más fuerza—. Pero te añorarán en tu momento de mayor hermosura cuando vayamos abajo.

—¿Pronto? —dijo ella con un ronroneo.

—Muy pronto. Ya te he dicho que solo quería tomar una bocanada de aliento, y he pensado que también podría practicar un poco mis artes náuticas, puesto que vamos a correr aventuras de corsarios. Sí, dentro de unos momentos les diré a N’Yano y a Mukatu que vuelvan a este timón. —Conan sonrió ampliamente —. Y también a su envidia, sin duda alguna.

—No temas envidia ni traición por parte de nuestros hombres —le aseguró Bélit—. Son mis hombres, mis queridos hombres de Suba, que me han dado su juramento de sangre. Nunca, desde que partimos, me han puesto la mano encima, ni me han proferido el menor insulto.

—Ay de quien lo hiciera —dijo Conan, solo medio en broma—. Pero… mm… supongo que más valdrá llevarlos a algún sitio donde se diviertan antes de que pase mucho tiempo.

—Saben que tendrán diversiones cada vez que paremos en un puerto favorable. Llevamos botín suficiente para pagarlas. Pero el deseo de venganza nos apremia mis, tanto a ellos como a mí. Primero, saquearemos en Estigia. Conan frunció el ceño.

—¿Qué? Oh, podremos atacar aquí y allá, pero ¿por qué? Piensa que, en la refriega de hoy, has perdido a un buen número de muchachos.

—No temas que los otros te odien por ello. No, están contentos

de que seas mi amado y mi compañero al mando. Y yo estoy llena de alegría. —Bélit le besó—. Los suba creen que el hombre que muere en batalla va a vivir para siempre entre los dioses, en bulliciosa felicidad. Tú otorgaste ese don a algunos de sus camaradas, y sin hacer daño a sus mujeres ni a sus niños. Ahora, tu fuerza y tu habilidad están de nuestra parte, y nos ayudarán en nuestra venganza. Podrás compensarnos de sobras lo que hemos perdido. ¡Sí, de verdad que eres bienvenido a bordo, Conan!

—Tú y yo compartimos las enemistades, Bélit, igual que todo lo demás. —El cimmerio vaciló—. Sin embargo, no sé cuáles deben de ser las tuyas, ni qué puede hacer un solo navío contra uno de los reinos más poderosos de la tierra.

La mujer se encogió.

—Ya te contaré más tarde mis razones, amado —le dijo, algo alterada—. Esta noche tiene que ser solo nuestra.

Conan la consoló. Al cabo de un rato, la muchacha volvió a salir, y la cinta plateada brillaba de nuevo en su cabeza, que se erguía con orgullo.

—Ahora te contaré cómo podemos lograr que los estigios se lamenten por lo que nos hicieron…

Tothapis se le acercó con avidez.

En el anillo de la serpiente, y en la escena que este mostraba, apareció violentamente la imagen de una gran hacha de guerra. La oscuridad inundó el círculo, y el escamado cuerpo se retorció.

—¡Mitra! —Oyó una voz que se alejaba—. Me has encontrado. Pero este juego no ha terminado, Mitra… no, apenas ha empezado…

Las tinieblas y el silencio envolvieron a Tothapis.

En algún lejano recodo de su propia mente, se sentía extraño por no caer al suelo, presa del delirio, después de lo que acababa de contemplar. ¿Había entrado en él una parte del reptilesco espíritu de Set durante aquella noche, o bien durante sus siglos de nigromancia? No lo sabía, ni le urgía saberlo. Lo que importaba era que no podía esperar más milagros de su dios, nada, salvo lo que él mismo pudiera llevar a cabo. Sin embargo, antes de que cierto equilibrio de poder sobrenatural se quebrara, había recibido un fragmento de una profecía. Le había sido encomendada una misión.

Tothapis se arrastró hasta la puerta. Las lámparas brillaban en el

corredor. Temblando todavía, pero con pasos firmes, anduvo con prisas hasta el edificio central de su fortaleza. Allí podría encontrar lo que necesitaba para arrojar sus hechizos de búsqueda. Con las pistas que ya tenía, cierto hombre muerto en vida podría darle más información acerca de Bélit y de Conan, e indicarle el camino que debía seguir para destruirlos.

2. Una asamblea de hechiceros

El sol se elevó, y tiñó de color sangre el Styx. Las aves chillaban en lo alto, elevándose desde los juncales de sus márgenes; los buitres se posaban en el suelo, los cocodrilos se arrastraban por los bancos de arena y el limo, que les pertenecían en virtud de una antigua ley. Las barcazas de proa y popa elevadas, y sesgadas velas, navegaban por el río; en aquellas que transportaban mercancías, resonaban los gongs que marcaban el ritmo a los esclavos remeros. En el ancho campo verdeante, los siervos salían de sus aldeas, desnudos o en taparrabos, para dar comienzo al trabajo del día.

En la bahía donde desembocaba el río, promontorios de piedra caliza daban comienzo al camino del norte que terminaba en Shem. Este último país no era visible desde allí, pues la frontera se hallaba en el brazo más septentrional del delta. En aquellas comarcas, la frontera apenas si marcaba límite alguno; las ciudades-estado shemitas cercanas eran tributarias de Estigia. Como para reafirmar este hecho, en el margen meridional se erguía la Gran Pirámide, cercana al extremo noroeste de Khemi, que destacaba entre murallas y torres. Incontables centurias de erosión habían marcado y desfigurado sus caras, que ya no tenían color suave, sino ocre. En todo lo demás no había sufrido violación alguna, y reinaba sobre sus semejantes, que podían verse en la lejanía o dentro de la ciudad. Al pie de la pirámide, y en la avenida ceremonial que la rodeaba, solo había una confusa amalgama de sepulcros y canteras abandonadas, y un foso del que los hombres seguían extrayendo mineral bajo el látigo del capataz.

El sol siguió elevándose hasta agostar la última penumbra de las calles de Khemi. Estas se llenaron de camellos cargados, carretas de bueyes, jinetes, viandantes, multitudes en los bazares. El tránsito no era tan denso como se habría podido esperar de una metrópolis, era

menos vivo, infinitamente menos cosmopolita. Estigia no permitía la entrada de más extranjeros que los que necesitara. Aun Luxur, la capital del rey, que se encontraba lejos de allí río arriba, no veía tantos como la mayoría de las ciudades mercantiles de otros países. Khemi, la capital religiosa, estaba cerrada para todo aquel que no llevara un salvoconducto, incluso para los estigios; y sus gobernantes solo entregaban los salvoconductos de mala gana. En caso de que le permitieran la entrada, el forastero se encontraba con que casi nadie osaba tener una conversación con él, salvo aquella persona con quien tuviera que hacer negocios. Estos eran pocos, y estaban estrechamente vigilados.

El sol avanzaba lentamente, ceñudo, por los cielos. El calor de la tarde hizo que la gente volviera a sus casas para reposar. Algunos fueron a palacios, donde las fuentes salpicaban en umbríos jardines; la mayoría, a habitáculos de una o dos habitaciones que se encontraban en edificios altos y deslucidos. Nadie carecía de algún tipo de techo, porque la jerarquía quería conocer el paradero y la conducta de cada uno.

Al atardecer, cuando regresó el fresco, volvieron a salir y prosiguieron con sus negocios. Estos solían terminar hacia el ocaso. Entonces, por ley, las tiendas tenían que cerrar. Varios mesones de los barrios pobres seguían recibiendo clandestinamente durante algún rato a sus parroquianos, pero no estarían abiertos hasta tarde. Aunque apenas si había forajidos en Khemi, las calles albergaban singulares peligros después del crepúsculo. Siguiendo órdenes, o por necesidad, o por su propio valor, algunas clases de gente salían a la luz de una antorcha: soldados, mensajeros, porteadores, rameras, comerciantes que trataban mercancías inusuales, y de vez en cuando un sacerdote ataviado con una túnica y una máscara. Ninguno de ellos se quedaba afuera hasta muy tarde.

La noche jamás abandonaba la mansión de Tothapis. Recubiertas de hueso blanco, sus lisas paredes flanqueaban la Avenida de los Áspides, y solo las ventanas y rendijas de ventilación interrumpían su fachada. No había en la azotea, en torno a la cúpula que la coronaba, las habituales flores y enramadas, sino macizos de loto negro y púrpura, y cosas aún más exóticas. En el interior, solo brillaba la luz de lámparas y velas. Ningún signo del mundo exterior, aparte del aire frío que salía suspirando de las criptas,

llegaba hasta la cámara central.

Durante el día, los secuaces del brujo habían estado ocupados. Cuando el sol ya enrojecía, dos de estos a quienes había llamado acudieron velozmente, y unos esclavos sin lengua los condujeron hasta el edificio central de la fortaleza. No tardó en aparecer un tercero. Pero llegó encadenado, escoltado por guardias, y tanto aquel como estos fueron conducidos a otra estancia y se les ordenó que aguardaran.

Tothapis recibió a sus invitados con distante cortesía. Este brujo era un hombre alto, enjuto, iba vestido con una sencilla túnica negra, y llevaba la cabeza rapada desde que había ingresado en el sacerdocio de Set. El típico rostro anguloso de los aristócratas estigios era en él más pronunciado, y la ajada piel, más que de color moreno claro, parecía marfil oscuro. Los iris de sus hundidos ojos habrían podido estar hechos de obsidiana pulida. Un rubí centelleaba en su mano izquierda, labrado y tallado de tal manera que representaba el globo terráqueo; se encontraba entre las mandíbulas de una serpiente de oro en forma de anillo. Un talismán todavía más poderoso, a su indecible modo, era una calavera articulada de víbora que colgaba de su cuello al extremo de una cadenilla.

—Sentaos —dijo a los recién llegados cuando hubieron terminado las formalidades, y él ocupó su propia silla.

El respaldo había sido tallado en forma de cobra, y la cabeza de esta hacía las veces de dosel. En derredor, borrosos a causa de la penumbra que reinaba, en el suelo o colgados, había otros objetos más difíciles de reconocer. Un candelabro de nueve brazos, puesto encima de un pequeño altar, les daba turbia luz. La escritura grabada en la piedra, medio borrada por el paso de los años, era de Aquerón, que hacía tres milenios que había perecido.

—Nos hemos reunido a causa de un asunto grave y urgente —les siguió diciendo Tothapis—. El propio Set —hizo un signo con la mano— me había enviado una de sus visiones. Entonces, esta fue interrumpida por una aparición que creo que procedía del maldito Mitra, pues tenía forma de hacha…

—¿El Hacha de Varanghi? —exclamó Ramwas. Entonces recordó con quién estaba—. Pido servilmente a mi señor que me disculpe. Me he sobresaltado.

Tothapis le miró con severa mirada.

—¿Qué sabes del Hacha de Varanghi? —le preguntó el mago.

El hombre que se sentaba delante de Tothapis era robusto, de mediana edad, mandíbula cuadrada, nariz prominente, piel leonada y cráneo rapado. El cabello que no se rapaba bajo la estricta frontera de las orejas empezaba a encanecer. Habiéndose despojado del atuendo de calle, Ramwas se cubría tan solo con una sencilla túnica blanca y unas sandalias de cuero. Por supuesto, también había dejado en el vestíbulo la espada corta que, como oficial del ejército, tenía derecho a llevar. Además, gozaba de la condición de aristócrata menor y terrateniente.

—Poco más de lo que se oye en Taia, mi señor —dijo incómodamente—. Me destinaron allí hace años. Los nativos afirman que se trata de una reliquia de Mitra, que está escondida en algún lugar, y que llegara un día en que un caudillo la encontrará y les liberara de nosotros. —Se encogió de hombros—. Una típica superstición.

—Salvo que —murmuró Nehekba— ahora Taia ha vuelto a sublevarse. Y Nuestro Señor de la Noche parece saber que no se trata de uno de esos motines ordinarios que unos pocos regimientos y verdugos pueden sofocar.

—Cierto —corroboró Tothapis—. El Que Es no llegó a hablarme de Taia. Tal vez la hubiera mencionado más tarde. Los hechizos que arrojé luego se interesaron mayormente por cierta mujer pirata llamada Bélit —Ramwas se sobresaltó— y por su compañero actual, un bárbaro de las tierras norteñas. Apenas si pude descubrir nada acerca de él, aunque las advertencias me previnieron contra el bárbaro, más que contra la mujer. Ella, sin embargo, ya ha estado por esta región. Como siempre, las rocas y los fantasmas recuerdan. Así obtuve tu nombre, Ramwas. Mis agentes terrenales averiguaron más sobre ti, y descubrieron que, afortunadamente, te hallabas en Khemi, inspeccionando tus propiedades cercanas. Me han dicho que eres un hombre capaz y digno de confianza.

Ramwas juntó las manos e inclinó la cabeza.

—Mi señor, tal vez podrías empezar por describirnos tu visión —sugirió Nehekba.

Tothapis la miraba con más interés a ella que al oficial. La Gran Sacerdotisa de Derketa estaba subordinada a la jerarquía de Set. Sin

embargo, aquella diosa de lo carnal que también era diosa de los muertos, de quien se creía que los llevaba por el cielo arrastrada por vientos de medianoche, no podía considerarse una deidad menor. Su culto llegaba hasta muy lejos de Estigia y, probablemente, las gentes comunes de la propia Estigia la invocaban más a menudo, con más fervor, que al remoto y terrible Set. Como maestra en sus misterios, la Gran Sacerdotisa de Khemi tenía que ser siempre una bruja consumada, y ninguna otra mujer se sentaba en el Consejo de Sacerdotes.

—Ten cuidado, Nehekba —murmuró Tothapis—. Tú y yo hemos trabajado juntos en otras ocasiones, sí, pero también sabes evitar la insolencia.

—Te pido perdón, mi señor —su manera de hablar no reflejaba arrepentimiento—. He pensado que no debíamos perder tiempo cuando se trata de defender los intereses de la Serpiente.

La mirada del brujo se demoró en ella. También la de Ramwas. Nehekba había ascendido a su puesto siendo joven, acompañada por rumores de envenenamientos, al coligarse con la facción vencedora en una de las ocultas luchas por el poder que se daban en Khemi. Conservaba la belleza de su juventud. Algo más alta que la mayoría de mujeres estigias, compartía su esbeltez, pero sabía revestirla de sensualidad. Tenía el rostro ovalado, la nariz recta, labios de exquisitas formas, grandes ojos de brillante color de bronce y elevadas cejas. Su piel, carente de todo defecto, parecía ámbar ahumado. Ristras de cuentas barnizadas y decoradas recogían su cabellera negra; esta le llegaba hasta el pecho y las espaldas. Se había puesto su corona, cuya forma se asemejaba a la de un loto sin abrirse, y una túnica blanca de gasa; había dejado afuera el manto. Los anillos que centelleaban en sus dedos, y el pectoral que le cubría el pecho, eran meros ornamentos. Su amuleto consistía en un pequeño espejo que colgaba de su garganta al extremo de una cadenilla de plata.

—Bien —dijo Tothapis—. Os contaré lo que Nuestro Señor dé la Noche ha tenido a bien revelarme.

Su relato fue simple, y evitó mencionar cualquier terror que hubiera podido sentir. Acabó diciendo:

—No podemos hacer nada con los vientos mientras ese navío no se acerque, y aunque se acercara tampoco podríamos hacer mucho.

Pero a juzgar por su paradero actual, tardará quince días en llegar a estas latitudes desde el sur; como tiene la corriente en contra, tendrá que adentrarse en el mar para poder navegar a gran velocidad. Así, tendremos tiempo para reflexionar y prepararnos.

—¿Qué puede hacernos un único bajel bucanero, mi señor? —preguntó Ramwas—. El comercio marítimo no es vital para la economía de Estigia… aun en el caso de que nuestros navíos de guerra no puedan darle caza.

Tothapis miró a las sombras.

—Ese nombre que se ha embarcado con ella, por alguna desconocida razón, es una antorcha que el destino podría encender. El militar se estremeció, y trazó un signo con la mano.

—Si esto fuera cierto —le recordó Nehekba—, las acciones que emprendamos para detenerle podrían ser las mismas chispas que la inflamaran.

Tothapis asintió.

—Por supuesto. Pero si nos quedamos sentados sin hacer nada, será otro quien le pegue fuego; y nosotros no estaremos cerca para asirla y sumergirla en el Styx. El Que Es no se me habría aparecido en vano. —Se dirigió a Ramwas—: Escucha por qué te he mandado llamar. La nigromancia me reveló tu nombre y otros datos suficientes para que mis siervos pudieran averiguar más, y también descubrí que has tenido relación con Bélit, y que todavía tienes recursos para atraerla. Esto tiene que permitirnos capturar a Conan. —Torció los labios con desprecio—. He visto cuan loco está por ella. Medio mes de viaje acabará por entontecerle.

Nehekba bajó sus largas pestañas.

—Parece un hombre interesante, sin embargo —murmuró—. ¿Podrías describírnoslo con más detalle, mi señor?

—Y también a Bélit, te lo ruego —añadió Ramwas. Tothapis hizo lo que le pedían. Cuando hubo terminado, el aristócrata se acarició el mentón, y dijo con lentas palabras:

—Sí, no hay duda, no la he olvidado. Fue mi esclava; la capturé junto con su hermano y un grupo de nativos en una cacería de esclavos en el sur que ordené hace tres años. Vendí a la mayoría de los negros, pero conservé a esos dos blancos, y tuve que lamentarlo. La muchacha parecía salida del infierno, y escapó al cabo de poco tiempo; me dejó los cadáveres de algunos buenos siervos en su fuga.

El hermano no es mejor.

—Sí, el hechizo me habló de él, y por eso te ordené que le trajeras —respondió Tothapis—. Ahora, cuéntame más. Ramwas se encogió de hombros.

—Es shemita, y se llama, humm, Jehanan. Fuerte, inteligente e intratable… peligroso. Ha estado intentando escapar, pero no lo ha logrado. Ni los azotes ni las estancias en la celda de castigo le han puesto remedio. Cuando por fin mató con las manos desnudas a un inspector que le estaba castigando, decidí que no podría servir en ninguna de mis granjas. Le hice apalear ante sus compañeros de esclavitud por un experto que sabe cómo hacerlo para que el dolor perdure. Entonces, lo alquilé al dueño de la cantera que se encuentra bajo la pirámide. Allí están acostumbrados a los casos difíciles.

Nehekba se acarició la mejilla.

—¿Podríamos traerlo aquí para hablar con él? —preguntó.

—No serviría de nada, mi señora —le aseguró Ramwas—. Por lo que sé, ni siquiera el más interminable de los dolores ha logrado quebrantarle. Ahora trabaja con diligencia, pero solo porque los esclavos de las canteras están siempre cargados de cadenas. Sé que disfrutaría contrariándonos, no importa cómo le torturemos.

—En cualquier caso, la tortura sería una estupidez —dijo la sacerdotisa con impaciencia—. Quiero conocerlo.

—Por eso he mandado a buscar a mi dama de Derketa —explicó Tothapis—. Domina artes que ningún hombre podrá aprender jamás. Mas no hace falta que traigamos a un apestoso picapedrero a este lugar. Nehekba, te mostraré una imagen del lugar en donde se encuentra.

Trazó un símbolo y murmuró unas pocas palabras. En la sombra de un rincón pareció abrirse una puerta invisible, y los tres contemplaron una sala de guardia. Algunos hombres armados holgazaneaban tranquilos; unos charlaban y otros jugaban a dados. Sin embargo, nunca se relajaban por completo, y dos de ellos seguían en pie, con las picas plantadas en el suelo y las manos cerca de sus espadas cortas.

Un hombre ante el que todos sentían cautela estaba sentado en un banco, al pie de una pared decorada. La luz de una lámpara permitía ver a un sujeto de estatura mediana, pero ancho de

hombros y robusto de pecho; los músculos de sus miembros y su vientre parecían cables de barco. No tenía más vestido que un taparrabos sucio, sus ataduras y el sudor reseco. El sol estigio había abrasado su curtida piel. Su enmarañado cabello y su barba eran castaños, pero la mugre también los oscurecía. Tenía la nariz aplastada sobre un rostro que había sido bello, y que ahora estaba lleno de hinchazones y golpes; le faltaban numerosos dientes; su cuerpo estaba lleno de cicatrices; una clavícula rota había quedado mal soldada aposta. Sin embargo, sus ojos, de color casi dorado, recordaban a los del halcón.

Algunos sonidos se añadieron a la visión: El tamborileo de unos dados, el gruñido de un guardia.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? Yo tengo que incorporarme al alba, ¿sabes?

—Chst. —Otro le recomendaba prudencia—. Esta noche servimos a grandes señores.

—A cuenta de este, eso es evidente —exclamó el primer guardia, y señaló al esclavo con el pulgar—. Oye, ¿por qué no te has muerto ya, amigo? Pocos hay que duren tanto como tú. —Escupió sobre el pie desnudo de su cautivo.

Jehanan se puso en pie de un salto. Las argollas entrechocaron en sus tobillos. Alzó los brazos, como para arrojar sus cadenas a la cabeza de su torturador. Al instante, las picas apuntaron a su garganta. Gruñendo, el hombre se apaciguó.

—Sigo vivo por la venganza que he de cobrarme cuando llegue la hora —dijo en estigio con áspero acento, entre bocanadas de aire —. Pero vosotros no sois dignos ni de que se os escupa.

Se volvió. El fresco de la pared mostraba a Set recibiendo a una procesión sacrificial. Escupió al dios.

Tanto los guardianes como Ramwas ahogaron un grito de horror.

—¡Aguarda! —gritó Nehekba—. Lo matarán si no se lo impides, Tothapis.

—Ha blasfemado —dijo el mago con voz temblorosa.

—Existen castigos peores que la muerte —le recordó Nehekba—, y ahora le necesitamos para el servicio del Señor de los Abismos.

Tothapis asintió rígidamente, hizo otro gesto y gritó una brusca orden:

—¡Desistid! ¡Dejadle! ¡Ya está condenado!

Los guardias le oyeron. Con temor reverencial, se alejaron de Jehanan, quien les sonreía en desafío. Tothapis hizo desaparecer la imagen.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó después de una pausa. Nehekba abandonó su ensimismamiento y sonrió con sonrisa leve y soñolienta.

—Yo haré con él lo que nos convenga, mi señor.

—¿Cómo?

—No le azotaré, ni le expondré al calor del sol encerrado en un ataúd, ni nada parecido. No, que lo lleven al Torreón de la Manticora. Que le den una mullida cama, en una hermosa estancia con aire fresco y fragante. Cuando haya descansado, mandaré a buscarle. Entonces averiguaremos muchas más cosas.

Hasta los severos labios de Tothapis se entreabrieron levemente.

—No me sorprendes, Nehekba. Haz como quieras. —Se volvió de nuevo hacia Ramwas—. Eres un hombre digno de confianza —dijo. Bajó el tono de voz—. Espero que lo seas.

El otro se encogió mínimamente.

—Me esfuerzo por serlo, mi señor —respondió, pero sin entera firmeza.

Tothapis asintió.

—Bien. Aunque la pena por el fracaso no conoce mitigación, la recompensa por el éxito puede ser elevada. Este asunto tiene que quedar en absoluto secreto, por lo menos hasta que comprendamos mejor en qué consisten los presagios. Si no, podríamos vernos enfrentados con algún hombre ambicioso armado de un cargo, por no hablar de una burocracia que se ha extendido por todo el estado como coral. Este asunto es demasiado urgente y peligroso como para permitir que eso ocurra.

»Por ello, Ramwas, tendrás que servirme como agente. —Alzó la mano para tranquilizar al militar—. No temas. No será necesario que tengas trato con la magia… no mucho. Solo ocurre que, en este tiempo de crisis, necesito hombres capaces de hacer frente a las emergencias que puedan surgir. No conozco a nadie en Luxur a quien considere aconsejable dar a conocer este asunto. Pero tal vez me convenga encontrar el hombre apropiado, sobre todo porque la revuelta taiana podría estar relacionada con el destino de Conan

que deseamos abortar. Has estado allí a menudo, conoces la ciudad y sus gentes, tienes autoridad. Solo con que le diga una palabra al Gran General, te enviarán a Luxur en "misión extraordinaria". Habrás de organizar un cuerpo armado que vigile todos los lugares sospechosos que hay allí.

—Pero… pero, mi señor —balbució Ramwas—, eso se encuentra a cientos de millas río arriba. Aun cuando fuera reventando caballos por el camino, seria difícil que llegara antes de que el barco pirata aviste nuestras costas. Y las… las palomas mensajeras más veloces no podrían…

Tothapis le hizo callar.

—Cálmate y atiende. Viajarás a bordo de la sacra barcaza alada. No habrás oído hablar de ella; pero te transportará hasta allí en una un día y dos noches. Llevarás contigo un homúnculo que me hará llegar tus palabras, y a ti las mías; estas recorrerán a la velocidad del pensamiento las leguas que nos separen.

Ramwas, que había cazado leones y hombres, no pudo reprimir un estremecimiento.

Tothapis lo vio, y le dijo para apaciguarle:

—Tendrás tiempo para poner en orden tus asuntos si actúas con diligencia. También tendrás tiempo para prepararte en Luxur. Naturalmente, tú y yo tendremos que hablar en más de una ocasión. Y… nunca olvides, Ramwas, que la hora de la tribulación es la de los valientes. Llegan al poder, y las edades posteriores rinden culto a sus nombres. ¿Eso no te gustaría, Ramwas?

Nehekba se contorsionó en su silla como una serpiente y sonrió para sí.

3. La mujer vengadora

—Para mí —decía Bélit—, la felicidad terminó el día en que una vela negra apareció en el horizonte.

Estaba al lado de Conan en el puente más elevado, en la proa, cerca del mascarón. El sobredorado de este fulguraba con fuerza bajo el cielo sin nubes. La luz del sol centelleaba sobre las olas cuando estas se abalanzaban, azules, verdes, con sus cabelleras blancas. Una brisa fuerte y vigorizante henchía la vela y empujaba al Tigresa hacia el norte, a tal velocidad que la espuma murmuraba en torno a su quilla. La galera cabeceaba como una bestia viva; el cordaje cantaba; ya no se divisaba tierra alguna, pero las gaviotas aún la seguían, pureza y gracia al viento. Abajo, los tripulantes reían y bromeaban en su lengua nativa mientras hacían sus tareas.

Pero el alma de Bélit estaba lejos de allí, en un lugar terrible. Miraba desde el naufragio de su cabello desatado a muchas leguas y años en la lejanía. Cuando Conan la rodeó con su brazo, no se rindió a él como en la otra ocasión. Le siguió hablando con voz monótona:

—Parece que tendré que empezar por el principio, aunque deba resucitar mucho dolor en mi recuerdo. Mi padre fue Hoiakim, un hombre de Dan-marcah, una ciudad de la costa septentrional de Shem, cerca de la frontera argosea. No es grande, pero tampoco paga tributo a ninguna otra. Las ciudades de su comarca dan madera para muchos barcos que se dedican al comercio; los forasteros animan sus tabernas y sus calles tortuosas; la serenidad mora en los templos de sus dioses.

»Hoiakim desposó a Shaaphi y la trajo al sur. Había llegado recientemente a un acuerdo con la tribu suba de la Costa Negra para establecer un puesto comercial entre ellos. Era una rara oportunidad para un hombre joven. Los suba eran pescadores y

granjeros, y cazaban en la jungla. También tenían trato con pueblos del interior. Por ello, poseían mercancías en abundancia: pieles, gemas, polvo de oro, maderas resistentes, animales curiosos y aves. A cambio, querían herramientas de hierro y armas, tejidos, especias, medicinas y cosas parecidas. Mi padre había de ser su agente.

»No tardó en adquirir gran poder entre ellos. No solo por su brazo fuerte, ni porque fuera incansable en la caza y no tuviera rival como arquero, sino porque era justo. Los nativos iban a pedirle consejo acerca de la mayoría de los asuntos, y le solicitaban que juzgara sus disputas. En los malos tiempos, en los huracanes, inundaciones, pestes, sequías, guerras, asumía el caudillaje en todo salvo en el nombre. El jefe no estaba resentido por ello, pues él, como los demás, creía que una gran magia residía en Bangulu. Así llamaban ellos a mi padre, Bangulu, el Encumbrado. Tampoco le importaba al hechicero que mi madre Shaaphi obrara entre el pueblo como un ángel, que curara, asistiera en partos, consolara, y enseñara las artes a las mujeres y niños: la jardinería, la tejeduría, la conservación, la limpieza, la música… todo aquello hacía mejores sus vidas.

»Entonces nació Jehanan y, dos años más tarde, nací yo. Crecimos allí, y fuimos amigos de los suba, vigilantes de los bosques, los ríos y el mar; aprendimos sus salvajes habilidades y sus tradiciones exóticas. Pero nosotros no nos volvimos salvajes. Nuestros padres se encargaron de que recibiéramos una educación digna de unos shemitas. Habían traído muchos pergaminos e instrumentos, que tanto les servían a ellos como a nosotros. Los acompañábamos en las visitas a su patria. Además, llegaban barcos para traer nuevas mercancías y llevarse las que habíamos reunido. Los bajeles extranjeros, fueran mercantes o exploradores, también se detenían allí para obtener información y para divertirse. No, no estábamos aislados. Teníamos una buena vida.

»El botón de mi felicidad eclosionó en flor cuando… —Bélit se aferró con fuerza a la baranda— cuando me casé.

»Fue en el último viaje que hice a Dan-marcah. Jehanan no tenía prisa por casarse; las muchachas nativas siempre se avenían a complacerlo. Pero yo… yo todavía era doncella, y doncella ardiente. Mis padres, además, querían nietos, y también un ayudante, porque el puesto comercial y sus trabajos habían crecido.

Buscaron en la ciudad un mediador en asuntos matrimoniales, quien encontró enseguida un joven apropiado. Ni sus padres ni los míos necesitaron que Aliel y yo les persuadiéramos; caímos en el amor.

»Mi novio vino con nosotros. Resultó ser un buen ayudante, y pronto gustó a los de la tribu. Mi felicidad tuvo fruto al año siguiente, puesto que nos nació un hijo, nuestro pequeño Kedron.

»Tres años más tarde, la negra vela apareció en el horizonte.

»Al principio, la alegría reinó en la ribera. Los visitantes siempre eran bienvenidos. Los guerreros se apresuraron a tomar lanzas, arcos, porras y escudos, y formaron una hilera a lo largo de la playa. En unas pocas ocasiones, algún bajel se había alejado al verlos, y se había delatado así como pirata o esclavista.

Bélit dejó a Kedron en su cuna y salió adonde estaba Aliel. La imagen que tenía enfrente, que la rodeaba, era espléndida. A sus espaldas, detrás de los campos cultivados, crecía la selva de intenso color verde bajo el fulgor azulado del cielo. Había un arroyo, que pasaba por entre el mijo y el ñame, por delante de los corrales cercados donde pacía el ganado, hasta el mar. La aldea se hallaba a su orilla, en los límites de la playa. Techos de hierba, que la intemperie había teñido de color dorado, asomaban entre las empalizadas que la madreselva volvía verdes, níveas, y llenaba con murmullo de abejas. El puesto comercial se encontraba a media milla de allí, y era un alargado edificio de tierra apisonada, con techo de paja y encalado, envuelto en colores de adelfa. La playa era de arena de cuarzo, y deslumbraba con su resplandor. El arroyo desembocaba en una pequeña bahía que permitía acercarse a tierra sin peligro y anclar. En derredor, las espumas se amontonaban y rugían en las crestas de las olas color zafiro. Un fresco viento del oeste ahuyentaba el calor. Pasó volando una bandada de papagayos, ruidosos arcoiris.

Los guerreros de Suba aguardaban erguidos en la orilla. Desnudos salvo por los taparrabos hechos con hierbas, los penachos de plumas, las ajorcas y las ristras de cuentas, sus cuerpos relucían como si los hubieran untado con aceite. Trasponían la empalizada mujeres esbeltas, ágiles niños, graves ancianos, y el jefe envuelto en una piel de leopardo. Bélit oyó sus charlas y sus risas. Un tambor redoblaba alegremente.

Hoiakim y Shaaphi ya habían salido. El padre se acarició la encanecida barba y gritó:

—¿Qué crees que es ese barco, Aliel?

Su yerno bizqueó con hostilidad. El barco había virado hacia la costa y se estaba acercando. Era grande, sus bordas altas y redondeadas y, claramente, los pocos orificios para remos solo estaban destinados a maniobrar. Desde las planchas hasta la vela, era toda negra; pero una banderola escarlata ondeaba en el mástil. Había voluminosos objetos de tipo desconocido colocados sobre la proa y la popa. Gran número de hombres andaba por cubierta; la luz del sol se reflejaba sobre metal.

—Por su forma y su color, debe de ser estigia —concluyó Aliel —. Apuesto a que habrá otras cerca de aquí; los estigios no son grandes navegantes. ¿Qué buscan en este lugar, tan lejos de su tierra?

Bélit se inquietó. Había oído demasiadas historias feas acerca de Estigia. Aliel se dio cuenta, le apretujó la mano y le sonrió. Ella le devolvió el gesto, alegre y agradecida.

—Tal vez estén explorando —sugirió Shaaphi a su gentil manera —. Dicen que se trata de una nación de filósofos.

Hoiakim le dio cariñosas palmadas en el hombro y no quiso contradecirla.

Al acercarse el barco, Bélit vio que Aliel había acertado en sus presuposiciones. La mayoría de sus tripulantes eran morenos estigios, pero había identificado shemitas entre ellos, y hombres más rubios que debían de ser argoseos. Pero ¿por qué llevaban armas y armadura… acero afilado, yelmos, petos y escudos? Sin duda, todos sabían ya que el poblado de los suba y el puesto comercial de su padre no trataban traicioneramente a ningún huésped. Los guerreros de la playa tuvieron las mismas dudas y estrecharon filas. Otras gentes volvieron a refugiarse tras la empalizada.

Un cabecilla gritó una advertencia. La cuerda del ancla y la vela crujieron. El barco se había detenido en la bahía, de costado.

Sonó una trompeta a bordo. Los hombres corrieron hacia aquellos objetos que tenían sobre la cubierta. Eran grandes jarras de arcilla barnizada, puestas en bandejas sobre parrillas de hierro, donde unas brasas las mantenían calientes. Sus cuellos estaban

embutidos en largas y flexibles mangas de cuero. Los estigios apuntaron con estas a la orilla y, cuidando de mantenerse a barlovento, quitaron los tapones que las cerraban.

De cada una de las jarras brotó una turbia nube. Los hombres se cubrían la garganta con ambas manos, se tambaleaban, soltaban las armas, caían sobre la arena. Un ligero vaho alcanzó a Bélit y la dejó aturdida, pero se le pasó porque cambió el sentido de la brisa.

—Ishtar nos ayude —gritó Hoiakim—. ¡Deben de ser mercaderes de esclavos, y están arrojando una droga al aire para quebrantar nuestras defensas! —desenvainó su espada corta—. Aliel, pon a salvo a las mujeres y a los niños. —Se alejó corriendo de su familia —. ¡A mí, hombres suba! —rugió—. ¡A mí, a la batalla!

Las jarras se vaciaron, y la nube se dispersó con rapidez. El agua salpicó cuando una pasarela descendió desde la borda. Por ella bajaron los invasores, que chapotearon en la orilla, formaron y atacaron. No se ofreció resistencia alguna en la playa, solo quedaban hombres que yacían inconscientes o apenas se movían, incapaces de ponerse en pie. Los estigios y sus aliados fueron hacia la aldea.

Como en una pesadilla, Bélit vio que su padre iba de un lado para otro, profería su grito de guerra, trataba de reunir a los guerreros que hubiesen escapado del narcótico. Oyó incluso que le decía al jefe: «¡Ungedu, haz entrar a tu gente, cierra las puertas, por Adonis!».

Apareció Jehanan. Había estado pescando en la parte alta del arroyo, y venía corriendo desde allí. «¡No! —le gritó Bélit al hermano que adoraba—. ¡Márchate!». Él no la oyó, y corrió para unirse a Hoiakim.

Los robustos suba que quedaban empezaron a hacer lo mismo.

Bélit vio como un arquero argoseo se adelantaba a sus camaradas. Con horrible premeditación, preparó una flecha, tiró de la cuerda, apuntó. ¿Alcanzó a oír el chasquido? Vio como la flecha se clavaba, y Hoiakim caía. Este, brevemente, tiró de la saeta que tenía en el pecho; luego dejó de moverse.

Jehanan aulló. Enloquecido, corrió hacia los estigios. Ellos le rodearon. Bélit vio como alzaban los astiles de sus picas y le golpeaban hasta abatirle.

Consternados, la mayoría de los luchadores negros huyeron ante

la matanza que podía llevar a cabo un escuadrón disciplinado. Este llegó a la empalizada antes de que pudieran cerrar la puerta. Dejando a unos pocos hombres para que la vigilaran, e impidieran salir a los que estaban dentro, los saqueadores se desplegaron para perseguir a la mayoría que se había quedado afuera y se daba a la fuga.

—Padre —sollozaba Bélit—. Jehanan. Aliel la sacó de su ensimismamiento.

—Tenemos que huir —le dijo su marido entre dientes—. Esa es la última orden que me ha dado.

Bélit recordaba vagamente que ellos dos, al ser shemitas, estaban protegidos de los mercaderes de esclavos por un tratado. Pero ¿de qué servían los tratados? Si les capturaban, ¿quién se iba a quejar? «Kedron», murmuró.

Shaaphi salió de la casa con su nieto en brazos. Sus propias lágrimas bañaban al infante, pero dijo serenamente:

—Sí, vayamos a la jungla a escondernos antes de que nos vean. Serán muchos los que tomen el mismo camino. Podremos reunimos con ellos… más adelante.

En el pecho de Bélit, el amor por aquellos tres se asemejaba a la suave lluvia que cae sobre un caldero hirviente… de odio contra los asesinos de su padre, los raptores de su hermano, los destructores de toda felicidad. Entró corriendo, cogió una lanza de la pared y volvió con los demás.

Huyeron por los campos. Un grito hizo que Bélit volviera la cabeza. El corazón se le heló. Cuatro saqueadores les habían visto y los estaban persiguiendo.

Shaaphi se detuvo. Bélit también, como indefensa, mientras que Aliel les gritaba que siguieran adelante. Shaaphi irguió su cabeza cana.

—A mi edad, no podré dejarlos atrás —dijo—, y Hoiakim no debe comparecer solo ante Ishtar. —Entregó el niño lloriqueante a Bélit, y ella lo tomó como alelada—. Marchaos —les dijo. Desenvainó una daga de su cinto—. Que siempre os vaya todo bien, mis queridos.

El puñal arrojó destellos. La sangre brotó, extraordinariamente roja. Shaaphi cayó de rodillas sobre los tallos de cereal, y entonó su plegaria de muerte con una voz que no tardó en callar.

—Yo haré lo mismo por ti, amada, si es necesario —le prometió Aliel a su mujer—. ¡Ahora, ven!

Siguieron huyendo. Como eran jóvenes y robustos, habrían podido dejar atrás a sus perseguidores, que iban vestidos con cota de malla. Pero ningún mortal puede correr más rápido que una piedra arrojada con una honda. Se oyó de pronto que algo se rompía, y Aliel cayó. Le habían partido el cráneo por detrás. El suave cereal crujió, aquí y allá, para esconderle a Bélit aquella imagen.

Agarró a Kedron con el brazo izquierdo. Aferró la lanza con la diestra. Corrió.

La angustia estalló en su muslo izquierdo. Una segunda piedra había dado en el blanco. Se tambaleó, se recobró, trató de seguir adelante, y se dio cuenta de que había quedado coja. Con gran cuidado, soltó el arma, descubrió un pecho cargado de leche, acercó para sí al niño y le dio aquel regalo de un momento. Después lo depositó en el suelo, volvió a coger la lanza y le dio la libertad.

Luego, aguardó acorralada.

—Maté a uno, y herí a dos más —dijo Bélit a Conan—. Fue un error. Debí haber hecho lo mismo que mi madre. Me capturaron. Conan la abrazó.

—No es necesario que te cuente lo que ocurrió después —le dijo Bélit al cabo de un rato. No había llorado—. No me molestaron durante el viaje hasta Estigia, y permitieron que mi cuerpo, aunque no mi espíritu, se curara. Al fin y al cabo, yo era una mercancía valiosa. Jehanan y otros amigos a los que habían capturado se encontraban igual, pero a mí me mantuvieron aparte, y apenas si los vi. Oí decir que bastantes habían caído enfermos y murieron en la repulsiva bodega donde los tenían encadenados. —Hablaba con voz apagada—. Pronto quedó claro que aquella dicha no había de durar. Un aristócrata y aventurero estigio llamado Ramwas había sabido lo suficiente de los suba y de nuestro puesto como para concluir que una misión de saqueo le procuraría beneficios en esclavos y en botín. Sin embargo, había necesitado armas especiales para quebrantar nuestra resistencia.

Conan frunció el ceño. No valía la pena compadecer a Bélit; su bárbaro pragmatismo le gobernaba.

—¿Por qué esa neblina del sueño no se emplea en las guerras?

—preguntó.

—Es demasiado cara, y difícil de conseguir —le respondió—. Ciertos moradores de las marismas de Zembabwei la preparan con un fruto venenoso que no crece en ningún otro sitio. Los agentes de Ramwas solo pudieron obtener el suficiente para esa expedición, a un precio por el que valía la pena, pues ocurrió que descubrieron un secreto vergonzoso en el pasado de un jefe y le amenazaron con darlo a conocer. Aun así, prepararlo todo les llevó varios meses.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—Ramwas me lo contó una vez, cuando estaba borracho y deseoso de jactarse —dijo ella con un suspiro—. Subastó a la mayoría de los cautivos, pero se quedó con Jehanan y conmigo. Jehanan había de trabajar en una plantación. Nos abrazamos, solo por un instante, antes de separarnos. A mí… Ramwas me hizo llevar a su harén.

»Primero, como no quería tener problemas, me puso en manos de una bruja, que me arrojó un hechizo de esterilidad. No me dejó ninguna marca en la piel, pero… ¡Oh, Conan, tal vez pueda olvidar el dolor de aquel día, pero jamás podré olvidar el dolor de no poder darte un hijo!

El cimmerio apretó las mandíbulas. Habría querido golpear algo. Sin embargo, atrajo suavemente a Bélit hacia sí, aunque con un estremecimiento.

La muchacha rio, igual que habría aullado una loba.

—Poco placer obtuvo de mí —dijo—. Casi le arranqué los ojos. Apenas si pudo escapar entre gemidos. Como los látigos dejan cicatrices… bien, hizo que me metieran en la boca jugo de loto púrpura, que paraliza durante horas. Pero no a menudo.

—Supongo que aún tendría esperanzas —susurró Conan—. Eres tan encantadora…

Bélit se encogió de hombros.

—Es posible. En todo caso, empecé a ver que me había equivocado al buscar la muerte. ¿Cómo pueden vengarse los pobres muertos? No, tengo que emplear el cerebro, para que Hoiakim, Shaaphi, Aliel y Kedron tengan muchos esclavos que les atiendan.

Un soplo de viento empujó el navío e hizo crujir la vela.

—Ramwas tenía negocios en Khemi —dijo Bélit—. Jamás he ocultado mi odio por él. No puedo interesarme por ninguna otra

cosa. Sin embargo, estoy contenta de que me llevara consigo. Porque Khemi es un puerto de mar…

La luna nueva descendía hacia un occidente verdeante, con el fulgor del anciano que lleva en brazos. El silencio se adueñaba de las calles, al pie de las ventanas ojivales por donde entraba el fresco. Los enrejados no ocultaban el cielo violáceo ni la estrella vespertina.

En una estancia de terciopelo rojo, Bélit se levantó del sofá donde había estado aguardando. Había allí un jarrón de cristal lleno de lilas. Arrancó las flores y las arrojó al suelo. Golpeó el jarrón encima de una mesa, y lo rompió por debajo. Sujetando en el puño el mellado cuello de la vasija, se acercó a la puerta.

Golpeó la jamba con el otro puño, una y otra vez.

—¡Abrid! —gemía—. Abrid, dejadme salir, id a buscar a un médico. ¡Me estoy muriendo!

Se oyó un chasquido en la cerradura, la puerta se abrió. La luz de las lámparas del corredor reveló la gigantesca figura del guardián eunuco. Este tenía una mano sobre la espada, pero su rostro no aparentaba sospecha alguna cuando preguntó:

—¿Qué quieres, mujer? Bélit sonrió ampliamente.

—Esto —dijo, y le clavó el jarrón roto debajo de las quijadas, en la garganta.

Retorció su arma. El hombre dio un paso atrás, pero no pudo gritar, solo le salieron gorgoteos, porque ella le iba siguiendo, y le clavaba su arma y la retorcía. El eunuco cayó de rodillas, sobre el vientre. Su sangre chorreó por las paredes y el suelo.

—Ojalá hubiera abierto Ramwas… —dijo ella cuando el hombre dejó de moverse. Pero apenas si tenía tiempo.

Tomó la cimitarra zambulana de la vaina del muerto y anduvo con sigilo hasta el hueco de la escalera. En torno a este, las lámparas crepitaban en sus soportes; las sombras parecían monstruos. Bélit bajó a toda prisa.

Al pie de las escaleras, donde había una puerta por la que se podía salir al mundo, montaba guardia otro centinela. Era un hombre viril, robusto, de mejillas azuladas, con casco, coraza, faldón de cuero y grebas. Sujetaba una pica con la mano, y llevaba una espada envainada al cinto.

—¡Quieta! —exclamó.

Las paredes de la antecámara le devolvieron los ecos de su voz. Bélit ocultaba la cimitarra tras sus espaldas. Le sonrió de la misma manera como había acostumbrado sonreírle a Aliel.

—¿Quieta? —murmuró—. Oh, sí, con gran placer; no me alejaré de ti cuando vengas a abrazarme, soldado. Las muchachas nos hartamos de estar en el harén.

Mitad conturbado, mitad seducido, confuso en todo, el hombre se alejó de ella. Bélit alzó el arma y atacó.

Casi lo mató. El soldado dio un salto, esquivó el sibilante filo de su arma y alzó la pica para detener el segundo mandoble. Bélit acometió oblicuamente y le hirió en el muslo.

El guardia gritó pidiendo ayuda. Ella le acorraló, atacó por debajo de su guardia, acometiendo por la derecha y por la izquierda. El hombre soltó la pica. Si hubiera mantenido las mientes claras, podría haberlas empleado contra ella… pero aquella mujer que le atacaba riéndose, sin temer por su vida, le inspiró terror. Bélit había aprendido esgrima de su padre; había matado búfalos y leones en Kush.

—¡Bruja, bruja! —chilló, y trató de desenvainar su propia arma.

El mandoble de Bélit le hirió en la muñeca antes de que lo lograra y la dejó inútil. Él quedó boquiabierto. Bélit le segó el cuello.

—Salí afuera —le decía a Conan—. ¿Qué me importaba lo que pudiera encontrarme? Se hizo de noche rápidamente, y así me pude ocultar.

»Busqué el puerto. Allí maté a un vigilante y robé una faluca. Como la marea estaba bajando, pude salir al mar.

»Tienes que comprenderlo, yo no abrigaba ninguna esperanza salvo la de poder vengarme. Estaba convencida de que moriría peleando, y me sorprendió que no fuera así. Y bien… ahora soy un arpa que Derketa tañe para atraer a los hombres a su reino.

»Durante unas pocas horas, abrigué el sueño de regresar a Danmarcah. Pero al cabo de poco, los dioses me indicaron otro rumbo. La corriente que lleva al sur es fuerte; si no me concedían vientos favorables, y no me los concedieron, no podría remar yo sola hacia el norte. Sin embargo, encontré muchas provisiones y agua a bordo… ¿fue el destino?

»Así que navegué hasta la Costa Negra, y finalmente hasta mi

Suba.

»Los sobrevivientes habían regresado después de que el barco partiera. Maltrechos, eran presa de las tribus vecinas, que iban a saquearles y a capturar esclavos. Como hija de Bangulu, les ayudé a recobrar cierta fuerza.

»Pero estaba claro que los suba tardarían en volver a su antigua grandeza. Y… yo todavía tenía que cobrarme mi venganza.

»Por los azares del comercio, llegó un bajel de Shem. Envié una comisión, con todo el marfil, los simios y los pavos reales que pude reunir, para que hiciera construir y poner a punto un barco de guerra. No tardó en llegar: esta hermosa, esta vengativa Tigresa mía… nuestra, Conan. Mis pescadores suba no necesitaron mucho ejercicio para aprender a manejarla. También son guerreros, y tienen sus propias deudas de sangre. Además, el botín que llevan a casa está permitiendo que su tribu halle un nuevo comienzo.

»Soy la hija de Bangulu. Me siguen adonde yo les conduzca. Ahora te seguirán también a ti, Conan.

La calma que había mantenido Bélit se quebró. Se aferró con todavía más fuerza a la baranda, irguió la cabeza y gritó a los cielos:

—¡Estigia, Argos, sí, y muchos de Shem y de Kush, qué es lo que habéis hecho! ¡Os maldigo, yo, la hija de Hoiakim y Shaaphi, la hermana de Jehanan, la esposa de Aliel, la madre de Kedron! ¡Que el fuego os envuelva por siempre! Conan la acercó a sí.

—Amada —le dijo con voz temblorosa—, te hirieron, amada, y bien querría yo que mi espada hubiera estado allí para defenderte. Al menos, podrá ayudarte en tu venganza.

Bélit se arrojó contra su pecho y lloró. Luego alzó los ojos hasta clavarlos en los de Conan, dorado castaño en gélido azul, y le dijo en voz baja:

—Conan, no he estado con ningún hombre desde que escapé hasta encontrarme contigo. En ti renacen mi alegría y mi esperanza.

—Y las mías en ti —murmuró él.

Los dedos de Belit se enredaron en sus cabellos.

—Venganza, sí. Pero luego, Conan, viviremos siempre juntos. Si los dioses celosos lo permiten.

4. Una hija del pueblo libre

Allí donde el Styx, que fluía hacia el norte desde fuentes desconocidas, viraba hacia el oeste en su largo camino hasta el mar, allí se hallaba el extremo nororiental del reino estigio. Más al sur se encontraban tierras montañosas cada vez más abruptas, hasta una cresta desde donde se descendía al poderoso reino de Keshán. Estos cerros y montes formaban la provincia de Taia.

Shuat de Estigia, que comandaba la milicia del gobernador contra los nativos rebeldes, conducía un destacamento río arriba. El río atravesaba a gran velocidad su valle, siempre hacia el este, hasta confluir con el Styx, y daba origen a una cuenca más fértil que la región circundante. Allí, los taianos, que en otras comarcas vivían del pastoreo, habitaban aldeas de granjeros; allí se encontraba la principal arteria por la que el comercio, y también la civilización, llegaban a aquella provincia. Por lo menos, así había sido. Ahora, a sus espaldas, el humo de los techos de paja que cubrían las chozas de barro se elevaba para mancillar los cielos; las palmas datileras y los naranjales habían sido talados, los buitres se abatían sobre los cadáveres, hileras de cautivos daban traspiés de camino al mercado de esclavos de Luxur. Todavía no había ocurrido nada en la orilla derecha, pero no tardaría en llegar su turno.

Shuat, hombre corpulento, de rostro severo, cabalgaba al frente de sus fuerzas. A su izquierda, el portaestandarte sostenía en alto el pendón de la Serpiente de su ejército. Inmediatamente detrás, entre sus guardias personales, le seguía su carro. Luego, entre nubes de polvo, redoble de tambores, estruendo de pies y de pezuñas, y ruedas chirriantes, le seguía su regimiento. Más adelante, el camino paralelo a la orilla del río se elevaba bruscamente con el terreno, y el valle se estrechaba hasta convertirse en cañada. Sus paredes eran de roca roja, que se recortaba con vivo color contra el cielo donde

el sol resplandecía con fuerza. Allí, el arroyo se estrellaba entre espumas y fragor.

Su asistente se adelantó para unirse al comandante en el ala derecha, refrenó su caballo, e inquirió:

—Señor, el capitán Menemhet pide órdenes referentes al lugar donde acamparemos para pasar la noche.

—¿Cómo es eso, si apenas ha empezado la tarde? —exclamó Shuat. El asistente señaló.

—Mi señor sabe bien que este desfiladero es largo. No podremos llegar al final y salir a campo abierto antes de que anochezca. ¿Puedo sugeriros, con el debido respeto, que no nos conviene exponernos a que nos ataquen en este lugar?

—Yo espero que nos ataquen. —Notando la sorpresa del oficial, Shuat condescendió a seguir hablando—. ¿Te has preguntado por qué estamos saqueando el valle en lugar de establecer una guarnición, como se hizo después de otros alzamientos? Al fin y al cabo, este valle pagaba más impuestos que todo d resto de esta maldita región. Bien, es todavía más importante para las gentes de las tierras altas, tanto por lo que produce como por lo que ha significado en su historia. Si lo dejáramos intacto, los pueblos afines que les circundan les mandarían suministros de contrabando, y nos pasaríamos años persiguiendo a las bandas de insurgentes que quedasen. Actuando de esta manera, la humillación y la desesperación les obligarán a atacarnos abiertamente. Si encerramos a la tropa en un desfiladero, tentaremos a los que se hallen cerca a intentar un asalto inmediato.

»Si eso ocurre, no tengas miedo. No soy tan necio como para tratar de seguir adelante. Los rechazaremos y nos retiraremos en orden. Nuestros hombres están bien equipados, están habituados a pelear en filas cerradas, e infligirán bajas mucho más graves de las que sufrirán. Ese es mi objetivo.

—No me corresponde el cuestionar la sabiduría de mi señor —dijo el asistente, dubitativo.

Shuat rio entre dientes, malhumorado.

—No me importa que lo hagas. Estoy de acuerdo, esto parece mucho más costoso que simplemente fatigar a las gentes de los clanes, como se ha hecho en otras ocasiones. Pero tengo órdenes que cumplir. La rebelión debe ser aplastada con rapidez, no importa

a qué precio. He trazado mis planes de acuerdo con ello, y el gobernador Wenamon los ha aprobado. No osó actuar de otra manera.

—¿Señor?

Shuat se ensombreció.

—Esas órdenes han llegado recientemente de Khemi, y el rey las ha refrendado en Luxur. Vinieron en una barcaza mágica que hizo el viaje en unos días. Lo sé por la fecha del documento, y por el sacerdote-mago Hakketh que viajó a bordo, y que ahora aguarda en Seyan a que le mande el informe de esta expedición. —Hizo un signo con la mano—. No he preguntado por qué este asunto es tan urgente. Ante los hierofantes de Nuestro Gran Señor Set, no hay que hacer preguntas. Solo hay que postrarse y obedecer.

A pesar del cálido y luminoso día, el asistente se estremeció.

En lo alto de la quebrada, la tierra era abrupta, inmensa, hasta las montañas que parecían un muro purpúreo en la lejanía del horizonte meridional. Salvo algunos tamariscos y acacias dispersos, no había árboles; el suelo estaba cubierto de hierba amarillenta y arbustos espinosos. Los más grandes peñascos de aquella región hablan sido empleados hacía tiempo en la construcción de dólmenes, bajo los cuales reposaban los héroes. Los antílopes pacían entre aquellos sepulcros. Habían vuelto allí después de que las gentes se llevaran las vacas y las cabras a terrenos más elevados.

Huyeron al acercarse un grupo de guerreros. Estos eran taianos, más altos y esbeltos, más oscuros de piel que los estigios. Solían ser bellos; tenían la nariz ancha, los labios carnosos pero bien formados, cabello lacio y oscuro con tonos azulados, y acostumbraban afeitarse la barba. En su mayoría, apenas si llevaban más ropa que un faldón teñido con el color del clan de su propietario, que por arriba les colgaba del hombro izquierdo; por la noche, lo empleaban como manta con la que enrollarse. Sus principales armas eran la daga, la lanza, la honda, el arco, el hacha, aunque algunos poseían espadas cortas estigias o cimitarras de Oriente. Muchos de ellos manejaban también escudos rectangulares que les protegían desde la rodilla al mentón, y en muchos de estos llevaban pintado un disco solar.

Ausar, el jefe, iba a su frente dando largas zancadas de montañés. Tenía el cabello cano y el rostro surcado por arrugas,

pero el paso del tiempo apenas si había afectado al resto de su cuerpo. Su rostro era más anguloso de lo habitual en aquellas tierras, y su tez más clara. Llevaba como atuendo una piel de león, y en una cinta que le ceñía la cabeza relucía el símbolo del Sol, en oro. Además de una daga, llevaba un hacha de guerra, cuyo astil medía tres pies y tenía como remate una punta de acero.

Al llegar al borde del precipicio, ordenó por señas a sus seguidores que se detuvieran y se agacharan, para no ser vistos por quien pudiera mirar desde abajo. El fragor y los centelleos del río se distinguían con claridad en la penumbra de la quebrada. Al mirar río abajo, descubrió otro sonido y otro centelleo que le hicieron asentir con torva satisfacción.

Se puso en pie y volvió con sus hombres. Eran varios cientos, y todos se hallaban lo bastante cerca como para poder oírle.

—Sí —les dijo—, el explorador no mintió. Es cierto que los estigios han seguido avanzando y que están plantando su campamento donde yo esperaba. Parece el lugar más apropiado por toda esta comarca, en un trecho donde la orilla que separa el río y la pared del risco se ensancha. Sin embargo, tendrán que acampar en una larga línea. Y como en este lugar el Helu es más estrecho, también es más hondo y veloz. El estigio armado a quien hagamos caer a esas aguas no podrá volver a salir por sí solo. —Alzó el hacha —. No gritéis de júbilo todavía, no vaya a ser que nos descubran. ¡Pero vamos a atacarles!

Las armas se alzaron, y capturaron los rojos rayos de un sol que ya estaba desapareciendo entre los picos.

—Os contaré mi plan —siguió diciendo Ausar—. Ellos nos superan en número, pero atacaremos por detrás a la cabeza de la serpiente que es su ejército, se la cortaremos y mataremos a esos hombres. ¡Quiera Mitra que su comandante se encuentre con ellos! Entretanto, habrá otros apostados en la orilla para impedir que el resto escape. No tenemos tiempo para seguir hablando y, por tanto, concedo ese honor a los del clan Yaro, que están aquí presentes. Después del anochecer, nos retiraremos por las cuestas, pues esa torpe gente de las tierras llanas no osará perseguirnos, y mañana buscaremos otra manera de acosarles. ¡Por Mitra y por Taia… adelante!

Empezó a bajar por el risco. Su hija más joven, Daris, aceleró el

paso para poder seguirle. En aquel país, las mujeres solteras solían ir a cazar con sus hermanos, y luchaban en tiempos de guerra. Aunque su padre no aprobara su deseo de unirse a aquella fuerza itinerante, tampoco había podido negárselo, puesto que las hermanas de la muchacha tenían niños que cuidar, y todos sus hermanos estaban participando en otras incursiones.

—Quédate atrás —le insistía—. Sabes tirar a matar con el arco, pero aquí tendremos que luchar cuerpo a cuerpo, y algunos de los enemigos no se habrán quitado la armadura todavía.

Daris alzó una daga.

—Soy lo bastante ágil como para dar buen uso a esto, padre —respondió la muchacha. Ausar suspiró.

—Entonces, que Mitra te proteja. Siempre quise a tu madre mientras vivió, y tú te pareces mucho a ella.

Daris siguió adelante. Su cuerpo alto y esbelto no carecía de sinuosidades que la delataran como mujer. Tenía las facciones todavía más angulosas y finamente cinceladas que su padre, la piel todavía más clara, dorada más que morena. Sus grandes ojos negros miraban entre mechones de cabello moreno, oscuro como la medianoche. También llevaba un pequeño disco solar en la frente. El resto de su vestido consistía en un peto de pellejo de vaca endurecido al fuego, que llevaba sobre una túnica corta, y una falda de cuero con adornos de bronce. A la espalda llevaba un arco, una aljaba y un hatillo con carne seca como solían llevarlo los taianos en sus viajes.

—Recuerda —decía ella— que juré que había de ver tantos estigios muertos como farazis. Me corresponde abatir a tantos como me permita la Reina Negra.

Ausar frunció los labios. En una ocasión en que el clan Farazi protestó porque le habían sido doblados los impuestos sobre el ganado, el gobernador Wenamon los invitó a Seyan para celebrar un festín de reconciliación y parlamentar. La mitad de ellos fue. Su milicia los retuvo como rehenes. Este último abuso de poder estigio alzó en armas a la mayoría de los moradores de las tierras altas. Entonces el gobernador mató a sus prisioneros, y en vez de atemorizada sumisión obtuvo como respuesta una revuelta generalizada por toda la provincia.

Daris calló, pues su padre se había vuelto hacia el desfiladero.

Brevemente, Ausar miró por el risco, asintió, alzó el hacha a modo de señal y corrió hacia abajo. Pocos en el mundo habrían podido bajar con aquella celeridad por una cuesta tan empinada y abrupta a la luz del crepúsculo, pero los montañeses eran ágiles como cabras y silenciosos como leopardos. Enfrente de ellos, más abajo, los estigios parecían manchas en la penumbra, destellos de metal cerca del rugiente Helu. Las hogueras de acampada parpadearon al encenderse por todo el campamento; su humo se mezcló con el frío que provenía de las aguas.

Nadie advirtió la presencia de los taianos hasta que el talud retembló bajo sus pies encallecidos. Se oyó un grito, resonaron las trompetas, los caballos relincharon alarmados, entrechocaron los aceros. Ausar gritó: «¡Adelante!», y corrió a la batalla.

El yelmo, el peto, las grebas y el escudo de un centinela brillaron delante de Ausar a la luz del ocaso. El estigio desenvainó, se aprestó a defenderse, trató de herir al enemigo que le atacaba. Ausar esquivó. Su hacha centelleó desde un costado. El soldado apenas pudo retirar a tiempo el brazo. El filo del hacha chocó contra su escudo. Ausar golpeó una vez más con el hacha, y otra, para tratar de desequilibrar su defensa con el peso del arma. El escudo acabó por retroceder lo suficiente, y el hacha se hundió en el muslo del estigio. Manó la sangre. El soldado gritó y se tambaleó. Ya no se protegía el rostro. Ausar le clavó la punta de acero en la cara, saltó por encima del cadáver y siguió adelante. Sus hombres rugían a su alrededor.

Daris daba saltos, se agazapaba, buscaba oportunidades en el tumulto. Un estigio con cota de malla luchaba con un taiano que blandía una cimitarra. Sin armadura, el hombre de las tierras altas no podía con su oponente. Herido ya en una docena de sitios, iba retrocediendo paso a paso; a sus espaldas se encontraban las líneas enemigas. De súbito, vio una abertura, gritó y se acercó de un salto al tiempo que su espada silbaba en un mandoble de arriba abajo. Una habilidosa finta le había engañado. El escudo del soldado retrocedió para detenerle, al tiempo que su portador daba un paso adelante. Este envainó su arma en el vientre del nativo, y le destripó. Entonces, Daris se puso a sus espaldas y le sujetó por la barbilla. Su daga le hizo un profundo corte en la garganta. El soldado cayó, gorgoteó, se agitó espasmódicamente y quedó inerte

al lado del taiano. Daris ya se hallaba en otro lugar.

Un jinete se abrió camino entre la contienda. Desde lo alto del caballo, acuchillaba a diestro y siniestro a los rebeldes que estaban combatiendo con la infantería estigia. Daris se abrió paso entre la violencia. Sin atemorizarse por las patas del caballo, ni por nada, se metió debajo del animal. Este relinchó y se encabritó cuando la muchacha le cortó los tendones de las patas; cayó pesadamente, soltó coces. Daris se arrojó como un gato sobre el jinete. Antes de que este hubiera podido recobrarse, ya perdía sangre por el antebrazo, que tenía rajado desde la parte interior del codo hasta la muñeca.

Daris se libró de él y se puso en pie. Parecía reinar el caos a orillas del río. Pero… ¡Armaduras! ¡Líneas de combate! ¡Caballos! Al comprenderlo, quedó boquiabierta de desaliento. Los estigios habían aguardado, listos para combatir, casi hasta el último hombre. El asalto taiano solo les había hecho retroceder un poco, y luego se habían reagrupado en disciplinadas filas. La confusión se adueñaba del bando de Ausar, que de pronto se veía obligado a retirarse. Y los otros encendían antorchas en las hogueras del campamento para iluminar el camino a los soldados del rey. Las trompetas resonaban triunfantes, la caballería cargaba en cerrada formación, los carros avanzaban estrepitosamente sobre ruedas con cuchillas incorporadas. Los estandartes estigios avanzaron desde el este y el oeste; los defensores del clan Yaro se habían visto superados por el peso de armaduras, carros y vehículos; los atacantes estaban acorralados.

—¡No! —alcanzó a oír que gritaba su padre entre el clamor y el estrépito de aceros.

Por encima de los hombres que aparecían por ambos lados, en un intento de ser los primeros en hacerse con la presa, vio a Ausar. Se había abierto paso a mandobles hasta la pendiente del talud. En vez de huir, se quedó allí con el hacha en alto, a la parpadeante luz de las antorchas, bajo las primeras estrellas, para indicar el punto donde los suyos debían reagruparse. Las flechas estigias silbaron a su alrededor, pero no les prestaba atención, y no le acertaron a la escasa luz del crepúsculo.

—¡Venid, hombres de Taia, venid conmigo! —gritaba.

Sus guerreros no se habían internado tanto en las líneas

enemigas como para no poder escapar. Se oyeron gritos de pantera entre ellos. Corrieron hacia Ausar con terrible vigor. El camarada ayudaba a su camarada en la carga. Los soldados no pudieron matar a muchos antes de que alcanzaran los riscos de la quebrada, y huyeran en la noche cuajada de estrellas sin que los otros pudieran seguirles.

Daris lo vio todo mientras luchaba por su propia libertad. Se había visto apartada del combate cuando las mareas de la batalla la habían arrojado contra dos infantes estigios. Estos la habían sujetado por los brazos. Ella había luchado con demoníaca furia. Le había puesto la zancadilla al hombre que la agarraba por la izquierda y habían caído los tres juntos. Había logrado clavarle los dientes en la garganta. Él, presa de terror, la había soltado. La muchacha se había liberado y se había vuelto para golpear al otro bajo la nariz con la muñeca. Podría haberlo matado, pero el soldado se agachó a tiempo, y solo le rompió el tabique nasal. El otro soldado volvió a arrojarse sobre ella. Trató de golpear a Daris en la mandíbula. Sin embargo, le dio en la mejilla. Aun así, la muchacha quedó aturdida. El hombre le aferró la garganta y apretó. El otro estigio impidió que se defendiera hasta que se hubo desmayado.

Quedaba poco de Thuran. Al conquistar Taia, los estigios habían asediado y destruido en su mayor parte la capital, y habían devastado también el interior. Después, quinientos años de abandono habían ido desgastando lo que quedaba. Las terrazas se desmoronaron, las paredes se hundieron, los canales y represas se habían llenado de sedimentos, el suelo se había erosionado, las ricas tierras de cultivo se habían convertido en yermos resecos. Cuando por fin volvieron los hombres, vivieron del pastoreo. Se llevaron la piedra caída de la ciudad para construirse refugios a millas de allí. Vivían en su mayor parte en tiendas de piel que cargaban a lomos de sus bueyes en el ciclo de su vida nómada. Era un mal país para viajar a caballo, en camello o en carro. Sus habitantes tenían por fuerza el pecho robusto y los pies ágiles.

Sin embargo, consideraban sagrada a Thuran de las Alturas. Varanghi la había fundado al guiar hasta allí a sus ancestros, y la había consagrado a Mitra. Una larga sucesión de reyes había reinado gloriosamente en ella, había florecido una civilización. Allí se encontraba todavía el antiguo templo del dios del Sol, medio en

ruinas, que sin embargo alojaba todavía a unos pocos sacerdotes que practicaban los ritos puros y conservaban una parte de sus antiguas reliquias y su saber. Allí, los jefes de los clanes y sus familias se reunían cada solsticio de invierno para hacer sacrificios, deliberar, resolver sus querellas y cuidar de otros asuntos más mundanos. Allí, el pueblo llegaba en peregrinaje para purificar sus culpas, para jurar los juramentos más sacros o hallar consuelo en los misterios de Mitra.

Allí llevó Ausar a sus hombres tras su derrota a orillas del Helu. Era el lugar natural para que se reunieran todos los que quisiesen unirse a su ejército. Los estigios tardarían en llegar hasta allí; en último término, las líneas de suministros podían ser cortadas muy fácilmente en aquellas áridas y agrestes elevaciones. Tenía la esperanza de que le aguardaran nuevos reclutas en aquel lugar.

—Pero apenas si me queda alguna otra esperanza —le dijo a Parasán.

—Haces mal en desesperarte con tanta facilidad, hijo mío —le amonestó el Sumo Sacerdote—. Tal vez hayas perdido una batalla, pero tu guerra es joven.

—He perdido a una hija querida —se lamentó Ausar.

Parasán alzó su frágil mano y cogió del hombro a su caudillo.

—Cayó como una valiente, por una causa justa. Mitra, que es él mismo un guerrero, la habrá llevado consigo a su hogar.

—Sí. Si es que ha perecido… ¡Oh, señor del Sol, haz que haya perecido, que no esté cautiva!

Reinó el silencio durante un rato. Ambos tomaron asiento en la habitación del sacerdote, dentro del templo. La luz del sol se colaba por las ventanas e iluminaba un par de cámaras de piedra de austero mobiliario. Medio borrado por el tiempo, un mural, sobre un pequeño altar, mostraba a un joven montado sobre un toro, entre cuyos cuernos refulgía el disco solar. También había estantes con pergaminos igualmente antiguos, tomos, piezas de artefactos alquímicos y graciosas estatuillas salvadas de las ruinas. Parasán, ataviado con una túnica azul, aguardó con paciencia.

Ausar recobró el dominio de sí, y dijo con voz hueca:

—¿Puede ser justa la imprudencia? Yo no creía que pudiéramos expulsar de Taia a los estigios. Pero sí creí que tal vez nuestra resistencia les haría demasiado gravoso el enviar sus recaudadores

de impuestos y sus jueces a estos montes; que, al final, acabarían por dejarnos en paz, y que incluso llegaríamos a algún acuerdo con ellos. En cambio, han devastado el valle del Helu, con lo que nos han empobrecido todavía más. No creo que vayan a permitirnos volver allí hasta que nos rindamos. Al contrario, su crueldad me hace temer que, en cuanto traigan suficientes soldados, pasarán a sangre y fuego toda Taia. ¿No sería mejor que nuestros emisarios les llevaran mi cadáver cubierto de sal en signo de rendición?

Parasán negó con su cabeza cana. Era más bajo y tenía la piel más oscura que la mayoría de sus paisanos, tenía más sangre negra, pero todos escuchaban siempre con respeto sus gentiles palabras.

—No, Ausar, no nos abandones tan temprano. De nada nos serviría. Tú eres nuestro jefe natural… el jefe del clan Varanghi, que desciende de nuestros reyes, el más notable entre nosotros, cuya bravura conocemos. Pero si tú mueres, el odio del pueblo no morirá contigo. Otro ocupará tu lugar, y continuará la lucha. Por nuestro dios, nuestra tierra y nuestra sangre. Ausar rio con amargura.

—¿Nuestra sangre? ¿Y qué es eso? Nuestros antepasados hiborios se mezclaron enseguida con los estigios, los kushitas y los shemitas. Keshan es ahora casi negra en su totalidad, y nosotros a duras penas podemos llamarnos blancos, ¿verdad? En cuanto a nuestra tierra, fue grande en otro tiempo, pero casi todo lo que sabemos hoy día de la civilización lo hemos aprendido de nuestros dueños estigios. —Calló por unos momentos—. Y nuestros dioses… no diré ninguna blasfemia contra el Altísimo Mitra, pero debes reconocer, sin duda este hecho te atormenta, cómo se ha bastardeado su culto, a lo largo de los siglos, con los paganismos que lo rodean.

—Sí —murmuró Parasán—. Pero aunque su llama brille con poca fuerza, jamás se extinguirá. —Enderezó el cuerpo sobre la silla —. ¿Tus hombres están tan desanimados como tú?

—No. Son bárbaros y aceptan lo que les depare el destino, y nada les importa salvo dejar un nombre honorable en la saga de su clan. Yo, sin embargo… Recuerdas que, cuando era muchacho, me trajeron aquí para que estudiara las crónicas taianas. Luego viajé durante algunos años por Estigia y por Shem, y traté de aprender acerca de la civilización. Veo las cosas con demasiada claridad.

—Pero también demasiado superficialmente, hijo mío. Ven. —

Parasán se puso en pie y anduvo cojeando hasta la puerta—. Sé que no es nueva para ti, y ellos también la conocen en su mayor parte, pero volveré a proclamar la Profecía del Hacha.

Ausar obedeció de mala gana, y ansioso a la vez de que el sacerdote, en caso de que pudiera hacerlo, le levantara el ánimo. Salieron al pórtico del edificio. El mármol, antes blanco, se había deteriorado hasta adquirir un intenso matiz dorado. Casi no quedaba nada de los frisos, los ornamentos de las columnas se habían borrado. Solo algunos escombros daban fe de que el edificio había tenido otras dos alas en el otro lado. Sin embargo, las ruinas conservaban su gracia, y el olor y el susurro de la hierba secada al sol.

Los guerreros, tanto hombres como unas pocas mujeres fieramente castas, habían acampado frente al templo en la ladera, entre restos de paredes y de columnas caídas. Una brisa cálida se llevaba el humo de sus hogueras, hacia un cielo donde los halcones capturaban la luz del sol en sus alas. Al ver a su caudillo y a quien le acompañaba, corrieron hacia el hueco de la escalera, y se fueron apiñando los esbeltos cuerpos morenos.

Parasán alzó una mano. De algún modo, su débil voz logró decir:

—Vosotros que lucháis por Taia la bien querida, oídme. Oíd, aunque ya la hayáis oído, la historia de vuestra patria.

»Tuvisteis antepasados poderosos. Llegaron de lejos, del lejano Norte, de la Hiboria de las leyendas, primero como nómadas, luego como conquistadores, al fin como colonos. Aunque bárbaros, eran portadores de un destino. Pues adoraban a Mitra, y el Señor del Sol quiso que trajeran su fe pura a estos reinos donde florecían los dioses bestiales, los sacrificios humanos, la magia negra y toda otra suerte de abominaciones.

»Algunos atravesaron las tierras altas y llegaron a Keshán. Allí fundaron ciudades que alcanzaron la grandeza; pero ahora languidecen en aquel clima bochornoso, la jungla ha engullido casi todo lo que construyeron, y nada queda salvo un rudo reino negro… que, sin embargo, se sostiene como un baluarte frente a crueles vecinos.

»Los hiborios tuvieron mejor suerte en estos collados más fríos y secos. Varanghi llevó a la victoria a quienes vinieron aquí. Aun la brujería, el legado de razas olvidadas que no eran humanas, fue

derrotada por Varanghi. Pues fue a la batalla con un hacha que le había entregado la propia mano de Mitra. Mientras la blandiera un hombre digno, el arma era invencible.

»La dinastía engendrada por Varanghi la adoptó como emblema. Durante largo tiempo floreció su reino de Taia en triunfos, riquezas y alegría, y en el esplendor de Mitra. Su luz era insufrible para la siniestra Estigia. Una y otra vez, a lo largo de los siglos, los adoradores de Set lucharon por derrotar a Taia, y siempre fueron rechazados.

»Pero al fin, un heredero indigno ascendió al trono. Se dejó seducir por la magia estigia y cayó en la batalla. Cayó sin haber tenido hijos; vuestro caudillo Ausar, que se encuentra aquí, a mi lado, procede de un hombre justo, hermano de ese rey. Los estigios invadieron y anexionaron Taia. Durante siglos, el país ha gemido bajo su yugo.

»El Hacha de Varanghi no fue encontrada en el campo maldito donde murió el último rey. Nadie la ha visto desde entonces. Sin embargo, un hombre santo profetizó por todo el país que el hacha estaba oculta, y que aguarda a un liberador digno de empuñarla; y que este procederá de la antigua estirpe norteña. Los estigios capturaron y crucificaron al profeta; pero no pudieron matar sus palabras, que aún perduran en nuestros días.

»A menudo los sacerdotes de Mitra, en este lugar santo, le hemos pedido un signo en nuestras plegarias. Nos ha enviado visiones y sueños, que nos han dicho que no abandonemos la esperanza.

»Las visiones no han hablado de la llegada del libertador. Pero tampoco han negado aquel verso de la profecía que dice que el libertador ha de llegar al cabo de una mano de siglos.

»Una mano de siglos… ¿cinco dedos, quinientos años, pues? No lo sé. Pero Taia lleva quinientos años esclavizada. ¡La generación que libere al país puede ser la vuestra!

»Los guerreros blandieron sus armas y profirieron el salvaje grito de guerra de sus clanes.

»Los estigios ataron a los pocos cautivos que habían tomado, pero no les infligieron malos tratos. Al alba, cuando las frías neblinas flotaban sobre el río, Shuat vino a inspeccionar. Durante un par de minutos observó a los taianos, quienes le miraban desafiantes. Los sonidos del torrente y del regimiento en marcha

parecían remotos.

—¿Esto es todo? —masculló Shuat—. Y apenas si les hemos matado más hombres que ellos a nosotros. —Dijo a su asistente—: No pienso continuar con un plan que es un fracaso. Regresamos ahora mismo. —Volvió a mirar y se fijó en Daris—: ¿Quién es la mujer?

—Si le place a mi señor, yo ayudé a capturarla —dijo un sargento—. Vaya una arpía. —La miró con lascivia—. Mis amigos y yo logramos domarla pronto. Aceptaremos no ser los primeros.

Daris gruñó. La vergüenza la abrasaba.

—No, idiota —exclamó el comandante—. Mira ese disco dorado en su frente. Los nativos lo reservan para sus familias de más alto rango. No quiero que pierda valor como rehén u objeto de canje. —Se dirigió a ella—: ¿Quién eres?

El estigio no era la lengua materna de la muchacha, pero, como la mayoría de taianos, la había aprendido bien. Irguió el cuerpo, le miró a los ojos, dijo su nombre, y añadió:

—Soy la hija de Ausar, legítimo rey de este país.

—Ahhh —dijo Shuat—. Muy bien. Mi plan ha resultado más fructífero de lo que esperaba.

Asqueada, Daris comprendió la magnitud de lo que había dicho.

Siguiendo órdenes de Shuat, la separaron de sus compañeros. Estos se despidieron de ella estoicamente. A ellos los habían destinado a la esclavitud. El destino de la muchacha podía ser peor.

Daris no sufrió malos tratos inmediatos. Sus guardias le permitieron que se lavara… mientras la sujetaban por el cuello con una correa. La muchacha tuvo que sufrir sus observaciones mientras se desnudaba, pero el estar limpia le hizo sentirse bien. También se lavó la túnica y la falda; no tardaron en secarse. Naturalmente, su coraza y sus armas se hallaban con el botín. Compartió las lentejas de los hombres y anduvo entre ellos en su marcha río abajo. Los soldados intentaron iniciar una conversación en un par de ocasiones, pero Daris no les respondió ni palabra, y la maldijeron por mujerzuela arisca, y le explicaron en detalle lo que podría ocurrirle más adelante.

Daris apenas si les prestaba atención. La angustia de estar cautiva podía con todo lo demás. Andaba como en un mal sueño.

A marchas forzadas, Shuat llegó a Seyan con su tropa en tres

días.

La pequeña ciudad de edificios de fango encalados, en la confluencia del Helu y el Styx, era con todo la más grande de la Taia de su tiempo, y la sede del gobernador. Su palacio destacaba en las afueras, en medio de jardines, cercano al puesto militar. Llevaron allí a Daris y la encerraron en un cuarto lateral mientras Shuat iba a informar.

Un par de soldados la sacó de allí al cabo de poco.

—Cuando accedas a su presencia, recuerda que debes prosternarte —le advirtió uno de ellos. Daris se irritó.

—¿Cómo, el gobernador se ha adjudicado a sí mismo honores regios?

—No, pero está con un brujo sacerdote de Set. —El miedo tiño la voz del hombre.

Mientras iban hacia allí, Daris fue recobrando la serenidad. Junto con esta, adquirió resolución. No valía la pena morir con orgullo; no habría ayudado con ello a la causa de su padre. No, haría lo que fuera necesario para sobrevivir, siempre y cuando pudiera obligarse a hacerlo. Se tomaría su tiempo, y estaría siempre aguardando la posibilidad de escapar o, por lo menos, matar a unos pocos estigios. Así, cuando la hicieron pasar a la gran estancia, se rebajó de la manera que le habían indicado: se postró sobre la estera de junco.

—Levántate —dijo una voz sibilante al otro extremo de la estancia—. Acércate.

Sumisa, Daris se adelantó entre paredes pintadas con figuras humanas de cabeza animal. Shuat y el corpulento Wenamon estaban sentados en escabeles ante ella, al pie del estrado donde se hallaba el trono del gobernador. En este se sentaba un hombre con la cabeza rapada, vestido con una túnica negra. La muchacha se fijó principalmente en sus ojos. Ardían al mirarla.

—Quieta —le ordenó.

La muchacha obedeció. Se hizo el silencio en la oscura sala. Daris sintió que aquellos ojos le atravesaban el vestido y la carne, y le llegaban a su propia alma.

—Sí —dijo por fin—, hay algo terrible en el destino de esta muchacha. No puedo ver lo que es. Tenemos que llevarla a Khemi para que mi amo la examine más de cerca.

—¿Cuándo tendremos que prescindir de tu compañía, santo Hakketh? —le preguntó afectadamente Wenamon.

—Ahora mismo. —El brujo se puso en pie—. Guardias, seguidme con la muchacha. Los otros, decid a mis siervos que se reúnan conmigo en la barcaza alada.

Wenamon y Shuat hicieron una profunda reverencia cuando el sacerdote pasó por delante de ellos.

El corazón de Daris desfalleció. Un sudor frío empezó a cubrirle la piel. ¿La llevarían a Khemi la Negra para… examinarla?

Hizo acopio de coraje. Sabía que, por río, la ciudad prohibida se encontraba a por lo menos mil millas de distancia. Durante las semanas que habría de durar el viaje, sin duda hallaría algún modo de darse muerte limpiamente.

El sendero de palacio no llevaba a los embarcaderos civiles, sino a un muelle para naves de guerra fuertemente vigilado. En aquel momento no había ninguna. En cambio, Daris vio una embarcación distinta de cualquier otra que hubiera visto. Medía casi cincuenta pies de eslora, y el casco brillaba con un color blanco apagado, metálico. Su elevada proa sostenía una imagen de la cabeza y el cuello de un reptil de afilado pico, cuyas correosas alas plegadas parecían estar esculpidas en los costados de la barcaza. El casco estaba abierto, con la única excepción de una camareta alta de finas formas, y no había traza alguna de mástil o de remos. En la popa, sobre un trípode de patas de hierro, había una gran esfera de cristal en cuyo interior parpadeaba algo parecido a fuego, de color rojo y azul.

Un musculoso y servil acólito, uno de los varios que atendían a Hakketh, tiró de la barcaza hasta acercarla al muelle. Todo el grupo la abordó por una escalerilla moldeada en el casco; los soldados les contemplaban con temor reverencial. A una palabra del mago, un servidor le puso un grillete en el tobillo a Daris, y sujetó el grillete con una ligera cadena que, a su vez, terminaba en una argolla sobre cubierta. Le quedó espacio para moverse razonablemente, pero vio con horror que no podría asomarse por la borda.

Hakketh hizo un gesto. Los guardias soltaron las amarras. La barcaza se dejó llevar por la corriente. Hakketh se volvió hacia uno de los acólitos.

—Tú cubrirás el primer turno —le ordenó.

—Sí, mi señor.

El hombre se acercó a la esfera. Alzó las manos. Dijo «Zayen», una palabra que no pertenecía a ninguna lengua que Daris conociera. Los fuegos de la esfera crecieron en intensidad. Las alas esculpidas en ambos costados del buque se extendieron hasta quedar perpendiculares al casco. En silencio, el bajel cobró velocidad al tiempo que el estigio levantaba aún más los brazos.

Tal vez para ver cómo reaccionaba, Hakketh le dijo a la mujer:

—Tienes que saber que estás viajando en la sacra barcaza alada de Set, la última de su especie que existe en el mundo. La fórmula mágica de su construcción se perdió al perecer Acheron hace tres mil años.

La barcaza viajaba cada vez con mayor rapidez. La proa empezó a silbar al cortar el aire.

Hakketh volvió el rostro hacia la camareta.

—Tendrás tu estancia ahí dentro, y te desencadenaremos cuando quieras estar en ella. Tendrás comida y bebida. Nadie te molestará, pero si tratas de hacer algo incorrecto te ataremos.

La proa ya no silbaba al hendir el aire. Cuando quería cambiar de dirección, el acólito bajaba los brazos y señalaba adonde quería ir. Algunas veces, cuando preveía una posible causa de accidente, como un leño que flotara sobre la oscura superficie del río, reducía la velocidad elevando ambos brazos hacia el cielo y diciendo la palabra «Aaleth», y los bajaba luego hasta una altura que indicaba a qué velocidad quería ir. Entonces decía «memn», y podía quedarse en la postura que quisiese hasta que tuvieran que acelerar de nuevo.

—Dentro de tres días y tres noches llegaremos a Khemi —acabó diciendo Hakketh.

Daris se esforzó por no gritar ni llorar. Al oeste, el sol rojizo se ocultaba entre los cerros que habían sido el hogar de la muchacha.

5. La obra de la bruja

Cerca de la Puerta del Cocodrilo se encontraba el Torreón de la Manticora. El Torreón, un edificio de piedra negra, grande, casi cúbico, que encerraba en sí un patio central, había tomado su nombre de una figura cincelada sobre las puertas de hierro de la entrada. Torturas, ejecuciones y encarcelamientos por rencor habían tenido lugar durante siglos en sus pisos inferiores; los moradores ordinarios de Khemi evitaban acercarse a él como si lo hubieran envuelto malos presagios. No sabían que en los dos pisos superiores había aposentos lujosos, una elegante cocina, y acceso secreto para los artistas que, aunque llegaran allí con los ojos vendados y salieran de la misma manera, cobraban bien por sus actuaciones. A veces, la jerarquía tenía sus razones para hacer cómoda una detención. Con todo, no solía dejar al detenido sin vigilancia.

Ataviado con una túnica de seda, Jehanan, hermano de Bélit, aguardaba en su sofá. A su lado, una puerta daba a una galería donde las enredaderas en flor crecían entre las rejas y le ofrecían sombra y fragancia. La estancia era grande, y estaba amueblada con lujo, bellamente ornada con arabescos sobredorados. Unas puertas interiores llevaban a un baño que casi era igual de grande, pues contenía también una piscina y una pequeña pero sibarítica alcoba.

Los días pasados habían reconstituido su cuerpo, le habían devuelto sus fuerzas, habían apartado la locura de sus ojos. Aún tenía la cara llena de cicatrices y magulladuras; pero aquel mismo rostro, una vez limpio, afeitado y sonriente, podría haber atraído a algunas mujeres.

Nehekba estaba acostada a su lado. Su diáfana túnica y sus joyas solo contribuían a poner de relieve su completa femineidad. Sonrió y le acarició la mejilla a Jehanan.

—¿Qué ocurrió entonces, amado? —le susurraba.

—Pues… —Jehanan parecía perplejo—. ¿Por qué quieres saberlo? Es una historia trivial de mi infancia. He callado al darme cuenta de que yo mismo no la recuerdo bien.

—Oh, pero a mí me interesa todo lo que tenga que ver contigo —dijo ella.

Jehanan se ruborizó de alegría, le acarició la cadera a Nehekba y dijo:

—Bien, pues, como te decía, Bélit y yo volvimos ilesos de nuestra jungla, aunque llenos de barro y sin aliento. Nuestro padre se puso furioso por el riesgo que habíamos corrido y estuvo a punto de castigarnos. Pero nuestra madre le dijo… ¿qué le dijo exactamente?… le dijo que no debía castigar nuestro afán de aventuras, porque lo habíamos heredado de él y tendríamos que valemos de ese afán en años futuros. Más valía hacernos jurar que en adelante seriamos más prudentes. Él estuvo de acuerdo. Bélit y yo nos alegramos de habernos salvado de una paliza… al principio. Pero luego, al haber tenido tiempo para meditarlo, coincidimos en un secreto deseo de que simplemente nos hubiera castigado. Porque, por supuesto, jamás podríamos incumplir la palabra dada.

—En verdad, fuisteis una familia feliz —observó Nehekba.

—Sí. Tú ya lo sabes, querida Heterka, por todo lo que has querido que te contara sobre aquellos años. —Jehanan se sentó en el lecho. La tomó con ambas manos por el esbelto talle, la miró a los ojos, y le dijo—: Todavía no puedo creerme mi fortuna… yo era esclavo, estaba tan derrengado que solo el sueño me permitía reposar de mis fatigas, y me veo convertido en el feliz amante de la más maravillosa de las mujeres que ha habido en el mundo. ¿Por qué?

—Ya te lo he contado. Te vi, vi tu firmeza y tu sufrimiento, y me hechizaste. No he podido comprarte para manumitirte, pues en este país la ley no admite hombres libres nacidos en el extranjero. Pero sí pude conseguir que te trajeran a ese sitio, con la idea de lograr más adelante un acuerdo mejor.

—Sí, sí, querida, por supuesto. Pero eres tan misteriosa que… oh, no hablemos más por ahora. —Jehanan la atrajo hacia su cuerpo y empezó a besarla.

Se encogió bruscamente, la soltó, bajó la vista y murmuró:

—Creo que necesito un trago de la poción que me libra de

dolores. Si no lo hago, no… no tendré virilidad. Nehekba se levantó.

—He traído un poco, querido.

Fue hasta el otro extremo de la habitación a buscar una bolsa que había dejado al lado de la entrada. Jehanan miró como sacaba un recipiente de oro.

—Traeré vino para mezclarla, y beberé por mi amor por ti, Heterka —dijo.

La sonrisa de Nehekba se volvió cruel.

—No te preocupes. Ya no lo necesitarás más. —Quitó el tapón del frasco y derramó en el suelo su contenido—. Ya he terminado contigo.

Jehanan aulló como el lobo al que acaba de capturar un cepo.

—Oh, todavía te tendremos aquí durante un tiempo —le dijo ella con sorna—. Tal vez aún podamos sacar más provecho de ti, o divertirnos contigo.

—¿Eres un demonio? —gritó él.

Se abalanzó sobre la mujer con su gran cuerpo, torciendo los dedos como garras. Sus músculos no habían perdido fuerzas con la angustia.

Nehekba se tocó el pequeño espejo de la garganta. Este arrojó un rayo, no de luz, sino oscuro. Cuando tocó a Jehanan, este se desplomó y se quedó inmóvil en el suelo, mirándola con inconmensurable horror.

La mujer abrió en la gran puerta un ventanillo que debía de medir un pie cuadrado, y llamó suavemente. Se oyó una llave que abría.

—Adiós, amor de otro tiempo —le dijo a Jehanan, y se marchó. La parálisis acabó por abandonar a este. Se arrastró hasta el umbral y trató de lamer la poción derramada sobre la alfombra.

Nehekba bajó por unas escaleras secretas y entró por una galería también oculta. Andaba con rapidez, y la liviana túnica revoloteaba en torno a su cuerpo en la penumbra alumbrada por tederos, porque Tothapis había requerido su presencia y ella se había demorado.

Entró en la casa de Tothapis también por caminos ocultos. Los esclavos con la lengua cortada la llevaron hasta el edificio central de la fortaleza. Al principio, el brujo la ignoró, y prosiguió con su entrevista con un hombre que se mantenía respetuosamente en pie delante de él.

Nehekba observó con atención a esta persona, pues, aunque había oído hablar de Amnún, lo veía por primera vez. Era esbelto, de porte erguido, y bello a su foránea manera; se parecía a su madre, una esclava taiana de Luxur. En espíritu, sin embargo, se asemejaba a su padre estigio. Llevaba mucho tiempo entre los legos que servían al sacerdote mago.

—La galera pirata se está acercando a nuestras costas —dijo Tothapis. Su rostro de buitre se adelantó. Las sombras jugaron con sus arrugas y con las cuencas de sus ojos, igual que jugaban con los objetos mágicos que tenía en derredor—. Te habrás preguntado por qué no envío una galera para que los mande a pique. Te lo diré; pero, si se lo revelas a alguien, pronto sufrirás los tormentos del infierno.

—He aquí al fiel esclavo de mi señor —le replicó resueltamente Amnún.

Totíiapis asintió con su cabeza calva.

—Siempre has obrado como tal. Bien, nuestro deber sacro, vida tras vida, es el de combatir para acrecentar el poder de Set. —Tothapis hizo un signo de reverencia; Amnún dobló la rodilla; Nehekba se cubrió brevemente el rostro, como le convenía a una mujer—. Existen otros dioses aparte de Set —siguió diciendo Tothapis—. Tienen sus propios dominios. Set no tiene ninguno en el mar… todavía no, todavía no. Por ello, yo, su sacerdote, solo puedo emplear magia menor sobre las profundidades. Principalmente, tendremos que valemos de nuestra inteligencia humana. —Alzó un dedo huesudo—. Veamos. El mercante Menitie zarpará mañana por la mañana aprovechando la marea. El capitán y la tripulación creen que van a transportar un cargamento hacia el sur, hasta Umr. Seguirán una ruta apropiada para que el Tigresa de Bélit les aborde… gracias a un hechizo de poca monta que impondré a los vientos que parten de estas costas. El asunto es tan crucial que deberemos aceptar algún pequeño sacrificio. Esta misma noche subirás a ese barco, y representarás el papel que te expliqué hace unos días. —Le señaló un pergamino que estaba enrollado sobre una mesa, al lado de los rodillos—: Ahí tienes la documentación que necesitabas. ¿Está todo claro?

—No, mi señor —admitió Amnún—. Se supone que debo fingir familiaridad con una persona a la que nunca he visto. ¿Cómo voy a

lograrlo?

Tothapis llamó con un gesto a Nehekba. La mujer se le acercó. Amnún la contempló, con aquel desgarro entre lujuria y temor que siempre complacía a la sacerdotisa.

—¿Sabes quién soy? —preguntó ella. Él dobló la rodilla.

—Eres la señora Nehekba, Gran Sacerdotisa de Derketa, ante quien me humillo —le respondió.

—Soy alguien que ya ha adquirido los conocimientos que necesitas —le dijo—, y que está a punto de impartírtelos. Levanta los ojos.

Amnún lo hizo. La mujer le dio la vuelta al espejo que colgaba de su garganta. Saltó un rayo de luz de la faceta que había quedado al descubierto. El hombre se estremeció y quedó paralizado. Desapareció toda expresión de su rostro. Nehekba le siguió apuntando con el rayo al tiempo que movía la mano izquierda e iba susurrando palabras.

Al cabo de unos pocos minutos, soltó el talismán, y este se meció al extremo de la cadenilla.

—¡Amnún, despierta! —exclamó.

El hombre volvió a estremecerse, parpadeó, recobró la consciencia.

—Ahora ya sabes lo que me ha contado Jehanan —dijo Nehekba —. Si sacas provecho de lo que has aprendido, tu recompensa será grande.

Amnún se tambaleó de pura perplejidad.

—¡H-he aprendido! —gritó—. Es como si lo oyera…

—Silencio —dijo Tothapis bajo la cabeza de cobra que remataba el trono—. Tendrás esta noche y el día de mañana, y la noche siguiente, para meditar todo lo que la dama de Derketa te ha enseñado y para poner orden en tus pensamientos. Luego… durante cierto tiempo, Amnún, tú encarnarás el destino. Que Set te dé prosperidad, Amnún, a ti que trabajas en esta causa.

Hablaron durante algún rato antes de que el agente hiciera una reverencia y le acompañaran afuera. Después que se hubiera marchado reinó el silencio; el brujo estaba sumido en profundos pensamientos, y Nehekba iba apoyándose nerviosamente, ora en un pie ora en el otro. Al fin, preguntó:

—¿Me permites retirarme, mi señor? Tothapis la miró

inquisitivamente.

—¿Adónde? —le preguntó—. Se acerca la hora, tanto para nosotros como para Conan. No podemos pasar el tiempo en la ociosidad.

—No haré tal cosa —dijo ella—. Pero creo que debería volver al Torreón… con Falco.

Tothapis frunció el ceño.

—¿Con el espía ophireo? ¿Qué más puedes querer de ese muchacho ignorante?

—Atarte a mí con más fuerza. Recuerda, mi señor, que descubrimos que está vinculado de alguna manera incomprensible con el futuro de Conan. Mejor que lo empleemos como herramienta.

—¿Todavía no lo has hecho tuyo, como a Jehanan? Los cabellos de la medianoche se agitaron cuando Nehekba negó con la cabeza.

—No del todo. Me ama, sí, pero todavía alimenta la noción de un deber que se encuentra por encima de él mismo. Déjame que intente minar esa idea. Hay que hacerlo lentamente, con sutileza. —Sonrió con descaro—. Aunque no sin placer. A pesar de su juventud, es un amante excelente.

—No, hazle esperar —dijo Tothapis con fría cólera—. Desperdicias demasiadas fuerzas en placeres carnales.

—Me debo a Derketa, dueña de esos placeres —dijo ella, retándole.

—Te debes al gran Set, más que a Derketa… más que a ningún otro en el Universo, Nehekba. ¿Has osado olvidarlo? —Temerosa, la bruja calló. El brujo siguió hablando—: Necesito tu ayuda con urgencia. Hoy he recibido un mensaje a través del homúnculo que mandé a Luxur. Lo enviaba Hakketh. Está viniendo con una cautiva de guerra, la hija del campeón de la revuelta taiana. Ha advertido en ella un destino, un peligro. No sabe de qué se trata, pero me la traerá. Sin duda alguna, también está vinculada a ese tal Conan. Suelo mantenerme a distancia del cuerpo y del alma de la mujer, Nehekba. Tienes que ayudarme a preparar los planes y los hechizos que la convertirán también en un instrumento de la derrota de Mitra y del triunfo de Set.

6. Pirata, bárbaro, rescatador

—¡Vela a la vista!

El grito que se oyó en la cofa del Tigresa suscitó un rugido de respuesta en cubierta. Los tripulantes saltaron como panteras negras, sacaron unos baúles que habían estado ocultos bajo los bancos de los remeros, los abrieron, sacaron armas y corrieron a sus puestos. En la proa, Bélit reía con fuerza y señalaba hacia estribor. No era necesario; la sonrisa de los dos timoneles que estaban haciendo virar la nave relucía como el marfil. Conan atrajo hacia sí a su compañera y la besó brevemente, fieramente, y luego bajó de un salto para equiparse él mismo.

Un viento fuerte hinchó la vela y empujó la galera sobre las espumosas olas verdiazules, refulgentes, quebradas. El ligero casco y los rígidos cordajes crujieron, como para añadir nuevas voces al cántico de guerra que habían iniciado los bucaneros. El continente era visible en el horizonte oriental, pero, más o menos a una milla del puerto, las espumas rompían contra una pequeña isla cuyas rocas se erguían, yermas y blanqueadas por las olas, contra el vacío azul del cielo.

Conan volvió con Bélit. La loriga y el casco astado relucían en su gran cuerpo; la espada y la daga colgaban de su cintura, y sostenía un alargado escudo suba con el brazo izquierdo. La muchacha, por su parte, había tomado un par de aceros ligeros, y vestía la misma túnica y la cinta en la cabeza que antes. Llevaba el cabello trenzado y recogido para el abordaje.

Conan miró al frente. Se estaban acercando con rapidez a su presa, un mercante estigio de gran bodega. Vio que la tripulación se afanaba en un intento de ganar más velocidad con la vela cuadrada, y se preparaba luego para un enfrentamiento que ya era inevitable.

—Un nuevo paso en mi venganza —dijo Belit, exultante.

—Debe de llevar un cargamento valioso —opinó Conan— y, te lo diré con franqueza, amada mía, estoy ansioso por entrar en combate. —Frunció el ceño—. Sin embargo, querría que te protegieras más.

—Ya te dije que una mujer no puede igualarse a un hombre en fuerzas —le explicó—. La armadura solo me entorpecería, y de todos modos no impediría que una flecha arrojada con fuerza o un golpe me dieran en el cuello. Pero tú ya has visto que, en el combate cuerpo a cuerpo, soy más ágil que la mayoría.

Conan se tranquilizó. Crom, el dios principal de los cimmerios, otorgaba fuerzas y valor a aquellos a quienes favorecía, solamente eso, para que pudieran abrirse su propio camino por el mundo. ¿Tal vez Crom había tendido la mano hasta la Costa Negra y había tocado a Belit en el útero de su madre? Conan estaba dispuesto a creerlo.

Por un momento, recordó su adusta patria. Se había alejado mucho de ella, y había vivido salvajes aventuras. Finalmente, se enamoró, pero sabía que la suerte podía retirarle el favor que le había otorgado. Cuadró las espaldas. Le conviene al hombre —y a la mujer— hacer frente a los ataques del destino sin arredrarse.

Además —pensó con una breve sonrisa—, tenía un buen botín por delante. A juzgar por lo que hacían, apenas si había verdaderos guerreros entre la tripulación del mercante, pero eran más que los piratas, y los marineros solían aprender enseguida cómo comportarse en una refriega.

Las flechas empezaron a volar desde las cubiertas del estigio. Los arqueros suba respondieron con otra salva, mientras sus camaradas se mofaban del enemigo y le aullaban. La luz del sol centelleó en las lanzas que blandían. Una saeta se clavó en el mascarón del Tigresa, a una pulgada de donde estaba Belit, y Conan gruñó. Ella sonrió. Otra flecha se le clavó en el muslo a uno de los negros que estaban en la borda. Este se la arrancó, restañó la herida y volvió a su retadora actitud en la baranda. Uno de los hombres que viajaban en el bajel estigio se tambaleó, herido en la garganta, se desplomó y cayó por la borda. Cuando hubo caído, una aleta triangular se le acercó.

Belit gritaba órdenes. El Tigresa se alejó de su presa a sotavento. Viró bruscamente y giró, y el viento empujó su vela hacia el otro

buque. Sobre cubierta, un gigantesco guerrero negro volteó un garfio y lo arrojó. Se clavó en la otra borda, y ambos barcos quedaron unidos por una cuerda. Al instante, el guerrero arrojó otra. «¡Jayy-ja!», rugieron sus compañeros, y tiraron con tanta fuerza que sus músculos se enroscaban como serpientes debajo de sus pellejos brillantes de sudor. Estigios con hachas trataron de cortar las maromas. Una lluvia de flechas acabó con algunos de ellos y obligó al resto a retirarse. Las planchas chocaron estrepitosamente. El Tigresa retembló con el golpe, pero se mantuvo incólume.

—¡Abordadlos antes de que nos arrojen antorchas! —gritó Conan.

Había visto en otras ocasiones los estragos que el fuego puede causar en un barco. Desenvainó la refulgente espada, y corrió por el puente.

Algunos tripulantes suyos habían traído ya una pasarela para el abordaje. Sus clavos se hincaron en la borda del estigio, que sobresalía varios pies por encima de la del Tigresa. Conan se abrió paso a empellones y fue el primero en el asalto. Detrás de él, cargaron los pocos que tenían la armadura necesaria para un ataque frontal. La mayoría iban vestidos con simples faldones y túnicas, y con las plumas y armas de su país nativo, pero precisamente por ello parecieron más temibles cuando se reunieron para atacar después de los demás. «¡Wakonga mutusi!». Sus gritos se imponían a los de los marinos del barco estigio.

Tres hombres con cota de malla estigia aguardaban, hombro con hombro, al otro extremo de la pasarela. La espada de Conan se alzó con un silbido, y cayó con una canción. Resonó en el metal de un escudo. Su portador se tambaleó, pero acometió sin abandonar su protección. El torpe asalto de Conan había sido un ardid. Su acero se abatió por el costado, alcanzó la muñeca de su enemigo y le arrancó un chorro de sangre. El hombre miró incrédulo la mano que le colgaba y dio un traspié para luego sentarse y morir.

Conan había usado su propio escudo para bloquear el de un oponente por su borde izquierdo, y la pierna del estigio había quedado expuesta a un ataque asesino. Al matar, empujó a su enemigo de tal manera que lo arrojó contra otro que se acercaba por la derecha. Mientras el primero gemía y perdía fuerzas, el

bárbaro se volvió hacia el segundo. Este era más hábil. En todo momento se cubría con el escudo, solo lo apartaba lo necesario para detener los mandobles, e iba atacando por los lados. Conan retrocedió un paso para tener más sitio donde moverse. Cuando la espada corta le siguió, la golpeó con su propio y largo acero. El mero impacto desarmó al estigio. Este se retiró. Conan avanzó hacia la cubierta principal del mercante.

Había necesitado apenas tres minutos para abrirse paso. El afilado metal le cercaba en un frenético intento por matarlo y cerrar el camino que el cimmerio había abierto. Conan gritó de alegría y acometió en todas direcciones. La mayoría de los defensores, igual que la mayoría de piratas, tenían poco más que escudos para protegerse, en caso de que los tuvieran. Sus desprotegidos cuerpos morenos eran terriblemente vulnerables a aquella acerada violencia. El estrépito y el estruendo se mezclaban con los gritos de quienes eran arrollados o abatidos. Y los guerreros de Belit estaban ya abordándoles en multitud.

El capitán estigio gritó desde la popa. Sus hombres le oyeron.

Era una tripulación bien entrenada. Los que pudieron hacerlo, formaron un compacto pelotón y se retiraron también hacia la popa. Infligieron tantas pérdidas como sufrieron. Los suba, en su mayoría, se hallaban enzarzados con quienes, sin haber podido unirse al pelotón, seguían presentando batalla con bravura. Así, una veintena o más de los marineros del mercante lograron llegar a la cubierta más elevada.

Bélit corría sobre el maderamen enrojecido, sobre heridos convulsos, sobre aparatosos cadáveres, para unirse a Conan. Flechas arrojadas desde la popa pasaban silbando sobre ella. El cimmerio la atrajo hacia sí y la cubrió con su escudo para darle toda la seguridad que este pudiera proporcionar.

—En esa posición, podrán resistir durante largo rato —dijo la pirata—. Por estos mares pasan muchos barcos y, como bucaneros, somos enemigos de cualquier nación que comercie por mar. Tal vez tengan la esperanza de que otro bajel pase por aquí a tiempo para ayudarles. Así, me temo que tendremos que dejarlos.

—Podemos saquear este… no —decidió Conan.

Habría sido imposible transportar un cargamento bajo una lluvia de flechas. Los bucaneros ya se habían visto obligados a guarecerse

detrás de la camareta alta, el mástil y los postes. Sintió el golpe de una flecha en el escudo y urgió a Bélit a retirarse.

—¡Bien, al menos podremos pegarles fuego! —dijo ella cruelmente.

La gratuidad de aquel acto ofendió el pragmatismo de Conan.

—Espera —dijo el cimmerio—. Tengo una idea. Es cierto que no podremos acercarnos a esa escalera… si no les ataca nadie por el otro lado. —Se acercó a la camareta alta—. Ayúdame, ¿quieres? —Soltó el escudo.

—¿Qué…? —empezó a decir Bélit.

Conan se lo explicó. Por un instante, la muchacha le escuchó con espanto, luego comprendió, y al fin soltó una carcajada de loba.

—¡Estás loco, Conan, pero eres maravilloso! ¡Sí, ve! —Le besó con tanta fuerza que sus dientes le hirieron los labios, y se agachó para desatarle las botas.

Conan dejó caer ruidosamente su cota de malla sobre la cubierta y se colgó la espada entre los hombros. Con los pies desnudos, cubierto tan solo por un taparrabos y un yelmo, se alejó a toda prisa. Ya en el mástil, se detuvo un momento para estudiar el aparejo, escogió una maroma y la cortó con su daga. Luego, se acercó a una de las barandas y a los cordajes del costado correspondiente. Se agarró con manos y pies a los flechastes embreados. Veloz como una ardilla, trepó hasta arriba.

Los estigios no parecieron notarlo. Bélit había ordenado a sus propios arqueros que les mantuvieran ocupados. El mascarón de popa les protegía bien, pero tenían que mantener las cabezas gachas, salvo cuando las levantaban brevemente para disparar flechas.

Encaramado al peñol, sobre la vela que se agitaba ruidosamente, Conan haló la maroma cortada. Podía bajar por el estay, pero el descenso habría sido fatalmente lento. Así, volvió a cortar la driza por el cabo que se enrollaba en la polea y reptó a gran velocidad sobre la verga. Como nadie llevaba el timón, el oleaje sacudía el barco, y su mástil se mecía de un lado para otro. Conan lograba mantenerse en equilibrio sin pensar en ello. Cuando llegó cerca del extremo de la verga, cortó las ataduras de una parte de la vela lo bastante grande para que no le estorbara. Después de haber estimado la longitud que necesitaba, ató la maroma. Aferró con

ambas manos el cabo que quedaba libre y saltó.

Cayó, aguantó el tirón cuando la maroma se hubo tensado por completo, y se balanceó. Pasó por encima de la cubierta, del camarote, de los guerreros, del Tigresa y del mar siempre hambriento con el júbilo del muchacho que había jugado en otro tiempo a aquel juego con los árboles de Cimmeria. Volvió a balancearse hacia la popa, y al verse encima de esta se soltó.

Sus pies fueron a posarse sobre el macarrón, y sintió el golpe en todos los huesos. Pegó un salto, y cayó agachado a la vez que desenvainaba la espada. Como no tenía escudo, empuñó también la daga. Un marinero quedó boquiabierto ante él, estupefacto. Conan arremetió. Un cráneo se partió.

—¡Joy-jo! —bramó Conan, y acuchilló a diestro y siniestro.

Una pica le acometió. El cimmerio la detuvo con la espada, y adelantó el cuerpo sin que el otro se la pudiera clavar. Hundió la daga en la garganta del piquero. Arrojó el cuerpo moribundo contra otro hombre, y alzó la espada a tiempo para detener un hacha. Ningún hombre solo y no provisto de armadura habría podido sostenerse contra un ataque en masa; pero el bárbaro se abrió camino entre los estigios, que así no podían atacarle a una, y sembró la confusión.

Una espada corta le rozó. Conan golpeó el rostro que tenía a sus espaldas con el puño de su propia espada, y sintió que el hueso se rompía. Mientras su enemigo todavía estaba cayendo, el bárbaro acometió a quien se hallaba detrás de este y le abrió el vientre. Entretanto, había logrado sujetar las guardas de otra espada con las de su daga. La retuvo hasta que estuvo presto a esquivar el brazo que la sostenía y herir a su propietario.

Irguiéndose sobre el tumulto, vio como los luchadores negros de Bélit subían por una escalera que ya no defendía nadie. De pronto oyó una carcajada, larga, salvaje, que venía de lo alto. Bélit se balanceaba sobre la popa como él mismo había hecho antes. Conan reprimió un grito. No había previsto aquello. Bélit se soltó; su acero centelleaba. El bárbaro rugió. Se redobló su furia en el combate. ¡Pensaba matar a cualquier gusano estigio que encontrara a bordo antes de permitir que le hiciese daño a su amada!

De hecho, no lo hizo, pues llegaron sus hombres y pronto completaron la tarea.

Tras plegar velas, ambos barcos, atados el uno al otro, avanzaron con ligereza arrastrados por la corriente. Más frio que la exuberante Bélit, Conan pasó revista. Su tripulación había perdido tres hombres, y otros cinco tenían heridas tan graves que, sí alguna infección no los mataba antes, pasarían cierto tiempo sin poder entrar en acción. Parecía que no quedara ningún estigio. Los bucaneros los habían arrojado a todos por la borda, a los muertos y a los vivos; no participaban en el tráfico de esclavos. Conan entendió que Bélit tendría que hacer lo que ya había hecho en otras ocasiones: regresar al país de Suba para buscar nuevos reclutas. La pirata le había dicho que no tenía problemas para encontrarlos.

Había escotillas abiertas, pues los hombres bajaban a la bodega para ver el cargamento del que se habían apoderado. El propio Conan fue a la camareta alta acompañado por Bélit. Ambos se habían quitado sus atuendos sangrientos y sudados. El espléndido cuerpo de la pirata aún relucía, húmedo a causa del cubo de agua marina que los dos se habían vaciado sobre el cuerpo. Aún tenían la espada en la mano; los predadores que no aprenden a ser cautos no llegan a viejos.

La puerta de un camarote se abrió inesperadamente ante ellos. Salió un hombre, que llevaba puesto el collar de hierro de los esclavos. Sin embargo, vestía una túnica blanca y limpia, y su esbelto cuerpo se movía con cierta elegancia. Como tenía la piel más oscura y las facciones más finas que sus camaradas del barco, habría parecido foráneo entre ellos.

—Salud —dijo calmadamente; juntó las manos a la altura del pecho e inclinó la cabeza.

Conan no comprendió el resto de sus palabras, pues apenas si sabía el idioma estigio.

Bélit le respondió con el limitado vocabulario que conocía. El hombre sonrió y empezó a hablar en lengua shemita, que Conan dominaba.

—Os felicito por vuestra victoria, señora y señor míos. ¿En qué puede serviros Otanis de Taia?

—¡Hum! —gruñó Conan—. Cambias de dueño con rapidez. Otanis se encogió de hombros.

—¿Qué lealtad les debo a quienes me redujeron a simple propiedad? —Les miró con mayor intensidad. Un anhelo

impregnaba su voz—. Puede que, por vuestra gentileza, me devolváis mi condición humana. Con eso ganaríais, en verdad, una devoción que no ha de morir.

Bélit le explicó a Conan:

—Es un taiano. Su pueblo no es estigio, aunque sus tierras hayan sido desde hace mucho tiempo una provincia de ese reino, y a menudo se han sublevado contra sus gobernantes. Siempre han fracasado, pero precisamente por ello debemos admirar su coraje. —Se dirigió al otro hombre—. ¿Cómo llegaste a encontrarte así?

Otanis frunció el ceño.

—Una vez más los clanes se dedican a la guerra, y Taia lucha por su antigua libertad —dijo—. Me capturaron en una refriega y me mandaron al mercado de esclavos.

Conan le observó, y dijo astutamente:

—No parece que hayas sufrido mucho.

—No, tuve suerte, si es que puede existir la buena suerte dentro de una jaula —respondió Otanis—. El estigio que me compró, un mercader de Khemi llamado Bahotep, tuvo el buen juicio de reconocer que es posible sacar mejor rendimiento de un animal si este es bien tratado. Soy un hombre culto, una condición no muy frecuente hoy día entre los taianos, como sin duda sabe mi señora, y me puso a trabajar en su casa de cuentas. Recientemente, me nombró sobrecargo para este precioso cargamento. Había llegado a confiar en mí, ya lo veis; además, ordenó al capitán que me mantuviera vigilado mientras estuviéramos en el puerto. —Otanis se encogió de hombros una vez más—. Bien, si ponemos en un platillo su falta de aspereza, y en el otro que me considera esclavo suyo, parece que no puedo deberle nada, ni bueno ni malo. Así pues, señor y señora míos, me pongo a vuestro servicio. —Repitió la reverencia—. ¿Puedo preguntaros quiénes sois?

—Yo soy Bélit, del bajel corsario Tigresa —le dijo orgullosamente la mujer—, y este es mi compañero en el mando, Conan… —Calló. Otanis la estaba mirando boquiabierto—. ¿Qué te sucede?

—¿Tú… eres Bélit… de Shem y de la Costa Negra? —preguntó. Cuando la pirata asintió, la luz jugueteó por sus trenzas, negras como la obsidiana.

—Sí —dijo—. Yo soy Bélit, quien siente tantos deseos de

vengarse de Estigia como tú.

—Oh, yo… conozco a tu hermano —balbució Otanis. Bélit se sobresaltó.

—¿Qué? —dijo con un trémulo murmullo.

—Sí, Jehanan, ¿verdad que es tu hermano? Cuan a menudo, y con qué amor me ha hablado de ti.

La espada de Bélit cayó sobre la cubierta. Aferró a Otanis por el antebrazo. Hundió las uñas en su carne, al tiempo que él encogía el cuerpo. Sin embargo, el hombre aguantó sin pestañear, y agradó a Conan por ello. La ancha mano del bárbaro cogió por el hombro a su amada. Sintió que, bajo aquella piel de seda, la carne se endurecía y se estremecía.

—¡Cuéntamelo! —ordenaba la pirata—. ¡Cuéntamelo todo!

—Oh… bueno, hay mucho por contar —dijo Otanis, dubitativo —. Él y yo éramos amigos íntimos.

—¿Ya no es víctima de esa bestia llamada Ramwas? —gritó Bélit. Otanis negó con la cabeza.

—No. Ya no. —Después de pensar las palabras que tenía que decir, explicó—: Me ha contado que Ramwas os compró a los dos, y que tú habías huido. Abrigaba como única esperanza que hubieras podido tener una muerte decente. ¡Cómo se alegraría de verte aquí, reina de las batallas! Pero en todo caso, Jehanan ocasionó tantos problemas por su lado que Ramwas decidió librarse de él y ponerlo a la venta. Mi amo Bahotep le compró. Como ya he dicho, Bahotep sabe que no debe mandar a trabajar al campo a un hombre bien dotado y educado. Jehanan respondió bien al razonable trato que recibía. —Otanis le sonrió afectadamente a Conan—. Mientras nos comportemos bien, podemos incluso visitar una vez a la semana a cierta mujer que él mantiene. —Volvió a su anterior seriedad, vio los ojos llorosos de Bélit, y prosiguió—: Sí, Jehanan trabaja a mi lado, es decir, trabajó a mi lado hasta que tuve que emprender este viaje. Pero es demasiado inteligente como para arriesgar lo que tiene, por poco que esto sea, a menos que los dioses le concedan una oportunidad de huir que sea mejor que todas las anteriores.

—¿Jehanan… está en Khemi? ¡Jehanan!

Bélit gimió. Se arrojó en brazos de Conan y empezó a sollozar. El cimmerio la abrazó con fuerza, le acarició el cabello y la espalda, y le murmuró todas las palabras de consuelo que pudo encontrar. Los

hombres de Bélit que se encontraban arriba la miraban boquiabiertos, pero no osaban acercarse.

—¿Dónde está, Otanis? —Bélit se apartó bruscamente de su amado y se volvió hacia el otro hombre—. Haremos una incursión. Guíanos hasta él, y te daré todo el oro de Estigia.

Conan entendía, en lo más profundo de sus entrañas, lo que la muchacha sentía. Pero como él mismo, en cierta medida, era ajeno a todo ello, pudo mantener la calma. Con todo, la rabia y la impaciencia hervían ocultas en su interior. ¡Qué gran obsequio para Bélit! Sin embargo, fue capaz de refrenarse y de estudiar cómo podía hacerse aquello.

Obligó a Bélit a darse la vuelta y a mirarle, y le dijo con gran delicadeza:

—Amada mía, no pierdas el buen juicio. ¿Quieres mandar un solo barco contra toda una ciudad y una flota? Eso no seria un rescate, sino un suicidio. Además de los aceros, empleemos también el entendimiento —entonces habló con mayor firmeza—, y así Jehanan podrá caminar sobre la cubierta del Tigresa.

Ella, casi con violencia, recobró la serenidad.

—Sí, tienes razón, por supuesto —pudo decir finalmente—. Hemos de trazar un plan. Pero solo vamos a vivir para esto, para conseguir la libertad de Jehanan, hasta que lo hayamos logrado.

La gélida mirada azul de Conan se apartó de ella y traspasó a Otanis.

—Necesitaremos tu ayuda —dijo el cimmerio—. No dudo de que esta aventura será peligrosa. Has luchado por tu país. Ahora, si nos eres fiel, no solo obtendrás la libertad, sino también grandes riquezas. ¿No podrías pagar con ellas a un gran número de mercenarios para tu causa? —Reflexionó durante unos instantes, silencioso frente a la brisa marina—. Si nos traicionas —le dijo con franqueza—, morirás.

Otanis sonrió.

—Tal vez la empresa no sea tan difícil —contestó—. ¿Seguimos hablando?

Bélit puso a su primer lugarteniente al mando del barco mercante y acompañó a los dos hombres al camarote del antiguo capitán. Ella y Conan se sentaron en torno a su mesa. Otanis fue a buscar vino y volvió con ellos. Un rayo de sol se colaba por una

ventana de cristal bruñido, e iba y venía según los movimientos del bajel. Se oían las charlas y las risas de los hombres que estaban trabajando, el graznido de las gaviotas en su vuelo, el fragor y la acometida de las olas. Aunque la estancia era pequeña, y apenas si estaba provista de mobiliario, un airecillo entraba por la puerta que habían dejado entreabierta y traía consigo un salobre aliento de esperanza.

Otanis bebió un sorbo de su copa, se acomodó en su silla, entrecruzó los dedos de ambas manos y dijo:

—La mansión y el almacén de Bahotep no están fuertemente vigilados. Sus esclavos saben que tienen el mejor amo de Khemi, el menos malo, y procuran estar a buenas con él. Sí, igual que Jehanan; a menos que se les presente una buena oportunidad para huir. Mi señora Bélit debió de tener una suerte extraordinaria en su fuga. Me gustaría saber qué ocurrió.

—Robé una barca —le replicó la mujer.

—¿Y no la capturó antes… una pitón sagrada, por ejemplo? —Otanis chasqueó la lengua—. Además, sin duda mandaron tres o cuatro barcos en su busca cuando al día siguiente se informó de que una esclava y una embarcación habían desaparecido. Los estigios siempre quieren hacer escarmiento en los rebeldes contumaces, y un buque navega con mucha más rapidez que un bote. Se debió a la pura fortuna el que no te encontraran, ni nadie juzgara necesario consultar a un mago para averiguar tu paradero exacto hasta que ya fue demasiado tarde para capturarte. Jehanan no tendrá tanta suerte; y una fuga por tierra sería todavía más fútil. Recuérdalo, el castigo de un esclavo fugitivo no es la muerte… por lo menos, hasta que han pasado algunos días.

Calló. Conan bebió un largo trago del agrio vino estigio y le miró con severidad. Otanis prosiguió.

—Sin embargo, como ya os he dicho, Jehanan no debería tener especiales dificultades para salir de la casa de Bahotep. Él, igual que yo, suele hacerlo para llevar recados. Fácilmente podría inventar una razón para ausentarse durante dos o tres días, una razón que convenciera al guardia, como, por ejemplo, un mensaje que tuviera que llevar al superintendente de una de las plantaciones de Bahotep. No es probable que el guardia pida confirmación a su amo por un asunto de esta índole. Yo podría mandarle una nota donde se

lo explicara… se la haría llevar por medio de algún amigo común que tenemos en la casa, que no sabrá leer, tan pronto como la persona en cuestión pase cerca del sitio donde yo me ocultaré. Entonces, Jehanan y yo iremos a toda prisa en busca del bote que nos haya llevado a tierra, tomaremos ventaja de cualquier persecución y volveremos a este barco, mi señora.

El vino rebosaba de la copa que Bélit se llevó a los labios.

—Tienes mucha labia, Otanis —masculló Conan—. ¿Cómo sabemos que no desaparecerás en cuanto partas en ese bote?

—Buena pregunta, mi señor —le respondió el hombre moreno, sin inmutarse—. Mi respuesta consta de tres partes. Primera y menos importante: me habéis ofrecido una gran recompensa por mis servicios… una recompensa que no solo me beneficiará a mí, sino también a mi patria oprimida. Segunda: soy amigo de verdad de Jehanan. Si lo dudáis, permitidme que pase algunas horas explicándoos lo que él me ha contado acerca de sí mismo, y de ti, mi señora… sí, y de hechos que se remontan a su infancia. Conoces a tu hermano; sabes que no contaría historias tan íntimas a alguien en quien no confiara. En tercer lugar: soy taiano, montañés, no marinero. Necesitaré que alguien guíe el bote que me va a llevar. También me convendría que me acompañara el fuerte brazo de un espadachín por si algo sale mal.

Conan dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ya lo tienes! —exclamó.

—No, tú no, querido —protestó Bélit. Le aferró la muñeca—. Iré yo.

Conan negó con la cabeza.

—Es imposible. No podrías pasar por aristócrata ni por ramera… y, si es cierto lo que he oído, solo las mujeres de esas dos clases pueden andar libremente por Khemi. Además, aunque seas una bella luchadora, yo tendré más posibilidades en una escaramuza difícil… de hecho, tendría más que cualquier otro de la tripulación. Además, ninguno de tus hombres está habituado a la ciudad, ¿no es cierto? Cualquiera de ellos se movería con torpeza y acabaría por llamar la atención. Y sobre todo, Bélit, aunque digas que soy tu cocapitán, lo cierto es que estos salvajes negros solo te obedecen a ti. Yo ni siquiera sé hablar su idioma. Debemos tener el Tigresa listo… para Jehanan.

La pirata tragó saliva, y dijo con acerado realismo:

—Pues que así sea, Conan. Voy a hundir este barco, y ordenaré que nuestra galera se acerque a aquella isla. Se llama Akhbet, y te voy a enseñar cómo navegar hasta Khemi desde allí. Está despoblada, y es un buen lugar para encontrarnos luego.

El bárbaro se acarició el firme mentón.

—Mmm… ¿comprendes que no puedo saber cuánto tiempo me va a llevar esto? Otanis y yo no queremos precipitarnos. Y algún simple tropiezo podría demorarnos… podríamos vernos forzados a huir tierra adentro después de rescatar a Jehanan.

Bélit asintió.

—Sí, desde luego, lo comprendo. —Su voz se quebró—. ¡Pero, oh, Conan, jamás te abandonaré, ni en la vida ni en la muerte! Estoy desgarrada entre mi amor por ti y mi amor por mi hermano… no quiero que corras peligros, ni siquiera por esto, y, sin embargo, Jehanan sigue siendo el hijo de mi padre. No, jamás te abandonaré. El Tigresa aguardará aquí, cerca de la isla de Akhbet. Si tardas mucho tiempo, tendremos que marchamos a buscar provisiones; o tal vez debamos alejarnos por precaución si pasa por aquí un buque de guerra; pero siempre, siempre, regresaré y te esperaré. —Cayó en sus brazos—. ¡Siempre, Conan!

Sin embargo, no tardó en serenarse, de tal manera que pudo preguntarte a Otanis por Jehanan, por cómo se encontraba, por lo que Jehanan le había contado. Mientras escuchaba, creció en ella un ardor que también se inflamaba en Conan.

7. La taberna de los traidores

Después de que cayera la noche, un bote que habían tomado del mercante llegó al continente, pero la luna, casi llena, bastaba para los ojos que habían servido a su propietario en la oscuridad de los bosques cimmerios. Sus rayos refulgían en las olas bajas, y en la vela latina del bote. Enfrente, Estigia aparecía borrosa bajo el cielo oriental, teñido de leves tonos dorados. Todavía soplaba la brisa marina, y Conan iba sintiendo más y más calor a medida que se acercaba a su meta.

Aquello no era el puerto de Khemi. Ninguna embarcación entraba en Khemi sin autorización, ni quería Conan que su bote quedara a la vista de la policía; tal vez tuviera que partir repentina y violentamente. Otanis les había sugerido una ensenada que se hallaba al sur del estuario, y Bélit había estado de acuerdo; la conocía, porque había pasado por delante en anteriores viajes entre el puesto comercial de sus padres y su ciudad nativa. Enseñó a Conan a guiarse por las estrellas, y el cimmerio no tardó en aprender, porque a menudo se había guiado por tierra de forma parecida. Sin embargo, la despedida aún le turbaba el espíritu.

El bote perdió el empuje del viento al entrar en la pequeña cala, resguardada por palmeras y mangles cubiertos de lianas en sus enlodadas orillas.

—Recoge la vela —le dijo Conan a Otanis, y empezó a bogar. La fuerza de sus remos agitó las aguas. Las serpientes y cocodrilos se alejaron reptando, espantados, con sus escamas brillantes—. Ja, estás hecho todo un marino de agua dulce, ¿verdad? —añadió el bárbaro al ver con cuánta torpeza se esforzaba su compañero—. Ya lo haré yo después de que lleguemos a tierra.

No tardaron mucho. Conan amarró la proa y la popa del bote a unos árboles, que crecían en la orilla al filo de las aguas bajas;

habría sido insensato abandonarlo a los caprichos de la marea. Las ramas caídas, y las lianas, que crecían frondosas, tendrían que ocultar la barca a las miradas de casuales viajeros. Cuando lo hubo dejado todo en orden, se cubrió el sudado cuerpo con un caftán, un manto con capuchón y unas sandalias que había tomado del reciente botín. La capa ocultaba su espada y su daga, que eran ilegales, y, al menos durante la noche, le permitiría pasar inadvertido ante un posible control. Su corpulencia era inusual, pero no extraordinaria entre los normalmente altos estigios; tenía la piel de color leonado, muy parecido al de muchos aristócratas de aquel país, y el capuchón ocultaba sus ojos azules y rasgos foráneos.

—Te envidio tu túnica ligera —le dijo a Otanis. Oyó un zumbido en el bochornoso aire. Sintió un aguijonazo, aplastó al mosquito y rio entre dientes—. O quizá no la envidie. Bien, amigo mío, desde ahora mandas tú.

El cimmerio se encontró con que, en la práctica, tenía que ser él quien guiase al otro por las marismas, pues Otanis iba tropezando y andaba con torpeza. Conan se extrañó de que un hombre que había sido cazador y ganadero pareciera tan inepto como uno de ciudad. Supuso, sin embargo, que un nativo de las tierras altas no sabría moverse en aquella húmeda y dificultosa penumbra. Poca gente tenía una experiencia de la naturaleza tan amplia como el bárbaro.

Otanis se puso finalmente al mando cuando salieron a unos campos cultivados. Un camino, que a la luz de la luna parecía de color gris polvoriento, conducía al norte por el borde de una acequia, y pudieron seguirlo. En dos ocasiones se encontraron con aldeas de siervos, miserables racimos de chozas de barro. Los perros hambrientos les ladraban, pero no lograron despertar a los humanos, que dormían con el sueño de la fatiga.

—¿Por qué viven así? —se preguntó Conan—. ¿Qué obtienen de la vida, salvo trabajos (que aprovechan sus señores, y no ellos mismos) y penas, y latigazos del capataz en la espalda cuando pierden el vigor?

—Es la única vida que conocen —le respondió Otanis.

—Pero ¿no pueden imaginar algo mejor? De niño, yo solo conocí la vida de mi bárbara patria. Comparada con esto era un paraíso, pero de todos modos acabó por hastiarme, y me marché para descubrir el mundo. —Conan reflexionó—. Oh, un hombre solo o

una familia sola que tratara de huir de aquí acabaría mal. Pero si se reunieran en número suficiente y juraran liberarse o morir, podrían deshacerse de la monstruosa carga del Estado.

Olanis se sobresaltó.

—¡Pero eso significaría el fin de la civilización!

—Cierto —le respondió Conan alegremente.

—¿El legado de otras eras: erudición, arte, refinamiento… tendría que perderse por el bien de esas… esas bestias de carga?

—He estado en muchos reinos civilizados, y es cierto que tenían mucho que ofrecer; pero siempre por el precio de vivir bajo un Estado, y el precio siempre era demasiado alto. —Conan miró con agudeza a su aliado—. Tus palabras no parecen propias de un taiano, a juzgar por lo poco que me han contado sobre ellos.

Otanis apretó los labios.

—Será mejor que no hablemos de política —dijo, y cayó en un silencio del que Conan no logró sacarlo.

Finalmente, el cimmerio se encogió de hombros y se dedicó a pensar en Bélit.

Solo tenían que recorrer algunas millas de camino, y ambos viajeros llegaron a Khemi antes de la medianoche. Sus muros y torres se erguían cual montañas ante el río Styx de tenebroso fulgor. Aquí y allá había alguna ventana iluminada, brillante y solitaria, pero, por lo demás, la ciudad parecía toda ella una pura tiniebla, que engullía la luz que la luna arrojaba sobre sus edificios. En una noche cálida como aquella, en la mayoría de ciudades se habrían oído ecos de diversión, pero el silencio pesaba como una losa sobre la capital de los sacerdotes hechiceros.

Otanis guio a Conan hasta los muelles por una calle empedrada al pie de los muros. Así llegaron a la vista de la gran pirámide, una mole que habría sobresalido entre las almenas más elevadas. Como se encontraba en terreno elevado, Conan entrevió también el fantasmagórico desorden de la antigua cantera y las tumbas, que llegaba hasta el río. Logró dominar un estremecimiento de temor. Se gloriaba de hacer frente a enemigos mortales de cualquier especie, pero abrigaba un primitivo temor por lo sobrenatural, y el pueblo contaba en susurros que los fantasmas de incontables centurias moraban en aquel túmulo. En cuanto a la propia Khemi… no le había dicho a Bélit de cuánto valor tenía que armarse para

entrar en aquel lugar.

Pero en verdad, Conan era el hombre más cualificado para acompañar a Otanis y rescatar al hermano de su amada. Pisoteó a sus temores en su corazón; su cuerpo caminaba con la seguridad de un tigre.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas al tránsito desde el ocaso hasta el alba, a menos que se tratara de algún servicio de la jerarquía. Pero en torno a los muelles solo había un par de muros laterales y torres de vigilancia, y por lo demás estaban abiertos. No se quería dificultar el comercio marítimo del que Khemi dependía igual que el resto de Estigia. Para defender aquella entrada, la ciudad contaba con la flota real, la empinada pendiente por la que se llegaba a la ciudad y, en último término, los poderes de sus hechiceros.

Durante cientos de años, ninguna fuerza hostil había sido lo bastante necia como para atacar allí. Incluso sus fortificaciones terrestres tenían como meta principal el otorgar a la jerarquía un mayor dominio sobre la vida de la urbe.

Así, Conan y Otanis pudieron entrar como lo habrían hecho unos pescadores que regresaran en hora tardía, pero buscando siempre las sombras más oscuras, y a veces se agachaban, y aguardaban la oportunidad de avanzar algunas yardas más, por miedo a que la policía del puerto les preguntara qué hacían allí. En las calles interiores, ya no tendrían que proceder con cautela.

—Vaya cloaca —murmuraba Conan—. ¿No hay ni un solo mesón abierto donde pueda beberme un cuerno de cerveza para combatir este maldito calor?

—Te la servirán en el lugar adonde vamos, pero en muy pocos otros lugares lo harían —le dijo Otanis en voz baja—. Ahora, cállate. No vayamos a llamar la atención de ciertos animales que salen a pasear después del ocaso.

Oculto por la capa, Conan aferró la empuñadura de su espada. Había oído hablar ya de las gigantescas pitones consagradas a Set, a las que se permitía merodear libremente durante la noche cuando tenían hambre y tomar la primera presa que hallaran. Casi le habría agradado encontrarse con un monstruo como aquel, algo real con lo que luchar. ¡No era estigio, y no pensaba dejarse aplastar y devorar sin ofrecer resistencia porque así lo hubiera querido el dios!

Aunque la calle era ancha, los altos edificios impedían ver la luna y la mayoría de las estrellas, como una cañada en tinieblas. Se felicitó a regañadientes de que el suelo no estuviera cubierto de mugre, como era común en otras ciudades… hasta que descubrió a una partida de esclavos que limpiaban por la noche. Eran los demacrados, los enfermos, los dementes, los que eran considerados inútiles para cualquier otra tarea en aquella última etapa de sus vidas, y parecía que tan solo los látigos de sus capataces les mantuvieran en pie. A veces, una antorcha encendida revelaba a un temporero de algún oficio más afortunado, un mensajero, un sacerdote con su túnica y su máscara bestial, o una cortesana, desnuda salvo por la alta y emplumada toca que se le exigía. Eran gentes escasas y tristes. Dejándolos aparte, Khemi era un abismo, donde ciertas criaturas reptaban y siseaban.

La negrura se hizo más profunda cuando Otanis llevó a Conan hasta un barrio más mísero. Allí, las calles eran angostas, tortuosas y repugnantes, y a uno y otro lado había casas de vecinos y talleres que se estaban desmoronando. Los tejados, que eran planos, estaban atestados de durmientes que habían huido de los interiores cálidos como estufas. En una ocasión se le acercaron un par de hombres jóvenes, que parecían horripilantes con sus caftanes, y Conan vio el centelleo de sus dagas. Desenvainó la espada, y los otros, abandonando cualquier intención que hubieran llevado, volvieron a su callejón.

—Sí —dijo Conan—, este cubil de hienas no tiene derecho a gobernar sobre un país como el tuyo, Otanis.

Su guía no le respondió.

Al fin, se detuvieron ante cierta puerta. Una hoja de palmera reseca señalizaba aquella casa como mesón, y la luz asomaba débilmente por las grietas de los postigos. El agudo oído de Conan captó los sonidos del interior y, entre los hedores de la calle, sintió el olor de carne asada.

—¿Hemos llegado al hostal del que me hablabas? —preguntó.

Otanis asintió

—Sí, el de Uminankh.

Antes de salir del barco, Otanis le había contado que, aunque los forasteros no autorizados tenían absolutamente prohibido parar en Khemi, había propietarios que no hacían ninguna pregunta si se les

pagaba bien. Conan llevaba muy llena la bolsa que le colgaba sobre el muslo. Se había preguntado cómo Otanis, a quien habían traído de las tierras altas para que sirviera a un mercader respetable, sabía tales cosas. El otro le había contestado que, a veces, los siervos de Bahotep tenían que llevar a cabo misiones curiosas; además, corrían muchos chismorreos por la casa.

Otanis llamó. La puerta, sujeta con una cadena, se abrió hasta una pulgada, y un malhumorado rostro miró afuera. Conan sonrió y le mostró una moneda de oro. El hombre soltó la cadena, y los recién llegados entraron.

Pasaron a una pequeña bodega, cuyo techo era tan bajo que Conan tuvo que agachar la cabeza. Los juncos que cubrían el suelo llevaban varias semanas sin cambiarse, y apestaban a cerveza agria y basura sin recoger. Las lámparas de piedra arrojaban su luz mortecina y humeante sobre unos pocos hombres de aspecto perverso, vestidos con faldones y tahalíes de donde colgaba el puñal, que estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Una ramera, horrible y lastimosa a su avanzada edad, se acurrucaba ignorada en un rincón. Una pata de cerdo, atravesada por un espetón, se mantenía caliente encima de un brasero de carbón vegetal que hacía que el aire estancado de la taberna fuera todavía más sofocante que el de la calle.

Otanis intercambió algunas palabras en estigio con un tabernero tuerto, y le entregó algo de dinero. Mirando a Conan, señaló una puerta interior y dijo en shemita:

—Te instalarás en un cuarto donde, dejando aparte a los insectos, estarás solo… es el primero que se encuentra a la derecha entrando por ahí. He pagado tu alojamiento para una semana. No permitas que Uminankh te cobre la comida o la bebida. Él lo intentará, por supuesto.

Conan hizo una mueca.

—¿Voy a pasar una semana encerrado en esta pocilga?

—Ya hablamos de esto antes de venir a tierra —le recordó Otanis—. Si te pasearas por tu cuenta, no tardarían en sospechar de ti. Además, ¿cómo nos encontraríamos entonces en caso de necesidad? No, quédate escondido. No sé cuánto tiempo tardaré en hacerle llegar un mensaje a Jehanan, ni cuándo podrá escapar sin riesgos. Si los dioses nos favorecen, solo tendremos que esperar uno

o dos días.

—Y entonces me vendrás a buscar aquí —confirmó Conan—. Muy bien. ¡Aunque, si Bélit viera en qué sitio tengo que aguardar, no dudaría de mi amor por ella!

—Me voy ahora. Que duermas bien.

—Mmm… más me valdrá que duerma con sueño ligero. Pero ¿te marchas sin descansar ni beber nada?

—Sé dónde encontrar personas cercanas a la casa de Bahotep, y puedo empezar ahora mismo a merodear por esa zona. Conan agarró por los hombros a Otanis.

—Eres un buen camarada —le dijo rudamente el cimmerio—. Que la suerte te acompañe.

El hombre moreno sonrió, inclinó la cabeza y se marchó. Uminankh cerró la puerta con una cadena cuando hubo salido. Conan empezó a cenar. El plato no era especialmente apetitoso, pero el cimmerio tenía hambre. Cuando tomó el cuchillo para cortar un par de tajadas, Uminankh se acercó a él. Conan no entendió las palabras que le decía el propietario, pero este, claramente, le estaba pidiendo dinero. Respondió en cimmerio: «Ya te han pagado», y lo apartó de un codazo. Uminankh le soltó una tirada acompañada de gesticulaciones. Apeló a sus parroquianos, dos de los cuales se levantaron daga en mano. Conan apartó la capa que llevaba puesta para dejar al descubierto la espada envainada. Uno de los hombres volvió a sentarse al instante. El otro le tendió la palma de la mano, al tiempo que gemía: «¡Una limosna!». Encontrándolo casi divertido, Conan le dio una moneda, y al instante le rodearon todos los que se hallaban en la habitación. Clamaban: «¡Una limosna, una limosna!». Le habría resultado más fácil abrirse camino a mandobles entre un ejército enemigo que llegar a su dormitorio.

Apenas si podía llamarse así aquel cuarto sucio y sin ventana, pero a su entrada colgaba una esterilla de juncos, y dentro encontró un lecho de paja enmohecida y una jarra. Conan se quitó la ropa y la extendió sobre la paja para que le sirviera de sábana. Dejó un arma a cada lado del lecho; y, ciertamente, durmió con sueño ligero, dispuesto a aferrar sus empuñaduras.

Empezó a soñar con Bélit.

Le despertó el ruido: voces ásperas y entrechoque de metales. Había refrescado, y entraba una luz gris, la luz del alba que se

filtraba dentro. Oyó como Uminankh protestaba, y un golpe, tal vez un puñetazo que hubiera recibido el posadero, pues le siguió un gemido; oyó gritar órdenes, y fuertes pisadas. Se puso en pie de un salto, con las armas en la mano.

Una espada corta atravesó la cortina. Esta cayó con seco crujido, y dejó a la vista a dos soldados estigios. Iban completamente armados, con yelmos, corazas, faldones con protecciones de metal, escudos en el brazo y espadas en mano. Tras ellos se apiñaba el resto de su pelotón. Y detrás de estos se hallaba Otanis.

—¡Conan, ríndete! —le gritó—. No te queda ninguna esperanza, salvo la gracia de mi señor Tothapis.

La rabia hizo palidecer al bárbaro, y le estalló en la cabeza.

—¿Tú señor dices, chacal? —rugió—. ¿Con qué tajada de carroña te ha comprado esta noche pasada?

El traidor, que era más alto que los demás, irguió la cabeza con arrogancia y le replicó:

—No me ha comprado nadie. No soy taiano, soy un verdadero estigio; por si quieres saberlo, me llamo Amnún, y emprendí con alegría esta misión para entregarte al sacerdote Tothapis, a quien yo sirvo. El propio Set lo ha querido así, y una poderosa brujería nos ha ayudado. No luches contra El Que Es, Conan. Si te rindes, salvarás la vida.

—¡Tú no la salvarás, canalla! —El corpulento cimmerio se agazapó en un rincón. Volteó el acero a modo de amenaza—. Venid y cogedme.

Amnún habló con el jefe del pelotón, quien a su vez gritó órdenes a sus hombres. Estos entraron en el cuarto.

Lo hicieron con cautela y profesionalidad. Amnún debía de haberles prevenido frente a la persona a quien debían arrestar. Escudo contra escudo, la primera línea protegía a los piqueros que la seguían. Si hubiera tenido más sitio, Conan habría podido eludirles y matar de paso a dos o tres. Pero estaba acorralado.

Atacó. Resonó un yelmo estigio. La cabeza que lo llevaba puesto retrocedió. Aturdido por el dolor que sentía en el cuello, se tambaleó. Se le cayó el escudo. Surcando el aire, la espada de Conan le cortó la parte superior del espinazo al soldado que se encontraba al lado del primero. Corrió la sangre. Un tercero tropezó con su cadáver, y Conan lo mató en su retirada.

Pero el jefe del pelotón ordenó a los demás que entraran también. Una vez allí, formaron de nuevo y volvieron a avanzar. En esta ocasión, las picas de la segunda y de la tercera línea encabezaron el avance. De súbito, Conan se vio atrapado entre astiles con punta de acero.

—¡Ríndete, ríndete! —le gritaba Amnún desde la entrada.

Conan gritó. Su espada atacó a diestro y siniestro, y apartó las picas. Solo por un momento, tuvo la posibilidad de arrojar un arma al otro lado; pero con esto le bastó. Su mano izquierda se alzó y volvió a bajar con fuerza. La daga salió volando. Amnún gritó cuando el arma le atravesó la garganta; entonces cayó al suelo mientras la sangre se le escapaba.

—¡Esta ha sido tu recompensa! —bramó Conan.

Estaba convencido de que iba a morir. Solo tenía la esperanza de que más estigios le precedieran en el camino del infierno. Pero el pelotón tenía órdenes de capturarlo vivo. Algunos de los piqueros dieron la vuelta a sus armas y las emplearon a modo de garrotes. Aunque Conan se dejara llevar por la cólera, atacara, matara a dos más y los hiriera a prácticamente todos, la lluvia de golpes que recibía en el cráneo fue demasiado para él. Cayó a tierra y perdió el sentido. Los soldados le golpearon en venganza hasta que su oficial les ordenó que se detuvieran.

8. Cautivos del Anillo Negro

Tothapis frunció el ceño en su semblante de buitre. Sus dedos repiqueteaban en el brazo derecho del trono de la cobra. Por un momento, no se oyó nada más que aquel tamborileo entre las sombras que se iban ensanchando y desdibujando en el edificio central de su fortaleza.

—Esto no me gusta —dijo por fin—. Es una temeridad.

Nehekba, que estaba sentada a sus pies sobre un escabel, abrió como platos sus ojos de color de bronce. Al reflejar la luz de las velas, estos parecían iluminar toda la hermosura de su rostro.

—Pues ¿qué querríais hacer, mi señor? —murmuró.

—Cuanto más pienso en este asunto —respondió—, más conveniente me parece hacerlos matar a todos sin más: Conan, la princesa taiana, Jehanan, sí, y ese ofirita llamado Falco. Abortar el funesto destino de Conan, junto con el de los otros tres que se hallan vinculados a él.

—Perdóname, mi señor, pero debo decir que, sin razón alguna, el miedo está hablando por tus labios —le replicó la sacerdotisa bruja—. Debemos investigar más, y saber más, antes de tomar una decisión tan drástica. Podría suceder que la cadena de sucesos que interrumpiésemos se volviera sobre nosotros de manera imprevisible. Por ejemplo, Mitra —a la simple mención del odiado dios solar, ambos sisearon y trazaron la figura de una serpiente en el vacío con el dedo— puede encontrar a otro que empuñe el Hacha forjada en el cielo en lugar de Conan, si es que ese es el destino del bárbaro; y entonces, no sabremos de quién se trata ni dónde se halla. Tenemos que reunir pistas y aclarar qué posibilidades tiene Conan, con el fin de averiguar cómo podemos impedir definitivamente y sin peligro las hazañas que le están destinadas.

—Sí, es cierto —admitió Tothapis—. Pero disponemos de drogas

y torturas para poder interrogarlos rápidamente a él y los demás. Sin embargo, no solo has pedido que le mantengamos con todos los lujos en el Torreón de la Manticora; quieres que los pongamos a todos juntos. ¡No!

—Las pociones y los tormentos no servirán con ese bárbaro fuerte y testarudo —le replicó Nehekba—. Tenemos que emplearlos como último recurso, inmediatamente anterior a la ejecución, no en primer lugar. En cambio, si permitimos que los cautivos se reúnan, si dejamos que hablen y actúen con libertad, sin que sepan que los estamos observando, acabarán por revelarlo todo acerca de sí mismos… estoy segura de que averiguaremos incluso las debilidades de Conan que podamos emplear contra él.

Tothapis seguía inquieto. Nehekba insistió.

—¿Qué podemos temer? Ningún mortal ha escapado jamás de la Manticora. Nuestro Señor de la Noche auxilia a quienes se muestran celosos en el servicio de Set. ¿Acaso Él no se complace en la astucia?

Una decisión cristalizó en el ánimo del hechicero.

—Muy bien —dijo—, lo intentaremos.

Trazó un signo y dijo unas palabras, las cuales abrieron un camino que les permitía ver y oír desde aquella casa lo que estaba ocurriendo en el castillo. Apareció una estancia ocupada por el oficial de turno. Este, en cambio, no veía nada, y se sobresaltó con gran espanto cuando la voz de Tothapis le habló. Poniéndose torpemente en pie, saludó y escuchó las instrucciones, al tiempo que el sudor le resbalaba por la piel.

—Sí, gran señor, así se hará de inmediato —farfulló.

Tothapis y Nehekba vigilaron los actos de los hombres a quienes habían dado órdenes. Estos cumplieron con sus tareas sin que se produjera ningún incidente. Después de que se hubieran marchado de la sala, el sacerdote siguió observando a los cuatro que ahora se encontraban allí. Cuando pudo ver bien por primera vez a Conan, Nehekba contuvo el aliento y le miró con deseo.

Al abrirse la puerta de su habitación, Conan agarró una silla. Tenía la descabellada esperanza de que podría partirle el cráneo a quienquiera que entrase y encontraría algún modo de huir de la prisión. Gruñó desengañado y soltó su arma al ver un escuadrón entero de hombres armados de pies a cabeza. Si querían llevárselo

para someterle a torturas o algo peor, les atacaría y moriría luchando. Pero el trato que había recibido hasta aquel momento, aunque fuera desconcertante, parecía desmentir aquella posibilidad.

En vez de meterle cargado de cadenas en una celda, le habían instalado en un palaciego aposento de aquel gran edificio. Un médico le había puesto bálsamo en las heridas. Un barbero bien escoltado iba cada día a afeitarlo. Por un ventanillo de la puerta le pasaban bandejas cargadas con gran abundancia de deliciosos manjares y refrescos. En un armario había varios finos atuendos de su talla. Tenía una piscina en la que podía nadar, así como bañarse, y la volvían a llenar con agua fresca desde fuera cada vez que se vaciaba. Después de pasar tres días viviendo en aquellas condiciones, ya solo sufría por la rabia de estar confinado, por no tener a Bélit, y porque sentía desconcierto, teñido de miedo, ante lo que pudiera derivarse de aquello.

—Alégrate —le dijo en shemita, con fuerte acento, el jefe del pelotón—. Por su gentileza, mi señor Tothapis ha decidido que no debes languidecer solo, sino que tendrás compañía durante algunas horas. Ven con nosotros.

Perplejo, sintiendo bajo la túnica los latidos del corazón, Conan obedeció. Los hombres le condujeron por un pasillo a lo largo del cual había puertas parecidas a las de su estancia, y que sin duda debían de ocultar lugares semejantes. Iba a desembocar en una gran sala cubierta de suntuosas alfombras, bien amueblada, en la que entraban luz y airecillo suave por las ventanas abiertas. En las paredes encaladas había murales con flores y aves acuáticas. Encima de la mesa, una jarra de vino alta y cuatro copas. Tres personas que ya se encontraban allí se volvieron al entrar Conan.

—Vendremos a buscarte a la hora de la cena —le dijo el oficial estigio.

Él y sus hombres se marcharon. Conan oyó como echaban un pesado cerrojo. La cámara tenía una única salida. Empujado por su deseo de liberarse, el cimmerio se acercó a la ventana más cercana y miró fuera. Como ya había esperado, no ofrecía ninguna posibilidad de huir; solo una pared desnuda hasta el mismo patio empedrado al que podía asomarse por su balcón. No habría podido trepar por ella ni saltar abajo sin matarse.

Se volvió hacia los demás.

—Me llamo Conan, y provengo del lejano país norteño de los cimmerios —explicó en shemita—. ¿Todos vosotros también estáis cautivos aquí?

—Eso… eso creo —le respondió un joven—. Yo, por lo menos, sí. Ninguno de nosotros nos conocemos. Yo soy Falco, hijo del barón de Kirjahán de Ofir.

Conan asintió. La nacionalidad de aquel muchacho, a pesar de su atuendo estigio, era evidente. Tendría unos dieciocho años y era esbelto, quizá algo bajo, pero ágil y musculoso. Tenía buen color, ojos castaños, cabello rubicundo; sus regulares facciones le delataban como uno de los ofiritas occidentales, civilizados, de formación cortesana, frecuentemente inclinados al comercio, más que como uno de los endurecidos hombres de las llanuras del este de aquel reino; pero, sin duda, sabría montar a caballo, tirar con arco y blandir una espada, así como leer, escribir y tocar música para las damas. Conan recordaba los mapas que había visto. Ofir se hallaba al norte de Shem, y Kirjahán no estaba lejos de la frontera aquilonia. Falco hizo una reverencia ante la mujer del grupo.

—¿Y puedo preguntaros vuestro nombre, dama mía? —dijo.

Conan la contemplaba con placer. Era muy alta para su sexo, esbelta pero bien proporcionada, y sus carnes aparecían firmes bajo la diáfana túnica; tenía el cabello y los ojos oscuros, pero el cutis más bien dorado, y el semblante parecido al de otras razas, pero bellamente conformado. La joven le miró a él con audacia, en absoluto con coquetería. Empezó a hablarles en un idioma que no reconocieron, aunque parecía formar parte de la familia hiboria. Viendo que nadie la comprendía, se puso a hablar en estigio.

—Se llama Daris de Taia —interpretó Falco—. Su padre Ausar ha tomado el mando de la revuelta de esa provincia contra el rey Mentufera. —El ofirita vaciló, y apareció la preocupación en su rostro de muchacho—. Si es que su padre todavía vive.

Conan frunció el ceño. Después de su experiencia, no podía evitar el recelo frente a cualquiera que pasara por taiano.

—¿Cómo ha llegado aquí? —dijo. Falco se lo preguntó, obtuvo respuesta y explicó brevemente lo que había ocurrido. Las sospechas de Conan se desvanecieron—. ¡Oh, bien por ti, muchacha! —dijo—. Tu corazón es hermano del de Bélit.

La cuarta persona presente gritó con desgarro. Todos se

volvieron hacia él. Se trataba de un shemita corpulento y robusto, que se había mantenido aparte, en silencio, encorvado, con el dolor inscrito en cada una de las líneas de su rostro cruelmente maltratado.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Conan.

—No soy nadie, ni nada —le murmuró el otro en respuesta. Súbitamente, alzó la mirada para encontrarse con la del cimmerio —. Pero ¿he oído que decías un nombre?

—Sí. El de Bélit, la reina corsaria de la Costa Negra…

Conan no tuvo oportunidad de terminar. El desconocido se abalanzó sobre él y le agarró los brazos con tal fuerza que llegó a causarle dolor. Oyó un ronco grito.

—Entonces, ¿ella vive? ¿Cómo se encuentra?

—Tan bien como puede estar —dijo Conan—. Tiene una galera y una tripulación de piratas suba con los que saquea barcos y costas, en venganza por… —Acudió a sus mientes un terrible pensamiento—. ¿Quién eres?

El shemita le soltó.

—Yo fui Jehanan, su hermano.

Se desplomó sobre una silla, y gemidos provinentes de lo más profundo del pecho le sacudieron todo el cuerpo.

—¡Jehanan! —Conan se agachó al lado del hombre que lloraba, le abrazó, y le dijo animadamente—: Escúchame. Soy el amado de Bélit, y fuimos felices juntos hasta que me atrajeron a la costa con la falsa promesa de que podría liberarte, Jehanan, y llevarte de nuevo con ella. ¡Por la lanza de Crom que todavía puedo conseguirlo!

—No. No. Ella no querría verme tal como me he vuelto.

—¿Qué importan algunas cicatrices?

—En todos estos lugares —Jehanan se palpó el rostro, el hombro izquierdo, las costillas— mora un dolor interminable. A pesar de todo, puedo moverme, trabajar y luchar, sí. Pero me veo privado de mi virilidad, y solo soy capaz de dormir con la fatiga.

Conan reprimió un grito. Soltó al otro y se incorporó; estaba pálido, respiraba con fuerza, tenía los músculos estremecidos y duros como el acero por todo su poderoso cuerpo. Falco apartó de él a Daris. Al cabo de unos momentos, Conan rugió. El grito del león levantó ecos, y ecos de los ecos, en la estancia. Agarró una

pesada mesa y la golpeó furiosamente contra el suelo.

Luego pudo hablar.

—Van a pagarlo, van a pagarlo, van a pagarlo, esa cofradía de hombres lobo como jamás los había conocido la humanidad. Se echó a andar de un lado para otro. Su tono se apaciguó.

—Jehanan, no desesperes. En cualquier caso, todavía podemos vengarnos. Y luego… bueno, la brisa fresca del mar y los anchos horizontes marinos dan mucha paz al alma. Ahora tenemos que planear nuestra fuga. Con ese fin, tenemos que empezar por intercambiar toda la información de que disponemos.

Se volvió hacia Falco.

—Empezaremos contigo, noble señor —dijo—. ¿Cómo has llegado aquí, y qué sabes de este lugar?

El ofirita se ruborizó. No estaba acostumbrado a que le dieran órdenes como a un plebeyo. Pero tras observar con mayor atención al gigante que tenía ante sí, dijo respetuosamente:

—Si así lo deseas… por supuesto. ¿Puedo sugerir que nos sentemos y nos sirvamos vino?

Conan movió la cabeza de un lado para otro.

—Haz lo que te parezca, pero habla —le espetó.

Estaba ebrio de su propia ira; parecía que pudiera oír metales afilados silbando y entrechocando en su cabeza, y sentía un sabor amargo en la boca.

Falco llenó tres de las copas. Ofreció la primera a Daris, quien la tomó y se sentó con gran cautela en un sofá. La siguiente a Jehanan, quien la aferró y bebió mientras las lágrimas seguían manándole de los ojos. Tras llenar la tercera se acercó a la muchacha taiana, se sentó a su lado, fue bebiendo a sorbos, murmuró: «¡Excelente!» y se puso cómodo para conversar.

—Lamento esta tragedia que acabo de conocer —dijo—, pero señor, con toda franqueza, no creo que podamos fugarnos, y de hecho me pregunto si valdría la pena. Quizá debería empezar por el principio.

—Soy el hijo más joven del barón de Kirjahán, y por ello, mi esperanza de mejorar mi posición se encontraba lejos de mi hogar, en el servicio directo a mi rey. Hará un año, o más de un año, sus oficiales de inteligencia reunieron hechos que, al contemplarse en su conjunto, parecían ominosos… historias que los viajeros habían

visto y oído fuera del país, informes de que aquí se estaban reclutando tropas, facturas de exportaciones a Estigia y cosas parecidas. Se sabe que el rey Mentufera es un hombre jactancioso que ambiciona el poder y la gloria. ¿Podía ser que estuviera preparando alguna aventura que amenazase a Ofir?

»Al fin, Zarus de Vendishan fue enviado a Luxur, la capital del rey de Estigia. Aparentemente, fue allí, sigue allí, en calidad de embajador especial, con la misión de discutir materias como la mejora de las relaciones comerciales entre nuestros dos países y la cooperación en la represión de la piratería. De hecho, le han encomendado que reúna tanta información como pueda. Yo iba como amanuense en su séquito.

»Aunque se nos prohibió alejarnos de la ciudad más de unas pocas millas, nos disuadieron de conocer a otras personas y nos espiaron incesantemente, nuestra misión reunió en el curso de varios meses pistas suficientes para convencer a Zarus de que se estaba preparando algo peligroso. Finalmente, me presenté voluntario para allanar el despacho de Exteriores estigio y tratar de encontrar más pruebas. Había memorizado buena parte de los planos del edificio, y los turnos de trabajadores y guardias. Zarus me advirtió que, si me capturaban, él tendría que fingir ignorancia, y que probablemente hallaría un mal fin. Aquello no me amedrentó.

Contemplando al ofirita, Conan pensó, con cierta ironía a pesar de su furia, que ningún muchacho valeroso se da cuenta de que puede morir de verdad. Con todo, el cimmerio admiraba aquella manera de ser.

—Una noche, logré entrar en aquel sitio —siguió diciendo Falco —. A la mortecina luz de una linterna, leí una carpeta de correspondencia destinada a muy pocos ojos. Y sí, revelaba que el rey Mentufera se había atraído aliados secretos en varias ciudades-estado de Shem, para sumarlas a las que ya son tributarias de Estigia. Planean una invasión conjunta y conquista de Ofir. Si tienen éxito, se hallarán en la frontera de Aquilonia. Como este país tiene un rey débil y necio, y está desgarrado por las discordias civiles, pronto caerá ante ellos, y Argos quedará aislada frente a una conquista posterior. Vastos serán los dominios de Mentufera, y grande el frío júbilo de Set.

Se estremeció, y se encogió de hombros en un intento por

parecer un hombre de mundo dueño de sí mismo.

—Por desgracia, me capturaron. Tal vez alguien descubriera por pura mala suerte el brillo de mi farol, o tal vez el familiar de algún mago se escabullera de allí para informarlo… no lo sé. Desenvainé el estoque, maté a uno de los guardias —su primera muerte, pensó Conan— y herí a más, pero me dominaron por su gran número.

Miró por una ventana. Bajó el tono de voz.

—Lo que ocurrió luego fue asombroso. No me torturaron, ni me decapitaron, ni nada parecido. Me llevaron al cabo de poco, por caminos ocultos, hasta un muelle, donde aguardaba una barcaza tripulada por sacerdotes, una barcaza no impulsada por remos ni por velas, sino por fuegos demoníacos, que desplegaba unas alas con las que surcábamos las aguas con tanta rapidez que llegamos a Khemi en un día y dos noches. He oído decir que es la única barcaza de esa especie, construida en Aquerón mediante artes mágicas que ya se han perdido. El sacerdote jefe de a bordo apenas si me habló, pero admitió que raras veces ha sido empleada para transportar cautivos. También me contó que su gobierno no iba a presentar ninguna queja por mi acción, que ni siquiera iba a mencionarme, y que Zarus tendría que adivinar lo que había ocurrido.

»Al término del viaje me trajeron a este lugar, y me pusieron en una prisión nada severa. Estoy aquí desde entonces; deben de haber pasado unas semanas.

—¿Tienes idea del motivo por el que te tratan con tantos miramientos? —le preguntó Conan.

Falco asintió. Se le subieron los colores al rostro.

—Sí, señor, imagino el motivo, y por eso me preguntaba si valía la pena escapar. Creo que tal vez acaben por liberarnos.

Conan dejó de dar vueltas por la habitación, cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Explícate.

Falco bebió un largo trago y eludió la aguda mirada del cimmerio.

—Bueno, he tenido visitas con frecuencia. La más maravillosa de las mujeres…

Jehanan alzó bruscamente la cabeza. Pareció crisparse. Falco suspiraba.

—Sí, la dama Senufer es un sueño de belleza y, bueno, de amor. Ya había tenido, uh, algún trato con mujeres, pero jamás había imaginado que pudiera existir una como ella. Es la prueba viviente de que no todos los estigios son malos y que, de hecho, la paz no es una causa perdida.

—Su cuerpo no me interesa —le dijo Conan con una sonrisa sardónica—. Explícame qué te contó.

—Bien —respondió Falco—, me ha dicho que existe un fuerte partido entre la nobleza que está a favor de la paz. No ven ganancia alguna en emprender aventuras en el extranjero. Preferirían que el país se abriera y recibiera nuevas ideas del exterior. Están luchando porque el rey cambie de política, y tienen considerable influencia. Uno de ellos se enteró al instante de mi captura y pensó que debían mantenerme con vida como posible, eh, aliado. Sus asociados no consiguieron mi liberación, pero lograron que me tuvieran encerrado aquí. Senufer es… una mujer notable en todos los sentidos. La primera vez vino aquí con la única intención de conocerme, para poder hablarles de mí a sus parientes, pero al cabo de poco…

Encarnado como el fuego, derramó su vino.

Jehanan no pudo aguantar más. Se puso en pie de un salto, y gritó:

—No la creas. Es otro diablo, igual que uno que me tiró de la lengua a mí. Acabarás por descubrirlo para tu pesar, muchacho.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Conan.

Pausadamente, con la lengua refrenada a menudo por la vergüenza, Jehanan se obligó a relatar sus desgracias, y cómo una maravillosa lasciva que se hacía llamar Heterka le había devuelto la alegría de vivir, solo para volver a arrebatársela por puro juego.

Conan aparecía cada vez más severo. Se acercó al hermano de Bélit, agarró con fuerza su mano temblorosa y le murmuró unas pocas palabras de consuelo. Luego, se volvió hacia Daris.

—Mejor que oigamos también su historia —dijo—. Creo que todos estamos atrapados en la misma telaraña.

La mujer describió sus propias experiencias, y Falco fue traduciendo del estigio. Cuando mencionó la barcaza alada, el shemita se sorprendió, y la sorprendió a su vez al contarle lo que le había sucedido a él. Conan iba asintiendo sin más. Jehanan se había

hundido en su desdicha.

—Bien —dijo el bárbaro—, creo que es hora de que os cuente lo que me ocurrió a mí. Recordaréis que soy un aventurero del lejano Norte, y que llevo varios años vagabundeando por todo el mundo. Supongo que la parte de mi vida que nos interesa comienza cuando conocí a Bélit.

Jehanan dio muestras de animarse al oír hablar de su hermana.

—Parece que ha encontrado un hombre excelente —llegó a decir.

Conan prosiguió. El esfuerzo por calcular sus palabras, por contar la historia básica sin revelar datos que pudieran ser útiles para un posible espía, acabó por apaciguar su ira. En lo más profundo de sus entrañas estaba ardiendo al rojo vivo. Se sirvió una copa de vino para refrescarse un poco.

Al fin, los tres que estaban sentados le miraron a él, que seguía de pie, a los gélidos ojos azules, y escucharon cómo decía:

—Está claro que nos hemos metido en un asunto extraño. Presumo que este Tothapis del que he oído hablar es un mago prominente, ¿verdad? —Falco asintió a modo de confirmación—. Así pues, ¿cómo es que se ha tomado tantas molestias para capturarme a mí, un simple bucanero? Ese trabajo corresponde a la armada real. ¿Por qué también vosotros sois importantes para alguien… un espía, un esclavo y una cautiva de guerra, por muy princesa que sea? ¿Por qué nos han reunido sin aviso previo y nos han dejado así? ¿Quién está sacando provecho de esto?

—La facción de Senufer debe de haber trabajado en nuestro favor —sugirió Falco—. Probablemente, podrá contarme más la próxima vez que nos veamos.

—¡No confíes en una bruja estigia! —le dijo Jehanan con áspera voz.

Falco se picó.

—Tú has tenido mala suerte —dijo—, pero no permito que se hable mal de Senufer en mi presencia.

Aunque no comprendía el shemita, Daris advirtió la tensión reinante y les habló en estigio. Falco se tranquilizó, y le dijo a Conan:

—La dama sugiere que, si no tenemos nada más que preguntar, pasemos el resto de la tarde conociéndonos, contando historias y

anécdotas, y cantando canciones mientras nos bebemos el vino.

—Has tenido una buena idea, muchacha —dijo Conan… en cimmerio, idioma que también dominaba. Sonrió a la joven, y ella le devolvió la sonrisa.

Cuando los cautivos hubieron regresado a sus estancias separadas, Tothapis hizo desaparecer la imagen. Se sentó meditabundo, mientras Nehekba se levantaba y estiraba sus gráciles miembros.

—¿Y bien, mi señor? —le dijo como un reto—. ¿Crees que esto ha valido la pena?

—Tal vez —respondió él—. Hemos reunido mucha información personal acerca de ellos. Ahora tenemos que ver cómo aprovecharla para la nigromancia que descubrirá y rasgará la trama de su destino.

—Oh, yo creo que ya sabemos bastante —dijo ella. Tothapis la miró en la penumbra.

—¿Eh?

La mujer rio con una carcajada clara y maliciosa.

—Puede que Conan ame a su pequeña Bélit, pero hace días que no está con ella, y sin duda tiene la virilidad de un toro. ¿No has visto cómo devoraba a Daris con la mirada? Nos llevará algún tiempo, pero creo que, si no por otro camino, podremos corromperle por este. Y una vez esté corrupto a los gazmoños ojos de Mitra… s-s-s-s… una vez sea mi esclavo, ah, entonces será nuestro, tanto da si él lo reconoce como si no. Habrá perdido su destino, no habrá timón que rija su alma… y con todo, mientras viva, ningún otro podrá tener el honor de servir como guerrero al dios. Pues, ¿acaso no está escrito que «las promesas de Mitra… s-s-s-s… se mantienen por toda la eternidad»? Puedes mantenerlo vivo durante mucho tiempo, Tothapis. —Se peinó el abundante cabello con sus afiladas uñas—. Y… y espero que también me dé a mí placeres inusuales.

9. Un recibimiento de guerrero

Aquella noche, la luna llena se cernía sobre el Styx. Conan todavía no podía verla desde su balcón, pero sí veía como el cielo se iluminaba de profundo color púrpura sobre las almenas del otro lado del patio. Las estrellas empezaban a aparecer. El clima se había suavizado, la noche era suave.

El cimmerio divisó la estrella del norte, por la que habría podido guiarse hasta su propia gente si hubiera estado libre. No quería abandonar a Bélit, pero la muchacha le había dicho un día que a ella misma le gustaría visitar la tierra que lo había alumbrado. Miró hacia lo alto y encontró a Júpiter, un fulgor medio plata medio oro. El mismo planeta estaba brillando sobre ella, la que le aguardaba en el mar. ¿Lo estaría contemplando en aquel momento, estaría despierta de añoranza y de temor por él?

Le asaltó un nuevo dolor. Tomó aliento nerviosamente. Lo expulsó con un juramento. Giró sobre sus talones y se marchó adentro con ira. Cada día pasaba unas horas haciendo ejercicio, que le mantenía en forma al tiempo que mitigaba su hastío. Bueno, podría hacer una ronda extra con la esperanza de que le ayudara a dormir.

Las velas brillaban por toda la estancia principal. Conan ignoró su esplendor, se quitó la túnica, arrojó al suelo su atuendo y, cubierto tan solo con un taparrabos, empezó a flexionar acompasadamente las rodillas.

Se oyeron un chasquido y un chirrido en la quietud. Conan se agachó, presto para actuar. Se le había desbocado el corazón. Una llave había entrado en la cerradura de la puerta exterior.

Las grandes jambas con refuerzos de hierro se abrieron de par en par. Un soldado en armadura dio un paso hacia atrás con cautela, al tiempo que amartillaba una ballesta con la que estaba apuntando al

bárbaro. Escuchando por un ventanillo entreabierto, Conan había descubierto ya que toda la vigilancia nocturna de aquel piso consistía en aquel único vigilante. Por un instante, abrigó esperanzas. ¡Si se movía con rapidez y tenía una suerte poco común, podría esquivar la saeta y ponerle las manos encima al estigio!

Con todo, sabía cuan desesperado era aquel intento frente a un ballestero puesto sobre aviso. Mientras calibraba su impulso, apareció una segunda figura que traspuso el umbral… una mujer.

Le habló al ballestero, quien dobló la rodilla sin dejar de apuntar a Conan, y luego cerró con rapidez, echó el cerrojo y dio doble vuelta de llave a la puerta. Conan aguardaba sin moverse, aunque la sangre le ardía en las venas y todos los sentidos se le habían aguzado. Oyó sus felinas pisadas sobre la alfombra, reconoció el aroma almizcleño del perfume, la miró de arriba abajo y por todo el cuerpo. Nunca había visto una mujer más bella, y pocas que se le pudieran comparar. Su túnica, casi transparente, flotaba y brillaba en torno a una forma cuya misma esbeltez volvía aún más voluptuosa. Su rostro era la perfección del tipo racial estigio. Su piel ambarina y su cabello negro relucían a la luz de las velas.

Se detuvo a seis o siete pies de Conan, le obsequió con una sonrisa cargada de promesas y alzó la palma izquierda como si hubiera querido advertirle contra la violencia. El cimmerio ya no albergaba tales intenciones. Aparte de su arraigada repugnancia por los malos tratos a las mujeres, comprendía que, en su situación, habría sido peor que inútil… mientras que, si sabía esperar el momento adecuado, tal vez obtuviera respuestas a las preguntas que le acosaban.

Se humedeció los labios.

—¿Sabes… hablar en shemita? —preguntó, dándose cuenta de lo estúpido que debía de parecer.

La mujer se tocó con la mano derecha un pequeño espejo que le colgaba de la garganta. Conan se puso nervioso, y sintió una repentina incomodidad. Ella habló con voz musical, al tiempo que gesticulaba con la mano izquierda.

Un rayo de luz saltó del espejo y golpeó a Conan en los ojos. Pareció que le ardiera en el cerebro. Le rodeó la blancura. Esta cantaba palabras desconocidas. El alma del cimmerio cayó en un

vórtice de resplandor y sonidos. Apenas si sabía que lo habían paralizado, y sin embargo no cayó.

Al cabo de un tiempo que no era verdadero tiempo, la luz se desvaneció, el cántico cesó y el bárbaro oyó:

—¡Conan, despierta! —Al instante recobró la consciencia. Tambaleante, retrocedió ante la desconocida—. ¿Qué brujería has obrado en mí? —gimió el cimmerio.

La mujer sonrió de nuevo, abrió los brazos en un gesto de bendición y le dijo amablemente:

—Ninguna que te pueda hacer daño, Conan. Solo te ayúdala. Soy amiga tuya.

El cimmerio reunió coraje para mantenerse firme.

—Entonces, ¿por qué has hecho eso? Ella soltó una risa cantarina.

—¿En qué idioma estamos hablando?

—Pues… en… —Estupefacto, Conan se dio cuenta—. ¡En estigio! La mujer asintió.

—Sí. Yo hablo el shemita y muchas otras lenguas, pero pensé que te resultaría práctico poder hacerte comprender por la gente que te rodea. Mi hechizo no ha hecho nada más que enseñártelo en pocos minutos.

El cimmerio movía de un lado a otro la cabeza, tratando de salude su perplejidad.

—¿De verdad? —murmuró, y fue pensando una serie de palabras a modo de prueba—. Hombre, mujer, espada, barco, caballo, batalla… Ella suspiró.

—Ah, no he logrado quitarte el acento cimmerio. Bien, no importa. Ese deje suena viril, incitante. —Se acercó a él—. ¿Quieres que nos sirvamos vino, nos sentemos y charlemos?

Conan logró dominar su asombro y calmó su temor por todo lo que no comprendía. De hecho, estaba disfrutando de la presencia de aquella mujer. Bélit y, sí, Daris, tenían otra especie de belleza más completa, pero aquella criatura exótica le inspiraba sueños que más le valía rechazar… si podía.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Nehekba, Gran Sacerdotisa de Derketa en Khemi —le respondió—, y, como ya te he dicho antes, amiga tuya.

Si aquello era cierto, Conan contaba con una aliada poderosa. El

cimmerio no adoraba a aquella deidad, pero tampoco le causaba repugnancia como Set. La diosa del amor y la muerte tenía devotos por toda la región, también más allá de las fronteras de Estigia. Bélit la invocaba de vez en cuando.

Nehekba se acercó a él y le ofreció la mano. El cimmerio la tomó con su gran zarpa, y entonces, torpemente, se inclinó para besar su suave piel. Era como la seda. Al incorporarse, la mujer le dedicó una sonrisa lánguida y radiante a la vez.

—Voy a traer el vino —dijo el cimmerio con voz apagada, y tomó la jarra que le habían dejado sobre la mesa para su uso personal.

Alrededor de esta había varias copas, pues también le ofrecían agua, cerveza y leche a diario. Llenó dos de las copas y las acercó a Nehekba, quien se había sentado en su sofá y se había recostado sobre un cojín, con las piernas graciosamente cruzadas. La mujer tomó una y le indicó con un gesto que se sentara en el mismo sitio. Cuando Conan estuvo con ella, alzó la copa y dijo, casi cantó:

—Por tu felicidad, Conan. Ojalá pueda ayudarte a recobrarla.

—Gracias —dijo él sin mucha convicción.

—Ahora, ¿querrás beber por mí… no, por los dos? El cimmerio bebió un sorbo sin hacer ningún brindis, y se lanzó al ataque.

—Debes de saber que no comprendo nada de lo que me ocurre. ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién eres? ¿Qué es lo que está pasando?

—Hoy mismo debes de haber averiguado algunas cosas por tus compañeros de cautiverio —dijo—. Fui yo quien convenció a Tothapis para que os concediera esas horas de reunión.

El cimmerio pensó que, en efecto, había averiguado algunas cosas, y todavía estaba averiguando más.

—Hemos hablado, sí —dijo, eligiendo con cuidado cada una de sus palabras—. Uno de nosotros cree saber la razón por la que está cautivo en este lugar, y no en una mazmorra o una tumba. Ese es el joven Falco, quien también ha recibido las visitas de una dama.

Nehekba asintió. La luz se reflejaba en sus cabellos.

—Ah, sí, Senufer. Una aristócrata que sirve a la misma causa que yo, la causa de la paz.

—Y del placer —dijo Conan agudamente.

La mujer sonrió de nuevo con sus carnosos labios.

—¿Y por qué no? ¿A quién hace daño? Es una viuda rica, y

puede permitírselo mientras guarde una razonable discreción. Además, queremos mantenernos en comunicación con Falco. Puede que llegue el momento en que sus contactos en Ofir tengan un valor inestimable para nosotros. Si un hombre lo visitara regularmente acabaría haciéndose sospechoso de conspiración, pero una mujer que obviamente tiene un asunto amoroso no debe temer nada, salvo quizá que un guardia le exija un soborno.

—¿Y qué me dices de Heterka? —exclamó Conan. Nehekba enarcó las cejas.

—¿Quién?

El vaso de vino tembló ligeramente en la mano de Conan.

—Es una historia horrible.

—No sé nada de lo que me dices… bueno, sí, conozco a una aristócrata con ese nombre, aficionada a la medicina, de quien se dice que tiene malas inclinaciones. Nosotros los estigios somos humanos, querido. Es decir, que entre nosotros hay gentes buenas, malas e indiferentes, y nuestros asuntos están tan enredados como en cualquier otra parte del mundo.

Conan decidió no seguir adelante. Así, gritó:

—¡Basta! Te lo ruego, dime por qué estoy aquí, y qué pretendéis hacerme.

—Debes comprenderlo, no soy una confidente de Tothapis —le dijo ella en tono comprensivo—. Es un brujo poderoso, y también sacerdote, y actualmente preside la sociedad de hechiceros llamada Anillo Negro. Yo tampoco sé apenas nada de lo que ha ocurrido, aunque tengo esperanzas de averiguarlo. Te contaré lo que ya sé.

»Han estado llegando hasta Estigia historias de un aventurero del lejano Norte, un guerrero sin par, que merodea por estas tierras del sur. Como pirata, podías representar una amenaza para nosotros en la guerra que probablemente va a estallar. Es posible que Tothapis te haya capturado con sus artes por esa única razón, aunque tal vez sus planes tengan motivos más profundos. Me veo obligada a estar de acuerdo en que sería un error dejarte libre para que hostigaras a mi pueblo. No tengo nada contra ti; entre los bárbaros, la piratería se considera un negocio honorable, ¿verdad? Pero trataré de elevar tu cultura, y ayudarte a manifestar la caballerosidad que sin duda es innata en ti.

»Las dos facciones que persiguen respectivamente la paz y la

guerra no se han enfrentado. Este asunto es materia de discusión y de política, pero no impide que personas con puntos de vista opuestos puedan cooperar. Como miembro de la jerarquía, oí hablar de ti, y persuadí a Tothapis para que te hiciera confinar en este sitio. Él defiende la expansión de la Estigia Imperial, pero no es un hombre sanguinario, y le basta con impedirte que hagas daño. Conan, creo que puedo convencerle de que podrías dar tu palabra de no volver a atacar a los estigios y la respetarías. Entonces, podrá liberarte.

—¿Cuánto tiempo tardarías en lograrlo? —le preguntó Conan.

—Tal vez un año o dos. —La mirada de Nehekba reposó en él—. Pero antes tú y yo tenemos que conocernos de cerca —dijo con un ronroneo.

El cimmerio cerró el puño.

—¿Qué quieres de mí?

—Tus servicios a la causa de la paz podrían resultar vitales —dijo ella—. Es probable que Tothapis lo descubriera por medio de la magia, y por esa causa se alarmara y actuara contra ti. Si es así, creo que podré ir apaciguando poco a poco sus temores. No es que quiera servirme de ti, ni de ningún otro, para llevar a cabo un acto de traición. Pero creo sinceramente que el bien de Estigia se halla en la paz. ¿Qué estarías dispuesto a hacer para ayudarnos…? A cambio de una generosa recompensa, por supuesto. Bien, ya lo veremos; pero me imagino que podrías servir, por ejemplo, como veloz correo a quien no detendría ningún bandido ni agente secreto. Si enviamos mensajes a los gobiernos de países tales como Ofir, Argos, Nemedia, Koth, Corinthia, e incluso la endemoniada Aquilonia, tal vez los animemos a unirse para ejercer presión diplomática y comercial contra el rey Mentufera para que altere sus planes. Nos favorece el hecho de que su heredero, el príncipe de la corona Ctesfon, no comparte sus ambiciones.

Conan se acarició la barbilla.

—Mmm… todo esto es demasiado complicado para mis torpes entendederas —dijo—. Sin embargo… ¡Espera! Según me ha contado Falco, la guerra contra Ofir empezará pronto, mucho antes de que puedas sacarme de mi prisión.

Nehekba negó con su cabeza ceñida por una diadema.

—No, no se puede hacer nada mientras se prolongue la rebelión

de Taia —le recordó—. Yo influí en que trajeran a la hija del jefe a este lugar. Quizás, después de que ella y yo hablemos, querrá colaborar como intermediaria, y negociará el final de la revuelta y también de la injusticia. Un éxito así reforzaría mucho al partido de la paz.

—Todavía no me has dado ninguna explicación de la presencia de Jehanan —exclamó Conan.

—¿Jehanan? —le respondió ella inocentemente—. ¿Quién es ese? —Antes de que el cimmerio pudiera decir nada, Nehekba dejó la copa sobre la mesa y se acercó a él—. Ya tendremos mucho tiempo para discutir de política —murmuró—. ¿Verdad que por esta noche ya no es necesario?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Conan con aspereza. La mujer parpadeó.

—Será mejor que me valga de la misma excusa que Senufer para seguir viéndote. Tampoco yo tengo que fingir. ¡Conan, por los dioses que eres todo un hombre!

El deseo se había inflamado en el cimmerio, y Nehekba lo advertía con sus expertos ojos. Los entrecerró, entreabrió la boca y se arrojó a los brazos de Conan. Los labios de ambos se juntaron. Bélit no le había besado nunca con mayor pasión.

Se acariciaron.

Conan la agarró por el cuello. Se le endurecieron los músculos cuando le sujetó la cadenilla que sostenía el espejo y rompió sus anillos de plata. El bárbaro arrojó el amuleto al otro extremo de la estancia.

Nehekba gritó. Conan le tapó el rostro con la mano. Ella le arañó las mejillas. La mano izquierda del cimmerio le cogió la muñeca. Aferrándola con fuerza, le inmovilizó también el otro brazo. Haciendo fuerza con la pierna sobre sus muslos, la arrojó sobre el sofá. Aunque se debatiera y gritase, la mujer no podía hacer nada frente a aquella fuerza animal.

—Deja de luchar —le dijo Conan—. Si no, te apretaré la garganta hasta que quedes inconsciente. Puedo hacértelo sin que sufras ningún daño real, pero preferiría no verme obligado.

Aquellos espléndidos ojos le miraban con odio. Se vio forzada a obedecerle. Conan asintió torvamente. Como el ventanillo de la puerta estaba cerrado, el guardia no había oído su grito. El

cimmerio había aceptado el riesgo de que le estuvieran espiando de algún modo, como ya había sospechado en aquel mismo día a hora más temprana. Pero suponía que Nehekba no habría querido que la contemplaran en sus amores, y que habría confiado en que su talismán le otorgaría amplia protección si fracasaban sus argucias.

Además, la mujer no debía de esperar tal ignominia.

Conan siguió sujetándole las muñecas al tiempo que, con la mano libre, le iba desgarrando la túnica.

—No temas —le dijo—. Nunca he poseído a una mujer en contra de su voluntad. Por otra parte, tampoco sería ese el caso, ¿verdad? Solo quiero atarte.

—¿Es que te has vuelto loco? —gemía ella.

Conan negó con su cabeza de negra cabellera.

—No, no soy tan necio como tú creías. Las gentes civilizadas pensáis que nosotros, los bárbaros, porque no tenemos ciudades ni libros, hemos de parecemos a animales estúpidos. ¡Diablos, dependemos de nuestro ingenio mucho más que vosotros!

—Pero… pero yo soy amiga tuya, Conan —le dijo en súplica—. Si me lo permites, me entregaré a ti, sí, aún lo haría.

El cimmerio se puso en pie, la obligó a levantarse y a volverse. Le ató los brazos detrás de la espalda con los jirones de seda.

—No, yo supongo que eres amiga de ese tal Tothapis —dijo—. También creo que tú eres la dulce Senufer y la vil Heterka. No me resulta creíble que esta prisión esté poblada de morenas lujuriosas, ni que el señor del Anillo Negro no sepa que estás conspirando contra él ni tome medidas. En todo caso, no confío en ninguna bruja.

—Te equivocas… te equivocas —decía Nehekba llorando.

—Lágrimas de cocodrilo… se llaman así, ¿verdad? —le replicó sin conmoverse—. Pues bien, supongamos que eres inocente, lo cual no puedo permitirme suponer ni por un instante; has admitido que tendría que estar aquí durante más de un año antes de que pudieras liberarme. ¡Ni hablar! Esta misma noche pienso ponerme en camino para volver con mi amada, o morir en el intento. —La tumbó en el suelo y le sujetó los muslos con la rodilla mientras le ataba los tobillos—. Además —añadió—, me has dicho bonitas palabras de paz, pero Belit y su hermano aún tienen que vengarse de Estigia. En consecuencia, yo también.

Cuando ya la hubo inmovilizado por completo, se puso en pie, y contempló por unos momentos su cuerpo casi desnudo. Exhaló un suspiro.

—Qué lástima —dijo—. Cuan tentado estuve de divertirme primero contigo. Pero eres una bruja. No podía arriesgarme a que, de algún modo, ataras mi espíritu aquí, lejos de Bélit.

Conan se agachó y la levantó sin esfuerzo.

—Llama al guardia para que te abra la puerta —le dijo—. Cuando haya terminado con él, te dejaré aquí. El relevo te encontrará por la mañana.

—¡No lo haré, bestia idiota! —aullaba Nehekba.

Conan le echó una terrible mirada.

—Si no me obedeces —le dijo— te romperé el espinazo por lo que le hiciste a Jehanan.

La mujer se encogió de miedo en sus brazos.

—Lo haré… lo haré.

Conan asintió y se acercó a la puerta. En realidad, había mentido, o por lo menos creía haber mentido. No creía que pudiera hacerle algo así a una mujer, por malvada que fuera; y además, tampoco tenía ninguna prueba de la iniquidad de Nehekba. Sin embargo, la cólera que no le había abandonado dio poder de convicción a su amenaza.

Al llegar a la puerta, abrió el ventanillo y acercó a este la cara de Nehekba.

—Tienes que parecer tranquila —le susurró al oído. La mujer asintió convulsivamente, y llamó con una calma que daba fe de su poder para engañar.

—Eh, soldado, ya he terminado lo que tenía que hacer. Abre la puerta, para que pueda irme a casa.

Al instante, Conan la dejó en el suelo y la amordazó con dos jirones de tela que le habían quedado. Nehekba tuvo tiempo de murmurar vengativamente con un siseo:

—Ahora tu muerte es segura, bárbaro. Si tienes suerte, será rápida. Si tengo suerte yo, durará muchos días.

Conan no le prestó atención, salvo en el hecho de que su furia había revelado su verdadero modo de ser. Se levantó, y tomó de un estante una palmatoria de bronce que tenía la forma de tres serpientes. Se abrió el cerrojo, crujieron las guardas, la puerta se

abrió y el ballestero retrocedió con su arma preparada.

Sin embargo, a causa del tono con que le había llamado Nehekba, no actuó con tanta cautela como la primera vez. Conan salió de un salto de detrás de la puerta y le arrojó la palmatoria. Esta dio en el blanco antes de que la ballesta pudiera disparar. La saeta voló sin hacer daño hasta el otro extremo de la estancia. Conan se había abalanzado ya sobre el estigio. Agarró la garganta del hombre, la aferró, la oprimió. Sintió como la laringe se partía entre sus manos. Manó sangre de la boca del soldado. Este cayó y quedó inerte. Conan le quitó la espada y puso fin con ella a su dolor.

Con primitiva celeridad, el cimmerio regresó a su estancia. Si conseguía llegar a la calle, una túnica llamaría menos la atención que el taparrabos que llevaba. Se puso la que había dejado en el suelo y cogió también una capa con capuchón. Tras haberse puesto también las sandalias, salió afuera. Nehekba le dirigió una mirada tan ponzoñosa que el cimmerio se preguntó si debía matarla. Pero no, no podía hacer aquello, ni quiso tampoco llevarse el talismán que le había arrebatado. Habría deseado poder librarse de aquel artilugio, pero no sabía cómo hacerlo, y prefirió no arriesgarse.

Le quitó el tahalí al estigio y se lo puso él mismo. La llave estaba todavía en el cerrojo, y un llavero con otras llaves colgaba de ella. Conan lo cogió y se marchó por el corredor. No quería abandonar a los amigos que había conocido en aquel día.

10. Una noche en Khemi

Falco despertó con un sobresalto. Vio delante de sí a un hombre gigantesco que le había tirado del hombro, y que ahora le soltaba. La luz de las velas del pasillo entraba débilmente por las puertas abiertas; los ojos de Conan, al reflejaría, brillaban como antorchas azules.

—Ponte en pie, muchacho —dijo el cimmerio—. Nos largamos de aquí.

—Pero… pero… ¿qué…? —tartamudeó Falco.

—Luego te lo diré, si sobrevivimos a las próximas horas. El guardia de este piso ya está muerto, pero tendremos que matar a más en nuestra fuga.

Falco encogió el cuerpo.

—No —protestó—. Esto es una locura. ¿Has olvidado lo que me prometió Senufer? Conan escupió.

—Así que pueda, te contaré lo que valen sus promesas. ¡Ahora ven, por el desamor de Crom! No tenemos tiempo para quedarnos aquí farfullando.

Toda resolución abandonó al ofirita. Se sentó entre las sábanas y dijo:

—No. Haz lo que te parezca, y te deseo que tengas suerte, aunque dudo que puedas salvarte. Pero yo no voy a abandonar a Senufer, a quien amo y en quien confío.

Conan le miró con ceño.

—¡Cachorrillo pisaverde! ¿Esto es lo que vale el juramento que le hiciste a tu rey? Tú eres el único que puede advertirte de lo que Mentufera está planeando contra él. Los demás difícilmente podríamos entrar en su corte, y de todas maneras no nos creerían. Quédate, pues, como un perrito faldero.

Falco apretó los puños y se mordió el labio hasta que brotó la

sangre. Con movimientos espasmódicos, puso los pies en el suelo y se levantó.

—Lo siento —dijo con voz vacilante—. Llevas razón, tengo el deber de… de intentarlo.

—Así me gusta más. Vístete. ¡Vamos, rápido! Falco se puso la túnica y el calzado.

—¿Crees que de verdad podremos fugarnos? ¿Cómo es posible?

—Tendremos que valemos de lo que me ha valido hasta ahora, el ataque por sorpresa y la rapidez. Me aprendí el camino cuando me traían hacia aquí. ¿Tú no?

Falco no le respondió. Mirando al vacío, murmuró:

—Volveré contigo, Senufer, si conservo la vida… volveré, y traeré la paz entre nuestras dos naciones, oh, querida.

Conan resopló y se puso en marcha hacia la estancia de Jehanan. El shemita dormía intranquilo; se revolvía y murmuraba en su pesadilla. Al despertarle Conan, jadeó y movió frenéticamente los brazos.

—Cálmate, muchacho —le dijo el cimmerio—. Guárdate tus fuerzas para utilizarlas contra los estigios. Jehanan se sentó sobre la cama.

—¿Los dos estáis libres? —Se sorprendió sin dar muestras de alegría—. ¿Qué queréis hacer?

—Para empezar, tú y yo volveremos con Bélit. Ya te dije que tengo un bote escondido, y el único traidor que sabía dónde se halla habrá sido devorado por los buitres. Tendremos que luchar para huir de esta perrera, mas…

Jehanan se dejó caer. Negó con la cabeza.

—¿Para qué? —murmuró.

—¡Por el nombre de Ymir! —dijo Conan, explotando—. Pero ¿entre qué chiflados sin agallas he ido a parar, que tengo que convenceros para que tratéis de recobrar la libertad? Al menos, ¿no quieres matar estigios?

Jehanan se irguió.

—Eso es lo que me queda en esta vida —dijo lentamente—. Muy bien.

—Vístete, pues.

El corazón de Conan sintió pena al ver que el shemita tenía que luchar con el dolor a cada movimiento que hacía para levantarse de

la cama.

—Ven aquí, Falco —dijo el bárbaro, al tiempo que se volvía y cogía por el codo al joven—. Hemos de ver qué armas podemos improvisar.

Recordando a Bélit, cogió una garrafa de cristal, rompió su fondo contra una mesa y le entregó el cuello al ofirita. Los músculos se le tensaron como cables bajo la piel al arrancar una pata del pesado mueble. Sostuvo bajo el brazo aquel garrote, se desabrochó el tahalí y entregó la espada al ya vestido Jehanan.

—Los shemitas soléis emplear armas cortas —observó—. Seguro que la manejarás bien.

Sombríos presentimientos se asomaron al arruinado semblante, y su cuerpo lleno de cicatrices pudo moverse con más ligereza después de haberse acostumbrado un poco a ello.

—Vámonos —dijo el hermano de Bélit.

—Todavía queda la muchacha —recordó Conan—. Por lo menos, se merece una oportunidad de correr el riesgo junto con nosotros.

Daris de Taia debió de despertarse cuando la llave giró en la cerradura de su puerta. Al entrar el cimmerio, abandonó su estancia y salió de un salto a la habitación principal. Su cuerpo desnudo era esbelto como el del leopardo; el cabello negro le ondeaba en su carrera. Al ver a Conan, se detuvo, y le tendió los brazos. Le centelleaban los ojos, le resplandecía la sonrisa.

—¿Os habéis liberado? —dijo—. ¡Oh, Mitra, oh, qué maravilla!

—Vamos a tratar de escapar. —Aun en aquellas circunstancias, Conan se sorprendió a sí mismo admirando la estampa que tenía delante. La muchacha no parecía advertir su propia desnudez—. Si quieres venir con nosotros, vístete deprisa.

—No me voy a poner una túnica pensada para el juguete de un hombre rico —respondió ella, mofándose—. Déjame ir a… sí, a tu habitación, Falco, allí encontraré otra túnica más adecuada; no tardaré ni un minuto.

Cumplió su palabra. Volvió sin haber ocultado la bella forma de sus piernas, pues el atuendo era algo corto para ella, y aún no se había cubierto los pies de duras plantas. También había encontrado una correa de cuero con una pesada hebilla de bronce.

—Sabré cómo emplearla —dijo, casi con alegría. Conan le

devolvió la sonrisa.

—Un soldado y tres matones de taberna, ¿eh? Sin embargo, había pensado que podrías llevarte aquella ballesta.

Habían salido al corredor, y el cimmerio señaló al cadáver.

—Para un único disparo, si quieres. Pero luego tendremos que pelear cuerpo a cuerpo, ¿verdad? —Daris se detuvo un momento a recoger y amartillar la ballesta, al tiempo que observaba—: Has aprendido de repente a hablar el estigio. Esta noche han ocurrido muchas cosas extrañas, y creo que todavía sucederán muchas más.

—Silencio —le advirtió Conan, y guio a los demás hasta una escalera.

Por prudencia, fueron bajando poco a poco por la sombría escalera de piedra. En cada rellano, el bárbaro se detenía, escuchaba, y finalmente miraba con atención antes de indicar a los demás que podían seguir adelante. Encontraron dos rellanos vacíos, tal vez porque no había nadie más detenido en las mismas condiciones en que se había hallado él. Más abajo, sin embargo, había considerable actividad, tanto penitenciaria como militar. Las guardias nocturnas no constaban de un solo hombre. En un par de ocasiones, Conan detuvo a los demás con un gesto y aguardó a que los otros hubieran pasado. Como actuaban con precaución, lograron llegar hasta el final sin que los descubrieran.

La escalera terminaba en un pasillo. No encontraron a nadie, pero algunos sonidos resonaban en las desnudas paredes. Conan recordó que a la derecha había una gran antesala, y guardias apostados en su puerta principal. No podía estar seguro de cuántos habría en aquella hora, pero había contado diez cuando le llevaron allí, y sin duda otros muchos estarían cerca. No tenía ni idea de lo que podían hallar a la izquierda. Tal vez encontraran una salida sin peligro, o quizá se perdieran en un laberinto, o tropezaran con problemas de algún otro tipo.

Conan solo necesitó un segundo para afianzarse en la decisión que había tomado a título provisional. Crom gustaba de los valientes, aunque no les ayudara. Se volvió hacia la derecha. Se echó a correr, evitando hacer ruido.

Al final del pasadizo, no se detuvo para mirar qué tenía en derredor, ni malgastó aliento en un grito. Corriendo sobre piedras desnudas, cargó contra el pelotón, cuyos yelmos, corazas y puntas

de lanza relucían. La luz de las escasas lámparas no alcanzaba el techo abovedado, pero, en lo alto, los murciélagos revoloteaban entre las sombras. Desde los murales de las paredes, dioses con cabeza de bestia y la propia Gran Serpiente le miraban amenazadoramente. Incienso de acre olor ardía a sus pies.

Conan vio que los centinelas, en efecto, eran diez. Al aparecer el bárbaro, dieron la alarma y se agruparon en formación cerrada, en la que las espadas y los escudos precedían a los picadores. A espaldas de Conan, se oyó un chasquido de ballesta. Daris tenía buena puntería; un estigio cayó al suelo con metálico estrépito, con la saeta profundamente clavada en el rostro. Daris gritó de emoción.

Conan fue por los nueve enemigos que quedaban. Las picas apuntaron hacia él. El cimmerio, trazando un veloz arco con su garrote, apartó una, y puso contra el suelo la punta de otra y le rompió el astil. Se halló entonces demasiado cerca para que le atacaran con las lanzas; estaba delante mismo de las espadas cortas. Un hombre acometió, protegiéndose con el escudo, y gritó cuando el garrote le rompió el brazo. Conan arreó otro golpe a su yelmo y le arrancó ecos metálicos. Su portador se tambaleó. Así, dejó al descubierto una pierna, y el cimmerio se la rompió.

La formación se deshizo. El acero de Jehanan entrechocó con otro. El estigio, que llevaba una armadura puesta, obligó al shemita a ir retrocediendo. La correa de Daris surcó el aire, y su hebilla golpeó al soldado entre los ojos; así, este se distrajo en su defensa y Jehanan pudo acuchillarlo en la garganta. Falco iba dando saltos, demasiado rápido para que nadie le alcanzara; atacaba cada vez que tenía una oportunidad, y empleaba su arma de cristal con terrible efecto. Conan soltaba su rabia en todas direcciones, le partía el cuello a un piquero, se apoderaba de su arma, empleaba a la vez la punta y el astil. El suelo estaba resbaladizo de sangre.

Entraron más guardias por los arcos que había a ambos lados de la antesala. Conan habría preferido que no llegaran tan pronto, ni en un número tan grande.

—¡Tú, abre esa puerta! —rugió.

Codo con codo, el cimmerio y Jehanan mantenían a raya a los sobrevivientes del pelotón, mientras que Falco, cuya arma de cristal había acabado por romperse definitivamente, y Daris, luchaban con un pestillo muy pesado, sujeto con una gran cadena. Los estigios

recién llegados se apiñaban al fondo. La mayoría no llevaba armadura, y todos estaban atónitos. Su confusión no duraría más de un minuto o dos. Conan golpeó, el hermano de Belit acometió, olvidando su dolor en la furia de la batalla.

La puerta grande crujió. Una brisa nocturna se impuso a la fetidez del interior.

—¡Afuera! —gritó Conan.

El cimmerio siguió luchando mientras sus camaradas huían. Un oficial ordenó:

—¡Matadlo! —y encabezó el ataque de su patrulla.

El cimmerio arrojó la pica y lo ensartó. Cerca de allí, una lámpara parpadeaba sobre su soporte. El bárbaro la volcó, con su aceite hirviendo, sobre el siguiente estigio que encabezó un asalto. Los soldados vacilaron por segunda vez en su ataque. Conan escapó por la puerta y se reunió con los suyos.

La luna ya estaba lo bastante alta como para bañar las calles con fría luz. Conan pensó que, de todas maneras, podría dejar atrás a sus perseguidores y librarse de ellos. Lo habría conseguido, y Daris también, pero no tardó en comprender que Falco y Jehanan no podrían seguirles. Por mudo acuerdo, corrieron más despacio. Al mirar atrás, vio una cuadrilla de guardias que les seguían.

Conan pensó que podrían esconderse en algún callejón oscuro y tortuoso como los que suelen desembocar en las avenidas, y despistar al enemigo en el laberinto de callejuelas. Pero no. Ni él ni ninguno de su grupo conocían aquella maldita ciudad. Acabarían por perderse, y los estigios les tenderían una red humana que, inevitablemente, los apresaría.

Tal vez el puerto les ofreciera alguna oportunidad. Había podido ver algo al llegar a Khemi.

—Por aquí —exclamó.

Las esfinges de piedra y las estelas con inscripciones reflejaban en ambas aceras los trémulos rayos de la luna, y parecían irreales a la luz de este astro. De vez en cuando, un transeúnte tardío presenciaba la persecución y huía.

Toda solemnidad desapareció luego entre los grandes edificios de almacenes, desiertos por la noche, entre los que se escabullían las ratas. Conan divisó más adelante los mástiles que destacaban sobre los muelles, y los reflejos engañosamente bellos de la luz de la

luna sobre el río. Los faroles se mecían en las manos de la policía del puerto. Conan corrió más despacio. Allí tal vez podrían eludir al enemigo en la penumbra.

A sus espaldas, sonó una trompeta. Sus notas no podían llamarse música; eran sones largos y breves de tonos variados.

—Es el código del ejército estigio —dijo Daris entre jadeos—. Sin duda, están advirtiendo contra nosotros a todos los guardias de los alrededores.

—Nos van a cercar —gimió Falco.

—Al menos, podremos encontrar un lugar donde nos sea posible ofrecer resistencia, y matar a unos cuantos antes de morir.

—No —le respondió Jehanan, imponiéndose a su pesada respiración y al ruido de sus propias pisadas—. Si somos capaces de esquivarlos antes de que rodeen esta zona, sé dónde podríamos escondernos.

—¿Eh? —gruñó Conan. La esperanza se inflamó de nuevo en su pecho.

—Las viejas tumbas y las canteras que se encuentran debajo de la Gran Pirámide —dijo Jehanan—. Son un caos, e inspiran temor. Nadie se acerca allí salvo los esclavos como yo, de día, para ir sacando la piedra caliza que aún queda. He llegado a conocerlas un poco, pues me he arrastrado por ellas en mi labor.

Conan sintió que la esperanza le abandonaba. Sintió un escalofrío en el espinazo, y el sudor que le causaban sus esfuerzos se enfrió de pronto.

—¿No están embrujadas? —murmuró. Falco le respondió con alegría.

—Más nos vale correr el riesgo de encontrarnos con un demonio necrófago que esperar a que nos capturen —dijo.

La acción había despertado su natural exuberancia juvenil, y había dejado a un lado su obsesión con su amor. De todos modos, después de lo sucedido ya no podría volver a ver a Senufer, a menos que regresara en alguna misión oficial. Además, como aristócrata culto de una región civilizada y de mentalidad pragmática, apenas si temía a lo sobrenatural.

Daris, que era medio bárbara, también se sentía intimidada. Reunió fuerzas, y dijo sin vacilación alguna:

—Si ese es el camino de vuelta a casa, sigámoslo.

Sí, pensó Conan; si tenía que luchar con horrores macabros para poder volver con Bélit, lo haría. Los faroles de la policía del puerto se acercaban cada vez más, pues sus portadores habían oído la trompeta. Las armas y armaduras brillaban, ya visibles. Borrosos a la luz de la luna, los soldados del torreón se acercaban también, fatigados pero resueltos.

—Guíanos —ordenó Conan, aunque sintiera un nudo en la garganta.

Jehanan asintió, y echó a correr con gran esfuerzo.

En un callejón, donde los muros de dos edificios impedían el paso de toda luz, se volvió. Todos se dieron las manos para poder seguirle. Les guio, seguramente más por sentido de la orientación que por verdadero conocimiento, por varios pasajes enmarañados, y salieron por el lado de una torre de vigilancia que se encontraba al extremo de un muro. La luz de la luna volvió a alumbrarles. Los guijarros repiqueteaban, la arena crujía bajo sus plantas. Habían salido de la ciudad. Esta quedaba ahora en lo alto, envuelta en la negrura. Jehanan atravesó corriendo oblicuamente el terreno que descendía en empinada pendiente desde aquellos terraplenes hasta el río Styx, amplio, sereno, resplandeciente de luz de luna. Pudieron ver la mole de la Gran Pirámide, espectral bajo aquella luz, que casi parecía flotar bajo un cielo donde refulgían solo unas pocas estrellas.

Un son de trompeta hendió el silencio nocturno. Conan miró a sus espaldas. Los faroles centelleaban como luciérnagas. ¿Les habrían visto desde la torre? Se asomaron más faroles por la muralla.

El terreno por el que corrían era escarpado, traicionero, blanco como un esqueleto, y estaba lleno de hoyos. Había agujeros por todas partes. Las sombras de los enormes bloques caídos ponían difícil el encontrarlos antes de caer en ellos. Jehanan brincaba como una cabra montesa; de algún modo, había logrado dominar el incesante tormento que habría dejado tullidos al resto de los hombres. Daris se movía con aún más agilidad. Conan vio que Falco tropezaba una y otra vez, y que a menudo le faltaba poco para caer adentro. Se acercó al ofirita y le ofreció una mano para guiarlo. En algún recoveco de su alma, se alegró de que aquel problema añadido no le dejara tiempo para preocuparse por los demonios.

Oyeron exclamaciones. Los estigios habían llegado a suelo escarpado. Al principio entraron con timidez, torpemente, pero sus oficiales les ordenaron a gritos que aceleraran el paso.

Jehanan llamó por señas a los demás. A sus pies comenzaba una excavación, tan ancha que los rayos de la luna llegaban a sus profundidades. Entró a gatas y avanzó a tientas por la irregular pendiente. Sus amigos le siguieron. Algunas piedras se desprendían, y hacían un ruido como de huesos secos. Conan estaba luchando por no sentir estremecimientos. Cuando llegaron al fondo, Jehanan buscó entre los peñascos y escarpadas rocas hasta que encontró lo que quería, y entonces desapareció. Sus seguidores se arrastraron sobre los mismos obstáculos, y vieron debajo una entrada pequeña, oblonga, hecha con bloques de piedra cincelados. Su boca se abría a las tinieblas. Conan apretó los dientes y entró junto con los demás en la antigua tumba.

Cuando se le hubieron dilatado las pupilas, encontró que la luz que llegaba a aquel lugar apenas si le permitía no andar a ciegas.

—Por aquí —decía el áspero susurro de Jehanan.

Conan vio al estigio de pie, como un bulto en la oscuridad, en el centro de algún objeto. Al llegar allí, fue el tacto, más que la vista, lo que le permitió identificar aquello: un sarcófago sin tapa, saqueado desde hacía siglos.

Los cuatro se metieron dentro y se apiñaron en su fondo. El bárbaro sintió algo duro en las costillas. Sus dedos recorrieron una superficie curva, dos orificios, dientes: una calavera humana. ¿El antiguo propietario? No podía ser, después de tantos milenios. Además, también halló restos de carne. Alguna criatura había llevado la cabeza hasta allí para devorarla; tal vez la hubiera sacado de alguna otra tumba. ¿Qué especie de bestia o criatura lo habría hecho?

Las voces llamaban de un lugar a otro, se oía roce de pies y sonidos metálicos. Los estigios habían llegado hasta aquel lugar y los estaban buscando. Conan dejó de lado sus escrúpulos e hizo los cálculos propios de un guerrero. Solo les quedaban la espada de Jehanan y el cinturón de Daris como armas, pero podrían defenderse fácilmente desde aquella tumba, y alrededor había muchas rocas que podían arrojar, o añadir al peso de sus puños.

Los ruidos cesaron. El enemigo no había registrado aquel lugar

tan exhaustivamente como habría podido. Sin duda, la fulgurante luz de la luna y las negras sombras habían confundido su visión en aquel yermo desolado y abrupto. Además, tampoco querrían quedarse allí por mucho tiempo.

Cuando se hubieron marchado, Jehanan dijo:

—Marchémonos. Si andamos con cuidado, con el cuerpo pegado al suelo, no nos verán. Supongo que por la mañana vendrán a darnos caza en gran número, pero para entonces estaremos ocultos en un lugar donde sé que no podrán encontrarnos en menos de un mes.

—¿Un mes entero sin agua? —murmuró Conan.

—Si podemos aguantar ahí hasta mañana por la noche, os podré llevar fuera de la ciudad —le aseguró Jehanan—. Entonces, tú podrás guiarnos hasta tu bote.

11. El bajel de la serpiente

El refugio en cuestión era una caverna de poca profundidad que se encontraba en lo alto de un precipicio, oculta por un reborde. Había ido entrando arena que ablandaba el suelo. A medida que pasaba la noche, tuvieron más y más frío; se pusieron a dormir todos juntos para darse calor. Ninguno se salvó de los frecuentes sueños que les hacían forcejear, gemir y despertar con espanto. El alba trajo consigo desmesurada alegría.

Conan fue el primero en despertarse por completo. Se liberó con suavidad de los brazos de Daris, que se habían aferrado a él durante su sueño, y salió afuera. Acercándose al reborde, echó una ojeada al otro lado. El sol, alumbrando el río, teñía de plata sus aguas y el cielo oriental. Khemi la Negra y la pirámide de oscuro color ocultaban el cielo de occidente. A sus pies, las ruinas de piedra caliza aparecían de color azul pálido, con sombras purpúreas. Vio soldados que andaban por allí buscándoles. Aunque los reflejos del sol parpadearan en sus armas, parecían hormigas en la lejanía, y nada quebraba el silencio.

Respiró hondo, y sintió que el recuerdo de sus pesadillas se esfumaba. Lo que fuera que las había inspirado debía de haberse escabullido de nuevo dentro de las tumbas. Él y sus amigos podrían reposar durante el día, recobrarían fuerzas pese a la sed y el hambre, y se marcharían al anochecer. Sin duda, los estigios tratarían de cercar aquella área, pero tampoco cabía duda de que un grupo de gentes robustas, resueltas y sabiamente guiadas sabría encontrar fisuras en sus líneas sin ser descubierto. Si hacía falta, los fugitivos reptarían por dos o tres millas de tierras de cultivo como las que rodeaban la ciudad hasta que la misma distancia los pusiera a salvo. Luego no tendrían que caminar mucho para llegar hasta el bote, ni sería largo el viaje hasta la isla de Akhbet, hasta el Tigresa,

hasta Belit. Conan estiraba sus músculos llenos de calambres y sonreía.

De pronto, se alarmó. Un juramento escapó de sus labios.

Una galera de guerra abandonó el puerto, impulsada por remos largos y esbeltos. Y luego otra, y otra, y otra… Ya en medio de la corriente, izaron las velas para aprovechar un vientecillo del oeste, pero siguieron remando contra la marea que subía, y avanzaron entre los promontorios que circundaban la bahía hasta salir al mar.

Conan las contó.

—¡Casi toda la maldita flota debe de estar allí! —exclamó. Sus compañeros se despertaron al oír su grito, y se congregaron a su alrededor.

—¿A dónde van? —gritó Falco—. ¿Habrá comenzado la guerra con Ofir?

—Lo dudo mucho —dijo Conan torvamente—. No, parece más probable que nos busquen a nosotros.

—¿Toda esa armada ha zarpado para capturar a cuatro fugitivos? —Daris parecía incrédula.

—No sé por qué, pero está claro que significamos mucho para algunas personas importantes —respondió Conan—. Parece que acerté al pensar que el canalla que me metió en la trampa no les había contado a sus amos dónde escondimos el bote. ¿Para qué iba a decírselo? Tampoco os lo dije ayer, por temor a que nos espiaran. Entonces, les habría bastado con ir allí y prepararnos una emboscada. Sin embargo, saben que mi barco no puede estar lejos. No tienen que cerrar un gran trecho de costa, y saben que nos interceptaran en el caso de que zarpemos. —Se encogió de hombros—. Creen que esto les llevará solo unos días. Entretanto, los marineros se ejercitan.

—Como te dije, podemos pasar un mes escondidos —le dijo Jehanan con voz apagada—. Por supuesto que antes moriríamos de sed. Veamos si podemos hacer una salida de manera que muramos luchando.

Daris negó violentamente con su morena cabeza.

—¡No! Si podemos alejarnos de la ciudad, como tú dijiste, también podríamos tratar de llegar a… a Taia.

—Tenemos pocas esperanzas de lograrlo —le respondió Falco—. Sería más fácil tratar de llegar a Kush, aunque, de todos modos, las

probabilidades en nuestra contra seguirían siendo abrumadoras.

—¿Y por qué no vamos el norte y llegamos a Shem cruzando el río? —preguntó Conan—. Incluso en las comarcas tributarias de Estigia encontraremos escondrijos y personas que nos ayuden.

Los demás le miraron sorprendidos.

—¿No lo sabes? —le dijo Daris—. Al oeste de las tierras altas taianas, el Styx mata a quienes nadan en él. Quienes lo intentan caen enfermos de muerte al cabo de uno o dos días. Aun atravesarlo por uno de sus pocos vados es peligroso; inmediatamente después, hay que lavarse con agua fresca las partes de la piel que se hayan mojado en el río.

—Bien, ¿y por qué no robamos un bote? —insistió Conan.

—La policía del puerto, tanto en tierra como en el agua, redoblara sus precauciones contra un intento de ese tipo —le advirtió Jehanan.

Daris se puso en pie de un salto.

—¡La barcaza alada! —gritó.

Conan la agarró y la hizo sentarse de nuevo.

—No te levantes —masculló—. Si te pones de pie sobre el reborde, podrían verte desde lejos.

El ágil cuerpo de la muchacha se estremeció en sus brazos, ella le miró a los ojos, y dijo con dulce susurro:

—La barcaza mágica que me trajo aquí… recuerdo dónde está atracada… apenas tenía vigilancia y… y estaba cargada de provisiones, y puede dejar atrás a lo que sea…

Conan la sujetó con fuerza hasta que se calmó. Entonces la soltó, pero no se apaciguaron las emociones que él mismo sentía.

—¿Sabes guiarla? Daris asintió.

—Fui prestando atención a todo mientras veníamos, aunque solo para distraerme y no caer en la desesperación.

—¡Yo también! —exclamó Falco—. El hechizo es muy sencillo, y no hace falta ser magos. La pilotaban unos acólitos ordinarios.

Conan soltó a Daris. Pasó un rato agazapado, con el mentón apoyado sobre la barbilla, mirando al cielo. Un halcón pasó volando. Finalmente, asintió.

—Sí, parece que es la mejor esperanza que tenemos —dijo—. Si no podemos salir directamente al mar… si eso es imposible, iremos a Taia y buscaremos a los rebeldes. Viajaremos por tierra hasta Ofir,

y luego Jehanan y yo seguiremos hasta Argos, de donde partiremos con una barcaza en busca de Belit.

—Yo tengo una idea aún mejor —exclamó Falco—. Como llegaremos antes que cualquier mensajero que envíen desde Khemi, podemos parar en Luxur y refugiarnos en la embajada con Zarus. Cuando le explique lo que he descubierto, abandonara el país con la primera excusa que encuentre. Daris, por supuesto, puede seguir hacia el este con la barcaza alada. Quizá su gente pueda aprovechar esa barcaza para su causa.

—Ya lo pensaremos en cuanto tengamos ese vehículo —decidió Conan—. Ahora tenemos que descansar, sí, y dormir decentemente. Los ojos con que le miraba Daris se llenaron de admiración.

—Como quieras —murmuró—. Eres tú quien nos ha traído hasta aquí. ¿Cómo lo haremos?

Como siempre quería aparentar ante cualquier mujer atractiva, Conan volvió a la cueva con todo el grupo y se sentó para contar lo que le había acontecido. Todos le escucharon boquiabiertos, aunque Jehanan dio nuevas muestras de dolor y Falco se ruborizó.

Al fin, el shemita asintió.

—Sí —dijo con voz de hombre enfermo—, en Khemi todo el mundo ha oído hablar de Nehekba, y se sabe que es carne y uña con Tothapis, el hechicero sacerdote de Set. Entonces no lo imaginaba, pero, sí, mi cruel Heterka debía de ser ella… y también tu Senufer, Falco.

—¡No! —gritó el joven—. ¡Es imposible! Si… si pudieras hablar con ella una sola vez, lo comprenderías.

—¿Qué aspecto tenían todas esas mujeres? —preguntó agudamente Daris.

Su idea fracasó, porque ninguno de sus compañeros tenía mucha habilidad para describir personas en términos inequívocos. De todas sus tentativas surgió tan solo la vaga estampa de una típica aristócrata estigia, usual en todo salvo en su belleza. El talismán con el espejo era un detalle revelador.

—Mi Senufer no llevaba ningún talismán puesto —dijo Falco en tono triunfal—. Qué, ¿os dais por vencidos?

El cimmerio lo dejó correr. En aquel momento, tampoco le servía de nada el convencerte; y, probablemente, el ofirita habría aprendido algo antes de que tuviera otra oportunidad de

encontrarse con su amada. Lo que importaba en aquel momento era mantener el grupo unido. Aunque el plan que habían trazado le pareciera esperanzador, Conan no esperaba que el robo de la nave sagrada de los magos malignos resultara fácil, o que no planteara peligros.

Se pusieron en marcha antes del anochecer. El día que habían pasado sin beber y sin comer no había debilitado en exceso sus fuerzas ni sus sentidos. Todos ellos tenían sentidos agudos, y a menudo habían recechado caza mayor en zonas agrestes. Recorrieron a buen paso el primer trecho de su camino. Luego anduvieron con máxima lentitud. Cuando la luna dejó atrás por fin las brumas que al principio habían enrojecido su luz, ellos traspusieron la última fortificación estigia; se encontraban a la sombra de una almena.

—La barcaza alada tiene un muelle cubierto para ella sola, en un canal corto que debió de ser excavado también para ella, al oeste de la ciudad —les había explicado Daris—. Una doble hilera de monolitos flanquea el camino hasta un embarcadero; leí en ellos terribles maldiciones contra los intrusos cuando me llevaban para allí. Por otra parte, solo vi cuatro centinelas.

Conan no se inquietaba por las maldiciones. Cualquiera puede escribir una amenaza en una piedra, y los estigios se mostraban siempre muy sumisos ante la jerarquía sacerdotal. Si los nigromantes hubieran temido de verdad por su bajel, habrían cercado aquel camino con llamas, o víboras, o algo todavía más mortífero. Tendría que creerlo así, y poner toda su confianza en… ¿en Mitra?

Condujo a los demás hacia el sur, pues no se atrevía a ir directamente por los muelles. Las puertas exteriores cerradas y la prohibición del transito por tierra habrían de permitirles pasar inadvertidos mientras daban un rodeo por fuera siguiendo las tres caras fortificadas de la ciudad. Habrían preferido que la luna brillara menos, pero el muro occidental les daría sombra.

A mitad del muro oriental, encontraron una puerta con el rastrillo bajado. Conan no creyó que hubiera centinelas ocultos a su sombra. Como eran demasiado valiosos para arriesgarlos innecesariamente, se hallarían en lo alto de las torres que flanqueaban la entrada y, si realmente prestaban atención a algo,

estarían oteando el horizonte. Sin embargo, al pasar por delante, el cimmerio indicó por señas a los demás que tuvieran especial precaución.

Un siseo le sobresaltó. La luz de la luna centelleó en las escamas de una enorme serpiente que estaba saliendo por entre los barrotes del rastrillo. Se acercaba a él con la boca abierta y la lengua vibrante. Refulgían ojos sin párpados en su cabeza, levantada a la altura de un hombre.

Jehanan desenvainó. Daris murmuró, temblorosa:

—Una pitón de Set en busca de presas. Si corremos, no podrá seguirnos.

—No, quietos —replicó Conan, también con un murmullo—. Haríamos demasiado ruido. ¡Pegaos a la pared… y no digáis nada!

Aguardó inmóvil, como un estigio que hubiera aceptado con sumisión que le engulleran y devoraran. La serpiente silbó de nuevo, y se le acercó. Veloz como un rayo, atacó, con la intención de morder al cimmerio con sus colmillos y enroscarse en torno a su cuerpo.

A medio ataque, Conan le arreó un puñetazo en el hocico. El golpe fue suave, pero el dolor, en aquel punto tan sensible, grande. La serpiente retrocedió, ondulando el cuerpo. Pero las esperanzas de que huyera se fueron al traste, pues al retroceder observó a Daris. El grueso cuerpo ofidio se arrojó sobre ella.

Conan dio un salto. Se abalanzó sobre su frío cuello, justo detrás de la cabeza, el único lugar por donde podía sujetarla sin que se le enroscase en torno a las costillas. Asentó con firmeza las piernas. Aferró la cabeza con ambos brazos, cogió con las manos la mandíbula inferior y tiró de ella hacia abajo. El reptil se debatió en irrefrenable furia, pero de todos modos luchaba en silencio, como un río de hielo a la luz de la luna.

Se oyó un chasquido. Conan había arrancado la parte anterior de la mandíbula. Sujetó con más fuerza todavía el cuerpo que se agitaba salvajemente, y le puso aquel despojo sangrante encima del cráneo. Con toda la fuerza que tenía, le clavó los dientes. Hizo que le perforaran las escamas y el hueso hasta llegar al cerebro.

A duras penas pudo liberarse de las anillas de la serpiente, que aún se retorcían. Dejó allí al monstruo muerto, aunque se debatiera convulsivamente; ya se aquietaría cuando llegara el alba… si era

verdad lo que se contaba de los reptiles. Los guardias no bajarían para averiguar el motivo.

Conan recobró fuerzas, y buscó a los demás. Los encontró a todos juntos, acurrucados. Le preguntaron mudamente, con las manos y los ojos, suplicantes, cómo le había ido. El cimmerio les respondió con un breve asentimiento y siguió adelante.

Esquina sudoriental, muro meridional, esquina noroccidental, y hacia el norte.

Las sombras se extendían al pie del muro occidental de Khemi, y más allá las tierras de cultivo tomaban colores blanquigrises a la luz de la luna. El canal de la barcaza estaba más cerca que aquellos campos. Conan apartó la mirada de los lugares más iluminados y esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Agazapado ante el profundo canal, vio el agua a la luz de las estrellas como una cinta de bruñida plata. A su extremo había un muelle, y un toldo que se sostenía sobre postes inclinados; no vio más que su silueta. Tampoco podía distinguir los rasgos de los menhires que, en doble hilera, marcaban el camino desde la orilla hasta un portalón en la muralla de la ciudad.

Hizo agacharse a sus compañeros.

—Tenemos que actuar con sigilo, o con rapidez, o, si podemos, con rapidez y sigilo —murmuró—, porque un tumulto haría bajar a los hombres de esas torres. Seguidme, pero no hagáis nada si yo no os lo ordeno.

—Oh… ¿lo harás tú solo? —La voz de Daris estaba preñada de angustia. Le clavó las uñas en la muñeca.

—No, lo haremos juntos —respondió él—, pero emplead el sentido común. ¡Estad atentos a lo que os diga! ¡Vamos allá!

Evitó la escalera que bajaba a la orilla y, como un tigre al acecho, reptó hasta el muelle. No tardó en reconocer el barco que estaba atracado allí: largo, metálico, con un mascarón en forma de reptil picudo. Con el cuerpo doblado casi por completo, se acercó. Había cuatro centinelas de guardia. Dos estaban de pie, y habían dejado las lanzas apoyadas en el costado de la barcaza; otros dos estaban sentados en un banco cercano. Aunque fueran jóvenes y robustos, no eran soldados, sino que tenían el cráneo rapado, vestían un atuendo negro… eran acólitos.

Conan se acercó sin hacer ruido, por detrás, a los dos que

estaban sentados. Se levantó. Agarró ambas cabezas con las manos y las golpeó una contra otra. Se oyó un crujido, y los dos cuerpos quedaron inertes.

Los guardias que estaban de pie se volvieron. Conan saltó por encima del banco. Un estigio trató de atravesarle con su lanza. Conan se movió con demasiada rapidez. Su mano esquivó el arma, y asió por la garganta a quien la blandía. El guardia se tambaleó y se desplomó. El cimmerio le sujetó antes de que cayera al agua y lo dejó en el suelo con cuidado.

Pero el hacerlo le llevó cierto tiempo. Sin embargo, el cuarto guardia no había dado la alarma. Conan se volvió, y vio por qué. Daris le había apoyado la rodilla a la espalda y le había sujetado el cuello con el cinturón, y había apretado con firmeza. No tenía fuerzas para estrangularlo, pero le había impedido que gritara, y en el forcejeo tampoco había podido el hombre armar ruido con sus sandalias. Jehanan se acercó, espada en mano, y lo remató.

Conan llegó a la conclusión de que no podía reñir a aquellos dos por haber desobedecido sus órdenes. En cualquier caso, proceder con rapidez era vital. Ordenó con un gesto a sus compañeros que recogieran las armas que habían quedado en el suelo y le siguieran a bordo.

Si no lo hubieran hecho todo con tanta precipitación, tal vez le hubiera costado hacerlo. Varios fuegos, que ardían dentro de una esfera de cristal del tamaño de tres cráneos humanos, refulgían y parpadeaban en la proa. El metal de la cubierta y del casco estaba frío al tacto, y en nada se parecía a la cálida madera, que conserva alguna apariencia de vida. Delante de una camareta alta, cuyos oscuros ojos de buey parecían las cuencas vacías de dos ojos humanos, se erguía el espantoso mascarón.

Sin embargo, si no tenía otro medio para llegar hasta Bélit no vacilaría. Conan había propuesto salir directamente al mar, pero los demás no creían que fuera buena idea. Los barcos de guerra habrían avistado la barcaza, y habrían descubierto que su tripulación no era la habitual. La embarcación no era tan rápida como para esquivar rocas, o proyectiles llameantes que les arrojaran catapultas bien orientadas. Ni siquiera estaban seguros de que la magia que la impulsaba hubiera de seguir funcionando fuera de Estigia; el poder de Set parecía debilitarse en mar abierto.

¡Tierra adentro, pues!

—Sube, Daris —le dijo Conan en voz baja—. No te alejes de ella, Falco. Jehanan, ayúdame a soltar amarras.

Los ojos de la joven brillaron, pero tuvo valor suficiente para acercarse a la esfera, decir las palabras y hacer los gestos adecuados. El joven no dejaba de mirarla. Casi sin hacer ruido alguno, la barcaza se alejó de la orilla, retrocedió hasta salir del estrecho canal, entró en el río y volvió la proa en dirección a la luna. Sus alas se desplegaron. Cobró velocidad. Silbó al surcar el aire. Khemi desapareció en la noche.

Conan se desembarazó de sus temores y tomó el mando. Envió a Jehanan a la proa como vigía. Él mismo, a la luz de la luna y de los resplandecientes fuegos demoníacos, se puso a investigar. En la camareta encontró pequeños camarotes separados, faroles, eslabón y pedernal para encenderlos, y, aunque no había cocina, sí halló alimentos que no era necesario preparar, provisión de ropajes, armas y otras cosas por el estilo, e instrumentos que no conocía ni deseaba conocer.

Pensó en arrojarlos por la cubierta, pero al fin se decidió por dejarlos como ya estaban. Al pasar los minutos, se fue sintiendo más tranquilo, más alegre. Tardarían un día y dos noches en llegar a Luxur… tal vez una saeta o un caballo a pleno galope pudieran superar la velocidad que llevaban, pero ¿quién podría arrojar una saeta, o qué caballo podía galopar sin fatigarse a lo largo de mil millas?

Exultante, cargó una bandeja con galletas, queso, pasas, vino y agua. Primero sirvió a Jehanan, que estaba en la proa, y luego se dirigió a popa. Cuando Daris y Falco tuvieron su parte, se permitió tomar un largo trago y un bocado. Preguntó entonces cómo se pilotaba el bajel mágico. Ellos le explicaron el fácil procedimiento. Conan se fijaba tanto en la misma Daris como en sus instrucciones. ¡Cómo se parecía a Bélit, cuan bella era a la luz de la luna, en la libertad!

Tothapis, que, igual que una momia, carecía de edad, parecía súbitamente viejo. Oprimió el cuerpo contra el respaldo del trono, como si la imagen de la cobra le hubiera tenido que proteger, y susurró:

—Así pues, se nos han escapado. Han logrado lo imposible, y

ahora navegan en la barcaza del propio Set… hacia Taia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Nehekba.

Sabía que Tothapis no lo había averiguado con la bola de cristal. Después de que su dios le revelara el paradero del barco corsario, el hechicero había podido seguir su rumbo desde lejos. Pero una vez Amnún hubo subido a bordo, abandonó la observación, pues aquella vigilancia era fatigosa. Ciertamente, en sus prisas por organizar la captura de Conan, había olvidado preguntarle a Amnún cuáles eran los planes de Bélit; y, como había arrojado hechizos protectores contra la magia a sus agentes, después de que muriera no había podido evocar su espíritu. Aunque mandara su visión a distancia a buscarlos, las esperanzas de que hallara a sus enemigos eran muy remotas, y estos, entretanto, tendrían tiempo de huir fuera de su alcance.

—¿Quién, salvo Conan, el fiero Conan, podría haber matado así a tres hombres fuertes con las manos desnudas, en silencio, inmediatamente después de haber acabado con una pitón consagrada al señor del universo? —Tothapis se estremeció—. Y siento que ha actuado el destino, Poderes de los mismos cielos. ¡Oh Set, ven con tus siervos, haznos fuertes contra el implacable Sol!

—¿Estás seguro de que se dirige a Taia? ¿No es más probable que salga a mar abierto?

Tothapis movió negativamente su cabeza rapada.

—Si lo hubiese intentado, la nave habría quedado flotando a la deriva sobre aguas que anularían sus fuegos. No, deben de haber ido en dirección opuesta, hacia el destino de Conan.

Nehekba le dirigió una mirada no muy respetuosa.

—Entonces, ¿por qué no le has buscado río arriba con la bola mágica hasta encontrarlo?

—¿No lo sabes? Esa barcaza fue construida por magos poderosos. Mientras se encuentre en el río cuya alma encarna, ningún hechizo puede dominarla ni descubrirla.

De pie en la penumbra, aún alterada por su experiencia, Nehekba habló, poniendo veneno en cada palabra.

—Pero si es visible para los ojos mortales y tangible para las manos mortales… y si, además, unas manos mortales han podido robarla… tiene que ser vulnerable a la fuerza ordinaria.

Tothapis la miró prolongadamente. Estaba recobrando poco a

poco la voluntad; levantó la cabeza y cuadró los hombros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Sabemos, con pocas horas de diferencia, cuándo escaparon de Khemi esos bandidos —le respondió la bruja—. Sabemos a qué velocidad pueden viajar. Así, podremos calcular fácilmente dónde se hallan. Señor, emplea tus habilidades, tu dominio sobre ciertas bestias. Tu espíritu puede volar río arriba a la velocidad del pensamiento y poner bajo su mando a una manada de mastodontes. ¡Que los grandes hipopótamos naden al encuentro de la barcaza en cuanto la vean, que la ataquen por debajo, que la aplasten con su peso y sus colmillos, que hundan la osamenta de Conan en los sedimentos del río Styx!

Tothapis reflexionó.

—Perderíamos un instrumental muy valioso —dijo.

—Si Set nos dijo la verdad, y lo mismo vale para todas las indicaciones nigrománticas que hemos recibido desde entonces, perderíamos mucho más si se cumpliera el destino de ese rufián.

Tothapis meditaba, con la mirada perdida entre las sombras. Finalmente, dijo:

—No. Aunque esas bestias sean enormes, los arponeros suelen matarlas desde sus botes de cañas. Piensa en lo que ya han conseguido esos cuatro, y en lo que ahora tienen a su disposición, y en el hecho de que su destino se está cumpliendo de nuevo, con más fuerza que al principio. Nos derrotarían. Habría malgastado tiempo y energías sin precio.

—Entonces, ¿esperarás sin hacer nada a que ese simio te derrote? —le gritó Nehekba.

Tothapis la miró con detenimiento.

—Le odias, ¿verdad? —preguntó el hechicero.

—Después de lo que me hizo, sí; para mí, la venganza tiene más valor que los rubíes. —La bruja moderó su pasión—. Le llamé bruto. Tuve razón en eso, señor, y erré en mi propósito. Ese hombre tiene sus dominios en la fuerza bruta y en la temeridad. Tenemos que luchar con él en otro terreno. —Rio con temblorosa carcajada—. Oh, mi señor, nos ha vuelto tan estúpidos que hemos estado farfullando a su alrededor como imbéciles. Usemos el cerebro. Tú ya lo hiciste cuando mandaste a Ramwas con un homúnculo a Luxur. Nunca una inversión había rendido tantos beneficios como la

tuya.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Tothapis.

—Nuestros enemigos se detendrán allí —dijo Nehekba con entusiasmo—. Falco insistirá en que lo hagan. ¿Ves como acerté al esforzarme por conocerlo bien? Insistirá en que debe advertir a Zarus, y que este podrá sacarlos directamente de Estigia. Conan estará de acuerdo. En principio, ni siquiera la más veloz de las palomas mensajeras podría llegar antes que ellos. Pero tú puedes enviar al instante un mensaje a Ramwas, en el que le ordenes que vigile en secreto la embajada ofirita y esté preparado para intervenir cuando ellos lleguen.

La reacción de Tothapis se aproximó al entusiasmo como ninguna otra de su vida.

—¡Sí, por el Submundo! Lo haremos así. —Se adueñó de él una sombra de temor—. Pero si de algún modo, por algún maldito truco del azar, el bárbaro elude nuestra trampa…

—No olvides mi pellejo emplumado —dijo Nehekba—. Puedo partir hacia el este, en forma de pájaro, dentro de menos de una hora. Seré más veloz que la misma barcaza alada, y tengo hechizos que me permitirán volar sin fatigarme. Llegaré a Luxur poco después que la barcaza, y podré sobrevolar la ciudad y observar.

—No tienes medios para comunicarte de mente a mente —objetó él.

—¿Y qué más da? —respondió ella—. ¿Acaso me falta la inteligencia necesaria para hacer lo que convenga —sus manos se retorcieron como garras— para llevar a Conan el Bruto a su destrucción?

12. La ciudad de los reyes

Luxur se encontraba a un centenar de millas al sur del Styx. Antaño fue un oasis, donde habían morado nómadas primitivos. Después de que sus jefes conquistaran extensos territorios en derredor y establecieran la Primera Dinastía, su ubicación en el centro del país la había señalado como buena opción para capital. Con el desarrollo de la civilización, la ciudad había engullido el oasis. Sin embargo, la irrigación hacía posible la agricultura en sus alrededores, y un canal artificial la conectaba con el río. El comercio florecía, pues las idas y venidas de los forasteros, aunque reguladas, no estaban prácticamente prohibidas como en Khemi. Además de visitantes de las otras comarcas de Estigia, Luxur recibía a shemitas, kushitas, khesanitas y otras gentes de países exóticos. Ocasionalmente, llegaban bajeles con mercancías de las lejanas Argos y Zíngara, remando contra corriente, en busca de precios por los que sus tripulaciones soportaban incluso las lóbregas posadas.

La barcaza alada llegó por el canal, de noche, para no llamar la atención. Como para ayudar a los viajeros, un viento del desierto levantó polvo, que se les metía en los ojos y les llenaba las narices, pero que al mismo tiempo ocultaba la luz de la luna. Dejó de soplar hacia la mañana. Para entonces ya no estaban lejos de la capital, en una zona que Falco recordaba por las breves excursiones a las que el personal de la embajada había sido autorizado. Allí, una suave pendiente que llegaba hasta las aguas creaba un pantanal repleto de juncos y aves acuáticas. La barcaza se metió entre las susurrantes cañas hasta quedar bien oculta en una orilla.

—Vamos allá —dijo Conan con impaciencia—. Recuérdalo, muchacho, si no regresamos en tres días no trates de hacerte el héroe. Huye a Taia, encuentra al padre de Daris, Ausar, dile lo que sabes y acepta toda la ayuda que él pueda ofrecerte.

—S-sí —dijo el ofirita sin convicción—. ¡Pero… regresad! ¡Que Mitra y Varuna os guarden!

Durante el viaje, no solo había reposado y había recobrado fuerzas como sus cantaradas; había alimentado también un sentimiento de adoración por el poderoso cimmerio. Asimismo, Daris se sorprendía con frecuencia a sí misma contemplando a su adalid, y sentía involuntaria timidez cuando este le hablaba. Jehanan apenas si abandonaba su silencio, aunque hacía su parte del trabajo y se esforzaba por no amargar a los demás con su sufrimiento. Había sido un extraño viaje, por paisajes áridos en algunos trechos, e intensamente verdes en otras ocasiones. No hubo piloto de barco, barcaza, faluca ni canoa que no virara al avistar la sobrenatural nave, ni ninguno que osara saludarla. Los siervos abandonaban su rebaños, azadones y cigoñales, y huían tierra adentro al verlos. Con todo, los que viajaban a bordo iban tranquilos, y tres de ellos pasaban ratos alegres, a fuerza de vino, canciones, historias y esperanzas para el futuro.

Ahora, sin embargo, era momento de actuar. Convenía que Falco se quedara a cuidar de la barcaza, también porque alguien podía reconocerlo en el camino hacia la embajada. Si todo salía bien, sus compatriotas podrían ir a buscarlo después del ocaso, con un salvoconducto falso que le permitiría trasponer todas las puertas de la ciudad; la oscuridad disimularía sus rasgos faciales. Para aquel primer contacto, Conan quería ir con Daris y con Jehanan. A pesar del capuchón y del caftán, habría llamado la atención en la calle. Alejaría las sospechas si le acompañaba un shemita reconocible como tal y un taiano; entonces, todos imaginarían que se trataba de tres hombres de raza mezclada al servicio de un jefe de caravanas, como era habitual. No todos los taianos tomaban parte en la revuelta. Algunos, descendientes de esclavos o de jornaleros, jamás habían visto sus ancestrales collados. Vestida como Jehanan y como el mismo cimmerio, Daris podía pasar por un joven imberbe.

Se habían limpiado la cara, y Conan se había afeitado. Dependían de sus atuendos para ocultar la mugre del resto del cuerpo, pues no osaban lavarse con agua del Styx, y creían que les convenía conservar la que llevaban para beber. Ya no olían muy mal, porque llevaban mucho tiempo en la sequedad del aire libre.

Conan tomó a Falco de la mano.

—Gracias —le dijo—. Que te vaya bien a ti también. Pero no te inquietes más de lo necesario. Lo que tenga que suceder, sucederá. Nuestro orgullo radica en afrontarlo con valor.

Se encaramó a la baranda y saltó a tierra. Sus dos compañeros de viaje le siguieron. Luego atravesaron un corral hasta llegar a un camino de tierra. Este era paralelo al canal, y conducía hacia unas torres que destacaban sobre el horizonte del sur. Los primeros destellos de la aurora no tardaron en convertirse en amanecer. Una bandada de patos se alzó volando ruidosamente desde las marismas. Había aldeas de chozas de barro esparcidas entre los terrenos de cultivo, las palmeras datileras y las acequias. Al sudoeste y al sudeste, cuñas del desierto contiguo se abrían camino entre el verdor. El aire todavía era fresco, pero se estaba caldeando con rapidez. Al cabo de un rato, Conan recordó:

—Falco nos ha explicado bien cómo hemos de encontrar la casa de Zarus. Pero no debemos parecer muy resueltos e interesados en encontrar un lugar en concreto. Será mejor que deambulemos por las calles, como si fuéramos unos recién llegados que no tienen nada que hacer y visitan la ciudad, en busca de un sitio donde puedan gastarse su paga en algo placentero. Supongo que cada año deben de llegar muchos vagabundos de ese tipo a una ciudad como esta.

—No está tan claro cómo nos van a recibir los estigios —dijo Jehanan ásperamente—. Esa gente que se arrastra ante las serpientes no se parecen a ningún otro pueblo del mundo. A veces me pregunto si son humanos.

—Oh, sí lo son —respondió Daris. Le tocó la mejilla con compasión—. Algunos de ellos os han maltratado a ti y a los tuyos, y otros han maltratado a mi pueblo. Pero he conocido a algunas personas ordinarias, y he oído hablar de muchas más… de personas decentes muy parecidas a ti o a mí, que solo pueden preocuparse de que su familia siga teniendo con qué vivir después de pagar impuestos exorbitantes… y esos pobres destripaterrones que vemos venir, ¿qué daño le han hecho a nadie? Los estigios comunes son las primeras víctimas de sus despóticos nobles y sus fanáticos sacerdotes.

Conan gruñó. Aquellas sutiles distinciones no le interesaban. Para su visión del mundo, una vez se dejaban aparte las fieras

lealtades inmediatas, cada hombre estaba en guerra con los demás. Como mucho se establecía una tregua, solo por razones prácticas, y siempre frágil. No quería decir con ello que los individuos no pudieran compartir trabajo, comercio, placeres, simpatía y respeto. A veces se había lamentado de haber matado a algunos hombres, aunque nunca perdía el sueño por ello. La discordia era el orden natural de las cosas.

Avistaron Luxur. Sus defensas exteriores estaban hechas de piedra arenisca amarilla, y eran formidables, pero no intimidadoras en la misma medida que las de Khemi. Los estandartes colgaban de los palos cruzados en sus astas sobre las almenas. Las puertas estaban abiertas y, aunque hubiera centinelas presentes, no registraban a los transeúntes, que en aquellos momentos se agolpaban a la entrada: viajeros a pie, carretas, literas, carros, caballos, bueyes, asnos y camellos. Trabajadores en taparrabos, boyeros vestidos con túnicas andrajosas, mercaderes con atuendos más abigarrados, cortesanas envueltas en gasas, soldados, buhoneros, artistas callejeros, dueñas, niños, extranjeros; una desconcertante variedad de individuos que iban de un lado para otro. Se agolpaban, daban empellones, charlaban, reñían, chillaban maldiciones, reían ruidosamente, importunaban, regateaban, intrigaban, gritaban, gemían, cantaban, se juntaban bajo un torbellino de sonido entre las altas y monótonas paredes, cuyas balconadas estaban guarnecidas con trajes que sus propietarios habían sacado afuera para que se secaran. Las calles, empedradas en su mayoría, cubiertas de mugre y basura como era habitual en las ciudades, olían a humo, grasa, estiércol, carne asada, aceites, perfumes, drogas, a humanidad y a bestialidad.

La partida de Conan entró y se abrió camino con lentitud. Un monumento —un antiguo rey, en lo alto de un pilar, que les pisaba la cabeza a un shemita y un kushita— marcaba el sitio en que tenían que girar hacia la calle de los Tejedores. Allí, sentados con las piernas cruzadas delante de sus barracas, los comerciantes mostraban tejidos y cantaban las virtudes de estos a quienes pasaran por allí. No había tanta gente como en la arteria principal, y los recién llegados pudieron seguir adelante con mayor rapidez. De acuerdo con el plan, fingían maravillarse ante aquel espectáculo que hallaban en su camino.

—¡Hola, hola! —gritó una voz.

Conan miró a sus espaldas y vio a un hombre, con un raído caftán, que corría para darles alcance. Iba cargado de baratijas; tenía las manos llenas de camellos de juguete mal tallados, y ristras de sortijas de hueso en los brazos. Al acercarse, les dijo en argoseo:

—Bienvenidos a Luxur. ¿Venís de Argos?

—No —le respondió Conan, molesto.

—¡Ah, Zíngara! —El hombre empezó a hablar con acento la lengua de aquel país—. Bella Zíngara. Llevaos un recuerdo a casa.

—No —dijo Conan en estigio—. No quiero comprar nada.

—¡Sabes hablar nuestro idioma! —exclamó igualmente el vendedor. Se le alargó la sonrisa de extremo a extremo de su ajado rostro. Algunos dientes cariados impidieron que resultara convincente—. Entonces, eres un hombre de mundo. Sabes reconocer las buenas mercaderías. Toma, coge este camello. Buena artesanía. —Le puso uno de los pequeños modelos en la palma de la mano al cimmerio—. Solo son cinco lunares. —Se refería a la pequeña moneda de cobre de aquel reino.

—No lo quiero —Conan trató de devolvérselo. Las manos del buhonero no quisieron recibirlo.

—Cuatro lunares —ofreció el estigio.

—¡No, por Crom! —Conan reprimió el deseo de sacar el hacha que llevaba oculta bajo la túnica. Habría sido una locura.

—Por cuatro lunares, te daré dos camellos —dijo el hombre—. Llévaselos a tus hijos.

—Ya te lo he dicho: ¡No!

—Tres camellos.

—¡No!

—Tres camellos y un collar.

Conan siguió adelante. El vendedor no se despegó de él.

—No tienes por qué robarle sus mercancías a un pobre comerciante, señor —le riñó con voz fuerte y cantarina para que todos le oyeran—. Piensa en mis niños.

—Coge esta maldita cosa —masculló Conan. Trató de nuevo de devolvérselo, y de nuevo no lo logró.

De repente, se dio cuenta de que Jehanan y Daris no estaban a su lado. Se detuvo y miró en derredor. El propietario de un camello, uno de verdad, si bien algo sarnoso, había acorralado a la

muchacha y estaba insistiendo en que quería llevarla, y en que podía enseñarle todos los lugares interesantes de la ciudad.

—Ven —le dijo, e hizo que el animal se arrodillara. La empujó hasta la silla—. Es fácil. Es divertido. Págame solamente lo que desees.

Jehanan estaba tratando de librarse de un sujeto que le estaba ofreciendo unos sucios pastelillos que llevaba sobre una bandeja.

—Ah —decía el estigio con mirada perversa—. Ya lo sé. Lo que tú quieres es numi. —Se sacó un paquete de la holgada manga—. El mejor numi. Quémalo y respira el humo; tendrás sueños deliciosos y te sentirás de maravilla. Solo cuesta dos estelares de plata.

Jehanan palideció.

—Tres lunares —propuso el que acosaba a Conan.

El bárbaro estaba a punto de arrojar la baratija al suelo, pero comprendió la escena a que habría dado lugar. Los curiosos ciudadanos ya se detenían para mirarles. Entre estos, a algunas yardas de allí, se encontraba un guardia montado.

De algún modo, Daris había acabado por montar en el camello de verdad. Este se tambaleó. Su propietario agarró la brida y se marchó al trote, chasqueando la lengua.

—Tres camellos y dos collares por tres lunares —oyó Conan. El vendedor de dulces y de drogas sonrió y dijo:

—Te gustaría mi hermana. Es joven, y hermosa, muy, muy buena. Toma numi, ponte a tono, haz el amor con ella, disfrutarás. Ven. Agarró al shemita por la túnica. Jehanan gruñó y cerró los puños.

—¡Basta! —gritó Conan—. Debemos seguir adelante. No tenemos más tiempo. De acuerdo, me quedo con tu juguete por tres lunares. ¡Daris, Jehanan, hacedme el favor, pagadles algo a esos canallas y vámonos ya de aquí!

—Puedes quedarte con tres camellos y dos collares —le dijo el vendedor—. Si me compras otro collar con otro lunar, te traerá buena suerte.

Conan abrió la bolsa y fue sacando el dinero. Habían encontrado mucha moneda estigia en la barcaza alada. Daris puso fin a su viaje pagándole al camellero lo que imaginó que este habría esperado por pasearla durante todo el día. A Jehanan le tembló la mano al pagar por su libertad; incluso aquel estigio se atemorizó ante su mirada, e

hizo una reverencia antes de marcharse.

Otras gentes de la misma jaez se congregaron en torno a los viajeros.

—¡Mirad, contemplad lo que os ofrezco!… ¡Tú eres mi padre y mi madre!… ¡Caridad, limosnas, por el amor de los dioses!

—Había oído hablar de esto, pero nunca lo había creído —dijo Daris, sin aliento.

—Yo ya había estado en lugares como este, pero nunca llegaban a estos extremos —le respondió Conan.

—Nos hemos equivocado —dijo Jehanan—. Mas vale que andemos con resolución, de prisa, ceñudos, con los puños cerrados sobre las caderas y sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

Conan le agarró por el hombro.

—Y ahora, ¿sabes hablar tan bien? —murmuró el cimmerio—. ¡Oh, hermano de Bélit, tú no tienes heridas en el alma!

Los buhoneros y mendigos desaparecieron entonces entre la multitud. Conan pensó en cómo librarse de las baratijas que le habían endilgado. Si las daba a alguno de los niños desnudos que correteaban y se peleaban por allí, habría atraído a toda una horda. En la calle de las Jarras, se las apañó para introducirlas subrepticiamente en una pieza de buen tamaño.

Poco después, todo el grupo entró por una calle de tipo muy distinto. En el centro de Luxur, vayas generaciones de reyes habían ido construyendo un majestuoso complejo reservado a los grandes y sus siervos. El palacio, el templo de Set, las casernas y la plaza de armas de las tropas de la casa del rey, los archivos, los edificios de despachos donde se hallaban sus consejeros y el personal de estos circundaban una gran plaza. Enfrente de tales edificios había una sucesión de casas aristocráticas, en algunas de las cuales se hallaban las embajadas extranjeras. El grupito de Conan llegó hasta ellas desde el norte, por la Avenida de los Reyes. Esta, que era ancha y de limpio empedrado, tenía a ambos lados una doble hilera de estatuas de antiguos monarcas; las inscripciones de sus pedestales realzaban la altanería de sus imágenes. Detrás de estas había edificios con muros de granito, no de arcilla, en los que había símbolos pintados de los dioses. Allí, los transeúntes eran escasos y dignos: un señor o una dama llevados en litera, una pareja de muchachos de buena familia que iban a la escuela bajo la vigilancia

de su pedagogo, un escriba con los utensilios de su profesión, algún que otro sacerdote, funcionarios, ricos mercaderes, oficiales del ejército, lacayos con librea, veladas esposas y recaderos que llevaban las mercancías que les habían sido encargadas. Estos miraban de reojo a los desconocidos plebeyos, pero no les hacían preguntas. Falco les había dicho: «Actuad como si tuvierais algo que hacer allí, y todo el mundo lo creerá. ¿Quién osaría transgredir la ley dentro de la ciudadela de Estigia?».

Conan sintió que el pulso se le aceleraba. Ya se encontraba cerca de su meta.

La avenida terminaba en un desvío lateral, menos imponente, pero, con todo, limpio, tranquilo, pavimentado con baldosas. Estaba flanqueado por casas urbanas, en cuyas azoteas florecían las gardenias. Las separaban estrechos callejones. Más allá, Conan divisó edificios más elevados, en torno a la plaza regia, que eran enormes. Había poca gente. El silencio se imponía con la misma fuerza que el creciente calor. Las sombras palidecían.

Se volvió hacia la derecha. Algunas puertas más abajo, una de las fachadas exhibía un león de oro, formidable, de brillo cegador. Conan adivinó que se trataba de la embajada ofirita. Aceleró el paso.

Un estigio que les había seguido, caminando pausadamente a su lado, se detuvo de repente y los miró. Agarró un silbato que le colgaba del cuello y sopló. Su silbido gimió con fuerza.

Las puertas se abrieron a ambos lados del león de oro. Salieron soldados armados en tropel.

—¡Alto! —gritó una voz—. ¡Conan y su compañía, deteneos si no queréis morir!

—Mitra nos auxilie —murmuró Daris—. Nos han traicionado.

—Ha sido la brujería… la de Nehekba, la de Tothapis… —Jehanan levantó el dobladillo de su caftán y sacó la espada corta—. Ishtar —rogó en su lengua materna—, dame valor, guíame hasta tu hogar, devuélveme mis fuerzas para que pueda contemplarte en tu amor.

Conan sacó el hacha que había tomado de la barcaza. Se trataba de un arma taiana, de astil recto, con punta de acero añadida al filo, que manejaba con soltura a pesar de su peso. Solo se entretuvo un instante en su dolor, pensando en que había sido derrotado, que

jamás volvería a abrazar a Belit y que la valerosa Daris tendría que morir a su lado, pues pensaba matarla él mismo si era necesario para evitar que la capturaran… Entonces, todo desapareció salvo el guerrero. Sus ojos centellearon. Los estigios habían acorralado al grupo entre dos fachadas. Eran treinta, la mitad a cada lado; cuatro de ellos blandían arcos preparados; los otros, espadas y escudos. Detrás de la hilera oriental, su comandante les gritaba órdenes: era un hombre robusto, de cabello gris, armado con una espada, pero cubierto tan solo por una túnica.

—Cargaremos en dirección hacia su oficial y trataremos de abrirnos paso hasta él —dijo el cimmerio a sus amigos—. Si nos rodean, luchad espalda contra espalda.

En la diestra de Daris centelleaba una daga, de la izquierda colgaba el cinturón que había traído de Kherni.

—Si mi padre pudiera saber quién lucha a mi lado… —dijo en voz baja—. Se sentiría casi tan honrado como yo.

13. Muerte y honor

Los vagabundos atacaron. No arremetieron todos juntos en formación cerrada. Se separaron, se agazaparon, y empezaron a atacar en zigzag. Las saetas pasaban zumbando por su lado, pero no podían alcanzar a blancos tan veloces e impredecibles. Antes de que los arqueros pudieran sacar más flechas, Conan atacaba ya a la infantería.

Experto en el empleo del hacha de guerra, la sujetaba con ambas manos; la izquierda cerca del extremo del astil, la diestra en su centro. El estigio a quien estaba haciendo frente trataba de herirle al tiempo que se protegía con el escudo. El astil del arma de Conan le arrebató el arma de un golpe. Al instante, el cimmerio alzó su propio acero, y trazó un arco oblicuo sobre su hombro izquierdo. Cuando el hacha se abatía sobre el enemigo, ya no la sujetó más por la mitad del astil —como había hecho antes para controlarla plenamente—, sino que juntó la mano derecha a la izquierda para dar toda la fuerza posible a su golpe. El estigio levantó el escudo para frenar su acometida. Todas las fuerzas y el peso del cimmerio se añadían al ataque. Los metales entrechocaron, todo un cuerpo se tambaleó, el espadachín retrocedió dando traspiés. Las correas del escudo aún lo mantenían unido a su brazo roto.

Conan atacó a diestra con el hacha, y clavó su punta de acero en el muslo descubierto del enemigo que tenía a aquel lado. La herida no era mortal, pero la sorpresa y el desconcierto le dejaron indefenso durante unos momentos. Entonces, Conan se volvió hacia el que tenía a la izquierda. De nuevo paró una espada con el mango del hacha. Entonces, dándole la vuelta al arma, golpeó por debajo del escudo. El peso del hacha, y sus mismas fuerzas, obligaron al otro a apartar su defensa. Cortó una rodilla que se había quedado sin protección. El estigio gritó, y cayó sobre el pavimento. Conan

alzó el hacha, y esta chocó con el yelmo del hombre que tenía la pierna herida. Medio aturdido, el estigio se tambaleó y cayó.

Daris y Jehanan se encontraban al lado de su capitán. La muchacha golpeó la mano de un soldado con su cinturón. La hebilla le causó tanto dolor que soltó el arma. Jehanan dejó que el cimmerio se las apañara solo durante los momentos necesarios para rematar a aquel enemigo y hacerse con el escudo. Al volver a levantarse, el shemita paró un ataque dirigido contra Conan.

Aunque sus líneas se hubieran roto, los combatientes estigios eran valerosos y estaban bien entrenados. Quienes se hallaban en los extremos corrieron hacia la refriega que tenía lugar en el centro. Su presa estuvo rodeada antes de que tuviera una oportunidad de salir corriendo. La segunda hilera de soldados se unió a la batalla.

Los tres luchaban espalda contra espalda. El hacha de Conan rugía, la espada de Jehanan acometía y cortaba, el cinturón de Daris azotaba, y su puñal acuchillaba. Manaba la sangre, se empapaba el metal, un lago de color escarlata se iba extendiendo sobre la calle. Los hombres chillaban, los aceros entrechocaban. En las casas, la gente miraba con terror. Más arriba, sobre las cabezas de sus enemigos, Conan divisó, debajo del león de oro, a un anciano vestido con la holgada blusa y los pantalones ofiritas. Sin duda alguna, se trataba de Zarus… a solo unas yardas de allí, y, sin embargo, el embajador podría haber estado en la luna.

El cimmerio pensó que se encontraba al final de su vida. Bien, en aquellos veinticuatro años que había pasado sobre la tierra había vivido más que la mayoría de nombres en un siglo. Solo quería matar los suficientes estigios para que los sobrevivientes jamás volvieran a dormir bien. Luego se aseguraría de que él y sus camaradas no fueran víctima de las viles atenciones de los hechiceros, sino que murieran de una muerte limpia.

El oficial se acercó para exhortar a su pelotón. Conan le vio con claridad, y atacó con todavía más fuerza, con la esperanza de poder abrirse paso entre quienes le rodeaban y abrirle la cabeza a aquel hombre. Su esperanza fue en vano. Los estigios atacaban en formación demasiado compacta, y con demasiado salvajismo, incluso para él.

Jehanan chilló.

—¡Ramwas! —Era como el aullido de un lobo enloquecido—.

¡Ramwas! ¡Ramwas!

Y el shemita perdió toda razón. Así como antes había luchado con cautela, atento a sus amigos, y a cómo podría ayudarlos mejor, ya no tuvo nada más en cuenta. Empleó el escudo como arma de ataque, cortó con su borde, aplastó con su centro. Su espada iba de un lado para otro como un meteoro. No parecía sentir las heridas que le infligían y, aunque muchas eran profundas, no sangraba en demasía. Su rostro parecía una máscara de la gorgona ante la que los hombres retrocedían palideciendo. Acometía, pisoteaba, mostraba la fuerza de un gigante; se abrió paso entre los enemigos. Los muertos y heridos caían a su paso, horriblemente mutilados en unos pocos segundos.

—¡Ramwas, recuerda! —aulló, y se arrojó sobre el oficial.

Este desenvainó su espada. Jehanan la arrojó a los aires con un golpe de escudo, y el arma giró y centelleó en lo alto. El acero de Jehanan le atravesó el vientre al estigio. Con entusiasmo, el shemita levantó por los aires al traspasado aristócrata y lo arrojó contra un muro. Se le abrió el cráneo, y se le desparramaron los sesos.

El propio Conan había recordado, estremeciéndose, quién era Ramwas. Pero seguía calmado como un león que ve la salida de la trampa. La mayoría de los soldados había retrocedido con temor y confusión. Se abalanzó, con Daris a su lado. Abatió a los dos que trataban de oponérseles con otros tantos golpes.

Llegaron hasta donde estaba Jehanan. En los ojos de este había vuelto a aparecer un alma humana. Sus heridas empezaban a abrirse, y sangraban copiosamente. Un jirón de entraña colgaba de su caftán desgarrado y empapado de sangre.

—Id —farfulló. Señaló al callejón más cercano entre las casas—. Podré contenerlos durante un rato… todavía.

—No, hermano de Bélit, resistiremos juntos —protestó Conan. El shemita le miró a los ojos.

—Voy a morir igualmente. Dejadme caer al… servicio de ella. Si consigues escapar… dile que… la quería.

Conan le estrechó la mano con la que Jehanan sostenía su espada ensangrentada.

—Le diré más —aseguró el cimmerio—. Le diré que has muerto como un hombre libre.

—Sí. Libre de su cuerpo, pudo remontarse a los cielos. Adiós,

hermano mío.

Habían dicho estas palabras en tan solo un minuto, mientras los estigios huían o aguardaban conmocionados, sin adalid; más de la mitad estaban muertos o tullidos. Solo se oían los gemidos de los mutilados. Pero un miembro de la tropa, tal vez un oficial que no estaba al mando, no tardó en gritar. Les urgió a atacar, les abofeteó en la cara y los empujó para que volvieran a la formación.

Conan guio a Daris, en cuyas mejillas se mezclaban las lágrimas con el sudor, hasta el callejón. Jehanan se apostó a la entrada de este.

—Venid —dijo mofándose—, venid, perros, que os daré de comer a las ratas. Vaya, ¿creéis que no podréis con los tres juntos? Entonces, os haremos frente de uno en uno, mis queridos bastardos.

Aun entonces, trataba de hacerles creer que sus tres camaradas seguían con él, para que los soldados no fueran a perseguirles por otro lado. Trató de recordarles que, si les era posible, tenían que capturar vivos a los fugitivos, para evitar que le mataran con una ballesta.

Conan y Daris se marcharon. Jehanan dijo en su lengua nativa las últimas palabras que le oyeron.

—Ishtar de los amantes, tú que descendiste a los infiernos en busca de tu amado, recíbeme en tu casa…

El pasaje concluía en una calle tan ancha como la Avenida de los Reyes. Enfrente había edificios suntuosos, con columnas en forma de flor de loto, al extremo de una plaza. Vieron poca gente, y los que vieron llevaban el collar de los esclavos; no osaban incumplir los recados a los que habían sido enviados. El tumulto del combate debía de haber atraído la curiosidad de los hombres libres —en ningún momento los habían visto en el callejón, pero sin duda los habría en otros lugares—, salvo los que, prudentemente, hubieran buscado refugio en algún edificio del gobierno.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Conan entre jadeos—. El alboroto no nos cubrirá durante mucho rato; no tendríamos tiempo de llegar hasta las puertas de la ciudad. Creo que más nos vale escondernos en algún sitio hasta la aurora, cuando entren las caravanas y los mercaderes descarguen sus mercancías en el muelle para llevarlas a los bajeles. En el bullicio, tendremos una oportunidad para escapar sin que nos vean.

Daris vio que Conan estaba cubierto de sangre, y que ella misma también lo estaba.

—Con este aspecto, no lo lograremos.

—No, maldición, tenemos que curarnos las heridas, lavar nuestros atuendos y a nosotros mismos… y luego, si podemos, buscar ropa de otro tipo… pero ¿dónde?, ¿cómo? ¿Y dónde vamos a hallar refugio en una ciudad que no conocemos, en la que los pregoneros irán hablando de nosotros por todas partes, y ofrecerán sin duda una recompensa a quien nos delate?

Daris aferró el brazo de Conan.

—Piensa —le urgió—. Recordemos todo lo que Falco nos ha contado… no, espera, seré yo quien recuerde. Nunca había estado aquí, pero, después de todo, esta es la capital real de Estigia, y me enseñaron cosas sobre ella cuando era niña. —Chasqueó los dedos —. ¡Sí! A la izquierda de esta plaza donde nos hallamos hay un templo a Set muy famoso y grande. Detrás de este se encuentra un jardín, rodeado por muros, que según dicen tiene forma de laberinto, y sin duda habrá algún estanque. Debajo del jardín, hay criptas donde se ofician ritos secretos. ¿A quién se le ocurriría buscarnos por allí?

Conan se sintió tenso. Por unos momentos, se desanimó. Luego, irguiendo la cabeza, rio en silencio.

—¡Qué maravilla! Si Set nos ha prestado su barcaza, no le importará hospedarnos por una noche. Vamos, guíame.

Cuidaron de ir caminando como si no hubieran hecho nada ilícito; ocultaron las armas debajo de las ropas, y ningún esclavo se les acercó lo suficiente para fijarse en ellos. Todavía escuchaban gritos y clamor en la calle que habían abandonado, pues Jehanan seguía luchando. Doblaron la esquina del edificio de archivos, y encontraron una pared de nueve pies de altura, sobre cuyos pintados ladrillos se reconocía la imagen de una poderosa pitón; este muro estaba rematado por barrotes con forma de cobras. A su derecha, se alzaba un gran edificio con una gradería. Daris no tuvo que explicar que aquello era el templo, pues lo coronaba una cúpula envuelta en los anillos de una gran serpiente dorada. Más allá, al otro extremo de una plaza en cuyo pavimento aparecía la figura de la corona y el cetro de los reyes de Estigia, Conan divisó la columnata de palacio.

No había nadie más a la vista, pero aquello no duraría mucho.

—Sube, muchacha —dijo, y juntó las dos manos para que le sirvieran de estribo.

Después saltó él mismo, se agarró a uno de los barrotes y se encaramó hasta arriba. Las imágenes de cobras habían de repeler a los intrusos por el simple miedo que inspiraban. No era difícil pasar entre ellas y saltar al otro lado.

Conan estaba dispuesto a matar a quien encontrara allí, pero no vio a nadie. Este hecho no era sorprendente, pues, en verdad, aquel jardín era un laberinto. Aunque estaba cuidado y arreglado, la primera palabra que le vino a las mientes fue putrefacción. En el calor que dejaba sin aliento, las palmeras se alzaban como esqueletos detrás de setos altos como un hombre, cuyo denso follaje y cuyas espinas impedían que nadie pudiera salir de los caminos. Estos caminos estaban cubiertos de un musgo que silenciaba cualquier pisada, así como las grandes masas verdes impedían oír cualquier voz. Las enredaderas trazaban serpentinos dibujos sobre los árboles. Sus flores de color carmesí tenían colores más apagados que vividos, igual que los macizos de loto negro y púrpura de los que se extraían sutiles venenos. Ningún pájaro cantaba allí, pero los escarabajos alados zumbaban en el aire, las arañas se agazapaban en las redes que formaban parte del mismo jardín, las hormigas asesinas avanzaban en fila india por el laberinto.

Después de caminar durante un rato, Daris se estremeció y se acercó a Conan.

—Lo siento —le confesó con un leve susurro—. Me equivoqué al traerte a este lugar malvado. El miedo me inunda por dentro como cieno, porque nos hemos perdido.

Conan la abrazó por la cintura.

—Nunca has estado en una jungla, ¿verdad? —le respondió—. Yo sí, y no son mucho mejores que esto. Al menos, aquí no hay papagayos. Debe de haber agua que mantenga húmedo el jardín. Empezaremos por buscarla. Tengo sed suficiente para vaciar todo el mar de Vilayet.

Se quitó las sandalias para poder sentir el cambio de texturas con las plantas de los pies. Olió, escuchó, recurrió a sus instintos de hombre de los bosques, y halló siempre su dirección gracias al sol, que era Mitra. No tardó en encontrar el camino hasta una fuente.

El agua bajaba salpicando por una serie de tazas de ónice hasta llegar a un estanque donde los lirios crecían frondosos y nadaban las carpas. Conan supuso que desde allí debían de partir, por el subsuelo, cañerías porosas en todas direcciones. No importaba. Contuvo a Daris cuando la muchacha quiso beber.

—Podría proceder del Styx —le advirtió, y la probó él mismo con cautela. Era fresca, pura, artesiana. Conan rio entre dientes.

—¿Qué querría conseguir el arquitecto con todo esto… tal vez era algo torpe?

Bebieron, y bebieron, y bebieron. Se desnudaron, se lavaron el cuerpo, y también los andrajos que vestían. Al hacerlo, un rubor ensombreció el dorado color del rostro y los senos de Daris. Conan, contemplándola con honesta admiración, recordó que la muchacha no se había sentido molesta anteriormente por su desnudez.

—Mejor que nos sequemos, y sequemos la ropa, para no ir dejando luego un rastro —dijo.

Colgaron sus atuendos de una elevada rama. Luego, se agacharon al lado del estanque, pillaron algunos peces y se los comieron crudos. No sabían cuándo podrían volver a comer. Una vez que se hubieron hartado, el aire había sorbido ya toda la humedad de los ropajes de lino.

—Tenemos suerte de que ningún jardinero haya tropezado con nosotros todavía —observó Conan—. Tal vez la suerte sea suya. Sin embargo, nos convendría hallar un sitio en donde sea más difícil que nos encuentren.

Tras cortar vendajes para sus heridas, que eran superficiales, se pusieron en marcha. Destacando por encima de los árboles más elevados, el templo les daba un punto de referencia por el que orientarse. De vez en cuando, andaban en círculo, desconcertados, en torno a gigantescos hongos o bestiales arreglos de árboles, arbustos y flores, pero pronto recuperaban el terreno perdido y se acercaban más a su meta. Finalmente, el laberinto terminó. Al otro lado de un camino empedrado se encontraba el muro más bajo del templo. Por fuera estaba adornado, pero la cara interior de sus bloques de granito era lisa, salvo por un friso de jeroglíficos. Conan distinguió aspilleras y varias puertas al mirar oculto entre unas matas de mortífera belladona. El silencio se añadía al vacío. Se maravilló de su suerte —si en verdad se trataba de suerte—, hasta

que recordó que los templos de Set solían cobrar vida de noche. Los sacerdotes, los acólitos, e incluso la mayoría de los esclavos estarían durmiendo en aquella hora.

Las entradas estaban cerradas y, en general, atrancadas. Tanteando, descubrió que una puerta con terribles inscripciones se abría. Dentro, en la penumbra, un vaho frío y lóbrego subía por unas escaleras. Conan asintió con la cabeza.

—La entrada de las criptas —dijo—. No hace falta cerrarla. ¿Quién, salvo un hechicero, entraría ahí por su propia voluntad? Daris sonrió.

—Nosotros —dijo, y entró de un brinco.

Conan cerró la puerta a sus espaldas. Los faroles que parpadeaban de trecho en trecho no le permitían ver el final de la escalera, tallada en roca viva. En las paredes había escenas de procesiones, rituales y sacrificios humanos. El techo era bajo, y encima de cada uno de los escalones se combaba en una imagen en relieve de una serpiente. Así, a cada paso, Conan y Daris tenían que inclinarse ante Set. El cimmerio ardía en cólera. Apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas.

—Jehanan, hermano de Bélit —juró con un murmullo—, serás vengado. Voy a pisotear a la Serpiente en tu nombre.

Al final de una interminable bajada, las escaleras terminaban en un corredor, también débilmente iluminado, lleno de sombras y de ecos. De vez en cuando, algunas puertas interrumpían el desfile de siniestros murales. Las dos primeras que encontró Conan daban entrada a unas cámaras donde había enormes sarcófagos; el cimmerio se preguntó si las momias serían humanas. De la tercera salía alguna luz. Al entrar, descubrieron una estancia parecida a un santuario. En su otro extremo había un altar, sobre el que ardía una gran lámpara de bronce ante el dorado ídolo de tamaño natural de una cobra, enroscada, con el cuello erguido, cuyos sabios y perversos ojos miraban a cualquiera que osara entrar a rendirle homenaje. Al pie del altar había un cuenco de cristal lleno de leche. En las paredes laterales, ricos tapices enmarcaban retratos de hombres con cabeza ofidia.

Daris estudió los jeroglíficos del fondo. Aquella no era la escritura de Taia, que tenía un alfabeto de origen hyborio; pero había estudiado los símbolos estigios como parte de su educación.

—Santuario de Set el Encapuchado, el de los Colmillos Ponzoñosos —tradujo, y añadió—: Dedicado a él en uno de sus muchos aspectos. Esta leche está destinada para una cobra sagrada que vive cerca de aquí. —Calló por unos momentos—. Tal vez no estemos solos.

Conan examinó los objetos que había allí.

—Esta lámpara estaba llena de aceite; la mecha ha sido recortada hace pocas horas —explicó—, y, por su tamaño, no creo que le presten más atención hasta mañana. Por otra parte, la leche está fresca. Me atrevería a decir que un criado se encarga de todo esto cada mañana antes de retirarse. Nos marcharemos antes. No creo que lleven a cabo rituales en este lugar durante la noche; las criptas sirven para usos especiales, relacionados con la brujería, ¿verdad? En cuanto a la cobra, peor para ella si se acerca.

Sacó el hacha que llevaba debajo del caftán. Se desperezó, agarró un tapiz de terciopelo, luego otro y los arrancó, y los extendió sobre el suelo de piedra.

—Aquí hace frío —dijo riendo—, pero hemos bebido y comido, y ahora tenemos luz, sábanas, buena compañía… —Calló por unos momentos—. Daris, estás llorando.

—Puedo hacerlo, ¿verdad?, ahora que estamos a salvo —gimió ella, cubriéndose el rostro con las manos—. Por Jehanan, que ha muerto en una tierra extranjera.

Conan la abrazó. La muchacha recostó la cabeza en su pecho, le abrazó también con fuerza, y siguió llorando, pero en silencio, casi podríamos decir que con estoicismo. El cimmerio le acarició el cabello y la espalda, como había hecho en otro tiempo para consolar a Belit, y murmuró a la fragancia de sus mechones negros:

—¿Te preguntas cómo puedo bromear ahora que yace muerto el hermano de mi amada? Daris, querida, tú naciste de un pueblo guerrero. Sin duda lo entiendes. La muerte viene a buscarnos cuando el destino lo ordena; tanto da si echamos a perder nuestra vida temiendo su fin, o disfrutamos del mundo mientras todavía es nuestro y partimos sin amilanarnos. Jehanan ha muerto con gloria, con alegría. Había logrado vengarse, y estaba salvándoles la vida a sus camaradas. Si sus creencias eran ciertas, en estos momentos ha recobrado sus fuerzas, y está cabalgando un unicornio por el reino de Ishtar, hacia una torre, donde le aguarda una bella mujer que

alumbrara a sus hijos. Si se equivocó en sus creencias, pues bien, ya no se acordara de ellas, y tiene paz. Quiso que le recordáramos, Daris, pero no creo que quisiera que le lloráramos.

Daris irguió la cabeza y miró a Conan a los ojos, y murmuró:

—Conan, incluso aquí, a las puertas del infierno, me das ánimos. Con pasión, con desafío, se besaron ante el altar de Set. Pero finalmente, cuando ella le dijo en su ardor:

—Oh, amado, soy tuya, tómame… —él se apartó.

La joven le miró.

—Te lo digo en serio —le aseguró con voz temblorosa—. Te amo, Conan.

—Y yo no te deseo poco —le respondió él—. Te deseo tanto, que no quiero que seas mi compañera, para tener que dejarte tan pronto como encuentre a Belit.

—¡Ella lo comprenderá!

Conan sonrió con tristeza e ironía.

—Lo comprendería demasiado bien, y me censuraría por haber traicionado así a una compañera de luchas. Sé mi hermana, Daris, y me sentiré honrado.

La joven volvió a llorar, y Conan le dio todo el casto consuelo del que fue capaz. Pocas veces había tenido que hacer tantos esfuerzos por contenerse.

La barcaza alada abandonó las marismas y se volvió hacia el canal que conducía al Styx. Aunque brillara el sol del mediodía, ya no había ninguna razón para andarse con sigilo; podrían dejar atrás a cualquiera que los persiguiese por tierra o por el río.

Daris hacía de vigía en la proa. El viento le agitaba el cabello negro como la medianoche, y le oprimía la túnica contra cada una de las graciosas curvas de su cuerpo; pero el rostro que habría debido aparecer triunfante estaba triste. Falco guiaba la barcaza, y Conan concluía lacónicamente su relato:

—… así, poco antes del alba, a juzgar por la cantidad de aceite que se había consumido en la lámpara, salimos de caza. Primero encontramos un acólito. Yo lo maté, escondí su cadáver en un armario y me puse su atuendo. Me venía pequeño y, por supuesto, no llevo la cabeza rapada, pero una capa con capuchón arregló ese problema. Luego encontramos un esclavo. Me contenté con dejar sin sentido al pobre diablo, y lo escondí, maniatado y amordazado con

jirones del caftán de Daris, mientras ella se ponía su librea. Logró ocultar que no llevaba el collar de hierro. Salimos por la puerta principal, apenas si había nadie despierto, y luego por las puertas de la ciudad. Dudo que nadie hubiera desafiado a un par de siervos del templo, aun si no se hubieran producido las grandes aglomeraciones del alba. Vinimos caminando por tierra en tu busca, y ahora nos marcharemos los tres a Taia.

El joven le miró con adoración en los ojos.

—Jamás ha pisado esta tierra un guerrero como tú —dijo Falco —. Algún día, Conan, conquistarás un reino para ti; pero antes, tendrás que redimir el mío y el de Daris.

—Tal vez —le respondió secamente el cimmerio—. Tendremos que pelear mucho para conseguir salvar al uno o al otro.

El ofirita le miró directamente.

—Sí, nuestro plan ha fallado, y hemos perdido a Jenarían. Sin embargo, obtuvo el que debía de ser su mayor deseo, vosotros dos habéis burlado una vez más a Set en su propia casa; una vez más, seguimos libres. —Falco habló entonces con mayor preocupación—. Tú y Daris parecéis más abatidos de lo que esperaba. ¿Ha ocurrido algo que no me hayáis contado?

—Hemos hablado de algunas materias privadas no muy alegres —le dijo Conan con aspereza—. Escucha, nos aguardan un par de días y otro par de noches en los que no tendremos nada que hacer, salvo viajar. Tú eres joven y robusto, y esa muchacha es bella y tal vez esté algo turbada. No te aproveches de su estado, ¿me oyes? La llevaremos honorablemente hasta su casa.

—Oh, sin duda, sin duda. —La sorpresa se pintó en el rostro de Falco, y luego un aire soñador. Miró hacia lo alto y suspiró—. Yo tengo a mi Senufer. Ya llegará nuestro día.

Conan le dirigió una mirada sombría, pero no dijo nada.

Muy por encima de la barcaza, llevada por alas que brillaban como el oro a la luz del sol, les seguía un águila.

14. Unos viajeros en Taia

Los vagabundos llegaron a la desembocadura del Helu bajo un cielo sin luna, pero cuajado de estrellas. Este río era mis rápido, ruidoso y brillante que el Styx con el que confluía. Al oriente de este último, que se desviaba allí hacia el norte, las montañas hacían de frontera con países todavía más áridos por los que vagabundeaban los nómadas. Al oeste, Taia se erguía en abrupta pendiente a ambos lados del valle del Helu, platigrís a la luz de la luna, hasta las quebradas tierras altas… Taia, a la que los estigios llamaban provincia rebelde, pero cuyos moradores llamaban nación en guerra por su libertad. En el punto donde se encontraban los dos ríos, en el margen izquierdo del menos caudaloso, los blancos muros de la pequeña Seyan se alzaban entre el sueño y la sombra.

—Remontaremos este afluente —dijo Daris, señalándolo—, y dejaremos atrás las tierras cultivadas; iremos a una gruta donde podremos esconder la barcaza sin peligro. Desde allí, no tendremos que andar mucho para llegar a Thuran. Si mi padre no se encuentra allí, regresará al cabo de un tiempo y, entretanto, los sacerdotes de Mitra nos concederán su hospitalidad.

El deseo teñía su voz, y Conan se alegraba por ello. Daris no había dicho ni hecho ninguna estupidez durante el camino, como había temido él. En vez de encerrarse en sí misma o llorar, se había mostrado discretamente amistosa con sus dos compañeros. Pero el buen humor que la había acompañado hasta Luxur se había desvanecido. Conan abrigaba la esperanza de que lo recobrara.

Tras estimar que podrían pasar por debajo de un puente que atravesaba el Helu, dio la orden a la embarcación. Había logrado superar la repugnancia que sentía por aquel navío. Aunque aquel medio de viaje aún le parecía antinatural, se veía forzado a admitir su superioridad en una situación como aquella. La barcaza viró.

Desde la proa, Falco indicó que no había ningún obstáculo. La fuerza del río de montaña, que creaba remolinos en el sombrío Styx, vibró a través del caco.

De repente, los fuegos demoníacos se debilitaron. La barcaza perdió velocidad, sus alas empezaron a retraerse, la corriente la hizo retroceder. Cuando se alejó de la confluencia, recobró fuerzas.

—¡Qué diablos ocurre! —exclamó Conan.

Le asaltó un temor, siniestro como la noche en las tierras altas. ¿Qué brujería estaba actuando? Apretó las mandíbulas e hizo un segundo intento. Volvió a fracasar.

Falco se acercó a la popa.

—Creo que nuestra lancha se niega a abandonar sus aguas nativas —dijo el ofirita—. De hecho, me imagino que la fuerza del embrujo procede de algún modo del mismo río Styx. Si queremos navegar contra corriente por cualquier otro río, tendremos que remolcarla.

Conan asintió. Una mirada a lo alto, al límpido fulgor de las estrellas y de la plateada catarata que era la Vía Láctea, despejó sus temores.

—Sí, parece lógico —respondió—. Menos mal que no tratamos de salir al mar, ¿eh? Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Vayamos algunas millas más al sur —propuso Daris—. Recuerdo un lugar donde también podremos ocultar la barcaza… en estos tiempos agitados, en los que nadie viaja libremente por allí. Tendremos que hacer un viaje por tierra más largo de lo que imaginábamos, pero está a nuestro alcance.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo. Seyan desapareció a sus espaldas. El sitio del que había hablado Daris resultó ser una grieta en un barranco rocoso, tan angosta que apenas si pudieron entrar en él con la barcaza, tan honda que nadie podría divisar desde el río la embarcación anclada. Decidieron pasar una noche de reposo a bordo antes de seguir adelante.

Al alba, treparon por las alturas. Se habían equipado bien con lo que había en la bodega de la barcaza. Cada uno se había puesto por vestido una túnica y una manta enrollada al cuerpo; además, los dos hombres llevaban calzado, y caftanes y albornoces para protegerse del sol del mediodía. También llevaban raciones secas para varias jornadas, y un odre de agua del que beberían hasta que llegasen a

las fuentes y arroyos que Daris pudiera encontrar. Aparte de las dagas, Conan llevaba su hacha, la mejor arma que había podido encontrar; Falco había encontrado un sable, y un pequeño escudo redondo hecho en Iranistán; Daris llevaba un arco, un carcaj repleto, y el cinturón que había empleado anteriormente.

Caminaron hacia el oeste durante todo el día. El país se volvía cada vez más escarpado, los cerros se alineaban en torno a las montañas ocultas por azulada bruma, los precipicios, las hondonadas, las quebradas, los peñascos bermejos, los cantos rodados esparcidos por el suelo. Era un país adusto, árido, carente de árboles, salvo por algún tamarisco o acacia que crecía aislado, cubierto en su mayor parte de hierba amarillenta que llegaba a la cintura y susurraba y murmuraba al viento, y a menudo los crueles garfios de los espinos les apresaban las piernas. Soplaba un viento cálido, recorriendo distancias que quedaban enteramente a la vista en el diáfano aire. Olía a heno y a tormenta. A veces, los viajeros pasaban por delante de una choza de piedra o hallaban rastros de ganado vacuno; sin embargo, los pastores ya se habían marchado con sus rebaños. Los animales salvajes se habían quedado, o habían vuelto después de que el hombre se marchara: antílopes de diversas especies, jirafas, cebras, cuagas, babuinos, leones, que iban viendo desde lejos. Revoloteaban mariposas de colores chillones, los pinzones, grullas y francolines pasaban volando, los buitres trazaban círculos en lo alto. Por encima de todos ellos, volaba una solitaria águila dorada.

Durante el camino, Daris estaba cada vez más alegre.

—¡Esta es mi tierra —exclamaba con júbilo—, yo nací en estas agrestes montañas, bajo este inmenso cielo, yo soy de los que viven en aquellas alturas… he regresado a mi hogar!

Conan no le respondió. Él había pasado su infancia en Cimmeria, en el norte, entre picos nevados, bosques umbríos, frías lluvias, y un sol esquivo. Aunque tal vez no hubiera de volver jamás a Cimmeria, y aunque la severa tierra en la que se hallaba le decía algo a su espíritu, se sabía incapaz de pasar mucho tiempo en aquella refulgente aridez.

«A menos que mis huesos tengan que reposar aquí», pensó con sarcasmo.

Al anochecer del segundo día, el peligro volvió a saltarles a la

garganta.

Sucedió de improviso. Guiándose por un pico rocoso, Daris había estado conduciendo a los otros hacia una corriente de agua que podrían seguir durante buena parte del camino. Con luengos rayos de luz dándoles en el rostro, y alargadas sombras a sus espaldas, treparon por una de las pendientes del cerro y empezaron a bajar por el otro lado. Era una cuesta muy empinada, que terminaba en una tortuosa torrentera. En el fondo de esta, el arroyo corría con fuerza, ruidosamente, brillante en la oscuridad, sobre rocas que la erosión había dejado lisas. Las hierbas, matojos, juncos y arbustos que crecían a su orilla parecían sorprendentemente verdes tras haber recorrido milla tras milla de sabana. Sintieron su frescura.

—¡Quietos! —gritó Conan.

Miró hacia delante. A la orilla del torrente, unos cuarenta hombres estaban preparándose para acampar por la noche. Grandes fardos yacían amontonados al lado de varias muías de carga. Aunque sin llegar a formar una zaribab a la manera de la Costa Negra, un pequeño círculo de espinos cortados obstaculizaba el paso a posibles intrusos y permitía verles venir. Habían encendido una pequeña fogata con estiércol; la madera astillada les serviría, después de que anocheciera, para hacer una hoguera mayor. Los hombres iban vestidos con atuendos diversos: pieles, túnicas de harapienta tela o faldones de hierba entretejida, pero todos ellos pertenecían a una misma raza, que no era la taiana. Eran negros puros.

—¿Viajeros de Keshán? —Se preguntó Daris con voz tensa. Se protegió los ojos del resplandor del oeste con la mano, y escudriñó las sombras que ya cubrían las hondonadas en el temprano ocaso—. No, no lo parecen.

—Se asemejan a los pobladores de las costas del sur de Kush —dijo Conan—. ¿Qué puede haberlos traído tan lejos?

Los desconocidos también los habían visto a ellos. Empezaron a gritar. Agarraron sus armas y sus ovalados escudos. Saltando sobre el círculo de madera de espino, unos pocos subieron cuesta arriba, algunos por la derecha y otros por la izquierda de los recién llegados. Sus intenciones estaban tan claras como puede estarlo una intención. Los demás formaron para el combate y avanzaron de

cara, a paso lento.

—Esto no me gusta —masculló Conan.

—No puedes culparles por recelar de nosotros —dijo Falco.

—Bien, no. Trataremos de mantener la paz, pero estad prestos por si hay que luchar. —Conan levantó ambas manos—. ¡Somos amigos! —gritó en estigio.

Un hombre que debía de ser el jefe se adelantó a la línea de escudos. A diferencia de los demás, que eran jóvenes y esbeltos, este ya tenía gris el lanudo cabello, y su faldón de piel de leopardo le ceñía una voluminosa panza. Era lo bastante robusto como para acarrearla sin problemas. Unos brazaletes de latón brillaban en sus gruesos brazos; un torques se anillaba en torno a su cuello, debajo de la doble papada y del rostro de nariz ancha y labios carnosos.

—¿Tú quién? —le preguntó. Su acento casi ininteligible puso de manifiesto que su dominio del idioma era escaso—. ¿De dónde venir tú? ¿Por qué?

—Nos iremos —le ofreció Conan—. Ahora mismo.

Más arriba, los exploradores gesticulaban y gritaban. El jefe calló por unos momentos, y luego se echó a reír. «¡Jo, jo, jo!». Gritó órdenes en su propia lengua.

Los negros se desplegaron con rapidez de caníbales. La mitad de ellos se distribuyó a derecha e izquierda para reforzar a los exploradores, o bien para atacar desde ambos lados a los amigos de Conan. Los demás volvieron a avanzar.

—Soltar armas —gritó el jefe en estigio—. Nosotros amables, no matar vosotros.

—No —le dijo Conan con sorna—, solo nos llevaríais al mercado de esclavos. Y Daris sería la primera… —Empuñó el hacha. Entonces habló con fuerte voz—. ¡Ya lo intentaron hombres mejores que vosotros!

Para sus adentros, pensó que aquello debía de ser el fin, tanto para sus camaradas como para él. Qué amargura, tener que morir solo por un ciego azar; pero ¿qué más tiene derecho a esperar un soldado de fortuna? Acercó los labios al oído de la muchacha, y le dijo:

—Ocurra lo que ocurra, no te capturaran viva. Lo juro.

Se oyó el chasquido del arco de Daris. De inmediato, una flecha salió volando.

—Gracias, mi muy querido —dijo, sin apartar la vista de su blanco—. Si recibo de tu hacha el último beso, sabré que me lo das por… por amor, y te bendeciré. Ojalá volvamos a encontrarnos en las estancias de Mitra.

Conan no tenía la misma fe, pero la serenidad de la joven alivió su angustia, y sonrió al aprestarse para la refriega.

—¡Yaah! —gritó Falco, y cargó en tromba. Conan lo agarró por el hombro y le detuvo de un tirón.

—No, necio —exclamó el cimmerio—. Luchemos espalda contra espalda. Así podremos matar a más.

Dos o tres de las flechas de Daris perforaron carne, pero las demás se clavaron en los escudos o no acertaron. Al acercarse el enemigo, soltó el arco, se desabrochó el cinturón y sacó la daga. El sable de Falco trazaba brillantes arcos de desafío. Conan aguardaba en siniestra pose.

Se le acercó el primer hombre con la cachiporra en alto. El hacha de Conan atacó, partió un escudo de madera y cuero y cercenó el cuello que se ocultaba tras este. Manó la sangre, una cabeza cayó rodando, un cuerpo se desplomó.

—¡Bélit, Bélit! —gritó Conan.

Arrancó una espada corta de la mano de su propietario. Vio por el rabillo del ojo que Daris clavaba su daga en un brazo, y Falco abría una pierna en canal. Se le escapó un grito de guerra suba que había oído en la galera pirata:

—¡Wakonga mutusi! ¡Bélit, Bélit!

El jefe dio un salto hacia atrás. Ululó. Al oír aquella señal, sus seguidores se retiraron. Conan, con un cuerpo decapitado a los pies y el arma ensangrentada en la mano, tuvo la descabellada idea de que sus esperanzas se habían cumplido. Su grupo seguía estando cercado por hombres con armas que les miraban con ceño, pero a una distancia de dos o tres yardas. Tal vez el jefe hubiera decidido que tres esclavos no valían las bajas quizá numerosas que estos podían infligirles, y tal vez dejara marchar a los que habían de ser sus víctimas. El negro de oronda panza avanzó para encararse con el cimmerio. Dijo algo.

—No conozco ese idioma —le dijo Conan en estigio, aunque de hecho le resultara familiar.

—¿Conoces este? —preguntó el desconocido en la lengua franca

de los mares.

Se le aceleró el pulso a Conan.

—Sí, sí la conozco —respondió en la misma lengua—. Escucha, estamos dispuestos a olvidar lo ocurrido si vosotros también lo hacéis, y nos marcharemos por nuestra cuenta.

—Has gritado un nombre —le dijo lentamente el negro—. Y palabras de los suba. ¿Sabes lo que significan?

—En realidad, no.

El otro soltó una risilla, y sonrió con canallesca simpatía.

—Yo las traduciría como «¡Maldita sea la muerte; al ataque!». —Entonces habló con más seriedad—: Has gritado un nombre. Repítelo, y dime a quién pertenece.

Por un momento, Conan sintió que se le erizaba el cabello. Sin embargo, no podía perjudicarse de ningún modo respondiendo a aquella pregunta; y quizá, en caso de que hubiera tropezado con miembros de aquella tribu, saldría ganando con ello.

El orgullo resonó en su respuesta.

—He gritado el nombre de Bélit porque soy su hombre. Es la hija de Hoiakim de Shem, a quien los suba llamaban Bangulu. El pasmo y el deleite volvieron casi agradable la tosca faz.

—Y yo soy Sakumbe; conocí a Bangulu en otro tiempo, y Bélit jugó sobre mis rodillas cuando era niña —dijo el negro—. ¡Bienvenido, bienvenido!

Soltó su assegai, y avanzó tambaleándose para abrazar a Conan con sus brazos malolientes.

Las incontables estrellas de Taia giraban majestuosamente sobre su soledad. Abajo, donde repicaba un arroyo, había una alta fogata. La luz roja y amarilla se reflejaba en su acre humareda, y en los hombres que, cruzados de piernas, estaban sentados en derredor.

Igual que había ocurrido en el mar, los suba no sentían rencor por su compañero muerto, ni por las heridas —ninguna de ellas era seria— que otros habían sufrido. Con ruidosa cordialidad, les ofrecieron cobijo, alimento, y el vino rancio que les quedaba del viaje. Se apiñaron todos para escucharles, a pesar de que solo el jefe dominaba de verdad la lengua franca. De vez en cuando, Sakumbe les resumía lo que le habían contado, obviamente en frases más rimbombantes que las originales.

—Sí —les explicó luego Sakumbe—, estos años han sido malos

desde que los estigios nos encontraron. Como quedamos débiles, hemos sido presa, una y otra vez, de saqueadores de las tribus rivales. Bélit y sus piratas se las han apañado mejor; el botín que llevan al sur compra guerreros de todavía más al sur para nuestra protección. Sin embargo, lo que queda de nosotros es un espectro de los días de Bangulu. Yo, que tuve mucho ganado, y ñames y esposas, me he convertido en un pobre vagabundo, y me veo obligado a buscar fortuna allá donde puedo.

»Había pensado en unirme a Bélit, pero me mareo mucho en el mar. Así pues, reuní a estos muchachos y partimos como mercaderes. Sobre todo, vendemos sal de la costa, porque poco más nos queda. Tierra adentro, la canjeábamos por marfil, plumas, maderas preciosas y demás. En Keshán, obtuvimos a cambio hierro forjado, joyas, ungüentos, especias… y muías, sin duda alguna, sin duda alguna. —Cogió un odre de vino, se llenó la boca a chorro, eructó y fue pasando la bebida—. En vez de volver sobre nuestros pasos, decidí que fuéramos por la montaña, pues oímos el rumor de que ocurrían desgracias en el sudeste de Estigia, y pensé que tal vez unos hombres pobres y honestos como nosotros pudiéramos llevarnos algo por el camino.

—Como esclavos —dijo Conan.

—Ummm… sí, si hallábamos la ocasión —le respondió Sakumbe sin inmutarse—. De hecho, hemos comprado a menudo uno o tres esclavos durante el viaje, para volver a venderlos luego y obtener algún provecho. Pero en el caso de este reino, pues bien, me digo yo, los estigios no controlarán tanto el comercio; y tal vez pueda encontrarse aquí una pizca de botín aguardando a que alguien la recoja. —Exhaló un suspiro—. Por ahora, sin embargo, solo hemos andado por la desolación. No puedes culparme por querer llevar al mercado a tres personas bellas y jugosas. ¡Cómo me alegro de mi error! Es una lástima por Dengeda, eso es cierto, pero, ah, bueno… —Le dio una palmada en las espaldas al cimmerio—. Cualquier amigo de Bélit es amigo mío. ¿Y tú eres su marido, dices? ¡Jo jo, si yo no fuera una especie de tío para mi querida muchacha, te envidiaría!

Conan estaba cada vez más sombrío.

—Más vale que, al alba, retrocedas por el paso de Keshán —le aconsejó—. Esta tierra sufre amargas tribulaciones. No solo tiranía y

guerra, sino también brujería de la peor especie.

—¿Qué? —Sakumbe pareció inquietarse.

—Ya has oído lo que te contaba. No creo que esos brujos hayan cesado en sus malignos esfuerzos.

Sakumbe frunció el ceño, hipó y dijo:

—Déjame deliberarlo.

Señaló a uno que estaba sentado delante de él. Aunque más joven que el jefe, era mayor que el resto de la compañía, enjuto de carnes, con el rostro severo y los ojos pálidos. Sus cicatrices le dibujaban curiosas formas sobre la cara y el torso.

—Gonga es el hombre medicina —les explicó Sakumbe—. No tiene tanto poder como Kemoku, su maestro, no, no es en absoluto tan poderoso. Sin embargo, ya ha aprendido una parte de las tradiciones. En todo caso, no está viejo ni enfermo. Pensé que sería buena idea llevar con nosotros a alguien que supiera algo de magia. Voy a preguntarle.

Mientras los otros dos hablaban en suba, Conan les explicó a Daris y a Falco —que estaba detrás de ella— lo que había oído, en voz baja y en estigio.

—El honor me exigía que advirtiera a nuestro anfitrión de que le conviene volver sobre sus pasos —dijo finalmente—. Sin embargo, tengo la impresión de que, si podemos reclutarlos, estos matones se convertirían en útiles aliados. ¿Lo intento?

La muchacha asintió.

—¿Por qué no? Mi padre necesita todas las lanzas que pueda reunir. Mi país las necesita.

—Además —añadió Falco, y su sonrisa centelleó al decirlo—, ¿no estaría bien que nosotros, tres fugitivos, llegáramos a sus cuarteles seguidos por un pelotón?

Al cabo de un rato, Sakumbe le dijo a Conan:

—Gonga dice que no puede hacer nada contra los poderosos brujos del Anillo Negro. Ni siquiera Kemoku podría hacer nada. Puede protegeros de las magias menores, las que son comunes entre los kushitas y se han propagado hasta Estigia. Especialmente, contra la magia corporal.

—¿Qué es eso? —preguntó el cimmerio.

—Tened siempre cuidado con todo lo que forme parte de vuestro cuerpo… trocitos de uña, cabello, esputos, sangre, sudor, lo que

sea… no debe caer en manos del enemigo. Si ese enemigo conoce los hechizos necesarios, podrá emplearlos para heriros o causaros la muerte. Tratad de recuperarlo para que Gonga pueda anular el hechizo. Si no podéis, por lo menos dadle una muestra de lo mismo, y tratará de utilizarlo defensivamente.

Conan se encogió de hombros. Cuando Falco le preguntó con curiosidad por lo que acababan de decirle, el cimmerio le repitió la información, pero le dijo:

—Preocuparse por una cosa semejante es como preocuparse por no tomar veneno. Precaverse en cierta medida es razonable, pero si uno se excede con las prevenciones acaba por convertirse en un cobarde llorón. —Rio—. Hagamos lo que hagamos, siempre nos movemos entre trampas y riesgos, y en definitiva la muerte siempre acaba apoderándose de nosotros. Prefiero hacerle frente con valor cuando me llegue la hora, en vez de pasar todos estos años tratando de eludirla.

Se volvió hacia Sakumbe.

—Te estoy hablando de una brujería hostil bajo cuyos pies esa magia corporal solo podría arrastrarse y gemir —dijo—. No parece que mi relato te haya asustado. Pienso abrirme camino hasta el mar para poder volver con Bélit. Si vinieras con nosotros, podrías adueñarte de mucho botín estigio por el camino.

Aunque medio borracho, el suba retenía la astucia del mercader.

—No voy a jurarte hermandad ahora —respondió tras reflexionar durante unos minutos—. Pero… sí, ¿por qué no ir a echar un vistazo? Para eso hemos resoplado y gemido por estas malditas pendientes, ¿verdad? Sí. Muy bien. ¡Jo jo jo! —Rio a carcajadas—. ¡Un viaje comentado por Estigia! ¡Vea los antiguos monumentos! ¡Visite los pintorescos comercios! ¡Regatee sin cesar! ¡Jo jo jo!

Dos días más tarde, Conan y su nueva cuadrilla llegaron a Thuran de las Alturas.

Los guerreros se apartaron de su hilera de fogatas para hacerles frente. Tan pronto como algunos de ellos reconocieron a Daris, su júbilo se elevó hasta el firmamento, y este les devolvió su eco. Los ágiles cuerpos morenos se levantaban de un salto, centelleaban los aceros, las plumas y estandartes jugueteaban al viento. Los campamentos, los fragmentos de roca esculpida y el templo de

Mitra brillaban a la luz del ocaso, sobre las praderas cubiertas de hierba.

—Mi padre está allí —le dijo Daris a Conan. La gloria la coronaba como una aurora—. Y también el ejército que él ha reunido. Ahora solo ves una parte, porque la mayoría se han dispersado por los montes en busca de agua y leña. Las llamadas de cuerno podrán hacerlos regresar en menos de una hora. Han librado recientemente una encarnizada batalla, pues los estigios se acercaron a este lugar sagrado, y tuvieron que huir lamiéndose las heridas. ¡Oh, Conan!

Con inocente vitalidad, le abrazó. Luego, al pensar en sí misma, el dolor afloró a sus rasgos.

Avanzaron los dos juntos montaña arriba. Un hombre alto, de cabello cano y rostro astuto salió por el pórtico del templo. Conan adivinó que se trataba de Ausar. Daris se arrojó a los brazos de su padre.

15. El hacha y el águila

Dentro de una gran tienda cercana a los bellos restos del edificio, ardía una lámpara, pues los dos hombres que estaban allí sentados habían charlado durante largo rato. Esta alumbraba tenuemente el anaquel de las armas, las pieles de carnero que se empleaban como mantas, unos pocos muebles, una jarra de vino puesta sobre una pequeña mesa y los cuernos de los que bebían ambos. La entrada de la tienda estaba abierta, y se podía contemplar las alturas y el firmamento; las hogueras de acampada, esparcidas por todo el lugar, brillaban en bermeja respuesta a las estrellas. Las brisas refrescantes les acercaban olores de humo, y retazos de las canciones que la lejanía les ocultaba.

Ausar se puso en pie y, tras dudar unos instantes, Conan siguió su ejemplo, pues una tercera persona acababa de entrar. Era un hombre de poca estatura, mayor, con la piel tan oscura que no parecía taiano. Su túnica azul estaba raída. Llevaba puesto un pectoral de antigua artesanía, lapislázuli en torno a un sol, ante el cual el jefe del clan se inclinó y trazó un signo sobre su cuerpo. Mas, obviamente, no era el pectoral lo que le daba aquel aire de poder grande y gentil.

—Parasán, Sumo Sacerdote de Mitra, eres bienvenido —le dijo Ausar—. Te esperábamos más temprano.

El recién llegado sonrió, y se acercó cojeando a su asiento. Conan tomó su bastón y lo guardó mientras Ausar le servía vino, aunque no en uno de los cuernos, que eran más propios de un luchador, sino en una copa de cristal, una de las pocas que habían sobrevivido a los tiempos antiguos.

—Supuse que tendríais muchos asuntos por discutir —dijo Parasán.

—Sí, mi señor, pero ¿no tendrías que haberlo oído tú también?

—le preguntó el cimmerio.

Le habían presentado brevemente al prelado aquel mismo día, y se había asombrado de la mirada de completo pasmo con que este le había contemplado para luego enmascararla con su solemnidad.

—Creo que los detalles pueden esperar —dijo el anciano—. Vosotros dos… verás, Ausar, yo también crie muchachas cuando era joven. Me pareció mejor que apaciguarais vuestros espíritus en lo tocante a Daris y otros problemas mundanos, puesto que ahora tendremos que hacer frente a preocupaciones que no pertenecen enteramente a este mundo. ¿Estáis listos?

El caudillo se arrellanó sobre su asiento y frunció el ceño.

—Tengo una deuda de sangre con Conan —dijo con morosidad —. Ha liberado a mi hija, y la ha traído hasta aquí de manera más honorable que… bien, supongo que Conan no tuvo la culpa de lo que ella me ha confesado. Hemos estado hablando sobre todo de su viaje y de mi guerra.

El cimmerio se ruborizó, avergonzado. Parasán alzó la mano.

—No es preciso que me contéis lo que ya puedo imaginar —murmuró el sacerdote—. Que Daris busque consuelo en su orgullo. Sin ella, Conan no habría podido llegar hasta nosotros. Ha dado a luz a un destino, Ausar.

El norteño sintió un escalofrío. No entendía nada, ni estaba seguro de querer entenderlo. Adelantó el cuerpo, se esforzó por aparecer cortés, pero habló de manera áspera.

—Mi señor… ¿qué quieres decir? Le he contado a mi anfitrión cómo el azar me trajo hasta aquí, solo el azar. Le deseo bienes a vuestro pueblo, y tal vez os pueda prestar algunos servicios a cambio de ciertos suministros que necesito, pero me mantengo en mi voluntad de volver cuanto antes posible con mi verdadera dama.

Sabios y luminosos, los ojos de Parasán se clavaron en los del cimmerio y no le permitieron apartar la mirada.

—¿De verdad crees que todo ha sido accidental, Conan? —le respondió el sacerdote con la misma suavidad—. Yo sé que no, aun cuando nadie me haya contado lo que os ocurrió. Dos dioses están en guerra. Nosotros, los mortales, no somos meros instrumentos… no, somos nosotros quienes debemos triunfar merced a nuestros propios esfuerzos, si no queremos que el universo sea devastado por su lucha… pero lo que quieren los dioses no ofrece lugar a dudas.

¿Volverá a florecer en libertad esta avanzadilla de Mitra, e iluminará esta parte del mundo? ¿O tal vez la serpiente la aplastará y la emponzoñará, y extenderá sin freno el dominio de sus hechiceros? Lo que finalmente ocurra depende de nosotros. —El joven trató de protestar. Parasán no le permitió hacerlo—: Últimamente he rezado mucho, y le he ofrecido a Mitra oblaciones puras aceptables por él, y le he pedido un signo. Él me lo concedió en sueños y en visiones. Hasta hoy no había logrado descifrar su sentido, pero, después de que tú llegaras, he caído en trance ante el altar y he recibido nuevas revelaciones. Ya no tengo más dudas. Tú eres el que ha de blandir el hacha de Varanghi.

Con graves palabras, le recitó la leyenda y el credo.

—No —murmuró Conan cuando el otro hubo terminado—. No, yo solo soy un… un vagabundo, un aventurero bárbaro. He sido ladrón, bandido, pirata…

—Y llegará un año, si no mueres antes, en que serás rey —le dijo Parasán—. ¿Existe algún mortal que nunca haya errado? La profecía declara que el Portador del Hacha deberá pertenecer a la raza norteña que fundó Taia, y que será un hombre digno… no necesariamente un santo.

La emoción acabó con las últimas reservas de Ausar.

—¡Los hechiceros de Khemi debieron de tener razones para creer que Conan representaba una amenaza para ellos! —exclamó—. ¿Tal vez Set les advirtió, de la misma manera que Mitra te ha manifestado a ti sus señales? ¿Por qué, sí no, esos diablos se han tomado tantas molestias con un simple corsario?

Parasán asintió con su cabeza coronada por las nieves.

—Sí; y en verdad, aunque no soy mago, siento confusamente que monstruosas fuerzas del mal están cerca de nosotros. —Irguió el cuerpo—. Pero podremos derrotarlas. Tenemos que hacerlo. Conan, acepta tu destino. Es tu camino hacia la libertad.

El cimmerio se mordió los labios. Había pensado que, después de llevar a Daris hasta su hogar, él y Falco volverían a subir a la barcaza alada, regresarían por el Styx hasta llegar al mar e improvisarían algún tipo de embarcación para huir.

Y sin embargo… sentía que estaba en deuda con Daris por su amor y su lealtad. Aún más: había aceptado anteriormente la causa de la venganza de Bélit contra Estigia; y, más recientemente, le

había prometido a Jehanan, después de que este le salvara la vida, que pisotearía a la Serpiente en su nombre. ¿Qué podía lograr con una simple tripulación de bucaneros?

—No te estoy amenazando, pues solo mereces bienes por nuestra parte —le dijo suavemente Parasán—. Pero te juro, por el muy santo Mitra, y que él me perdone si miento, que el hombre que rechaza el deber santo que Mitra le impone, queda… no maldito… pero sí abandonado; jamás volverá a conocer el honor, ni la alegría ni el amor. Sí, Conan, nuestra empresa puede fracasar, tal vez mueras en una tierra extraña, pero morirás satisfecho; y si no mueres, se cumplirá durante un tiempo tu más caro deseo; solo durante el tiempo que los dioses tengan a bien concederte, pero siempre por un tiempo.

Sus palabras atravesaron al vagabundo como un puñal. Sintiendo la garganta seca, Conan susurró:

—¿Dónde está esa arma?

Ausar escuchó, estremeciéndose de nerviosismo.

—¿Querrás blandiría? —le preguntó Parasán, implacable. Conan nunca había sido propenso a las vacilaciones. Todas las tormentas que albergaba en su interior se unieron, y dijo:

—¡Sí quiero! ¡Por Crom, sí quiero!

«Y en qué glorioso combate voy a tomar parte», pensó en un rincón de sí mismo.

El aliento escapaba entre los dientes de Ausar. Parasán asintió de nuevo, con serenidad, y les dijo:

—Ahora, oíd lo que los pocos sacerdotes del templo taiano de Mitra nos hemos ido transmitiendo de generación en generación a lo largo de cinco siglos. Cuando el último rey cayó, se hallaba a su lado aquel que más tarde había de convertirse en el Profeta. El hombre santo ocultó bajo su capa la sagrada arma y huyó del campo. Sabía bien que los estigios buscarían por toda Taia el hacha que les presagiaba tantos males. Tenía que ocultarla en un lugar adonde nadie la pudiese ir a buscar.

Conan le interrumpió con su prosaico pragmatismo:

—¿Cómo es posible que ningún mago la haya encontrado en todo este tiempo? Si procede de los cielos, cualquier hechizo de búsqueda habría de poder distinguirla de los objetos de simple tierra.

—Las virtudes del hacha repelen cualquier tipo de magia —le explicó Parasán—. Si de algún modo un brujo la encontrara, y quisiera hacerse con ella, sus propios poderes le aniquilarían. Incluso un simple mortal que sirviera a un brujo quedaría tan manchado por la magia que el Hacha le destruiría. Un hombre ordinario, tanto si se trata de un aventurero como de alguien contratado para esta tarea, debería poder recoger el hacha sin sufrir daño alguno. Pero nadie quiere arriesgarse a ir hasta su escondite, y no debe de haber oro suficiente en toda Estigia para pagar una expedición.

»Pues el hacha se halla en Pteion.

Ausar dio un respingo.

—La santidad de aquel hombre rechazó a demonios y diablos cuando entró allí y la enterró —siguió diciendo Parasán—. Debes saber, Conan, que Pteion es una ciudad en ruinas de inmemorial antigüedad, situada en la Estigia oriental, justo al otro lado de la frontera taiana. Las crónicas afirman que fue fundada por los acheronios hace miles de años, pero la leyenda, que puede ser veraz, dice que los acheronios solo la heredaron, y que sus verdaderos fundadores fueron los hombres-serpiente de la prehistórica Valusia. Mas, durante siglos incontables, fue asiento de magos negros, y por tanto de terror; pero, en tiempos de la Séptima Dinastía de Estigia, el desierto avanzó y los brujos abandonaron Pteion y se marcharon a Khemi. Los repugnantes monstruos que alimentaron o crearon acechan desde entonces entre sus ruinas sin control alguno, y ningún hombre osa acercarse allí.

Conan se estremeció. Empezó a cubrirle el sudor. Su espíritu gimió.

—Os repito que ningún diablo tiene poder sobre el Hacha, que fue entregada a Varanghi por el propio Mitra —dijo Parasán. Cada una de sus palabras parecía inspirar mayor temor a sus oyentes—. Hombres valerosos, embarcados en una noble causa, pueden entrar de día con esperanzas de llevar a buen puerto su misión. Aunque no sean santos como el Profeta, contarán con la bendición que yo puedo impartirles, y mantener puros sus corazones para que el mal no les aguijonee desde dentro. Sí, yo creo que tú puedes traer el Hacha, Conan.

—¿Y entonces, qué? —El cimmerio se sorprendió a sí mismo

murmurando.

—Oh, entonces guiarás a los guerreros de Taia hacia la libertad de su tierra —le respondió Parasán. De pronto, causando desconcierto en los demás, se echó a reír—. Los detalles quedan a cargo de los profesionales.

Conan y Ausar pasaron más de una hora charlando, mientras el sacerdote, sentado, callaba. Escuchó el relato de lo que había ocurrido, hizo preguntas y unas pocas sugerencias, vio como el coraje se inflamaba en el corazón de los otros dos.

Empezaron a estudiar cuál sería su táctica. La discusión tendría que proseguir a la mañana siguiente, pero no tardaron en bosquejar un plan. A caballo, con varias monturas de refresco, a tanta velocidad como les permitía la prudencia, tardarían una semana en viajar de Thuran a Pteion. Esto se debía a que la mayor parte del camino pasaba por el valle de un río que desde hacía tiempo había quedado reducido a mero arroyo, y era más fácil recorrerlo a caballo que el resto del país. Conan y su guía podrían conducir una tropa de unos cien hombres; con este número, cabría hacer frente a cualquier imprevisible contingencia. Entretanto, Ausar podría organizar sus huestes y avanzar hacia el oeste, reclutando hombres por el camino.

Tras ser derrotado en la última batalla, el general Shuat había dejado a la mitad de sus estigios en Seyan y en el bajo Helu, en calidad de guarnición, y estaba marchando con los demás hacia el noroeste, por un camino militar que iba desde la capital del gobernador hasta Luxur. Ausar sospechaba que debía de planear una maniobra de tenaza, probablemente en conjunción con los refuerzos que le mandaran desde la capital del rey. Cuando el grupo de Conan se reuniera con sus compatriotas, después de haber recobrado el hacha, verían todos juntos cómo reducir a los estigios.

Por supuesto, no podrían acabar con el rey Mentufera ni con sus inmensas reservas militares, y este no renunciaría a sus ambiciones por la pérdida de uno o dos destacamentos. Sin embargo, más valía dejar esas preocupaciones para un futuro aún desconocido. Si algo sabía Conan sobre la guerra, era que la primera baja que se sufre en combate es el mismo plan de batalla.

Entusiasmado, se levantó por fin para dar las buenas noches.

—¿Puedo acompañarte hasta el templo, señor? —le preguntó a

Parasán.

—No, gracias —le dijo el sacerdote—. Aunque hayas sido elegido por Mitra, no estás iniciado en sus misterios como Ausar y yo. Creo que será mejor que ambos recemos juntos durante un rato.

El joven guerrero no se ofendió, ni sentía tampoco ningún deseo especial por iniciarse. En muchos aspectos, Crom era un dios menos exigente. Despidiéndose con un gesto, Conan salió afuera, donde reinaba la oscuridad.

Aunque las estrellas brillaran, sus ojos necesitaron un momento para acostumbrarse. Vio el vaho de su propio aliento, y…

Y ¿qué era aquella forma que se elevaba a los cielos, como si hubiera salido de los alrededores del pabellón de Ausar? ¿Un águila? No, no podía ser; las águilas no vuelan de noche, ni se acercan tanto a los humanos. Tenía que tratarse de alguna otra especie de gran ave.

Después de todo, se encontraba en un extraño país. No debía preocuparse por un encuentro casual con un animal salvaje. Sin embargo, habría preferido no ser un hombre tan honorable. En aquellos momentos, habría recibido muy bien el calor humano de Daris. Conan se apresuró hacia su solitaria tienda.

Infatigable merced a su magia, Nehekba sobrevoló varias millas, más veloz que un águila de carne y hueso. Las primeras luces del alba teñían ya de azul el oriente cuando avistó Luxur y empezó a descender.

Al llegar a la cúpula ceñida por una serpiente que coronaba el templo de Set, entró volando por una arcada hasta su base y recobró la forma humana. Vestida de plumas, bajó hasta una estancia reservada a miembros del Anillo Negro. Allí descansó, y estuvo haciendo planes hasta media mañana. Entonces, despachó un mensajero para el rey, con un signo que haría que le recibieran de inmediato y una petición escrita de audiencia confidencial. Era una petición solo en la forma; en realidad, era una exigencia. El monarca lo sabía, y le mandó al instante una invitación.

En la hora convenida, con la debida pompa que le conferían su corona y sus ropajes, Nehekba atravesó la plaza de palacio. Para poner de relieve la solemnidad de aquella ocasión, no fue a pie, sino en un carro de bronce, sin ruedas ni atalajes, que flotaba a tres pies del suelo. Los espantados guardias la saludaron con reverencias, y

procuraron alejarse de su vehículo cuando este descendió y Nehekba salió fuera; solo se quedó un hombre para escoltarla dentro.

La hicieron pasar a una habitación pequeña pero bien amueblada. Escenas de cacería adornaban sus paredes, y el mobiliario estaba decorado con abundantes sobredorados y tallas. Mentufera le ordenó que se sentara. Él mismo le llenó de vino una copa de plata.

—Espero que mi señora, la Gran Sacerdotisa de Derketa, aceptará la presencia de mi primogénito —dijo—. Quiero que aprenda que estos asuntos también forman parte de las tareas de un estadista.

Nehekba se encogió de hombros.

—Si así lo deseáis, Majestad —respondió, atenta a observar las normas de la cortesía.

Aunque Mentufera temiese a Nehekba y a sus colegas, no era un hombre débil. Al contrario, Estigia no había sido gobernada por un monarca secular tan formidable durante varias generaciones. Era un hombre alto, cuya sencilla túnica ocultaba una poderosa musculatura, y exhibía cicatrices de muchos combates. Tenía el rostro anguloso, curtido por los elementos, la nariz algo torcida, los ojos de metal. Siempre colgaba una espada de su cadera, aun cuando vistiera su uniforme de Estado. A pesar de su deferencia para con la hechicera, no trataba de ocultar la lujuria que le asomaba a los ojos al contemplar su belleza; a menudo habían compartido el lecho.

—En verdad —siguió diciendo Nehekba— obráis con sabiduría al permitir que el heredero al trono nos escuche. Oh, rey, ojalá viváis para siempre. Sin embargo, solo los dioses saben qué nos acecha tras el próximo amanecer, y traigo noticias de un peligro.

Ctesfon, el sucesor, un hombre esbelto, aunque ya no muy joven, se agitaba nervioso en su silla.

—Mi señor padre —se atrevió a decir—, ¿no tendrían que estar aquí también vuestros consejeros? Las palabras de los magos suelen ser oscuras… lo digo con todo el respeto para con mi señora… y nadie puede pensar por sí solo en todos los problemas que se presentan.

—He pedido una conversación privada —le recordó agriamente

Nehekba—. Buena parte de lo que le voy a contar a Su Majestad no debe conocerse, para que el miedo no rompa sus cadenas ni corra por los corazones estigios.

Mentufera miró severamente a su hijo, pero no quiso hacerle marchar. Ctesfon había sugerido a menudo que el plan de conquistar un imperio era necio. Sin embargo, como no podía disuadir a su padre, trabajaba en esta tarea con lealtad y eficacia; cazaba leones desde su carro; buscando saberes arcanos ante los que se encogía la endurecida alma de Mentufera, había osado mantener correspondencia con el rival exiliado de Tothapis, Thoth-Amon el Terrible.

—Sigue —dijo el rey con voz profunda.

—Vuestra Majestad conoce la leyenda del Hacha de Varanghi, que cuentan los taianos —empezó a decir Nehekba.

—Folclore nacido de sus anhelos —gruñó Mentufera. Pareció que Ctesfon se ponía nervioso.

—Ojalá lo fuera —respondió Nehekba. Empezó a contarle, dando una versión que no afectaba a su dignidad ni a la de Tothapis, lo que había ocurrido y lo último que había descubierto —. Me temo que no tenemos medios humanos para enviar hombres a Pteion antes de que Conan llegue allí —acabó diciendo—, y para transportarlos mágicamente tendríamos que mandar un número demasiado pequeño para hacer frente a sus tropas, dado el tiempo y los medios limitados de que disponemos. Además, una experiencia de este tipo dejaría sin ánimos a nuestros soldados, y les convertiría en fáciles víctimas.

—¡Por los colmillos de Set! —El rey dio un puñetazo a uno de los brazos de la silla—. ¿Un patán como ese ha sido elegido como instrumento por… por Mitra? Pero si el Señor del Sol no puede enviarnos un enemigo mejor que Conan, ¿de qué debemos preocuparnos?

—De mucho, mi señor padre —murmuró Ctesfon—. Pensad tan solo en lo que ese bárbaro ha hecho hasta ahora, y sin disponer de armas sobrenaturales.

—Sí —confirmó Nehekba—. Majestad, una vacilación por nuestra parte significaría perder toda esa provincia, y luego tendríais que sufrirla armada y hostil a vuestras espaldas. ¿Qué sería entonces de vuestros sueños de conquista?

»No, movilizad todas las fuerzas que podáis poner en pie en poco tiempo. Dirigidlas vos mismo, y dejad aquí al príncipe de la corona como regente, pues vuestra presencia dará coraje a los soldados, no importa a qué se enfrenten. Marchad de inmediato hacia el sur, dentro de pocos días, para someter a Taia. Entretanto, quienes servimos a Set nos esforzaremos, empleando todas nuestras artes, para impedir que el hacha forjada por Mitra salga de su tumba. Si fracasamos en eso, no desesperéis, pues todavía nos quedarán otros recursos. De una u otra manera, si nos dais vuestra ayuda en este mundo, oh rey, triunfaremos contra vuestro enemigo en los cielos.

—¡Sí! —gritó Mentufera.

En una cripta que se encontraba debajo del templo de Set, la llama de las velas se volvió de color azul. Allí, sobre una mesa, entre las sombras, había un recipiente de cristal en forma de útero. Dentro de este flotaba la forma pálida, hecha un ovillo, a medio formar, de un niño no nacido.

Nehekba entró. Un acólito de servicio se postró ante ella. ¡«Vete»!, le dijo la bruja, y el acólito se marchó retrocediendo a gatas. Tras acercarse al útero y mirar al ciego rostro, la sacerdotisa trazó signos y murmuró palabras. El homúnculo se agitó. El dolor le retorció la mancha que tenía por cara. Las palabras salieron de su garganta en pequeñas burbujas.

—¿Quién me llama? ¿Qué quieres?

—Soy yo, Nehekba —murmuró la bruja—. Atiéndeme bien, Tothapis, y deja todo lo demás. No digo que se acerque la Ruina de los Dioses, aunque bien pudiera ser; pero, sin duda, va a llegar una hora en la que el Toro y la Serpiente se harán la guerra una vez más.

Desde un lugar que se hallaba a tantas millas de distancia como había sobrevolado Nehekba, el brujo le habló a través de la pequeña monstruosidad.

—Dime lo que has descubierto.

Nehekba se lo contó. Al fin, le dijo con apremio:

—El Destino aún oscila en la balanza, y así seguirá mientras Conan viva. —Sus uñas arañaron el aire—. Tal vez no tarde en morir. Pero necesitaremos hechizos poderosos para detenerlo; su hado está crecido. Mi señor, no te ocultes más en tu casa. Sal afuera

a lomos de un dragón, con los hechizos preparados. Entretanto, yo espiaré a Conan, y veré qué conjuros puedo arrojar contra cualquier debilidad que encuentre en él o en sus compañeros. Mi predecesora hizo vulnerable por tales medios, hace quinientos años, al último hombre que levantó el Hacha.

»¡Encontrémonos en Pteion la de los diablos, mi señor… y tú y yo le destruiremos!

16. Viaje al reino de los malditos

Las piedras repiqueteaban bajo las pezuñas. Mirando con ceño desde el oeste, el sol teñido de color sangre por la polvareda hacía que les dolieran los ojos que ya estaban llenos de sudor, y fatigados después de pasar varios días sin divisar nada que no fuera desolación. La luz y el calor inmisericorde rebotaban en las paredes de la cañada por donde cabalgaban los taianos. A cada milla que recorrían, aquellas cuestas rojizas descendían, se volvían menos empinadas y abruptas; pero tan solo porque los viajeros se estaban acercando al desierto. Más adelante, las arenas refulgían, y creaban un espejismo de agua que les agravaba la sed.

La mayoría de los guerreros viajaban en silencio, atendiendo a sus corceles. Los caftanes y albornoces que se habían puesto para defenderse del clima aleteaban en torno a sus esbeltos cuerpos. Las lanzas se mecían al paso de los caballos, sus puntas se incendiaban de fulgor, como si hubiera soplado viento sobre un campo en llamas. Aunque no gustara a aquellos hombres el desierto donde se hallaban, sufrían menos que su jefe norteño. A la cabeza de sus cien, Conan aguantaba.

Algunas yardas más atrás, Daris se acercó a caballo hasta donde estaba Falco.

—¿Cómo te encuentras, amigo mío? —le preguntó la joven—. No has dicho casi nada en todo el viaje.

El ofirita se encogió de hombros, y no se volvió para mirarla. Habló con voz áspera, y no solo porque tuviera la garganta seca.

—¿De qué íbamos a hablar?

—Pues, de todo —le respondió ella con voz suave—: Sueños, esperanzas, recuerdos… e incluso miedos, si el nombrarlos nos da fuerzas para hacerles frente. Antes eras un muchacho alegre, Falco. ¿Qué te corroe? ¿Tal vez el pensar que mañana llegamos a Pteion?

—¡No tengo miedo! —gritó—. No tenía ninguna obligación de venir.

—Yo tampoco. Pero Conan es mi señor, mientras… durante tanto tiempo como le parezca bien a Mitra. Pero tú no te habrías mostrado cobarde, y habrías prestado un servicio igualmente valioso si hubieras acompañado a mi padre, como hicieron Sakumbe y los suyos.

—¡Para ir a saquear! ¿Es que me comparas con esos salvajes?

—Creo que sus corazones no albergan solo ira, Falco. Veo amor por Bélit y por las sombras de los padres de esa joven, y deseo de vengar la devastación de su patria. —Daris calló por unos momentos—. En cuanto a ti, has decidido seguir a Conan porque tu corazón también lo siente como su señor, por quien moriría. ¿No es cierto?

Falco palideció, pero le dio una callada por respuesta.

—Sin embargo, cada día que ha durado este viaje te has sentido más oprimido —murmuró Daris—. ¿Por qué? Si se lo cuentas a tus amigos, tal vez podamos ayudarte.

—Oh, Conan ya tiene que cargar con bastantes problemas —farfulló el joven—, y apenas si conozco a los taianos.

—Me tienes a mí —le dijo Daris, y le tocó la mano—. Nuestra camaradería es reciente, sí, pero más profunda de lo habitual, después de todo lo que hemos visto y hecho juntos. ¿Querrás contármelo a mí? No veo que sea más vergonzoso pedirle ayuda a una compañera de camino cuando el alma está acosada por diablos, que cuando la carne está cercada por espadas enemigas.

Aguijoneado, Falco se volvió hacia ella y exclamó:

—¡Pero si la causa eres tú!

La muchacha abrió como platos sus oscuros ojos, aunque su semblante de dorado color mostraba compasión, más que sorpresa.

—¿Es eso? —le respondió en voz baja—. Yo no lo sabía ni lo quería, te lo juro.

—Oh, yo… tú… —El orgullo y la necesidad luchaban en su interior. Sus mejillas quemadas por el sol enrojecieron todavía más—. Muy bien —exclamó por fin, con palabras quebradas, mientras sus ojos se iban posando en todo lo que le rodeaba salvo en ella—. Eres la única mujer que vino con nosotros, y solo por Conan. No me ha pasado inadvertido cómo tu mirada siempre se extravía por él, y

se detiene en él, ni cuan a menudo encuentras excusas para hablar con él, por muy malhumorado que esté Conan en este país del infierno. Oh, no estoy celoso, pero es que tú eres bella, Daris, y… me recuerdas a Senufer, que debe de estar sufriendo por mí en Khemi, igual que yo sufro por ella. —Dio un puñetazo a la silla de montar—. La recuerdo demasiado, con demasiada precisión. No puedo dormir de noche, paso los días soñando con ella, y siempre su querida voz me susurra su nombre, hasta que canta a través de mí como el viento a través de un arpa: Senufer, Senufer, Senufer…

Tomó aliento y, con un estremecimiento, recobró la calma.

—Lo siento —musitó—. He hablado mal. Tú no tienes la culpa de nada. Pero la echo de menos, Daris, la echo de menos, más de lo que tú puedes comprender.

Falco no notó lo incómoda que se sentía su compañera. Esta disimuló todo lo que pudiera darlo a entender, se acercó a él hasta que sus rodillas se tocaron, le puso una mano encima del brazo y le dijo muy suavemente:

—Gracias, Falco. Me has hecho comprender un poco… al menos, esto que te angustia. No te lo guardes en el pecho, no sea que se desborde y te inunde el espíritu como un torrente. Si no hablas con nadie más, por lo menos habla conmigo. Dime lo que necesites decir. Deja que te ayude a ver lo que se encuentra más allá de estos días de espera y de anhelo, a ver esa aurora en la que podrás comenzar de nuevo tu vida. Deja que invoque una esperanza en ti.

Conan, mirando a sus espaldas, los vio de esta manera. Una ira irrazonable le atacó de súbito.

La cañada desembocaba en un yermo, aparentemente infinito, de dunas de arena de color ocre. Crujían bajo los pies. Una brisa perezosa levantaba polvareda, les llenaba las narices y les irritaba los ojos.

Cuando el sol se acercó al horizonte, y las sombras se agigantaron, Tiris, el guía, se acercó a su comandante. Había estado en aquella región en años anteriores, cuando trabajaba como guardián de caravanas.

—Más nos vale acampar ahora —aconsejó. Señaló un afloramiento erosionado en la lejanía—: Si me dijeron la verdad cuando pasé por aquí, nos quedan solo unas horas para llegar a Pteion. Nadie ha estado nunca allí, pero los mercaderes suelen ir

pasándose sus conocimientos a lo largo de las generaciones.

Conan frunció el ceño.

—Podríamos continuar durante otra hora hasta la noche, con aire más fresco.

Tiris señaló el amuleto que llevaba en el pecho.

—Jefe, ¿no queríamos entrar de día, cuando los diablos y fantasmas están bajo tierra? Creo que no seria prudente dormir más cerca de allí de lo que ya estamos.

—Como quieras —le dijo el cimmerio con desdén.

Sintiéndose herido, Tiris se marchó a caballo para dar la orden. Monturas, caballos de refresco y bestias de carga se detuvieron cuando sus amos dieron la señal; se oyeron bufidos y relinchos de agradecimiento. Los hombres les dieron agua escasa y pienso, los almohazaron en cuanto les fue posible, los ataron y se prepararon para dormir al aire libre. Al poco, los sacos de dormir estaban extendidos sobre el suelo, las brasas ardían azules, y varios guerreros se sentaban en torno a cada fuego. Los taianos no eran un pueblo austero; bajo su dignidad se escondía una apreciable alegría de vivir. Ahora, sin embargo, estaban todos sombríos, y hablaban con pocas palabras, en voz baja. Muchos se apartaban para rezar, verter sus libaciones, probar con magias menores.

Conan dio una vuelta para inspeccionar el campamento. A menudo, reñía agriamente a los hombres por su descuido. En realidad, estos no lo merecían, y se molestaban, y él lo sabía. Parecía que tuviera que descargar su ira en alguien.

Fuera del campo, con la silueta recortada contra el rojizo cielo del ocaso, Daris y Falco estaban de pie, cara a cara, cogidos de las manos, perdidos en su conversación. Al cabo de un rato bajaron por la otra pendiente de la duna y se perdieron de vista.

Por unos momentos, Conan se preguntó si el mal humor que se había apoderado de él durante los últimos días estaba justificado. ¿Qué hijo del Norte no se habría vuelto irritable en aquella espectral desolación? Había pasado ya por incontables tribulaciones, pero aquello era lo peor, aquello le sorbía como un vampiro su propio espíritu. Sin embargo, ¿no le convenía ocultar sus quejas, ocultárselas aun a sí mismo? ¿Por qué permitía que le consumiese la mera incomodidad?

Bien, había cosas peores. En el pasado, había estado más tiempo

sin tener una mujer que el que llevaba separado de Bélit. Pero últimamente los días se le convertían en años. Y entonces, aquella casquivana de Daris había insistido en unirse a su expedición y había seguido persiguiéndole con su imagen. ¿Es que aquella jovenzuela no veía los fuegos que estaba atizando? Si no hubiera sido por los paisanos de la muchacha, y por la desaprobación en que habría incurrido, tal vez hubiera dejado de lado sus escrúpulos y la habría tomado. ¡Por Derketa, podía llevársela lejos de los hombres de su clan y hacerlo de todas maneras! Pero ahora, la joven había empezado a flirtear con aquel cachorro ofirita. ¿Qué había hecho él para merecer aquel placer?

¡Ja!, si era aquello lo que la muchacha quería, que comiera sola después de volver. Conan estaba hambriento.

Anduvo hasta el lugar que compartía con Daris y Falco. Durante el viaje, habían comido juntos y extendido sus sacos de dormir en un mismo sitio. El hombre que había llevado allí sus cosas y les había encendido la fogata se puso en pie, saludó y se marchó. Conan se sentó en el suelo. Clavó tajadas de carne seca, cebollas y pimientos en el espetón, y los asó; bebió agua caliente y con mal sabor que llevaba en un odre; se echó una capa sobre los hombros para protegerse del creciente frío. Como no tenía sueño, ni estaba de humor para buscar compañía, se quedó solo, allí sentado, y ponderó sus errores. Bélit parecía encontrarse más allá de su alcance. El ocaso no tardó en convertirse en noche, y apareció la multitud de estrellas. Daris regresó, haciendo crujir las arenas bajo sus pies desnudos. Conan la vio alta, y medio oculta por las sombras.

—Hum —gruñó—. Por fin. ¿Y Falco?

—Ha decidido quedarse un rato más afuera, y pensar en lo que hemos hablado —le respondió.

—¿Habéis hablado? Y yo que creía que os habríais dado un buen revolcón.

—¿Qué? —Daris se agachó enfrente de él. La débil luz de la fogata se reflejaba en sus ojos—. ¿Qué quieres decir?

—¿A ti qué te parece? —respondió él—. Oh, ya lo sé, no tengo ningún derecho sobre ti. Haz lo que quieras.

—¡Conan! —El cimmerio nunca la había visto ni oído tan sorprendida. Estaba tiesa, y alzaba ambas manos como para detener

un golpe—. ¿No habrás imaginado que… cómo has podido…?

—¿Te crees que estoy ciego? Es un guapo muchacho, y yo, en cambio, llevo bastante tiempo malhumorado. Ya te digo que no me importa. Come. Me voy a descansar.

—¡Pero yo te quiero! —Daris casi sollozaba. Logró serenarse. Al cabo de unos instantes, le dijo suavemente, pero con firmeza, mirándole a la cara—: Escúchame. Juro por Mitra que no ha ocurrido nada indecente, a menos que cuentes como tal un casto beso al terminar la conversación. Falco y yo hemos hablado, solo hemos hablado. Estaba obsesionado con esa tal Senufer que conoció en Khemi.

—Querrás decir Nehekba —le replicó el cimmerio con sorna—. ¡Si será imbécil!

—No he querido repetirle otra vez lo que pensamos, que esas dos mujeres eran la misma. Se habría apartado de mí. No, le he hecho hablar sobre sí mismo, y no me ha costado. Después de que vomitara su tristeza, le ha pesado menos, y he logrado que piense en el futuro que puede aguardar a un muchacho sano. No se ha liberado en absoluto de esa mujer, pero por lo menos ha recobrado el ánimo. Creo que esta noche dormirá bien, y mañana podrá luchar si es necesario. Eso es todo, Conan, todo lo que ocurrió… aunque mis propios pensamientos no terminaron ahí.

—Debo creer en tu palabra, por supuesto —dijo el cimmerio con estudiada indiferencia.

Ella le miró con una especie de horror.

—Conan, ¿qué ha estado ocurriendo? ¿Qué brujería ha estado actuando? No es propio de ti el mostrarte tan hosco, sí, y arisco. Tampoco era propio de Falco el revolcarse en su autocompasión hasta casi quedar tullido. ¿Es que los demonios del desierto os han poseído? —Como estaba razonando a ritmo acelerado, Daris no vio que Conan se enfadaba—. No —musitó, buscando las estrellas con la mirada—, no es eso, pues ambos seguís adelante con lealtad. Pero algún negro hechizo debe de haber actuado en vuestras debilidades… su enamoramiento; tu mal humor por estar en un país en el que uno de tu raza no puede sentirse bien, y… sí… sin duda alguna, tu amor por Bélit. Dando fuerzas a vuestras amarguras, el hechizo las lleva más allá de donde habrían llegado por sí mismas. —Volvió a mirarle. La ansiedad entró en su voz—. Si estoy en lo

cierto, ese hechizo no es irrevocable. Falco se ha librado de él con mi ayuda. ¡Deja que ahora te ayude a ti, amado mío!

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —exclamó Conan—. Me estoy mostrando hosco, y arisco, y débil, ¿no lo recuerdas?

Vio en la penumbra que Daris se encogía, y al instante quiso tomarla en brazos y pedirle perdón. Antes de que pudiera hacer nada, le respondió el orgullo. La hija de Ausar se puso en pie bajo las estrellas, y dijo:

—Hablaremos de esto en cuanto te sientas preparado. Si lo deseas, reposa primero. Buenas noches.

Recogió su saco de dormir y desapareció en la oscuridad.

Conan tardó mucho en dormirse, pues trataba de aclarar lo que habría tenido que hacer. Podrían haber estado discutiendo hasta la aurora, cuando lo que él necesitaba era dormir hasta el alba. ¡Mujeres!

El sol del mediodía había convertido el cielo en un horno, y la tierra en un lecho de brasas. El mismo aire se mecía, de tal modo que las dunas lejanas parecían agitarse como llamas; pero a ellos no les alcanzaba ni el soplo de una brisa. Los sonidos de los cascos, el crujir de los arneses, el tintineo de los metales, todo desaparecía en el infinito silencio, igual que las gotas de lluvia desaparecen en una eterna sequía.

Conan entornaba los ojos y se esforzaba por ver lo que tenía delante. El resplandor, los espejismos y la distancia restaban realidad al paisaje, lo convertían en un mal sueño. La arena amontonada cubría casi por entero los restos de la muralla exterior. Por las brechas donde esta se había desmoronado, distinguió los edificios, grandes masas de piedra negra igualmente ruinosas; sin embargo, sus formas conservaban trazas de inhumanidad; eran demasiado bajos y estrechos para su longitud, tenían las paredes ladeadas, y los curiosos ángulos que formaban con el tejado estaban grotescamente adornados. Las leyendas decían que la mayor parte de la ciudad se hallaba bajo tierra; se susurraba que aquellas criptas y pasajes todavía estaban habitados. Cierto número de monolitos y deformes columnas seguían en pie, aislados o en grupos. En el centro de la ciudad sobresalía la forma de un dolmen, de una tumba prehistórica, pero construido con negras losas pulimentadas, tan grandes que ningún hombre habría sabido cómo ponerlas en su

sitio.

Conan recordó que, según Parasán, el Hacha de Varanghi le aguardaba allí. Pese a su mal humor, pese a los primitivos miedos que anidaban bajo su firme decisión, se le aceleró el pulso. Desenvainó la espada y la enarboló como un estandarte.

—¡Adelante! —bramó, y espoleó su caballo a medio galope.

Sus hombres respondieron con entrecortados vítores y le siguieron. Ellos también tenían sus quejas, pero todos habían ido allí como voluntarios; cuando menos, el honor de sus clanes les exigía que no se dejaran intimidar.

Cuando la tropa avanzó, empezó a soplar un viento. Gemía por los ilimitados yermos, se metía por los vestidos y secaba la garganta y los pulmones. Los dioses del polvo se arremolinaban. La arenilla se les echaba encima; Conan la aplastó entre los dientes.

Más rápidamente de lo que hubiera parecido posible, las brumas cubrieron el horizonte y ascendieron por el cielo. El sol enrojeció, su luz menguó, desapareció. La creciente oscuridad les ocultó su meta. La tormenta le laceraba la piel a Conan, y podría haberlo dejado sin aliento si el cimmerio no se hubiera cubierto el rostro con el albornoz a modo de velo. Su caballo se tambaleó, y relinchó de dolor. El bárbaro tiró salvajemente de las riendas y lo obligó a seguir adelante. Pensó, entre los horribles aullidos y el rumor de polvo y arenas, que su partida tendría que buscar refugio hasta que la tormenta amainara; ¿y acaso podrían hallarlo fuera de Pteion?

Una desdibujada inmensidad, vestigio de la muralla, se erguía a derecha e izquierda. Fustigó al caballo para que pasara por el centro. Aunque dentro de la ciudad estaba mejor, pues los antiguos muros estorbaban el paso del viento, reinaba allí la misma atmósfera acre y malsana, y la rojiza penumbra parecía aún más impenetrable. Vio frente a sí, borrosos, uno o dos de los edificios que había columbrado desde lejos. No pudo ver ninguno de los demás, pero, sin duda, cada uno de sus hombres distinguiría el que tuviera delante. El viento aullaba.

¡No… aquel sonido chillón era algo diferente! Conan se volvió, y vio de repente algo que emergía de la repentina noche con la intención de atacarle.

17. La búsqueda del hacha

Al principio, pareció que un destacamento de soldados humanos viniera de dentro de la ciudad en formación extrañamente rígida. Conan se preguntó en seguida cómo podían haber llegado hasta allí con tanta rapidez, puesto que la región poblada de Estigia más cercana se hallaba aún más lejos que Thuran. Tiró de las riendas e indicó a sus hombres que se le acercaran, desmontaran, ataran a las bestias y se aprestaran para el combate. Los hombres de las tierras altas no tenían tradición en luchar a caballo. Él mismo no descendió de su montura, y le ordenó con un gesto a Falco que tampoco lo hiciera. Ambos cabalgaban en caballos de guerra entrenados que habían arrebatado al enemigo. Un par de expertos luchadores a caballo podía ser muy útil, puesto que en el otro ejército iban todos a pie. De nuevo se oyó un cuerno, distinto de cualquier otro que Conan hubiese oído anteriormente. Sus tonos le crispaban los nervios. El sonido no procedía del enemigo, sino que venía de lo alto. El bárbaro levantó la vista. Aunque la tormenta de arena le impidiera ver más allá de unas pocas yardas, le pareció atisbar que allí arriba se agitaban unas tinieblas todavía más profundas, como si unas grandes alas dieran vueltas por el cielo.

Los desconocidos avanzaron. Finalmente, Conan pudo ver con claridad sus primeras líneas. Se quedó rígido. El terror le había hincado el diente. Daris, que tampoco había desmontado, ahogó un grito. Falco invocó a sus dioses. Los taianos gimieron.

No se trataba de hombres vivos, sino de cadáveres resecos. Algunos llevaban arcaicos yelmos y corazas sobre la piel ennegrecida; la mayoría, solo sudarios que a lo largo de los milenios habían ido quedando andrajosos. Los huesos sobresalían de las secas carnes de muchos de ellos. Sus hundidos rostros estaban inmóviles, vacíos de expresión; los ojos que pudieran quedarles estaban

apagados, secos, no parpadeaban; ningún aliento les llenaba el pecho, el corazón no les latía bajo las costillas. Movían las piernas como títeres. La compañía iba armada con espadas cortas de diseño antiguo, o con lanzas cuyas puntas relucían de manera semejante. El metal era bronce enmohecido y verdoso. Debía de haber doscientos cadáveres o más. No hacían más ruido que el de sus pies al arrastrarse.

—Son fantasmas, fantasmas —gimió Daris—. Las tumbas de Pteion han arrojado a sus muertos contra nosotros.

«Sí —pensó Conan fugazmente—, en estas tinieblas antinaturales todos los horrores que se esconden del sol podrán salir afuera». Pero ¿quién había producido el viento antes de invocar a los cadáveres? ¿Cómo era posible que algún estigio hubiera descubierto el plan taiano? Se sintió conmocionado por segunda vez cuando recordó lo que había estado tratando de olvidar hasta aquel momento, aquello que había visto cerca de la tienda de Ausar.

Tiris, el guía, gritó:

—¡Mitra, perdóname que haya entrado en este lugar impío!

Conan oyó un balbuceo de respuesta entre los guerreros. Miró hacia atrás y los halló en formación, pero sus líneas vacilaban. En cualquier momento, alguien huiría. Entonces, el pánico ciego se adueñaría de los demás y saldrían corriendo a perecer en el desierto.

El cuerno que sonaba en lo alto rio.

Conan nunca supo si la mera desesperación acabó por expulsar sus miedos, o si la ira que había ido alimentando durante el viaje estalló por fin en su interior. La furia de la batalla se adueñó de él. Espoleó al caballo.

—¡Jay, Crom! —rugió—. ¡Varuna del Relámpago! ¡Wakonga mutusi! ¡Bélit, Bélit!

Uno de los cadáveres de la primera línea alzó espasmódicamente su lanza y se la arrojó. Su punta rebotó en la cota de malla que Conan se había puesto aquella mañana bajo el caftán abierto. El cimmerio la apartó de un golpe. El caballo avanzó siguiendo sus órdenes, se introdujo entre los enemigos. El cimmerio atacó desde arriba. La espada centelleaba en su mano. Sintió que el acero golpeaba, que hallaba menos resistencia que al chocar con carne viva y cortaba a través. Una cabeza salió volando, cayó sobre las

arenas y rodó hasta detenerse. Por horrible que parezca, el cuerpo no sangró, ni cayó… sino que siguió caminando torpemente, blandiendo su lanza, como un insecto decapitado.

Conan hizo encabritar a su caballo de guerra. Los cascos de este descendieron, aplastaron hueso, machacaron aquel cuerpo hasta convertirlo en una masa informe que aún se agitaba. Golpeó un yelmo. El impacto produjo apagados ecos, partió por la mitad un metal corroído por el tiempo, y no alcanzó el cráneo, pero partió un frágil cuello. La cabeza cayó, y su propietario siguió luchando. Conan le cortó el brazo que sostenía la espada.

Falco había reunido coraje y se había lanzado a caballo a la refriega. Su sable cortaba el aire. Aunque no tuviera ninguna experiencia en aquel tipo de lucha, Daris obligaba a su caballo a mantenerse en primera línea e iba atacando con la lanza.

Sin embargo, los muertos no eran débiles. Aunque lentos y torpes, no sentían dolor, no perdían sangre, y solo el más violento de los ataques podía dejarlos incapacitados. Los caballos enrojecían a causa de sus heridas; les rodeaban enemigos que los herían y acuchillaban. Los jinetes empezaron a recibir heridas en la carne, y en cualquier momento les podía suceder algo peor. Entretanto, la mayoría de los cadáveres pasaba de largo ante ellos e iban por los taianos.

—¡Salgamos de aquí! —le gritó Conan a Falco.

Asestando mandobles a derecha e izquierda, entre patadas y coces, lo lograron. Los cadáveres con los que habían peleado no les persiguieron, sino que siguieron adelante para luchar con los taianos. Los miembros cortados se retorcían y se revolvían en el suelo.

Conan tomó aliento, profunda y entrecortadamente, por entre un pliegue de su albornoz. Protegiéndose los ojos con ambas manos, miró hacia el lugar donde se combatía. La batalla era ruidosa y temible, los hombres sufrían heridas y cuchilladas, los hombres caían muertos y no se movían más. Pero los taianos resistían. Gritos de guerra y cánticos del clan, entonados entre jadeos, desafiaban al viento ululante y a la rojiza arenisca. El cimmerio les había mostrado que un brazo fuerte y un corazón valeroso podían hacer frente incluso a criaturas como aquellas.

—¿Les atacamos por detrás? —preguntó Falco. El ardor

fulguraba en sus ojos.

—No —decidió Conan—. Solo seríamos dos más y, en todo caso, es probable que esta batalla se decida a nuestro favor. Además, no sabemos qué otros diablos puede enviarnos el enemigo. Será mejor que aprovechemos esta oportunidad para buscar el Hacha. Si Parasán nos dijo la verdad, podríamos emplear esa arma contra el mismo infierno.

Daris se les acercó.

—Parece apropiado que vayamos los tres a buscarla —dijo.

Le dirigió a Conan una mirada que le suplicaba: ¿Me aceptas de nuevo como camarada?

El cimmerio negó con la cabeza.

—No, más vale que te quedes aquí y des coraje a los hombres. Algunos verán que Falco y yo nos marchamos, y se preguntarán por qué, y tal vez decaigan sus ánimos. Pero si te quedas tú, que eres su princesa, y descendiente de Varanghi… ¿lo comprendes?

Aunque la tristeza le hizo apretar los labios, Daris asintió.

—Sí. Que Mitra os proteja.

Incapaz de decir ninguna otra cosa, se alejó al trote.

Conan la contempló por unos instantes y luego masculló: «Vamos ya», y se adentró en la ciudad. Pronto dejó de ver y oír la batalla.

Los negros muros, a derecha e izquierda, revelaban el trazado de una calle enterrada. Aunque fueran bajos y de forma inclinada, contribuían a protegerlos de la tormenta. Podían ver mejor y respirar más fácilmente. Pero con todo, la pálida luz no era mejor que la de una noche con luna, en que los demonios pueden salir a merodear. Espada en mano, Conan y Falco se pusieron en camino hacia el gigantesco dolmen, guiándose por su memoria, atención y sentido de la orientación más que por la vista.

—He oído —dijo el ofirita— que, después de que los vivos abandonaran Pteion, varias generaciones la emplearon como cementerio.

Conan se preguntó cómo habrían sido en vida aquellos hombres cuyos cadáveres acababa de destrozar. ¿También habían reído, habían amado, se habían emborrachado, habían emprendido largos viajes, habían engendrado, se habían entristecido, habían deseado la inmortalidad? ¿Sus cuerpos eran meras máquinas manipuladas

por un brujo —¡Tothapis, sin duda, Tothapis!—, o tal vez sus almas seguían atrapadas allí dentro?

Más adelante, a la izquierda, vio un portal abierto. Tallada en la piedra encima de la entrada, desdibujada por el tiempo pero aún reconocible, había una calavera humana de gran tamaño. De pronto, el cimmerio se detuvo y profirió una maldición. Estaban saliendo unas figuras.

Salieron pululando, como los gusanos de un cadáver, hasta formar tres o cuatro hileras en mitad de su camino. Conan sintió que algo le oprimía la garganta, y que el frío se apoderaba de él. Los cuerpos desnudos, de piel gris, parecían hombres, o más bien esqueletos, pero sus brazos, más largos que los de un hombre, terminaban en grandes garras, y muchos andaban a gatas, como los chacales al excavar una tumba. También eran bestiales sus cabezas calvas, con orejas en punta, hocicos, colmillos, y ojos que brillaban como los de la lechuza. Miraban con lascivia, farfullaban, la lengua negra les colgaba afuera, revolvían la arena con la manos, se agazapaban a la espera.

—Demonios necrófagos —gimió Falco—. ¿Cuántas momias enterradas en siglos pasados deben de haberles alimentado? —Su mano tembló al trazar el Signo del Sol, y murmuró una plegaria con los labios resecos. Entonces, por fin pudo hablar—: ¿C-crees que debemos retirarnos e intentar llegar hasta allí por otro camino?

Conan dominó su propia consternación, y extrajo de ella un grumo de sólida repugnancia.

—No —masculló—. Seguramente, encontraremos cosas igualmente horribles por todo este vaciadero. Además, nos podríamos perder. No tenemos tiempo que derrochar. Pasaremos entre ellos.

—Temo que un solo mordisco, o un arañazo de esos comedores de carroña… cause una infección mortal…

—Entonces, procura que no te den alcance. —Conan espoleó a su montura. Blandió el acero en alto—. ¡Crom, Varuna, Bélit!

Falco tragó saliva con fuerza y galopó detrás de Conan. Los cascos de las bestias armaron estruendo, los caballos relincharon, los hombres gritaron. Los demonios retrocedieron aullando.

Los jinetes cargaron contra ellos. La espada de Conan acometió como un relámpago. El cimmerio golpeó un cráneo deforme, sintió

el impacto hasta en los hombros, vio manar una sangre negruzca. Sin duda, la criatura había perdido un cerebro muy pequeño, pues no murió; pero cayó chillando, y se debatió obscenamente.

Otro demonio saltó sobre él por la izquierda, con la intención de derribarlo de la silla de montar. Conan le aplastó el hocico con el puño izquierdo. Cogido a medio salto, el atacante cayó debajo del caballo, que lo aplastó. Los corceles pateaban y daban coces. Se apiñaron más criaturas a su alrededor. Sus aullidos y cacareos ahogaban el sonido del viento. Conan acometía a diestro y siniestro con la misma velocidad con que venían. Cuando las garras de los demonios le desgarraron los flancos, su caballo relinchó, pero luchó con todavía más furia. Cerca de allí, el sable de Falco silbaba en el aire, hería, acuchillaba; su escudo le protegía por la izquierda contra las criaturas que le atacaban; su propia bestia se encabritaba, coceaba, mordía, relinchaba con terrible fuerza.

Finalmente, los jinetes lograron romper las desordenadas filas y pasaron al otro lado. Al cabo de varias yardas, se detuvieron y miraron a sus espaldas. Entre los demonios necrófagos reinaba una estúpida confusión. Algunos ya estaban devorando a los que habían muerto. Conan los atacó. Su rugido de león resonó a ambos lados de la calle. Presa del pánico, los demonios huyeron, regresaron a la casa de la calavera, y ninguno se quedó allí, salvo los muertos y los heridos gimoteantes.

Conan volvió con Falco.

—Me pareció que valía la pena dispersar a esas alimañas antes de que olvidaran la lección que les hemos enseñado —dijo—. ¿Estás bien?

—No han podido tocarme, gracias a los buenos dioses —le respondió Falco, casi sin aliento—. ¿Y tú?

—Estoy igual que tú.

—Pero temo por nuestras pobres monturas.

—Todavía podrán llevarnos durante un rato. Si sus heridas se inflaman, y es imposible curarlas, los mataremos piadosamente. Ahora, sigamos adelante.

Ambos se adentraron todavía más en la necrópolis. Centelleaban ojos en los portales a oscuras y los sombríos pórticos; oyeron gorjeos y pies ligeros, pero no apareció nadie.

—No bajes la guardia —avisó Conan—. Dudo que Maestro

Tothapis haya vaciado por completo su bolsa de trucos.

Las calles eran tortuosas, y se entrelazaban en un caos enloquecedor. Conan tenía que ir buscando puntos de referencia —un tejado en forma de cresta, una base de columna, una estatua erosionada hasta perder toda forma— para no perderse en la tormenta de arena. Por suerte para él, podía acortar el camino pasando por los edificios que habían quedado reducidos a escombros apilados. Profirió un juramento, pues vio que ciertas tinieblas más oscuras a las que se había estado acercando eran en realidad un muro que le cerraba el paso. ¿En qué dirección tenían que rodearlo para poder llegar antes? Era imposible verlo. Bien, muchos creen que la derecha da más suerte que la izquierda. Conan eligió la derecha.

El muro terminaba al cabo de cien yardas. Él y Falco se encontraron con un amplio espacio abierto. Pequeñas dunas ocultaban el empedrado, pero aquello debía de haber sido una plaza como la de Luxur, pues había allí dos grandes edificios en ruinas, uno a cada lado. Aquellas moles negras no les protegían de la sibilante y poderosa tormenta como antes lo habían hecho los angostos callejones, aunque le restaban alguna fuerza. Conan tuvo la impresión de que veía una amplia avenida, y sombras que la flanqueaban, pero las tinieblas no le permitían afirmarlo con seguridad.

Sin embargo, estaba casi seguro de que aquel camino llevaba hasta el dolmen. Le gritó a su fatigado corcel, le acarició la crin que, a causa del sudor, se le había pegado a la nuca, y cabalgó en aquella dirección. Cuando Falco y él mismo se encontraban a medio camino, el muchacho gritó.

—¡Crom! —bramó Conan.

Luchó por dominar a su caballo de guerra, que de pronto pegaba saltos, se encabritaba y relinchaba de terror. El de Falco había caído presa del mismo pánico. Acababan de ver algo que les despertaba sus instintos primordiales. ¿Cuántos eones habían pasado aquellos monstruos dormidos en mágico sueño, antes de que los despertaran para volver a andar famélicos sobre la tierra?

Del edificio de la derecha había salido un animal parecido a una hiena, pero del tamaño de un toro. El hirsuto pelambre se le erizaba, su boca de colmillos amarillentos sonreía y babeaba, un

aullido semejante a la risa de un maníaco se hacía oír en el viento de manera escalofriante. Se detuvo en la puerta, estudió la situación con nariz olisqueante, erguidas orejas y ojos inteligentes, y dio un gran salto.

De la casa de la izquierda salió una bestia que andaba sobre dos largas patas terminadas en garras. Aunque el cuerpo se le combaba hacia adelante, y se sostenía por el contrapeso de su gran cola, su roma y gigantesca cabeza de reptil llegaba a la altura de dos hombres. Tenía doblados los dos pequeños brazos, y juntaba las garras de estos en una parodia de oración. Las escamas de su lomo y de los costados brillaban con tonos grises como el acero en la penumbra; la blanca panza le colgaba fláccida. Al ver a su presa, el saurio soltó un silbido y se abalanzó.

—Sígueme —exclamó Conan—. Vamos a ver si podemos dejarlos atrás.

Estuvo a punto de romperle la cerviz a su caballo, pero logró que el histérico bruto se volviera hacia la avenida, y entonces aflojó las riendas. La bestia salió galopando. El ciego instinto hizo que la montura de Falco lo siguiera.

Ya se hallaban en medio de la plaza cuando Conan oyó un chillido de dolor y un grito triunfal. Miró a sus espaldas. La gigantesca hiena había dado alcance a la montura del ofirita. La había herido en los cuartos traseros. Cuando el caballo cayó, la hiena saltó sobre el pescuezo del animal. Le desgarró la garganta, y el caballo de guerra se tornó en fuente roja; su jinete estaba debajo. El saurio se acercaba con torpes pasos.

Conan olvidó su misión. Los cimmerios no abandonan a sus camaradas mientras quede la más mínima esperanza. Envainó la espada y saltó del caballo. Como una bola de elástico músculo, cayó sobre la arena, rodó por el suelo y se puso en pie de un salto. La hiena estaba devorando el caballo muerto entre gruñidos y salivaciones. Falco, al que le había quedado una pierna atrapada bajo el cadáver del animal, yacía inmóvil.

Conan se escabulló hacia un lado. Su intención era mantener al saurio distraído con su propio caballo, y así evitar que se fijara en él. Lo consiguió. El coloso pasó de largo ante el cimmerio. Andaba con pasos lentos, atronadores, pero sus zancadas eran tan largas que podía aventajar a cualquier bestia al galope. Mamífero y reptil

desaparecieron en la tormenta de arena.

Conan desenvainó y corrió hacia la hiena. El monstruo le vio, alzó su horripilante cabeza y le gruñó una advertencia.

—Sí —le dijo el guerrero, burlándose—. Voy a robarte la comida.

La hiena abandonó su presa y se plantó delante de Conan, con el pelo erizado. La sangre goteaba de sus mandíbulas, que habrían podido partir un hombre en dos.

Conan vio que, detrás de la bestia, Falco se había sentado y estaba luchando por liberarse. El bárbaro se alegró. Su compañero debía de haber estado fingiendo para no atraer un casual mordisco. Tal vez los dos pudieran escabullirse, y dejar al carnívoro con su comida.

¡No! Conan se había acercado demasiado. La criatura aulló y se abalanzó sobre él.

Conan aguardó a pie firme. Las fauces de la hiena se abrían casi delante de su rostro. A pesar de la tempestad de arena, vio sus grandes quijadas, olió su fétido aliento, sintió en las plantas de los pies cada una de las pisadas del monstruo. Blandió la espada en alto. Cuando el monstruo estuvo a su alcance, le asestó un mandoble.

Su filo le atravesó todo el hocico. La hiena aulló horriblemente, y se marchó. Conan no pudo retener la espada, que había quedado clavada en hueso. La hiena corría de un lado para otro, chillando de dolor, y la sangre le chorreaba del morro. Pero la herida no era mortal. El monstruo recordó quién le había herido, se detuvo, rugió su gran odio y avanzó torpemente. Conan desenvainó su daga y se dispuso a morir.

Falco se le acercó cojeando, espada en mano. El cimmerio halló de nuevo una oportunidad. Tenía que procurar que el monstruo se fijara solo en él.

—Perrito bonito —canturreó—. Ven aquí, tengo algo para ti, perrito.

Los músculos del titán se tensaron, pues iba a dar un salto. Falco se le acercó por un lado. Le hundió el sable entre las costillas. La hiena aulló con más fuerza que un huracán, y se apartó, llevándose también el arma del ofirita.

Una enorme criatura emergió de las rojizas y revueltas tinieblas.

El caballo de Conan debía de haber escapado por el laberinto de calles. El saurio había regresado en busca de una presa más fácil.

Cuando la hiena se hubo vuelto hacia su nuevo atormentador, Conan la atacó. Agarró con la mano izquierda su hirsuto pelambre, y tiró hacia un lado. Con la diestra, le clavó la daga. Cortó con la última pizca de fuerza que le quedaba. Manó la sangre. Había encontrado una vena importante. Tampoco pudo recobrar el arma en esta ocasión, pues el monstruo trató de atraparle con las mandíbulas, y apenas si tuvo tiempo de apartarse de un salto. La hiena se desplomó sobre las arenas, y se debatió, aulló, echó sangre. El reptil los vio y se acercó.

Conan buscó a Falco.

—Apóyate en mí —le dijo, pues el joven se estaba tambaleando —. Mejor que no nos vayamos a paso ligero, porque podríamos llamarle la atención a ese dragón de allí. Pero si andamos con cuidado… la bestia tiene más carne que devorar allí que aquí.

Siguieron adelante. Más atrás, insensible a los mordiscos, el saurio se agachaba y empezaba a devorar la hiena.

Aquella imagen, y sus horribles sonidos, desaparecieron al cabo de poco en la tormenta. Conan se detuvo.

—¿Cómo estás, muchacho? —preguntó. Falco hizo una mueca.

—Creo que no me he roto nada —dijo—. La arena amortiguó un poco el golpe. —El sudor le cubría la piel.

Conan se arrodilló, y le examinó con presteza. —No te has roto nada —corroboró—, pero parece que te has torcido el tobillo derecho, y de medio muslo para abajo tienes toda la pierna derecha amoratada. Además, veo que no nos queda ningún arma aparte de tu daga. —Se puso en pie y suspiró—. Nunca me había sentido menos bienvenido que aquí. Bueno, puedo ayudarte a andar cojeando. No debemos de estar lejos.

Sus huellas ya habían quedado cubiertas por la fina arena. A pesar de esta, Conan vio que la avenida había sido majestuosa en otro tiempo. Los escombros de las mansiones habían invadido la calle, y los montones de rocas no llegaban más allá de una doble hilera de altos monolitos que todavía flanqueaban la calzada. Los milenios habían ido borrando la mayoría de los jeroglíficos cincelados en sus oscuros costados. Al ver las borrosas trazas que quedaban de estos, Conan y Falco se alegraron de su desaparición.

Siguieron caminando sin desfallecer. El viento aullaba, la arenilla les atacaba los ojos y la nariz, las tinieblas les ocultaban el mundo, la fatiga los frenaba. De vez en cuando, Falco respiraba hondo, pero en todo lo demás se mantenía en silencio como un hombre.

Algo retumbó. La tierra retembló. Las arenas del suelo se removieron como en pequeñas olas.

Conan solo se salvó por sus instintos de león y su velocidad. Vio como un menhir caía, agarró a Falco de tal manera que el joven no pudo reprimir un chillido, y pegó un salto. La piedra cayó en el mismo lugar donde habían estado ambos.

Entonces cayó su opuesta. Conan la esquivó a duras penas, de la misma manera que antes. Vio clara su situación… el saurio estaría comiendo en el lugar por donde había venido… si trataba de escapar por otro camino, se perdería sin duda alguna en aquel cementerio plagado de abominaciones, junto con un compañero tullido y un puñal como única arma. No tenía otra opción que seguir adelante esquivando los golpes.

De alguna fuente desconocida que albergaba en su ser, volvieron a brotarle las fuerzas. Levantó a Falco, cargó con el ofirita sobre sus hombros y le dijo: «Agárrate». Y se echó a correr.

Otro monolito se desplomó, y otro, y otro. Conan esquivaba, se lanzaba a la carrera, zigzagueaba, hacía fintas y carrerillas. Quienquiera que fuese el que se cernía sobre ellos sin ser visto, tenía gran cantidad de recursos mágicos a mano. El brujo estaba tratando de guiar a su presa, del mismo modo que el arquero guía al animal que quiere abatir. Pero Conan no era un ave, ni un venado; él mismo había sido cazador.

Sin embargo, aquello era peligroso. Un monolito se estrelló a sus pies cuando se volvía a un lado. Al saltarlo, su opuesto también cayó. Logró esquivarlo, pero las lascas le hirieron la espalda. Se le ocurrió que podía seguir corriendo por detrás de cualquiera de las dos hileras de monolitos, donde los de la otra no podrían alcanzarle. Pero no. Los escombros le habrían impedido avanzar con rapidez, y el riesgo de tropezar sería demasiado grande. Allí, el suelo era uniforme. Podía maniobrar. Siguió corriendo por el centro de la calle.

Los menhires dejaron de moverse. Cuando hubo recorrido

algunas yardas a la carrera, se tambalearon varios a la vez: los que tenía delante, detrás y a ambos lados. Conan había adivinado que ocurriría aquello, y estaba preparado. Cuando el par de menhires más cercano cayó a tierra, adivinó el punto exacto donde chocarían y saltó a pocas pulgadas de allí. No acertaron. Conan se mofó del invisible cielo, y siguió saltando entre piedra y piedra.

Y los dejó atrás, pues llegó a otra plaza; y en el centro de esta se erguía el dolmen.

—Nombre de Mitra —dijo Falco con voz temblorosa—. ¿Cómo lo has logrado?

—Tenía que hacerlo —dijo Conan. El viento se apaciguaba rápidamente.

—Dudo que nuestro enemigo se rinda —añadió el cimmerio—. Vamos allá antes de que nos encontremos con nuevos problemas. —Corrió hacia su meta.

Las paredes verticales de piedra negra eran tan altas que Conan no podía ver la losa horizontal que las cubría, pues quedaba oculta por la rojiza penumbra, que aún no se había desvanecido a pesar de que el polvo se asentara. Se abría ante él una entrada cuyo final no divisó. Tras la alocada carrera, ya no le importaba qué pudiera acecharle allí. Tampoco creía que el mago pudiera hacer que el sepulcro se derrumbara. Aquel monumento era descomunal, estaba construido de manera que se reforzara a sí mismo y, además, el Hacha de Varanghi se hallaba en su interior.

—El buen Señor nos ha protegido —murmuró Falco— contra las criaturas a las que nos enfrentamos.

Conan pensó que ellos dos también habían contribuido con méritos propios, pero se privó de decirlo. Dejó a Falco en el suelo.

—Quédate aquí montando guardia —le ordenó—. Yo voy adentro.

El joven le miró con muda veneración.

El otro extremo del sepulcro estaba cerrado. Al entrar, Conan se encontró en completo silencio. Oyó como sus propias pisadas sobre las firmes baldosas de piedra arrancaban ecos a los muros y al techo invisible en la penumbra. Susurraban alas, reptaban escamas. Ya solo quedaba un reflejo borroso de la poca luz que entraba desde fuera. Sin embargo, no se quedó a oscuras; pues más adelante centelleaba una luz azul.

Fue creciendo a medida que Conan, cauto como una pantera, siguió avanzando. Finalmente descubrió su origen: una esfera de cristal, alojada en un gran bloque de piedra con símbolos grabados que, de algún modo, llevaban por imposibles senderos a quien los contemplara, y evocaban visiones de pesadilla. Conan apartó la mirada. Detrás del altar acechaba un ídolo… no se trataba de Set, sino de una criatura con alas y muchos tentáculos… ¿un dios todavía más antiguo? Conan gruñó a la imagen y siguió mirando por otros sitios. Pero en un lugar al que casi no llegaba la luz, se alzaba del suelo una forma semejante a un bucle. Se acercó allí. Vio que el bucle, en realidad, era un ankh, esculpido en la misma piedra con que estaba hecha una baldosa del suelo de tamaño parejo al de un hombre. Sintió que la emoción le recorría el cuerpo. Aquello era lo que le había descrito Parasán, la losa de la antiquísima tumba donde el Profeta había escondido el Hacha.

¿De dónde podía haber sacado fuerzas un mago para levantar algo tan pesado? Conan no lo sabía. Montó a horcajadas sobre aquella escultura oblonga, aferró el ankh y tiró.

Empleó todas sus fuerzas. Bajo la loriga, en los brazos y las piernas, sus músculos se endurecieron como el acero; sus tendones se estiraron en las manos y en el cuello; el sudor le lavó la sangre y la mugre, pues manaba de su cuerpo como un torrente. Sin embargo, era cuidadoso. No le serviría de nada forzar demasiado la espalda; ¡cómo debían de estar riéndose los demonios del infierno! Levantó la losa hacia arriba, dejando que sus piernas y caderas cargaran con la mayor parte de su peso, lentamente, lentamente.

La losa salió de su sitio. Apoyándola sobre uno de sus extremos, Conan tiró de ella hasta que estuvo en posición vertical, le dio un último empujón y dejó que cayera y se partiera por la mitad. El estruendo reverberó en la negrura. Entonces, el cimmerio se agachó para ver lo que había en el agujero.

Encontró unos pocos huesos, y restos de accesorios propios de una tumba. Conan los ignoró. Solo tenía ojos para lo único que había resistido el paso del tiempo.

Se trataba de un hacha de guerra como las que todavía utilizaban los taianos, de mango largo y recto, bordes ligeramente curvos, y una punta metálica en el extremo. Sin embargo, era más grande que las hachas corrientes, y solo un hombre fuerte podría

blandiría. El astil, hecho de alguna madera rojiza desconocida, no se había podrido en lo más mínimo. El emblema del Sol estaba grabado en la hoja —Conan vio enseguida que figuraba en ambas caras—. Aquel acero fulguraba como ningún otro metal que hubiera visto antes, con tonos azules y blancos, sedosos, como si hubiera brillado con luz propia.

Con una reverencia extraña en él, Conan alargó el brazo, sacó el Hacha de su sepulcro y se puso en pie. La agitó en el aire a modo de prueba. Parecía vivir en sus manos, parecía convertirse en uno de sus miembros, o tal vez Conan se convirtiera en parte del hacha, en un dios de la guerra, en un dios de los cielos. Contuvo su entusiasmo y pasó el dedo pulgar por su filo. A pesar de su precaución, se hizo un corte y perdió sangre. El arma estaba tan afilada como una navaja. Parasán le había contado que nunca hacía falta afilarla. Rio con fuerza y cortó el aire enfrente del ídolo con el Hacha.

Resonó un sonido chillón, demoníaco. Conan se volvió. Recordó el cuerno que había llamado a los muertos para que lucharan con sus hombres. Falco estaba solo allí fuera. Conan corrió.

Un áspid le atacó, erró y murió bajo su bota.

Se precipitó afuera del dolmen. Falco estaba agazapado contra la piedra negra, daga en mano, escupiendo su desafío. Un nuevo monstruo descendía, a través del polvo y de la mugre, del cielo velado en rojo. Conan entendió por qué el viento se había apaciguado: para que aquel monstruo descendiera sin peligro de estrellarse contra algún muro.

Reconoció su pico puntiagudo, sus desnudas alas de treinta pies. Tenían las mismas formas que la barcaza de Set. Al otro extremo del reptil se agitaba una cola, terminada en aletas parecidas a timones. Sus garras eran pequeñas, pero habrían podido arrancar un ojo, y los colmillos de su pico se asemejaban a anzuelos.

Un hombre iba sentado sobre sus lomos, delante de sus ruidosas alas. Su misma velocidad hacía aletear su túnica negra en torno a su enjuto cuerpo. Llevaba la cabeza rapada, su rostro era anciano, y parecido a una cimitarra. Sopló una vez más en el cuerno que colgaba de su cintura, lo soltó, y gritó el grito de su malicia convertida en locura.

Conan se aprestó. Las ráfagas de aire le golpearon. El mago

agarró un talismán que le colgaba sobre el pecho, la calavera articulada de una víbora. Hizo un signo, y apuntó con las abiertas mandíbulas.

Cayó un rayo cegador entre los dos hombres. Conan se tambaleó. Pero el relámpago no le había alcanzado, había chocado con la hoja del hacha… y había rebotado. El trueno aulló. Una horripilante llamarada envolvió al estigio. Este desapareció entre las llamas.

Pero su corcel se hallaba casi encima del hombre. Conan se puso de nuevo en pie y atacó. El Hacha cortó el largo cuello. La cabeza cortada le mordió el antebrazo izquierdo, lo laceró, y luego se soltó y cayó a sus pies. El cuerpo se estrelló contra la tumba. Durante un rato, su pico repiqueteó y sus alas se debatieron, hasta que la criatura acabó de morir. A poca distancia de ella, irreconocible, había caído un cadáver chamuscado.

El viento desapareció por completo. La polvareda se asentó. El sol volvió a brillar en los cielos, radiante.

18. Una añagaza en Pteion

Los combatientes regresaron en el silencio grande y deslumbrante.

Preferían evitar la plaza, pero cuando, ocultándose tras un montón de escombros, echaron un vistazo, solo vieron los restos del caballo y de la hiena. Ningún reptil habría podido aguantar el calor del mediodía en el desierto. Los colmillos de la bestia habían hecho mella en las armas de Conan, pero Falco pudo recobrar su sable y su escudo. Con la ayuda de su camarada, siguió adelante con obstinación, cojeando.

Ya habían recorrido más de la mitad del camino de vuelta cuando un violento sonido metálico quebró el silencio. Sintieron una fuerte emoción. Aquello no era el feo rebuzno del cuerno de un mago, sino un toque de trompeta.

—¡Hola-a-a-a! —gritó Conan—. ¡Estamos aquí!

En aquel momento, Falco se veía tan abrumado por el dolor que apenas si pudo farfullar su propia respuesta.

Un jinete dobló una esquina a trote rápido, les vio, y se detuvo con tal brusquedad que los cascos de su montura levantaron polvareda. Era Daris, sucia de sangre, con el vestido hecho jirones. La muchacha dejó caer su lanza, saltó al suelo y corrió por la calle con los brazos abiertos.

—¡Conan, oh, Conan! —gritaba alegremente entre lágrimas y risas.

El cimmerio la tomó en brazos. La joven siguió gimoteando al tiempo que le besaba. Pero cuando vio lo que Conan había dejado sobre un plinto para poder tener ambos brazos libres, se soltó. El asombro y la devoción la iluminaban. Se arrodilló.

—¿Es el Hacha de Varanghi? —Le temblaba la voz. Conan asintió. La joven miró a las alturas—. Mitra, te damos las gracias.

Al levantarse, habló con ansiedad y orgullo a un tiempo.

—¡Y tú eres el Portador del Hacha, el Libertador, tú, mi caro amado!

El cimmerio sabía que habría tenido que alegrarse por su triunfo, y por el júbilo de Daris. Pero… ¿las punzadas que sentía en los huesos se debían solamente al cansancio?… por lo que fuera, el malhumor que se había esfumado durante la batalla volvía a dominarle. ¿Quién era aquella muchacha para decir que Conan era suyo? ¿Y qué clase de soldadesca idiota se veía condenado a dirigir? Todos habían supuesto despreocupadamente que una sola arma, por la que el bárbaro había arriesgado su propia vida que pertenecía a Belit, les daría la victoria. Aquella actitud hacía casi segura su derrota. Habría tenido que alejar el arma de una patada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó. Daris dio un paso atrás, confusa.

—Pues, he… he venido a buscarte.

—¿Cómo ha ido el combate?

—Destruimos a muchos enemigos, pero nuestras bajas han sido terribles. Ya nos dábamos por muertos. Entonces, de pronto, todos se han desplomado, han quedado inmóviles, como inofensivos cadáveres… la tormenta ha dejado de soplar, ha vuelto a brillar el sol… y en ese momento he sabido que habías triunfado, Conan, pero también podías estar herido, o… algo peor. —Casi tímidamente, Daris le tocó la herida que le había hecho la bestia voladora—. Tenía que curarte esto.

—No es nada —exclamó Conan—. La sangre ya ha empezado a coagular. ¿Y los hombres?

—La mitad deben de estar muertos o malheridos. Los más robustos están exhaustos, aturdidos. He pensado que tendrían que reposar durante un rato.

El cimmerio frunció el ceño.

—¿Así, te has marchado por tu cuenta, dejándolos solos, sin saber con qué peligros te encontrarías? ¡Ja, la única mujer del mundo capaz de comandar un ejército es mi Bélit!

Daris palideció como si Conan la hubiera abofeteado, apretó los puños, y se quedó tensa, mas temblorosa.

—Bienvenida, princesa —dijo Falco entre jadeos. Como no podía apoyarse en nada, se tenía en equilibrio sobre el pie sano—. No…

no deberías reñirla, Conan… es una joven valerosa.

Se acercó a ella tambaleándose, tropezó y cayó al suelo. Se le escapó un gemido.

—¡Estás herido! —exclamó Daris. Se arrodilló al lado del joven —. ¿Qué te sucede? ¿Te duele mucho? —Le acarició la frente—. Mi pobre muchacho.

Conan ardía de ira. Se felicitó a sí mismo por lo bien que la ocultaba, y dijo con calma y frialdad:

—Tiene una herida en la pierna. Se curará, pero ¿por qué te preocupas tanto sin necesidad? Dale tu caballo, y monta detrás de él.

—No, que vaya él solo a caballo, y nosotros le seguiremos a pie —dijo Daris, poniéndose en pie.

—¡Haz lo que te digo! —ladró Conan—. Quiero que vuelvas de inmediato a tu puesto. Haz que los hombres se pongan a trabajar. Que atiendan a los heridos y se preparen para ponerse en camino. Tenemos que alejarnos de aquí antes de que llegue el ocaso. ¿No lo entiendes, listilla? Yo regresaré a pie.

Daris le miró largamente, se mordió los labios, y fue por el caballo. Conan ayudó a Falco a montar. La muchacha se subió sobre las ancas y se agarró a la cintura del ofirita. Sin decir palabra, se marcharon.

El bárbaro se quedó malhumorado entre las ruinas, bajo el sol incandescente. Para sus adentros, le deseó buen camino de retorno a Daris, aquella guasona ligera de cascos. Al fin, murmuró un juramento, cargó con el hacha sobre los hombros y se fue a pie, en busca de sus compañeros.

Durante un rato, solo sintió a su alrededor el bochorno, el silencio, el débil crujido de la arena bajo sus botas. No reconocía los edificios que iba dejando atrás. Probablemente se había metido por otro de los caminos de aquel maldito laberinto. Daba igual; bastaba con que siguiera la dirección general correcta. Se encontró con una fachada erosionada, pero que aún se mantenía en pie. Al acercarse, vio un rubí, grande como su puño, incrustado sobre la puerta de entrada. Relucía, rojo como la sangre, sobre la negra pared. ¿Por qué nadie se lo había llevado cuando la ciudad fue abandonada? ¿Debía cogerlo él?

Una figura apareció en la puerta. Conan reprimió un grito.

Agarró el Hacha y se agazapó. Se le erizó hasta el último de los cabellos.

Se oyó una carcajada dulce y melodiosa.

—¡Cómo!, ¿el Portador del Hacha se asusta? Y además, de una mujer. Qué vergüenza. Pero no te preocupes. Solo soy la pobre Nehekba.

Estaba de pie, deslumbrante de belleza, y apoyaba la mano en su cadera con lasciva insolencia. Sus ojos y su sonrisa seducían. El vestido que llevaba puesto, tejido con plumas marrones y doradas, que le ceñía el cuerpo desde los senos hasta las caderas, obligaba a contemplar todas las curvas de su cuerpo.

Dijo con voz cantarina:

—Contempla mi cuello, mis dedos, todo mi cuerpo. Mira, no llevo puesto el talismán. Tampoco me serviría para nada si quisiera emplearlo contra ti. Piensa en lo que le ocurrió a Tothapis. El Hacha es eficaz contra cualquier magia que ataque a su Portador. Seguramente, Parasán te dijo que, mientras blandas el arma sagrada, eres invulnerable a la brujería, siempre y cuando no te rindas a sus engaños, pues entonces podría atacarte desde dentro. Te repito su advertencia, para que entiendas que no quiero hacer daño a un hombre como tú.

—Entonces, ¿qué quieres? —le respondió Conan ásperamente. Nehekba se encogió sensualmente de hombros.

—No voy a insultarte con mentiras. Vine aquí con Tothapis, con la esperanza de detenerte. Pero tu destino era demasiado fuerte; no, tú mismo eres fuerte, oh Conan el Magnífico. Has conseguido el Hacha, has matado a Tothapis después de todos los siglos que había vivido con poder, vas a obtener una victoria que sacudirá hasta sus cimientos la casa de Set. La caída de mi dueño me ha dejado abandonada. Mis hechizos me fallan, mi torre se encuentra lejos, en Khemi, ya no me quedan pociones, mi diosa me ha abandonado. Si me quedo aquí, moriré esta noche de manera miserable. Si huyo al desierto, moriré de manera miserable mañana.

—¿Y me pides ayuda… tú? Nehekba irguió el cuerpo.

—No te voy a implorar —Conan se vio obligado a admirar su firmeza—. Tienes muchos motivos para querer vengarte de mí. Pero yo, por mi parte, tengo mucho que ofrecer a cambio de mi vida. Soy una experta sanadora. Todavía conozco los hechizos, así como

maneras de protegerse contra ellos. Puedo contártelo casi todo acerca del rey Mentufera, sus fuerzas, sus oficiales y sus planes; información que un millar de espías no podría conseguirte, que puede salvar la vida de incontables taianos cuando llegue el enfrentamiento final.

Conan frunció el ceño.

—No sé qué desprecio más, si una bruja o una traidora —declaró; pero sus palabras carecían de fuerza. ¡Qué encantadora mujer!

—Yo no juré lealtad a nadie salvo a mi diosa, y ella tiene devotos en muchos países —respondió Nehekba—. Sin embargo, te prometeré fidelidad si te muestras clemente, y jamás dejaré de cumplirla. Todo lo que puedo hacer, todo lo que yo soy, será tuyo, solamente tuyo.

Conan no decía nada. La sangre se le agolpaba en las sienes.

—Y con qué alegría me entregaría a ti yo misma —siguió diciendo—. No hay ningún hombre en el mundo semejante a ti, Conan. Tómame como esclava, pues me llenaras de júbilo.

Se acercó lentamente a él. La luz del sol abría azulados surcos en sus rizos negros; el calor le arrancaba una fragancia que abrumaba los sentidos de Conan. Le rodeó la cabeza con sus suaves manos, y susurró:

—Ven, deja que te enseñe algo. Aquí dentro hay un lugar agradable, que dispusieron para los que te esperábamos. Encontraras agua para lavarte, bálsamo para tus heridas, ropa limpia para vendajes. Y luego… oh, ya comprendo que no osas quedarte aquí, pero tus hombres tardarán algunas horas en poder partir. Tengo vino y fruta conservada fría para que te refresques, una cama para que te relajes, y a mí misma para tu servicio.

Le besó, como ya había hecho en Khemi. Conan volvió a cargarse el Hacha sobre el hombro y le correspondió. Durante unos minutos se abrazaron como en una resplandeciente catarata. Al fin, la mujer se escabulló, dio un brinco hacia el edificio, y le indicó, solo con gestos, que la siguiera. Conan la siguió; un terremoto le recorría el pecho.

Como ella le había prometido, encontró un interior fresco, sombreado, bien amueblado. Se podía pasar por alto una molesta brisa que venía del techo.

El cimmerio pensó que no podía permitir que la encantadora criatura pereciera. ¿Y por qué no había de gozar con ella? Si al hacerlo hería a Daris, le daba igual; era la propia Daris quien se lo había buscado. Y ciertamente, Nehekba podía ser una excelente aliada.

Por supuesto, Conan no compartía la candidez de Falco. Examinó la habitación de uno a otro extremo. Vio que, tras una puerta interior, solo había escombros, pues aquella parte del edificio se había derrumbado; Nehekba no podía ocultar nada allí. Solo encontró lo que ella misma le había dicho: una mesa cargada de jarras, jofainas, cuencos, ropa de lino; un par de sillas, una cama amplia y mullida.

Dejó el Hacha en el suelo, siempre a punto de agarrarla, y bebió un trago de agua. Su sabor parecía muy puro, y no le pareció que la mujer pudiera haber traído venenos consigo, pues había ido con la intención de colaborar en hechicerías mucho más poderosas.

—Desnúdate —le murmuró Nehekba cuando hubo saciado su sed—. Estoy ansiosa por atenderte.

Las manos de la hechicera le ayudaron a despojarse de los andrajosos atuendos exteriores. Mientras se sacaba la loriga y su acolchado, la mujer se arrodilló para desatarle las botas. Ambos colaboraron en quitar todo lo que el cimmerio todavía llevaba puesto, y Conan quedó desnudo delante de la mujer.

La lujuria ardía con fuerza y calor en su pecho. Nehekba abrió los ojos como platos, con sorprendida admiración. El cimmerio la aferró por los brazos.

—¡Por Ishtar! —bramó—. ¡Quítate ahora mismo esa cosa de plumas!

—Conan, me haces daño —gimió ella. El cimmerio la soltó. Nehekba se tocó los lugares por donde la había agarrado—. Vaya cardenales me quedaran. —La mujer sonrió, pestañeó, le echó un beso—. Los llevaré como medallas de honor, pues me los ha infligido el hombre más fuerte de la tierra.

—Desnúdate —dijo Conan con la garganta seca.

—Oh, siento anhelo por ti —le prometió ella melodiosamente—. Pero tienes heridas, amado mío. La sangre, el sudor y la mugre amenguan tu esplendor. Deja que te lave, te unja y te vende, para que ya no sientas más dolor ni más fatiga. Entonces podremos

entregarnos a nuestra alegría.

—Como desees —dijo él, y se sentó. Sin embargo, no permitió que el Hacha quedara fuera de su alcance.

Nehekba empapó un paño y le frotó lenta y sensualmente, y con ello le alivió de manera maravillosa, aun cuando acrecentara todavía más su deseo. Con los dedos que tenía libres, la mujer le iba peinando la cabellera.

Conan casi lamentó que aquello terminara. Cuando Nehekba se apartó de él, su mirada la siguió con ardor. Recortada contra la luz del día que entraba por la puerta, parecía una sombra de contornos dorados. Vio como se limpiaba ambas manos en la toalla manchada de sangre, sin duda para quitarse la mugre y los cabellos, y cosas parecidas. Sí, Nehekba había acertado con aquello. Luego le aplicaría medicinas calmantes del mismo modo juguetón…

—En, ¿adónde vas? —le preguntó sorprendido. La mujer se hallaba a la salida. Su aflautada voz le respondió con sorna.

—Me marcho. Se me ha ocurrido que no quiero hacer el viaje por tierra. Adiós, bárbaro.

Conan se puso en pie. La mujer salió afuera. El cimmerio agarró el Hacha y salió en su persecución.

El sol le deslumbró. Por unos momentos, quedó casi ciego. Al recobrar la vista, se encontró con una calle vacía.

—¡Por Crom! —murmuró—. Después de todo, esa bruja me ha tomado el pelo. ¿Por qué lo habrá hecho?

Empezó a buscar sus huellas por la arena. Encontró pisadas superficiales, borrosas, pero Conan tenía ojo de cazador. El rastro se prolongaba por delante de las fachadas hasta algunas yardas más allá —Nehekba se había marchado a paso ligero—, y terminaba en una revuelta confusión de la que solo pudo concluir que había ocurrido algo extraño.

Miró en derredor. En lo alto, un águila dorada volaba hacia el oeste; en todo lo demás, tanto el cielo como la tierra, y el infierno que era Pteion, parecían desprovistos de vida.

¿Nehekba solo había querido burlarse de él? ¿Había llevado la intención de hacerle daño, pero luego, al ver sus precauciones, había decidido abandonar su intento? Conan no tenía ganas de pensar en aquellos asuntos. Eran demasiado siniestros. Tampoco quería contar a sus amigos lo que le había ocurrido; en cierto modo,

había sido demasiado ridículo.

De pronto se echo a reír, y descomunales gritos de alegría resonaron en las piedras y se elevaron hasta el cielo. Se estaba riendo de sí mismo. Estaba riendo su desafío a todos sus enemigos. Estaba riendo de gozo, por haber conseguido el Hacha que liberaba a los hombres. Estaba riendo por puras ganas, con desbordante vitalidad. Parecía que Nehekba, al marcharse, se hubiera llevado también el mal humor que le atormentaba desde hacía varios días, y de nuevo era él mismo, Conan, el vagabundo, el guerrero, el mujeriego.

Se serenó al recordar. Se vistió a toda prisa y se marchó. El rubí refulgía a sus espaldas, olvidado.

Los taianos estaban atareados en su campamento, bajo la dirección amable pero firme de Daris. La muchacha vio al cimmerio, se acercó a él y le informó en tono impersonal:

—Contando con tu aprobación, he dividido a los sobrevivientes en dos grupos. Uno es el de los tullidos, con suficientes hombres robustos para que los escolten hasta donde puedan ser atendidos apropiadamente. Estos se llevarán también a nuestros muertos, para enterrarlos mañana en la quebrada, donde hay rocas que nos servirán para erigirles túmulos. No podemos dejárselos a los demonios necrófagos. La segunda partida, por supuesto, consta de los que todavía pueden luchar. Tiris me ha dicho que nos puede llevar directamente hasta Ausar. Ambos grupos tienen que estar listos para partir dentro de una hora.

Los ojos azules de Conan buscaron a los de la muchacha, el cimmerio le agarró el talle con las manos, y le dijo en voz baja:

—Tú te has comportado magníficamente, hija de reyes, y yo he actuado como un bruto intratable. No sé qué me afligía, mas ahora veo que te he agraviado, y te pido perdón.

—¡Oh, Conan! —gritó Daris.

Sin prestar atención a quienes la miraban, se arrojó a sus brazos.

19. La batalla de Rasht

La vía militar se adentraba en la región llamada Taia por su extremo suroccidental. Tras un día de marcha, entraba por un angosto valle. Entre riscos y barrancos, y pendientes cubiertas de peñascos, los montes se alzaban a ambos lados hasta una gran altura. En la tierra roja que quedaba en sus laderas y quebradas crecían matojos, hierbajos y unos pocos arbustos. El cielo, a media mañana, tenía el color del lapislázuli, y el calor obligaba ya a los enebros enanos a desprender aroma.

Ocultos entre la maleza, los hombres yacían tumbados en las lomas, y miraban hacia abajo. La distancia empequeñecía a las figuras que transitaban por la vía, mas no ocultaba su número. La caballería iba en vanguardia, los carros la seguían con estrépito, la caballería en prietas filas, el convoy de suministros, la retaguardia… el ejército debía de cubrir dos o tres millas de camino empedrado. El metal centelleaba, los pendones ondeaban al viento, las lanzas y picas se mecían como las espigas de un trigal. A pesar de la lejanía, los hombres ocultos oían un murmullo como de espumas. Provenía de las pisadas, del repiqueteo de los cascos, de las ruidosas ruedas, del continuo redoble de tambores.

Conan soltó un silbido.

—Tus exploradores no me mintieron —dijo—. Al contrario, minimizaron la importancia de esto. Deben de haber venido con todas las fuerzas de la Estigia central, y con los reservistas que han podido movilizar de urgencia.

—Bien, si les capitanea el propio Mentufera… —Ausar no terminó la frase.

—¿Estás seguro? Solo tienes la palabra de esos exploradores, montañeses ordinarios.

—Son excelentes observadores, y he viajado lo bastante como

para reconocer lo que me describieron. Nadie, salvo el rey, lleva el estandarte de una serpiente de plata sobre campo negro, con un buitre de bronce al extremo del asta. Quiere acabar de una vez por todas con nosotros.

—Sí —dijo Conan torvamente.

Buscó con la mirada el final de la hueste. Un recodo del camino, en torno a un risco, ocultaba lo que había en aquella dirección; pero allí, una columna de humo se elevaba hacia el cielo, y ningún ave carroñera sobrevolaba aquellos parajes; estaban todas comiendo. El día anterior había existido en aquel lugar el pueblo de Rasht, entre campos, huertos y pastos. La gente de Ausar no había advertido a sus habitantes para que huyeran, pues no se esperaban aquella masacre; habían supuesto que los estigios tendrían prisa en hallar al mismo Ausar.

—Van a arrasar todo el país. Después, tal vez colonicen con su propio pueblo los yermos que vayan dejando a su paso.

—¡No debe ser así! —juró Daris—. Su reino va a terminar hoy.

—Será lo que decreten los destinos. —Ausar hablaba con voz angustiada—. Si… a pesar de todo… somos derrotados, recordad mi juramento. Diré a los jefes que ordenen a sus clanes la rendición de las armas, y yo mismo me entregaré para que Taia no sea devastada por completo.

—Primero —le dijo Conan secamente—, supongamos que seguimos nuestro plan. No sabes con cuántos luchadores cuentas, pero deben de superar al enemigo en número. Aunque no estén tan entrenados, ni tengan el armamento adecuado, ¡qué más da!, no les falta valor. Además, tenemos el Hacha.

Ausar y Daris le contemplaron con tal reverencia que se sintió incómodo. Qué diablos, Conan no se consideraba la encarnación de nada; solo era un simple aventurero bárbaro.

Pero la suerte, o el destino, o la discordia entre los dioses, le habían convertido en un símbolo, en un centro donde los demás convergían. A menudo, en otras ocasiones, la rebelión había ardido en las tierras altas, pero jamás se había producido un incendio como aquel. Ausar, al avanzar hacia el oeste, había prometido que, cerca de la frontera, se reuniría con el Portador del Hacha del que hablaban las profecías. Su palabra se había difundido a diestro y siniestro, le había precedido, transportada por corredores que

habían ido pasando una flecha de guerra entre campamento y campamento en el sibilante idioma de los pastores y los cazadores; por señales de luz en lo alto de las montañas; y quizá por medios mucho más antiguos y misteriosos. De un extremo a otro del país, hombres y mujeres, robustos abuelos y vigorosas muchachas tomaron las armas y las provisiones para el camino y se pusieron en marcha para ir a unirse al clan Varanghi. Formaron una horda salvaje. Conan ponía sus esperanzas en que, después de llegar, había inculcado en algunos de ellos, con ayuda nativa, los rudimentos del arte de la guerra organizada, para que los demás contaran con guías apropiados.

Entretanto, el general Shuat había avanzado con su tropa sin hallar obstáculos, con tantas prisas que no se producían devastaciones en los lugares por donde pasaba. Sin duda, había recibido órdenes de su rey, por correo o por paloma, para que renunciara a cualquier plan que tuviera en mente; pues se detuvo en la frontera de la provincia y esperó que apareciera la fuerza real. Entonces había recibido la orden de volver hacia Seyan, para unirse a un ejército que sí se tomaba el tiempo necesario para saquear lo que iba encontrando.

Pero no hallaron nada digno de su atención en los montes cercanos a Rasht; y los estigios de las tierras bajas eran incapaces de detectar ningún rastro de los millares que se habían reunido para emboscarles.

—Vamos allá —dijo Conan.

Él y sus compañeros se arrastraron hasta un lugar donde se pudieron poner en pie sin peligro.

En una hondonada, al pie de la cresta, les aguardaban unos cien jinetes y otros tantos soldados de infantería. Era imposible reunir más en un mismo sitio sin llamar la atención. Aparte de estos, pocos más iban montados, pero grupos de tamaño comparable acechaban por todas partes en lo alto de los montes que rodeaban el valle. Su plan era caer sobre los estigios por numerosos frentes, dividir la columna estigia en segmentos y, cuando su formación hubiera quedado así deshecha, pelear en una serie de batallas simultáneas hasta destruirles.

La cuadrilla de Conan sería la primera, y atacaría al enemigo por la vanguardia; servirían como señal e inspiración para el resto. Por

ello, el equipo de sus hombres era mejor que los faldones de los demás: yelmos, petos o cotas de malla, en algunos casos manoplas reforzadas, grebas, guardabrazos, u otro tipo de protecciones. Daris montó de un salto, vestida tan solo con una túnica y un gorro de cuero, con el arco y el carcaj, y la daga envainada en un cinturón del que había llegado a creer que le daba buena suerte. Tomó de manos de un montañés anciano y enjuto la bandera que iba a enarbolar. Había sido tejida en el templo de Mitra, y colgaba de un travesaño al extremo del asta: un sol dorado sobre azul celeste.

—Ya era hora —gruñó Sakumbe—. Esto ha sido fatigoso, y no hemos tenido mujeres, no, ni siquiera hemos podido beber mucha cerveza. Espero que el saqueo de hoy sea bueno.

Conan sonrió. Había traído consigo a los suba, en parte porque solo el cimmerio podía hablar con ellos a través del jefe Sakumbe… pero también porque sabía que las gentes de aquel pueblo eran grandes luchadores, y harían que su banda pareciera más imponente y temible. Sus oscuros pellejos se bebían la luz de las tierras altas, sus vestimentas extranjeras les daban un aspecto doblemente amenazador.

—Bien —dijo el cimmerio—, me atrevería a afirmar que el rey de Estigia no suele viajar como un mendigo. ¿Queréis tener una vajilla de metales preciosos y gemas, o exquisitos vinos y especias, o vestidos de seda, o cofres llenos de dinero? ¡Afanaos por conseguirlos!

Sakumbe rio entre dientes como un villano y habló a sus hombres. Todos le vitorearon, salvo Gonga. El enjuto hombre-medicina estaba armado para el combate, pero se había cubierto con misteriosas pinturas el cuerpo lleno de cicatrices, se había puesto un collar de dientes humanos y huesos de dedos, y una varita, una sonaja y un saquito de accesorios mágicos colgaban de su talle.

Falco se acercó a Daris. El ofirita había recobrado fuerzas, ya no sentía dolor, pero todavía cojeaba. Había insistido en que aquello no importaba, siempre y cuando luchara montado en su excelente rucio castrado estigio. Además de una coraza y un morrión con penacho, había encontrado una vistosa capa escarlata, que ahora colgaba de sus esbeltos hombros. La lanza que aferraba con la mano temblaba como un álamo temblón en primavera.

Conan, que también estaba deslumbrante con su cota de malla y su yelmo alado, y llevaba las perneras de los calzones metidas dentro de sus botas con puntas de hierro y espuelas doradas, se volvió hacia Ausar. Estaba tan serio como el taiano.

—Ahora se levanta la tormenta —dijo—, y nadie puede predecir qué rumbo tomara el viento. Ojalá volvamos a encontrarnos victoriosos. Si no, te agradezco tu gentileza, jefe, y ruego porque Mitra te lleve consigo a su morada.

—Yo te doy las gracias a ti, las gracias de toda Taia —le respondió Ausar—. Ocurra lo que ocurra, mientras este pueblo exista perdurara tu recuerdo.

Se abrazaron. El nativo iba a dirigir un asalto contra la retaguardia estigia, para impedir que llevara a cabo una maniobra envolvente. Por unos instantes, antes de separarse, padre e hija se estrecharon las manos.

Conan montó. Los rebeldes habían capturado un espléndido caballo de guerra para él, un gran semental negro que relinchaba y se encabritaba con impaciencia. Conan le dio unas palmadas en la cálida cerviz.

—Vamos, vamos —murmuró—, hoy vas a tener tanta acción como quieras, te lo prometo.

Endureció los músculos de las piernas, y se puso en marcha hacia la hora de su destino.

Daris le seguía por la derecha montada en su yegua, y el estandarte ondeaba sobre su cabeza. Falco estaba al otro lado. Causando asombro a cuantos no le conocían, el barrigudo Sakumbe era capaz de seguirles a pie por la izquierda. Los montañeses iban tras ellos: lanceros en cabeza, hombres con hachas de guerra, espadachines, arqueros, honderos. En primera línea, a ambos lados del cimmerio, los lanceros cabalgaban en la formación en cuña preferida por los taianos. No eran rival para la experta caballería estigia; pero tenían la esperanza de poder contenerla hasta que llegaran refuerzos, y entonces, quizás, desmontarían para luchar del modo habitual en ellos.

Las piedras repiqueteaban. La hierba amarillenta y los arbustos polvorientos eran aplastados. Los arneses crujían y tintineaban. Los sonidos del enemigo se oían cada vez con mayor claridad.

Conan no creía que pudiera caer por sorpresa sobre sus

oponentes. Sin embargo, había estudiado de antemano una ruta por la que podían cargar a gran velocidad y sin peligro. Sin ella, toda su compañía habría podido ser abatida a medio camino por las flechas. Al pasar la cresta de los montes, salió al trote.

¡Hacia abajo! En unos minutos, el ejército del valle dejó de asemejarse a un desfile de hormigas que Conan podía contemplar en su totalidad; se convirtió en unos soldados cuyas armas se distinguían con claridad; se convirtió en la luz del sol, que se reflejaba cegadoramente en un dorado carro de guerra y carroza que debía de pertenecer al rey; se convirtió en el estandarte regio que el cimmerio quería abatir; se convirtió en gritos y trompetas que daban la alarma, y en el siniestro primer silbido de las saetas.

—¡Jay-jo! —rugió—. ¡Por Taia y por la libertad!

Alargando el brazo, desató el Hacha de Varanghi que había llevado atada a la silla de montar. Esta cortó el aire, y centelleó al ser enarbolada en alto. No todas las hachas de guerra podían ser empleadas a lomos de un caballo, pero aquella cobraba vida en sus manos, aguda, ágil, terrible.

El fondo del valle ya estaba cerca. Se lanzó al galope. Le siguieron sus compañeros montados. Los que iban a pie quedaron rezagados, pero no tardarían en llegar, y entretanto era necesario eludir las flechas. En medio de aquella aglomeración, los arqueros serían casi inútiles, y no era posible un ataque a gran escala.

Un jinete taiano se desplomó con una flecha en la garganta. Cayó al suelo y rodó por el polvo. Conan le vio por el rabillo del ojo. Conocía a aquel hombre; había bebido cerveza y contado chistes con él en el campamento, mientras las brasas se iban apagando bajo las estrellas de medianoche; le había oído hablar de su mujer y sus hijos, y de su anciana madre. Bien, Crom solo le daba fuerzas al hombre para morir con valor.

Al llegar al camino empedrado, los cascos de sus caballos armaron mayor estrépito. Conan tiró de las riendas para que su montura se volviera. Sus compañeros se reunieron con él. A pocas yardas, se les acercaban los corceles, las corazas, los yelmos, las lanzas con que les apuntaba una caballería estigia que les decuplicaba en número.

Pero no podrían atacarles todos a la vez. Si abandonaban la vía, habrían acabado dando tropiezos por las laderas, entre taludes,

rocas y espinos traicioneros, madrigueras de roedores donde los caballos podían romperse una pata. Conan volvió a enarbolar el hacha. «¡En línea, avanzad!», gritó, y espoleó a su caballo de guerra.

El enemigo se le acercaba al trote, a medio galope, al galope. Las pezuñas de sus bestias competían en estruendo con los rítmicos tambores que las seguían. Pendones, penachos y capas avanzaban con ellas. Alzaron los escudos, las lanzas apuntaron. Hombres y bestias se agigantaron en su visión.

Siguiendo las órdenes de Conan, Daris retrocedió detrás de él. Falco llenó el hueco, sosteniendo con pericia su lanza sobre la cerviz de su bayo.

Con un rugido, el combate comenzó.

Una lanza buscó el pecho revestido de malla de Conan para tratar de desmontarle. Antes de que lograra tocarle, el Hacha se había hundido en la madera. El estigio no tuvo oportunidad de desenvainar. Conan le golpeó con el Hacha debajo de la mandíbula, y su cabeza cayó. Con un pensamiento fugaz como el rayo, el cimmerio se preguntó quién habría sido aquel hombre, el primero en quinientos años que había tenido el honor de morir bajo el Hacha de Varanghi.

Falco hirió a uno de los atacantes en la garganta, soltó su lanza, desenvainó el sable, preparó el escudo y se enzarzó con el enemigo más cercano. Conan le abrió el cráneo a un caballo; el jinete cayó bajo sus pezuñas. Falco paró un mandoble y cortó los dedos de la mano que lo había intentado. No hubo más cargas, sino una refriega que giraba, empujaba, chocaba con ecos metálicos, gruñía, chillaba, jadeaba, maldecía, sudaba, sangraba, apuñalaba, cortaba, acometía.

Conan, hombre corpulento sobre un corpulento caballo, alcanzaba a atisbar cómo estaba yendo la batalla en otros sitios. Como ya había esperado, los jinetes estigios habían arrollado casi por completo a los taianos; pero un montañés que hubiese perdido el caballo, o que hubiera saltado deliberadamente al suelo, era doblemente mortífero, y entretanto su animal entorpecía el paso. Y los guerreros, morenos y negros, bajaban de los cerros para unirse al combate.

La siguiente división del ejército real, compuesta por carros con cuchillas incorporadas a las ruedas, avanzó.

Llovieron flechas desde las alturas. Caballos, aurigas, e incluso

luchadores de pesada armadura cayeron, heridos, muertos o indefensos. Hombres con dagas, gritando salvajemente, aparecían entre ellos, les cortaban los tendones a las bestias, saltaban sobre los carros para luchar y matar. Toda la hueste taiana atacaba a la vez. Conan vio estandartes que se tambaleaban y caían, vio la columna estigia que se retorcía a lo largo de millas como una serpiente con el espinazo roto.

—¡Bélit, Bélit! —gritaba, y golpeaba con el hacha.

—¡Senufer! —respondía Falco, y segaba hombres con su arma.

Abrieron un claro a su alrededor, un claro sangriento, repleto de cadáveres mutilados y heridos gimoteantes. Cientos de taianos se habían unido a la bandera del Sol y al centelleo del Hacha. Se abrieron paso a mandobles entre la caballería estigia. Sakumbe arremetía entre el tumulto; su cachiporra era una borrosa imagen de violencia. Empleaba el truco de golpear al jinete en la rodilla, o a su caballo en el morro y, cuando el dolor paralizaba a la víctima, le clavaba un puñal con la mano izquierda.

De repente, Conan se quedó sin enemigos. Miró en derredor. Por todas partes, los taianos se agolpaban sobre los cadáveres, y los pisoteaban hasta dejar irreconocibles. Aullaban como lobos, jubilosos, y sus aceros hacían manar sangre a chorros. Unos pocos socorrían a los camaradas heridos, o se arrodillaban brevemente sobre los muertos. Otros hostigaban a los lanceros estigios desde las laderas, les ladraban, bajaban con tal rapidez que sus exhaustas bestias no podían ni tropezar.

Más atrás, los carros abandonados cegaban la vía. Algunos, ya vacíos, daban vueltas, tirados por aterrorizados caballos. Aún más atrás, reinaba el caos: numerosos torbellinos humanos sobre los que se abalanzaban los rebeldes con infantería, armas resplandecientes, estrépito y alaridos.

Sin embargo, enfrente de todo esto, y detrás de los carros, un regimiento estigio aguantaba tras una barricada de cadáveres taianos. Rodeaban el carruaje dorado, y ondeaba sobre sus cabezas la enseña de la Serpiente.

Conan llamó por señas a los compañeros más cercanos: Daris, Falco y el fuerte Ruma, que había capitaneado los refuerzos en el ataque a la vanguardia y tenía que vengar a su clan Farazi.

—Estos deben de ser sus mejores soldados —dijo el cimmerio,

señalándolos—. Supongo que algunos forman parte de la guardia del rey, y otros, sin duda, de la legión de Shuat, pues tienen experiencia en esta región. No podremos caer sobre ellos por sorpresa. —Frunció el ceño—. De hecho, hemos ganado esta batalla, pero creo que lo hemos conseguido porque el enemigo no llevaba muchos caballos ni carros. No previeron que iban a necesitarlos. Les hemos infligido una derrota, sí, pero podrían reagruparse, rehacer sus formaciones y vencer a nuestros guerrilleros.

—¿Qué tenemos que hacer? —le preguntó Ruma. Conan contempló al gran número de montañeses. Una carcajada brotó de su pecho.

—Vamos a atacar —dijo—. Tomaremos esa fortaleza de escudos, dispersaremos a los soldados que no matemos, clavaremos la cabeza de Mentufera en lo alto de una estaca y avanzaremos con ella. No sé nada acerca de la guerra, si con esto no les desmoralizamos.

Falco gritó con fuerza, arrojó al aire su sable refulgente, lo agarró en pleno vuelo y lo blandió.

Daris parecía angustiada.

—Si lo intentamos sin éxito —dijo—, me temo… pues conozco a mi pueblo… me temo que correrá entre ellos la noticia de que tu Hacha no es la verdadera, y entonces serán ellos quienes huyan.

Ruma le respondió con fe.

—¡Pero sí que es el Hacha, y Conan es el Portador del Hacha! —exclamó.

El cimmerio sopesó su arma.

—Yo ya estoy resuelto —dijo en voz baja—. ¿Hacemos formar a nuestros guerreros?

Les llevó cierto tiempo; tuvieron que gritar, llamarlos con el cuerno, exhortarles. Los hombres del rey les miraban impasibles, con espadas, lanzas y arcos en la mano; sus filas no se movieron. Las escaramuzas aisladas que tenían lugar a su alrededor prosiguieron. A veces, un grupo de estigios era derrotado; a veces, obligaban a retroceder a sus asaltantes taianos y se unían a otro grupo. Conan subió cabalgando hasta un altozano para poder observar la batalla en un conjunto. «Sí —pensó—, si no derrotamos a su señor, no tardarán en reagruparse y serán ellos quienes nos derroten».

Pues bien, aquello no iba a ocurrir. Regresó a la batalla. No

sufría por el cansancio ni por el dolor, aunque había recibido algunas heridas. Ardía en ansias por luchar; su único deseo era abatir a las criaturas que se interponían entre él y Bélit.

Conan, Daris y Falco eran los únicos de su compañía que seguían montados a caballo. El cimmerio creía que su semental podría hacer muchos estragos entre el enemigo mientras él atacaba desde arriba; pero, si acababa peleando a pie, tampoco le importaba, siempre y cuando el Hacha siguiera luchando en sus manos como una criatura viviente. ¡Jay-jo!

Los taianos estaba listos; no ya un regimiento, sino una jauría, y tal vez por ello eran más terribles. Daris enarboló con orgullo su bandera. Blandiendo el Hacha como una antorcha, Conan picó espuelas. Los cascos de su caballo resonaron sobre la roca. El trote se convirtió en medio galope. Los estigios bajaron las picas y prepararon los arcos.

El dolor se abatió sobre Conan.

Le pareció que un millón de alfileres de fuego le perforaba la piel, la carne, las venas. Estaba ardiendo. Se le agarrotaban las entrañas, y sentía una ola tras otra de dolor. Los músculos se le movían convulsivamente, habían enloquecido, trataban de romper los huesos que recubrían. Negras brumas le cegaron los ojos, sintió truenos en los oídos, hedores de la tumba le asaltaron la nariz. El corazón le brincaba como loco en el tórax, y por primera vez en su vida, sintió miedo de morir.

El Hacha cayó al suelo. Inmediatamente después, él mismo cayó, y quedó tendido, presa de espasmos, ante sus hombres. El horror se adueñó de estos como un viento nocturno. Se detuvieron allá donde estaba.

Daris saltó del caballo, y olvidó el estandarte del Sol, que también cayó al suelo. Se arrodilló al lado del cimmerio, trató de sujetarle, aguantó los golpes de sus manos convulsas.

—Conan, Conan, ¿qué te pasa? —le preguntaba con voz temblorosa—. ¡En nombre de Mitra, dime algo! Es tu Daris quien te habla, Daris, que te ama…

El cimmerio la oía confusamente, como si le hubiera hablado desde el otro extremo de un huracán. No halló una respuesta para ella en el terror y el tormento que eran todo su universo.

Los taianos vacilaron. Cayeron las armas, se estremecieron los

cuerpos, quedaron todos boquiabiertos. Ruma blandió su lanza en alto.

—¡Quedaos aquí! —gritó—. ¡Voy a matar al primero que huya! Falco, montado a caballo, alzó su sable y dijo, con la garganta seca:

—Y si se te escapa, lo mataré yo, Ruma.

Las lágrimas de Daris humedecieron el desfigurado rostro de Conan.

—Despierta —le suplicaba—. Te lo ruego… en nombre de Bélit. Despierta por tu Bélit.

En medio de su infierno, el cimmerio la oyó. Algo se reanimó en él. De algún modo, pudo recordar, comprender y hablar. Fue diciendo las palabras una por una, y puso en cada una de ellas un esfuerzo que no había realizado nunca en su vida.

—Qué… necio… encontré… a Nehekba… en Pteion… me… lavó… y se llevó… un paño… empapado… con mi sangre, y… —No pudo decir nada más; solo podía arquear la espalda y jadear.

Un taiano gimió, y huyó corriendo. Ruma le arrojó su lanza. El hombre cayó. Pálido como la cera, Falco cabalgó hasta él y le dio el golpe de gracia. Los montañeses gimotearon, pero no abandonaron sus puestos. La tropa de estigios les miraba con satisfacción.

Sobre los yelmos de estos, sobre el estandarte de la Serpiente, apareció una figura resplandeciente. Un carro de bronce sin ruedas ni atalajes, sobre el que viajaba una mujer. Sus diáfanos atuendos y sus negros cabellos flotaban en torno a su cuerpo. Un espejo colgaba de su garganta. Llevaba en las manos una pequeña imagen de cera, a la que, riendo, torturaba con un pequeño puñal y con la llama de una candela, y retorciéndola con los dedos. Volaba a gran altura, y entonces se acercó al suelo y siguió avanzando.

De extremo a extremo de la matanza, todos callaron. Los taianos que se hallaban al frente se amedrentaron. Al cabo de un momento, se dispersarían y huirían, enloquecidos por el miedo.

—¡Senufer! —chilló Falco.

Conan la entrevió entre las tinieblas que le rodeaban. Parecía la propia Derketa, al frente de un ejército de espectrales mujeres, sobrevolando el mundo infernal.

—Nehekba —masculló.

Daris se dio cuenta de que había otra persona al lado del cimmerio aparte de ella misma. Miró a Sakumbe.

—Oído algo —dijo el negro en su atroz estigio. Sudor nacido del miedo le perlaba la frente y la barriga, pero hablaba con firmeza—. Veo el qué. Hacen magia corporal. Sangra por muñeco de ella. Ella hace daño. Pronto matará.

Daris se hundió en la desesperación.

—Entonces, había planeado desde el principio meternos en esto —respondió con voz apagada—. ¡Oh, Conan! —Trató de besar al hombre caído, pero las convulsiones eran demasiado violentas.

—Senufer, mi querida Senufer —iba diciendo Falco, como sonámbulo.

Obligó a su rucio a dar media vuelta, y picó espuelas. Cabalgó entre los muertos, entre los restos de los carros, hacia el lugar donde flotaba Nehekba. La visión de Conan se aclaró, su dolor se apaciguó un poco, y lo vio. Seguramente, la bruja lo había querido así, para que el cimmerio pudiera contemplar aquella última traición.

Ordenó con un gesto a los arqueros estigios que dejaran de tirar mientras Falco estuviera a su alcance. Jubilosa, descendió con su vehículo hasta casi tocar la calzada; aún sostenía la imagen de Conan con la mano izquierda, pero tendió la diestra para recibir al joven que se le acercaba corriendo. Cuando se besaran, la víbora mordería definitivamente el talón taiano. Un soldado estigio llevaría el Hacha de Varanghi ante el altar de Set.

—¡Falco, bienvenido! —dijo con voz musical.

El jinete tiró de las riendas ante ella. Por un instante, contempló el fulgor de sus ojos.

Su sable voló. Nehekba tuvo un momento para ver el acero que se le clavaba en el pecho, y para chillar. Corrió la sangre, de imposible brillo a la luz del sol, pero no en gran cantidad; como si un dios no hubiera querido que su belleza quedara desfigurada, y se hubiera contentado con que le traspasaran el corazón.

Falco dejó allí su acero. Recogió la imagen de Conan, y le clavó las espuelas a su caballo. Regresó a toda prisa.

—Toma —dijo, y entregó la figurilla a Daris: Entonces, se apartó lentamente y desmontó.

Sakumbe llamó a gritos a Gonga. El hombre-medicina salió de entre una banda de rebeldes que miraba aturdida, estupefacta ante aquellos prodigios. Más adelante, los soldados del rey respiraban

trabajosamente y sentían escalofríos.

Con cuidado, con mucho cuidado, Daris entregó la figura a Gonga, y volvió a atender a Conan. Este yacía inmóvil, y respiraba con dificultad. El negro se agachó. Cantó algunas palabras, le arrojó polvillos de su saquito, agitó la sonaja e hizo gestos con una mano. Al cabo de uno o dos minutos, una sonrisa atemperó la severidad de su semblante. Sus compañeros suba, que se habían postrado, se pusieron en pie, alzaron sus armas y gritaron: «¡Wakonga mutusi!».

Los ojos de Conan se aclararon. Se sentó en el suelo.

—Estoy bien —dijo maravillado, como un hombre a quien le ha bajado la fiebre.

—La bruja ha muerto —dijo Daris entre sollozos—. Eres libre.

Gonga tomó el cuchillo, se hizo un rasguño en la muñeca y vertió unas pocas gotas de sangre en la imagen, al tiempo que cantaba. Conan se puso en pie. Se sentía como si hubiera pasado una larga noche durmiendo, y al despertar hubiese bebido de una fuente de la montaña.

Gonga habló con Sakumbe, quien, a su vez, le dijo a Conan en la lengua franca:

—Te ha cedido una parte de sus propias fuerzas para curarte el daño. No podrá luchar hasta que se haya recobrado. Pero se llevara lejos de aquí esa cosa maligna, anulara el hechizo y la destruirá.

Una vez más, retumbó la titánica carcajada del cimmerio.

—¡Ja, yo tengo otras cosas por destruir! —Abrazó a Daris y a Sakumbe—. ¡Oh, mis fieles amigos, jamás os lo podré agradecer, ni tampoco olvidarlo!

Levantó el Hacha y volvió a montar.

—¡Adelante! —proclamó—. ¡En nombre de Jehanan!

Sus hombres aullaron de alegría. Sin prestar atención a las saetas, le siguieron.

Por toda la vía en donde tenía lugar la batalla, corrió la voz de que un arma y un estandarte se habían alzado de nuevo. Los taianos se reagruparon para la siega del hombre.

No pudo ser Conan quien matase al rey Mentufera, ni Ruma quien acabara con el general Shuat. Aquellos estigios habían vuelto atrás, y solo los dioses saben quiénes fueron los guerreros que les dieron alcance. Conan se satisfizo con haber matado a diestro y siniestro, y con que le trajeran una cabeza coronada a modo de

señal, y viendo que los estigios rompían filas.

No menospreció a Falco, aunque el joven se quedara sentado a un lado de la vía y llorara.

20. Venganza para Bélit

La barcaza alada, que había abandonado su escondite, aguardaba en Seyan. Había seis personas en el muelle. Aunque las gentes iban a la ciudad a ocuparse de sus faenas, nadie se acercaba allí, pues los amigos querían estar solos en su despedida.

El sol no había asomado todavía por las cumbres del este, si bien aquel horizonte se teñía de oro y plata, y el resto del cielo estaba azul. Las neblinas se cernían sobre el Styx en el aire frío, y ocultaban la turbiedad de aquel con su blancura. El Helu, riente, se precipitaba desde las purpúreas montañas del oeste.

Conan no tenía frío, aunque solo se cubriera con una túnica. Llevaba una daga y una espada envainadas en la cadera. Solemnemente, levantó el Hacha de Varanghi con ambas manos y se la entregó a Ausar.

—Ahora es tuya —le dijo—. Ojalá proteja siempre a Taia.

Su confianza parecía tener buen fundamento. En vez de perecer en desesperada resistencia, la guarnición estigia de Seyan se había entregado, y estaba regresando a su país, desarmada y escoltada. El rollizo gobernador Wenamon la acompañaba, pues había pagado su propio rescate con todas las riquezas que había estado robando al país. Tras el desastre de Rasht, el ejército real no podría salir de campaña durante algún tiempo. Además, se sabía que el nuevo rey Ctesfon carecía de las ambiciones imperiales de su padre.

—Tú, o tus descendientes, tendréis que luchar de nuevo —le advirtió Conan—. Luxur no reconocerá jamás vuestra independencia. Ausar tomó el Hacha.

—Así es —corroboró—, pero poco importa eso, si vivimos de hecho como una nación libre. Podremos buscar apoyo en Keshan, Punt, y otros reinos limítrofes que tienen razones para desconfiar de Estigia.

Parasán, el Sumo Sacerdote, no estaba tan alegre.

—Ay, temo que vayamos a cortar nuestros últimos vínculos con la civilización —dijo—. Nos convertiremos por completo en una raza de tribus bárbaras.

Conan se encogió de hombros.

—¿Y qué? —respondió—. Te lo digo con todo mi respeto, señor, pero ¿no crees que la libertad es buena a cualquier precio? Además, francamente, no creo que la civilización valga para tanto.

—Como tú digas —murmuró el anciano—. Me atrevo a esperar que, por lo menos, nos mantendremos en la luz y la gracia de Mitra. Que él te bendiga, hijo mío, por lo que has hecho en defensa de su causa y de la nuestra. Que no halles peligros en tu viaje de regreso, y tu llegada sea alegre.

Sakumbe había seguido una parte de la conversación. Quizá no hubiera comprendido bien estas últimas palabras, puesto que sonrió, le dio una palmada en la espalda al cimmerio, y exclamó en la lengua franca:

—¡Sí, cuando llegue a la Costa Negra les diré que preparen una fiesta de nueve días para recibirte, Amra!

El apodo que le habían asignado Sakumbe y sus hombres significaba, en su idioma, «león».

—La esperaré con ganas —dijo el norteño—. Sin duda, Bélit y yo visitaremos a menudo a los suba. —Entonces habló con más seriedad—: Por mucho que la eche de menos, es triste tener que despedirme de vosotros, seguramente para siempre. Daris…

—¿Sí? —Apartó su rostro del de Falco, con quien había estado hablando.

—Te añoraré más de lo que sabría explicarte —le dijo Conan torpemente—. Tu bienestar se hallará siempre entre mis más caros deseos.

—Y el tuyo entre los míos. —Se acercó a él para tomarle ambas manos en las suyas. Le miraba con firmeza, y sus labios sonrieron. La noche anterior, habían hablado en privado; a la luz del día, tenía que comportarse como la hija de Ausar—. Si pudiéramos unir nuestras vidas —siguió diciéndole—. Es imposible, lo sé. Tú ya te has comprometido con tu compañera. Me… me casaré con algún hombre que sea fuerte y bueno, y me alegraré con los hijos que le dé. Mi esposo tendrá el honor de que nuestro primer hijo se llame

Conan. Y nuestra primera hija… —No pudo contener las lágrimas —. ¿Podrá llamarse Bélit?

Se abrazaron.

Apenas si se dijeron nada más hasta que Conan y Falco subieron a bordo. Silenciosa, la embarcación salió al río y, al cabo de poco, las brumas la hicieron invisible desde la orilla.

La mar fulguraba con el color del zafiro, soplaba una brisa fresca, pero el Tigresa se alejó de los blancos riscos de la isla de Akhbet impulsado por remos. Esto último, por mor de la maniobrabilidad. Su capitana quería ver más de cerca la barcaza que había aparecido en el horizonte.

Sí, qué extraño era aquel casco metálico, y el reptilesco mascarón. Era obvio que su vela de abanico se sostenía en un aparejo improvisado; pero, si aquella embarcación no tenía mástil propio, ¿dónde estaban los orificios para los remos? Aunque midiera cincuenta pies de eslora, parecía que solo llevara dos hombres a bordo. No dieron signos de alarma cuando se acercó la galera. Al contrario: uno de ellos, más corpulento, que se hallaba en la popa con un remo igualmente improvisado, dirigía la barcaza, tan bien como sabía, para salirle al encuentro.

Era un hombre corpulento, de cabellera negra, piel blanca y bronceada, y porte de león. Bélit sintió que el corazón le saltaba en el pecho.

—¡Conan! —gritó—. ¡Conan, Conan! ¡Oh, Ishtar, por allí vuelve mi amor!

Se tranquilizó, y ordenó a sus vitoreantes corsarios que retiraran los remos de babor para que la barcaza pudiera acercarse. El cimmerio arrojó una maroma, saltó, se agarró a la baranda y trepó hasta la cubierta. Bélit se arrojó a sus brazos como un huracán.

Al cabo de largo rato, pudieron soltarse, contemplarse con éxtasis, e incluso echar una mirada en derredor. Bélit se fijó en el joven que había subido a bordo con Conan. Se envaró. Tuvo que esperar un momento hasta que fue capaz de decir:

—Entonces, no has venido con Jehanan.

—No —replicó el cimmerio, con voz más suave de lo que era habitual en él—. Está… dondequiera que vayan los que mueren como valientes.

Bélit cerró los ojos, volvió a abrirlos, y dijo:

—¿Puedes contarme algo sobre él? Esa alegría tendrá que bastarme. —Calló por unos momentos—. La alegría de tu regreso no solo me basta, sino que me desborda.

—Es una historia cruel. Será mejor que no te la cuente hasta que estemos más tranquilos —aconsejó Conan—. Ahora quiero que conozcas a mi valeroso camarada, Falco de Kirjahán, de Ofir.

Bélit le tendió la mano al joven.

—Mi más sincera bienvenida —le dijo—. Estoy en deuda contigo porque me has traído a mi señor y, por tanto, te debo todo lo que tengo.

Falco se ruborizó.

—Ya me habías dicho que era bella, pero no que lo fuera tanto —le dijo en voz baja a Conan—. Te olvidaste de contarme lo gentil que es. Ojalá que mi fortuna en el amor sea tan grande como la tuya.

El cimmerio sonrió. Falco era un muchacho sano, y no había tardado en dejar atrás el dolor por la bruja.

Su sonrisa se desvaneció. Bélit tendría que sufrir tiempos de dolor.

La luna llena convertía en plata las aguas y la isla cerca de la cual estaba anclado el Tigresa. Solos en cubierta, en un barco donde todos dormían tras una tumultuosa fiesta, Corian y Bélit estaban juntos.

La pirata había dejado de llorar. Ahora se aferraba a la baranda, miraba fijamente al mar, y decía con una voz que se asemejaba al acero que abandona su vaina:

—Que descanses bien, hermano mío. Serás vengado. Los salones de Derketa se llenarán en tu honor.

—¿Crees que la pérdida de una provincia, un ejército, un rey y los dos hechiceros más poderosos no habrán apaciguado el espíritu de Jehanan? —preguntó Conan.

Belit asintió.

—Sin duda. Siempre tuvo un alma gentil. Pero la mía es distinta, y ardo sin aplacarme. El bárbaro suspiró.

—Ya supuse que te sentirías así. Bien, mientras los dioses nos lo permitan podemos asaltar sus barcos y saquear sus costas, para que los príncipes estigios tengan recuerdos sangrientos de nosotros. —Calló por unos momentos—. Pero tal vez esto te parezca demasiado

lento al principio. ¿No querrías asestarles un golpe con tal fuerza que se apaciguara tu pena, y pudieras marcharte alegre?

—¡Sí, oh, sí! —susurró. Se volvió para mirarle.

—Esta es mi idea —le dijo entonces—. Por supuesto, los estigios pusieron fin a su bloqueo tan pronto como supieron que habíamos escapado río arriba. Falco y yo pasamos de noche por Khemi. Él me había dicho que las patrullas portuarias no suelen molestar a los barcos que salen a mar abierta, pero pensé que igualmente nos convenía que nadie viera en qué clase de embarcación viajábamos. En todo caso, vi que la flota estaba atracada en los muelles. Me pareció que esos barcos no estaban muy vigilados. Las tripulaciones deben de estar en tierra, en los barracones, o de permiso en sus aldeas. Además, todavía debe de reinar la confusión después de lo que ocurrió en Rasht; y Estigia nunca ha sentido verdadero interés por el mar. Sin embargo, esa flota sería vital en caso de guerra. Su pérdida acabaría con todos los planes que aún tengan de emprender aventuras en el exterior… como la invasión de Ofir.

Bélit le agarró por los brazos. Sus uñas le hicieron sangre, sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

—¡Por los dioses de la muerte! Nuestra única galera… ¿sería posible?

—Tengo un plan. Es sencillo y simple, pero es que esa es toda mi astucia. Ya lo comentaremos mañana, cuando estés más tranquila. —A pesar del dolor que veía en su amada, una pizca del tosco sentido del humor de Conan se reanimó—. Y también podremos poner manos a la obra, empezando por hundir la barcaza alada. En cierto sentido, es una lástima; pero ya no nos servirá para nada y, ciertamente, no podemos arriesgarnos a que caiga en malas manos. ¿Querrás hacerlo tú misma?

Los estigios siempre tenían un bote de vigilancia en la bahía de Khemi. Era una embarcación ligera, pero extremadamente rápida, tanto si se impulsaba con remos como con vela latina. No tenía defensa alguna salvo las armas de sus tripulantes, y estos preferían no cargarse de malla metálica. Su deber no era rechazar a los piratas e invasores. ¿Quién habría osado asaltar la ciudad negra? En caso de que surgieran verdaderos problemas, un toque de trompeta llamaría a los bajeles de guerra; nunca había sucedido. Aquel bote controlaba el tráfico marítimo, y se aseguraba de que los

contrabandistas no desembarcaran allí, ni cualquier otro que no tuviera un permiso oficial.

Algo después del ocaso, el bote de vigilancia se puso en marcha para interceptar a un desconocido que se dirigía al oeste. Se trataba de una barca pilotable por ambos extremos, como las que suelen llevar a bordo los barcos grandes, o remolcar los más pequeños. Una brisa recia henchía una vela cuadrada e impulsaba con ligereza a la embarcación entre los promontorios, contra la corriente y las mareas desfavorables; faltaban horas para que saliera la luna.

—¡Ehh! —gritó el trompeta estigio—. ¡Parad para inspección!

—Sí, señor —respondió en el mismo idioma, con acento, una voz profunda.

La verga descendió y la barca empezó a detenerse.

Acercándose, los policías vieron a la luz de la luna que cerca de media docena de hombres ocupaba los asientos de los remeros. Todos eran negros, salvo un hombre corpulento que llevaba el timón. Aunque se cubriera con un caftán salpicado de espumas y con un albornoz, parecía pertenecer a la raza blanca.

—Por favor, señores —dijo—. Somos pobres marineros cuyo barco se ha estrellado contra un arrecife. Solo nosotros hemos podido escapar en el bote de salvamento; tan rápidamente se hundió. ¡Por piedad, dadnos agua, llevadnos a tierra y traednos comida!

—Entended que se os detendrá, y que quedaréis pendientes de investigación —les dijo el capitán por una bocina—. ¿De dónde sois?

—De un mercante estigio, cuyos pobres propietarios contrataron la tripulación que pudieron encontrar. Estos son kushitas. Yo provengo de Vanaheim.

El capitán solo había oído vagas noticias acerca de aquel país boreal, pero sabía que los bárbaros lo abandonaban en ocasiones en busca de aventuras o fortuna, y sentía por aquellos vagabundos el desprecio propio de una persona civilizada. Aquel, sin duda, se había visto claramente humillado por su experiencia, y sus compañeros pedían agua para beber con gritos lastimeros.

—A los remos —les ordenó el oficial—. Acercaos y amarrad vuestro bote al nuestro. —Cuando esto estuvo hecho—: Venid aquí, que pueda veros bien.

—Sí, señor, sí, señor.

El hombre más corpulento pasó torpemente por encima de los macarrones de ambas embarcaciones y se acercó por la pasarela, entre los bancos de remeros, a un farol de proa donde le aguardaban el capitán y el trompeta. Sus compañeros le seguían. «¡Por favor, agua!».

—Os la daremos en su momento, cuando hayáis respondido a mis preguntas —dijo el oficial estigio.

Tal vez así tuviera una oportunidad de saber algo acerca de lo que estaba ocurriendo en el extranjero. En aquellos días caóticos, en los que el rey Ctesfon todavía no estaba bien asentado en el trono, los aristócratas podían pagar bien a quien les diera información. En todo caso, el capitán se lo pasaría bien humillando a aquellos simios.

—Gracias… gracias, señor —balbució el hombre más corpulento al acercarse—. Que los dioses os recompensen como lo merecéis.

Una espada salió de debajo de sus vestidos. El trompeta cayó con el cráneo partido. Esto fue lo último que vio el capitán. Los negros sacaron sus propias armas. Salieron más de debajo de una lona que cubría el fondo del bote de salvamento.

La pelea no fue ruidosa, ni larga. Los piratas contaban con las ventajas de la sorpresa, de su pericia y de su furia.

—Bien —dijo Conan—. Arrojad los cadáveres al mar, atended a nuestros heridos; tú ya puedes irte,
N'Gora
.

El primer oficial, que sabía hablar algo de estigio, dio órdenes. La barca izó la vela y salió al mar. Cualquiera que la hubiese visto, habría pensado que se le había denegado el permiso de entrada. Con una mínima tripulación, y Conan al frente, el bote de vigilancia cruzó como siempre la bahía.

Entonces, apareció una galera negra con una figura felina como mascarón. La patrullera se le acercó, y se quedó a su lado durante algún rato. Sin duda, su presencia había atraído la atención de las patrullas de la costa, y de los hombres que vigilaban los navíos. Era natural que la policía se tomara su tiempo para asegurarse de su buena fe. Finalmente, debieron de quedarse satisfechos, pues el bote acompañó a los recién llegados, y unos y otros navegaron hacia los

muelles reales. Tal vez se tratara de un diplomático extranjero que fuera a implorar la buena voluntad de la poderosa Estigia, ¿o tal vez —estremecimiento— regresaba en ella algún agente de los brujos-sacerdotes?

Una vez más a bordo del Tigresa, una vez más al lado de Belit, Conan observó desde la proa. La luz de las estrellas se reflejaba en las oscuras aguas, y era bastante para unos ojos acostumbrados a los bosques cimmerios, a las junglas kushitas o a la alta mar. Cerca del puerto, más allá de la bahía, el Styx dividía los campos sumidos en tinieblas, al final de su largo recorrido, tras haber dejado atrás la tierra donde Daris vivía… ¿y soñaba? Ante él, la ciudad donde había estado cautivo se le aparecía monstruosa, completamente negra, salvo en los sitios donde brillaban furtivas ventanas. Allí cerca, con su color de hueso, al pie de la mole de la gran pirámide, se encontraban las canteras donde Jehanan había sido esclavo hasta que el hombre de su hermana lo había rescatado, y le había dado una libertad que el mismo Jehanan había convertido en eterna. Conan tuvo la estremecedora premonición de que aquello había sido solo el principio de una guerra que había de librar contra un antiguo horror, el primero de cuyos nombres era tiranía.

Se obligó a sí mismo a fijarse en lo que tenía delante. Las galeras estigias estaban amarradas a un muelle de piedra, que tenía embarcaderos entre las gradas. Sus mástiles se erguían contra los cúmulos de estrellas, pero sus cascos estaban envueltos en sombras, y solamente uno o dos faroles ardían en cada embarcación. Los cercanos barracones debían de estar repletos de marineros, pero estos no podrían lanzarse a la acción con la misma rapidez de un bárbaro.

—Estamos preparados —dijo, y tensó su arco largo.

Debajo de la cubierta elevada, los hombres destaparon sus potes de fuego. Los carbones que había en el interior de estos refulgían, como una hilera de pequeños infiernos. El bote de vigilancia volvió a su lado, su escasa tripulación lo abandonó por el Tigresa, y luego quedó a la deriva. Los remos batieron suavemente las aguas, los metales entrechocaron, se oyeron susurros.

Debajo de proa, Falco encendió una flecha envuelta en trapo y empapada en bitumen. Al levantarla con la mano, la llama hizo que su rostro destacara vividamente en la oscuridad.

—Toma, Conan —dijo—. Te corresponde tirar primero.

—No —respondió él—. Le corresponde a Bélit.

La reina de la Costa Negra tomó la saeta y la puso en su propio arco. Tiró de la cuerda, apuntó, y arrojó un meteoro. Lo mismo hicieron Conan, y Falco, y una tripulación pirata que, de pronto, se había puesto a aullar con salvajismo.

Las negras maderas, secadas por el sol, se encendían con facilidad. Allí donde se clavaba una flecha aparecía una pequeña llama de color azul brillante, y esta crepitaba como el pico de un aguilucho recién empollado, extendía una garra, se alimentaba, crecía, y abría las alas. Se elevaba hacia lo alto, de proa a popa, y su fulgor iluminaba las aguas que el Styx vertía en el mar, y su chillido recordaba al del ave de presa que se abate sobre una serpiente. El Tigresa navegó de un extremo a otro de los muelles reales, y fue arrojando fuego para fustigar a los enemigos de Bélit. Las chispas eran arrastradas por el viento, llegaban a lugares donde no alcanzaba el flagelo, y sembraban nuevas llamas.

Los estigios acudieron, frenéticos, para tratar de apagar el incendio, pero este ya se había extendido demasiado. Solo pudieron salvar los barcos mercantes y pesqueros que también se encontraban en el puerto. Nadie se atrevía a salir a enfrentarse con la galera que merodeaba por entre el rojo paisaje.

Tras haber completado su misión, el Tigresa salió a mar abierta. Desde su popa, la bahía de Khemi se asemejaba a un lago de sangre agitado por una tormenta. Una vez se hubieron alejado, recogieron los remos, izaron la vela y se pusieron en marcha hacia el norte.

Conan bajó por la escalerilla para reunirse con Falco.

—Bien, muchacho —le dijo el cimmerio con voz ronca—, te vamos a llevar hasta Dan-marcah, y te dejaremos allí con dinero suficiente para que puedas volver a tu hogar sin problemas.

El otro le miró con adoración.

—Después… después de que les cuente todo lo que sé, y se hayan enterado en palacio —dijo Falco, tartamudeando—, jamás te faltará un amigo entre los reyes de Ofir.

—Gracias —le respondió Conan—. Tal vez eso me sea útil algún día… de la misma manera que pueden serlo mis amigos de Taia si algún día decido atravesar por mi cuenta el reino estigio. ¿Quién sabe lo que nos depararán los años venideros? Morir en un brezal, o

vivir sentado en un trono, o cualquier otra cosa intermedia; ahora no me importa. —Se encogió de hombros—. Todo lo que he hecho desde que me conoces, lo hice al servicio de mi señora.

Sobre ellos, en el puente de proa, vengativa y gozosa, Bélit reía.



POUL WILLIAM ANDERSON (Bristol, Pensilvania, 1926 - Orinda, 2001). Escritor de ciencia ficción estadounidense.

Nacido en 1926 en Bristol, Pensilvania, de padres escandinavos emigrados a Estados Unidos, cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), el primero, *A matter of relativity*, en el número de septiembre de 1944. En 1947 publicó su primera obra de envergadura: *Tomorrow's children* en el *Astounding* de marzo, cuando solo contaba veinte años; este relato sería uno de los tres que formarían la novela postapocalíptica *El crepúsculo del mundo*. Además, colaboró con *Duel on Syrtis* para *Planet Stories* de la edición de marzo de 1951 —sobre el seguimiento que un terrícola hacía de un extraterreste en Marte—, un relato de ficción corta con temática inusual en el campo de las aventuras interplanetarias.

Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar "un año sabático" consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores pueden agruparse en sagas, como la serie de la «Liga Polesotécnica» protagonizada por Nicholas van Rijn, la «serie Flandry» de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de «La patrulla del tiempo» que comienzan en el relato *Guardianes del tiempo*. Escribió obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como *Tau Cero*. Autor prolífico tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

En su última época escribió una tetralogía que comienza con *Cosecha de Estrellas* (1993).

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como *El último viaje, No habrá tregua para los Reyes, Carne compartida, La reina del Aire y la Oscuridad, El canto del chivo, La luna del cazador y El juego de Saturno* han obtenido varios premios Hugo y Nébula en su categoría.

También ha escrito algunas novelas de fantasía, como *Tres corazones y tres leones* o *La espada rota* o la serie «Rey de Ys», y novelas policíacas. En este campo *A Midsummer Tempest* ganó en 1975 el Mythopoeic Fantasy Award.

Era el suegro de Greg Bear. En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de «A.A. Craig», «Michael Karageorge» y «Winston P. Sanders».

Murió en 2001 de cáncer de próstata.